



*El Secreto  
de amor*

*Luzmila Camacho*

Secreto  
DE AMOR

Virginia camacho

Copyright © 2017 Virginia Camacho  
Twitter e Instagram: @virginia\_sinfin  
Blog: [www.virginiacamachoonline.wordpress.com](http://www.virginiacamachoonline.wordpress.com)  
Primera Edición para Amazon.com  
ISBN: 9781094694184

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mis hermanas  
Mis primeras lectoras...*

# PRÓLOGO

*¿Es decir, que puedo volver?*, preguntó, mirando la luz que proyectaba el magnífico *Ser* que la había traído hasta aquí hacía ya mucho tiempo. Muchísimo, o así lo sentía. No había días ni noches en este lugar; ni invierno, ni verano. Sin embargo, podía haber transcurrido sólo un segundo desde entonces; el tiempo no existía aquí. No existía el ahora; era un eterno siempre.

*Volver, volver... Sé qué clase de “volver” tienes en mente, y no, no es ese “volver”*, contestó. *Estarás entre ellos, podrás verlos e incidir en sus vidas, pero ellos no te verán a ti, ni se enterarán jamás de que los miras.*

*Seré entonces un espíritu errante entre ellos.* Suena muy solitario, pensó luego, pero no se atrevió a decirlo en voz alta, aunque seguramente *Él* había escuchado ese pensamiento. *Él* lo sabía todo.

Era muy tentador. Volver, no importaba cómo, le producía cierto cosquilleo en el pecho que ya no tenía.

Antes, hacía una vida, era una mujer y la llamaban Heather Calahan, aunque ya le quedaban pocas memorias de esa época de su existencia, y fue alguien que menospreció la vida, la suya y la de los demás. Había intuido que tendría que pagar una especie de expiación por sus muchos pecados, y tal vez de eso se trataba esto que le ofrecían. Suponía que, si le daban la oportunidad de volver a la Tierra, no era de vacaciones; algo importante tendría que hacer, aunque en su caso especial, seguro sería algo nada heroico. Ser la guardiana de un perrito, tal vez, o vigilar que las cucarachas no escasearan.

*Estás a punto de decir que sí*, dijo la hermosa voz de ese *Ser* viviente que tenía en sus manos el destino de todo lo que existía, y la que ya no era Heather, ni nadie, en realidad, porque ya no tenía un nombre, sonrió dentro de sí. Lo había amado desde el mismo momento en que lo había sentido, y nunca habría sido capaz de negarle nada. Podría haberle obligado a hacer lo que quisiera, pero le había preguntado y por eso le amaba más.

*Sí. Siempre fue un sí*, contestó al fin, y se sintió en libertad de hacer una broma. *Nunca pensé que se enviaran a la tierra hadas madrinas.*

*Hay millones de “hadas madrinas” en la tierra*, dijo *Él*. *Sólo que muy pocos consiguen darse cuenta.*

No se podía ver nada delante, y la luz de los faroles encendidos del auto no llegaban más allá de una cortina espesa de agua.

Una lluvia torrencial limitaba la vista, cerraba el cielo nocturno y obligaba a los transeúntes detenerse bajo cualquier techo que los amparara; los limpiaparabrisas no daban abasto para poder conducir con cierta normalidad, y los árboles se inclinaban pesarosamente por la fuerza de las gotas de agua. Adam Ellington tenía que andar despacio en su Mercedes Benz a través de avenidas y luego calles más estrechas hasta que al fin llegó a su destino: la casa de Tess Warden.

Con mucho cuidado, sacó el paraguas y lo abrió antes de salir del auto, cerró la puerta y caminó por el pequeño jardín delantero. Al llegar a la puerta, ya sus zapatos se habían mojado.

Sabía que hacía poco Tess vivía sola aquí con sus tres hijos, y que era un lugar mucho más decente y espacioso que el que había habitado antes. Sabía, también, que este cambio se debía a la generosidad de Heather Branagan, quien había puesto esta pequeña casa a disposición de Tess, una unifamiliar con techo a dos aguas, chimenea tradicional, jardín delantero y trasero, tres habitaciones y un sótano bastante grande.

Sabía mucho de Tess, la había investigado durante meses, y ahora al fin estaba aquí, para llevarla a una cita, una cita que había conseguido gracias a una serie de chantajes y cobros de favores. Afortunadamente, Tess tenía en buena estima a Georgina Calahan, la celestina de esta reunión, y no se había negado.

Llamó al timbre, y escuchó dentro voces infantiles. Segundos después, el rostro de una Tess despeinada y sorprendida apareció tras la puerta.

Ella no estaba vestida para la cita. Había llegado minutos antes de la hora acordada, pero a estas alturas, una mujer ya debía, por lo menos, llevar puesto un vestido. No. Ella llevaba una enorme camiseta, jeans, pantuflas, y el cabello corto a los hombros recogido en una pequeña coleta.

—Ah... Hola... —saludó ella mirándolo extrañada. Se estaba preguntando qué hacía él allí.

Aquello lo hizo reír. De verdad. Pero fue una risa dolorosa; algo le estaba doliendo profundamente en el pecho. Ella había olvidado su cita.

¿Por qué todo con Tess tenía que ser siempre tan difícil?

—Vine por ti —dijo, y la miró directamente a los ojos—, para llevarte a cenar.

Al principio, ella lo miró como si de repente se hubiera vuelto loco, pero poco a poco sus ojos gris verdoso se fueron iluminando.

—Oh —dijo al fin— Oh, Dios... Es... Es cierto. Yo...

—No te preocupes —dijo él afable—. Te esperaré.

—Pero yo...

—Te esperaré —insistió firmemente, y Tess se pasó una mano por su cabello, como si se preguntara si era absolutamente necesario lavarlo.

No supo qué dedujo, porque ella abrió del todo la puerta, lo dejó pasar a su pequeña sala y de inmediato corrió a una de las habitaciones.

—No tardaré —dijo, al tiempo que cerraba la puerta.

Adam se quedó allí, de pie en medio de una sala llena de juguetes esparcidos, la televisión encendida y los platos de la cena de los niños en el fregadero. Metió las manos en los bolsillos de su caro traje hecho a medida preguntándose si acaso no era un completo estúpido por decidir esperar a una mujer que había olvidado que tenía una cita con él. Esto jamás le había sucedido. Las mujeres no lo olvidaban; ellas, al contrario, insistían en volver a verlo. Pero Tess... Oh, Tess lo olvidaba una y otra vez. Una y otra vez; parecía incapaz de grabarse su cara, su nombre, y cualquier cosa relacionada con él, y dolía, dolía mucho.

—¿Quién eres? —preguntó una niña pequeña, y Adam la miró. Era Rori, la hermosa niña de cabellos oscuros y ojos verdes. Tras ella apareció su hermano mayor, Kyle.

Lo conocía también. Kyle tenía seis años, Rori cuatro. Y la pequeña chiquitina que salió de detrás de algún mueble, acababa de cumplir dos. Eran los hijos de Tess y August Warden.

Habían estado juntos solo seis años, y habían procreado tres niños.

Tres niños preciosos, tenía que admitir. Kyle y Rori eran muy parecidos a su madre, con el cabello oscuro y el mismo tono de piel. Nicolle era la rubia de la casa, aunque sus cabellos parecían más bien traslúcidos.

—Soy... un amigo —dijo, inclinándose un poco hacia la niña, y notó que, si bien la pequeña le sonreía, Kyle lo miraba con desconfianza—. Tú eres Rori, ¿no?

—¿Me conoces?

—Claro que sí. Me habían dicho que eres muy guapa, y tenían razón —la

niña sonrió encantada por el cumplido, pero Kyle seguía mirándolo con cara de pocos amigos.

De pronto sintió que algo se tropezaba con él y miró abajo.

—¡Papá! ¡Papá! —gritaba Nicolle aferrada a su pierna. Adam no pudo evitar sonreír inundado de ternura, pero cuando intentó alzarla y hacerle mimos, Kyle se apresuró a alejarla de él.

—No molestes al señor —le dijo Kyle a su hermana menor, que pareció molestarse y empezó a hacer remolinos para soltarse de él hasta conseguirlo, y con sus cortas y torpes piernecillas corrió de nuevo a él como si fuera el príncipe que lo salvaría de un horrible monstruo. Adam no dudó en alzarla, y entonces Nicolle le sonrió y recostó su cabecita en su hombro.

Adam levantó una mano y la posó en la espalda de la niña. Ah, cuánto daría por ser de verdad su padre, por tener el derecho de estar con ellos, jugar con ellos.

Dame la oportunidad, Tess, rogó. Los amaré como si fueran míos.

—Va a ensuciar su traje —dijo Kyle, y Adam lo miró analítico. El chico desconfiaba de él, tal vez intuía a qué venía, y no le gustaba. Debía estar esperando todavía a su padre, tal vez lo recordaba, y como buen hijo, le seguía siendo leal.

Pero nadie sabía dónde estaba ese hombre; ni siquiera él había dado con August Warden.

Cuando vio a Tess en aquella gala de beneficencia organizada por Heather Branagan, hacía más o menos un año, lo primero que había hecho era investigarla, y al saber que se había casado, investigó entonces al hombre. Pero August llevaba más de dos años desaparecido, nadie sabía nada de él; ni sus padres, una pareja que vivía en los suburbios y eran tan pobres como Tess antes. Ni siquiera los más experimentados investigadores que había contratado para tal tarea daban con su paradero. Estuvo por pensar que había muerto, pero entonces tampoco hallaban su cadáver.

En lo que a él concernía, sí que estaba muerto. Había sido tan egoísta e irresponsable como para dejar sola a una mujer con dos niños pequeños y uno en el vientre. No había razón en el mundo que justificara una acción así, y él, particularmente, no lo iba a perdonar.

Pero no sabía qué pensaba Tess de eso.

Y por eso estaba aquí, para intentar averiguar qué quería Tess, qué pensaba, qué planeaba... porque, si ella le diera un pequeño espacio en su vida, Adam



le daría todo, todo lo que quisiera. Pero esta mujer se empeñaba en olvidar cualquier cosa lo que tuviera que ver con él...

Había intentado acercarse a ella, hablar... Pero cada vez que lo hacía, descubría que Tess olvidaba la vez anterior, como si fuera incapaz de almacenar en su memoria los momentos compartidos con él, y en cada ocasión tenía que volver a decirle quién era, cómo se llamaba.

Algo sumamente extraño, porque él nunca la olvidó a ella.

Tess salió de la habitación minutos después buscando su teléfono. Tenía el vestido negro a medio poner, pero debía hacer una llamada a la niñera que siempre le cuidaba sus hijos cuando ella necesitaba salir, así que no le importó salir tal como estaba de la habitación.

Al ver a Nicolle en sus brazos, corrió a él para quitársela, pero él se lo impidió poniendo un dedo sobre sus labios.

—La despertarás —le dijo, y Tess miró ceñuda a su hija. Pero no tuvo tiempo de ponerse a pensar en por qué la pequeña había elegido el hombro de este extraño para dormirse, siendo que era sumamente quisquillosa, pues estaba retrasada y todavía le faltaba terminar de vestirse.

Diablos, ¿cómo había podido olvidar esta cita?, se preguntó. Georgina incluso había insistido en que la apuntara en su teléfono, pero, o no sabía poner una simple alarma, o el universo se oponía a que saliera con este hombre, porque esta no sonó.

Más de media hora después de que él llegara, Tess estuvo lista, con el cabello no tan prolijo como hubiese querido por la falta de tiempo, un vestido regalo de Heather, unos zapatos ya bastante usados y una pulsera y bolso igual de viejos. El leve maquillaje que se aplicó no era el adecuado para una salida nocturna, pero no tenía tiempo, y al atravesar la puerta, olvidó ponerse el toque de perfume, pero ya no quiso devolverse para hacerlo. La niña de catorce años que se encargaría de sus tres hijos llegó a tiempo, Tess guio a Adam a una de las habitaciones para que acostara a Nicolle, le dio a la niñera las indicaciones de rigor y pudo salir al fin.

—Estás muy guapa —le sonrió él al estar afuera, pero a pesar del brillo en sus ojos, Tess no se sintió halagada.

Afuera diluviaba.

Lo miró de reojo, preguntándose si debía usar la lluvia para, después de todo, cancelar la cita, pero ya era muy tarde para eso, y entonces él abrió un

paraguas para ella y le señaló el auto aparcado al frente de su casa. Aun con la lluvia, aun cuando ella había olvidado la cita, aunque ya era tarde y lo había hecho esperar, él insistía en llevarla a cenar.

No podía imaginar qué quería este hombre. Era una mujer casada, ¡con tres hijos, nada menos! Si buscaba una aventura, como había oído que acostumbraba, estaba muy equivocado con ella. Pero había sido Georgina la que le pidió aceptar esta cita, garantizándole que él se portaría como un caballero, sin propuestas indecentes, y por ella estaba aquí.

Sin embargo, al primer paso en falso, lo mandaría al diablo y volvería a su casa. Llevaba dinero en su pequeño bolso por si debía tomar un taxi y volver sola.

Él le sostuvo el paraguas hasta que entró al auto, y Tess se acomodó en el asiento del copiloto suspirando. Aquí olía a riqueza, a cosa fina y cara. Y él también, notó cuando estuvo a su lado. Podía ver que se había esmerado, usando un suave perfume, un fino traje, y todo en él parecía perfectamente en su lugar. Tomó aire y habló.

—Me disculpo, por... —él la miró a los ojos; los suyos, tan azules, parecían tranquilos, como un mar en calma, pero Tess no se dejó engañar. A ningún hombre le habría gustado lo que ella había hecho—. Por olvidarlo. Lo siento —él sonrió.

—Sí, me has olvidado. Completamente; eso pude verlo inmediatamente —dijo él en tono algo enigmático—. Pero quiero hacerte recordar, y para eso estoy aquí.

—¿De qué hablas? —preguntó ella. Adam movió un hombro como quitándole importancia, era como si quisiera decir algo, pero no se atrevía.

—Me refiero a que quiero que la pases muy bien esta noche —dijo al fin —, para que la puedas recordar con agrado.

—Ah... —contestó ella para nada convencida. Él puso el auto en marcha y salió de la zona.

Pero la lluvia impedía ver al frente, y tenían que ir despacio, y luego en el restaurante tuvieron que esperar un poco, porque habían perdido la reservación. Culpa suya.

Sin embargo, él no se mostró molesto o contrariado, y tal vez porque él era alguien influyente, un cliente frecuente, o lo que fuera, pronto estuvieron ante una mesa y un par de copas de vino que le hicieron entrar en calor. El vino era buenísimo, y ella lo saboreó con delicia.

—¿Te gusta el lugar? —preguntó él mirándola con una sonrisa, y Tess observó en derredor. Los demás comensales charlaban en voz baja, tan bien vestidos como él, con platos que parecían muy complicados de hacer y de pronunciar.

—Es bonito. Nunca había venido—. Él sonrió asintiendo—. Con August salía —siguió ella—, pero no a sitios así —mencionar a August tal vez lo molestara, pero él no hizo ninguna mueca, ni su mirada cambió, ni nada, así que siguió—. Éramos más de... bares, y sitios de comidas rápidas.

—Es una suerte, entonces, que sigas siendo delgada —Tess elevó una ceja y volvió a mirarlo.

—Era nuestro estilo. Me gustaba.

—Lo apuntaré —comentó él elevando su mano y pidiendo la carta al mesero, que se la trajo de inmediato—. La próxima vez, te llevaré a un sitio callejero de perritos calientes.

—¿Acaso piensas volver a salir conmigo? —la pregunta lo tomó por sorpresa, y Adam apoyó la carta en la mesa cubierta por un fino mantel.

—Claro que sí, Tess.

—¿Por qué? Soy una mujer casada, con tres hijos. ¡Tres!

—Sí, los conozco.

—¿Qué te interesa de mí? —preguntó ella mirándolo con ojos entrecerrados— ¿Por qué querías...? Yo no...

—Me interesa todo de ti —contestó él con la misma calma con la que había pedido la carta—. Tu pasado, tu presente, tu futuro. Todo me interesa.

—¿Por qué?

—¿Necesitas saber la razón?

—¡Claro que sí! Es... extraño, es... sospechoso —él se echó a reír, y su blanca dentadura, y las arruguitas que se le hicieron en la comisura de los ojos lo hicieron parecer tremendamente guapo. Él era guapo. No era ciega ni tonta, y reconocía que él estaba usando todo su encanto con ella. La había traído en un auto elegante, vestido elegantemente; había usado con ella todas las normas de cortesía, abriéndole la puerta, moviendo su silla, tocándola de manera respetuosa, aunque no indiferente. Él estaba derramando su encanto varonil sobre ella y no es que le molestara o que al contrario, la trajera sin cuidado, pero era incapaz de verlo sin pensar en que tenía una segunda y hasta una tercera intención.

—Sospechoso —repitió él—. Qué imaginación tienes, Tess.

—¿Y qué quieres que piense? Alguien como tú jamás saldría con alguien como yo sólo porque sí.

—¿Alguien como yo? —preguntó él arrugando levemente su ceño. Guapo, el idiota.

—Pregunté por tus antecedentes —siguió ella en tono acusatorio—. Eres divorciado, y desde entonces, un mujeriego. Has tenido mil mujeres, todas ricas, o famosas, o... Jamás alguien como yo —dijo, señalándose—. ¿Qué puedes querer de mí?

—Así que preguntaste mis antecedentes —comentó él bajando un poco la mirada, pero respiró profundo y clavó en ella sus ojos azules—. Si me lo hubieses preguntado directamente a mí, no te lo habría negado: Sí, me divorcié hace tres años. Fue algo un poco...

—No creas que me interesa tu vida. Yo sólo constataba un hecho.

—Tess...

—Esto está yendo fatal —dijo, alejando la copa en la mesa con ademán de ponerse en pie.

—No —la atajó él—. Tú estás haciendo que vaya fatal. Viniste, pero tienes el claro propósito de arruinar la velada, porque no quieres estar aquí. ¿Estás esperando a August y por eso te niegas la oportunidad de salir con alguien más? —eso la tomó por sorpresa. No esperó que él le respondiera con el mismo tono directo que ella había usado para espantarlo.

—Sí —contestó Tess en tono duro y sin bajar la mirada.

—¿Crees que va a volver? —Tess tragó saliva. Si August quisiera volver, ya lo habría hecho, le había dicho Heather una y otra vez, alentándola a seguir con su vida, porque era joven, y bonita, y merecía volver a ser amada.

Sus ojos se humedecieron, aunque fue de rabia, y pestañeó varias veces para ahuyentar las lágrimas, lo que hizo que esquivara su mirada, y lo odió por eso.

—Algún día lo hará —aseguró—. Tiene tres hijos conmigo.

—¿Y después de haberte hecho sufrir durante tanto tiempo, sin importarle si pasaban necesidad, si vivían o morían, tú lo dejarías volver a tu vida? ¿A tu casa y a tu cama?

—Eso no es problema tuyo —dijo ella entre dientes, destilando veneno en su mirada. Él asintió moviendo lentamente su cabeza.

—Lo siento. Fue una pregunta demasiado personal —Tess frunció el ceño, no dejándose engañar por su tono—. Tú me gustas —se explicó él—. Siempre,

Tess. Me has gustado... desde que te vi.

—Eso son tonterías, no puede ser cierto.

—Me gustas —insistió él, y ahora le tomó la mano por encima de la mesa, pero fue como si le quemara, pues ella la alejó de inmediato—. No estoy mintiendo en eso.

—Por qué. ¿Te faltaba una mujer casada y madre de tres en tu lista de conquistas? —él soltó una risa un tanto molesta.

—¿Pero es que no eres capaz de creer que puedes gustarme sólo por ser tú? —preguntó— ¿Tess y sólo Tess?

—No me conoces realmente, y algo así no es posible.

—Pero sí te conozco, yo soy...

—No quiero escuchar más tonterías.

—¿Por qué aceptaste salir conmigo, entonces?

—Porque Georgina casi me lo rogó. Parece que te tiene en buena estima, y me insistió a tal punto que no me dejó salida—. La seguridad que él había mostrado hasta el momento se borró al fin. Lo que había dicho era duro, grosero, y parecía haberlo lastimado, pero Tess no se desdijo; simplemente siguió mirándolo fijamente y con dureza.

Adam respiró profundo, dándose por vencido esta noche. Miró la mesa, el pequeño adorno de flores, y cuando el mesero llegó a ellos para preguntarles si se habían decidido por algún plato del menú, él simplemente pidió la cuenta.

La cita estaba yendo de mal en peor, Tess no estaba dispuesta siquiera a tener una conversación civilizada, y seguir insistiendo sólo haría que ella empezara a odiarlo, y no quería eso.

Cuando volvieron al auto, ella dio unos pasos en otra dirección.

—Puedo irme en taxi.

—No seas tonta, te llevaré.

—No es necesario que me lleves, yo puedo...

—Sí, ya sé que eres una mujer fuerte e independiente, que te vales por ti misma, que no necesitas nada de mí, ni de nadie. Lo sé, Tess... Pero no me quites el derecho a llevarte, quiero hacerlo, puedo hacerlo, y no hay razón por la que no deba—. Ella lo miró apretando los dientes, él le señalaba la puerta abierta, y Tess capituló. Entró de nuevo y se mordió los labios.

En algún punto del camino, la lluvia cesó, y Adam miró el cielo sumamente

ofendido. Todo el universo parecía haberse confabulado para arruinar esta noche. Él tenía los pies un poco húmedos, Tess tenía el cabello un tanto encrespado por la humedad del aire, y los ánimos estaban sumamente volátiles. La tensión podía palpase, y no era la clase de tensión que él quería que hubiese entre los dos.

Apenas el auto se detuvo frente a la casa de Tess, ésta abrió la puerta y bajó, esquivando los pequeños charcos y caminitos de agua, volvió a sendero de su jardín delantero.

—Tess —la llamó Adam, pues ella iba directo a su puerta. Tess se dio la vuelta y lo miró. Abrió la boca para decirle algo, pero de repente las palabras no salieron, y él se quedó allí como un idiota. Tess elevó sus cejas apremiando —. Yo... —nada, como si la lengua se le pegara al paladar. No le salía lo que quería decir. Dejó salir el aire. Era inútil—. Insistiré —volvió a decir al fin —. Hasta que...

—No seas tonto.

—Pero si siempre lo he sido, ¿por qué cambiar ahora? —Tess lo miró confundida, y Adam dejó salir el aire y volvió a su auto. Sin despedidas, sin más palabras, sólo él dándose por vencido.

Por hoy, se repitió.

Llegó a su casa, la enorme mansión que ocupaba varias hectáreas con sus jardines, y miró al cielo otra vez despejado.

En serio, ¿era a propósito? Se preguntó mirando las estrellas titilar, y subió la corta escalinata que llevaría a la puerta principal. Esta se abrió antes de que llegara a ella, y detrás apareció Gregory, su mayordomo, secretario, amigo, y etc. Era un hombre ya anciano, de cabellos blancos y postura recta, que lo saludó en cuanto traspasó el umbral.

—¿No está regresando un poco temprano? —preguntó Gregory un poco extrañado, y Adam sólo hizo una mueca meneando su cabeza—. Parece que las cosas no salieron según lo previsto.

—No. No fue así.

—¿La señorita Tess se negó a acompañarlo? —Adam sólo dejó salir el aire, sin la fuerza ni el ánimo de corregirlo. No era Señorita, era, Señora—. Llegó correspondencia —siguió Gregory poniéndole delante varios sobres, y sólo uno llamó la atención de Adam. Era un sobre marrón, grande; lo recibió y caminó varios pasos hacia la sala donde se hallaba un hermoso piano de cola Yamaha, y sin sentarse, lo abrió—. ¿Algo importante? —preguntó Gregory

cuando Adam hubo revisado el contenido del sobre.

—Más de lo mismo —contestó Adam regresándole el sobre, y caminó hacia el piano y se sentó en el pequeño banco acolchado. Destapó las teclas y las miró fijamente.

Estaba en la búsqueda de dos personas: August Warden, el esposo de Tess, aunque no sabía exactamente qué haría cuando lo encontrara, y el hijo de su tío, o hija, no lo sabía.

Era una historia un poco extraña; hacía mucho tiempo, al parecer, Simon Ellington, un mujeriego empedernido, había embarazado a una chica, pero cuando ésta se lo comunicó, la mandó a tomar vientos, evadiendo su responsabilidad. Cuando enfermó, al darse cuenta de que moriría sin herederos, empezó a buscar a esa chica y al hijo que ésta le había dado, pero no la encontró.

Su padre le había contado que el tío le dejó la responsabilidad de encontrarlo y entregarle su herencia, y luego Aaron falleció y se la dejó a su hijo Adam, y aquí estaba él buscando a una mujer que hacía unos treinta años había tenido un hijo, pero de este no se sabía ni su sexo, ni su nombre, ni nada, y la búsqueda se hacía infructuosa.

—Imagino que no cenó —dijo Gregory de repente—. Iré a la cocina y...

—Está bien, no tengo apetito —Gregory lo miró en silencio, tal vez con el reproche a flor de labios, pero pareció pensárselo mejor y se alejó. Adam pulsó una tecla en el piano. Le siguió otra, y otra, hasta conseguir una melodía, al tiempo que en su mente empezaron a flotar las palabras: *È triste il mio cuore senza di te*, y sí, estaba tan triste, que dolía.

Otra vez se preguntaba: ¿por qué me olvidó? ¿Por qué a ese extremo? ¿Tanto me odió? ¿Qué fue aquello que le hice que me borró para siempre de su memoria?

No recordaba haberle hecho daño, todo lo contrario. Pero ella lo había olvidado y ahora parecía aborrecerlo.

*Dimmi perché*

Cuando la vio en aquella gala, simplemente no lo pudo creer. Era ella, ¡era Tess! ¿Cómo olvidarla? Sus enormes ojos grises con un tinte verde eran inconfundibles. Los vio por primera vez hacían más de veinte años, cuando, asomada detrás de un muro en esta misma sala donde él ahora tocaba el piano, lo descubrió practicando una melodía mucho más sencilla.

—¿Tocas piano? —preguntó la niña con tono asombrado, de algunos diez

años, con un vestido corto de florecillas estampadas, medias y zapatos blancos y el cabello despeinado. Adam se giró en la banqueta y la miró. No era la hija de nadie importante, supo. Sus zapatos tenían muchas rozaduras, el vestido parecía de fabricación casera, y se la veía demasiado asombrada por todo como para ser una niña rica.

—Sí —le contestó, y ella, sin nada de timidez, caminó hacia él para sentarse a su lado en la banqueta.

—Nunca había visto uno —dijo, tocando con suavidad las teclas y sin llegar a pulsarlas—. Hace un sonido maravilloso —eso lo hizo sonreír. Por supuesto que producía un sonido maravilloso, era un piano carísimo.

—Así es —corroboró él.

—¿Quieres ser pianista?

—No.

—¿Y por qué tocas? —Adam simplemente se encogió de hombros.

—Porque es mi tarea. ¿Quién eres?

—Oh, lo siento. Soy Tess Abbot. Estoy en tu casa mientras entrevistan a mi abuela.

—¿A tu abuela?

—Para trabajar aquí, como doméstica.

—Oh...

—Qué piano tan grande —siguió ella, admirándose por el instrumento, pero Adam no dejaba de mirarla a ella, a sus enormes ojos grises.

Tess Abbot y su abuela se habían quedado. Su padre, y su segunda esposa, les habían dado una de las habitaciones del servicio a las dos, y desde entonces pudo verla a diario.

A veces, él bajaba a las habitaciones de los empleados internos para charlar con ella o jugar, y a veces era ella que se colaba donde él estuviera para observarlo mientras trabajaba o practicaba. Adam vivía siempre muy ocupado; su padre le hacía tomar clases de piano, esgrima, kick boxing, equitación, tenis, todo al tiempo y sin descanso. Eran escasos los momentos en que podía sentarse con ella en una banqueta y charlar. Escasos y preciosos, porque a medida que fueron creciendo, ella se fue haciendo más hermosa, más mujer, y a él le era inevitable advertir esos sutiles cambios.

—¿Es decir, que él se fue de su país y por eso compuso esta obra tan bella? —preguntó Tess cuando él tocó para ella una hermosa pieza de piano compuesta por Chopin. Adam rio negando.



—No, la compuso cuando supo que jamás volvería a su tierra.

—Oh... Uno pensaría que los hombres no se entristecen por cosas así.

—Claro que sí. Imagínate quedarte para siempre en un lugar extraño, sin volver a ver a tus amigos de la infancia, o las personas que amas. Quedarte para siempre... allá, donde eternamente serás un forastero—. Tess había mirado el piano, como contagiándose de la tristeza de Chopin al fin.

—Pues sí, es muy triste.

—Algunos artistas le han puesto letra —siguió Adam, tocando suavemente la melodía principal—. José Carreras, un tenor español, canta una canción con la misma melodía, pero él se la dedica a ese amor que nunca volvió, que nunca le correspondió. Le dice:

*dimmi perché*

*Fai soffrir quest'anima che t'ama?*

—¿En qué idioma está eso?

—Italiano. ¿Sabes? —se entusiasmó él— Cuando seas mayor de edad, te llevaré a Europa para escucharlo cantar... en vivo y en directo—. Tess se echó a reír, no dijo nada, sólo le pidió que volviera a tocar la pieza, y él lo hizo con todo gusto.

—Creo que, cada vez que escuche esta canción, pensaré en el pobre Chopin lejos de casa. O en el amante que jamás fue correspondido—. Adam la miró con una sonrisa, dándose cuenta de que era inútil negarlo; él se había enamorado de ella.

Se había convertido no sólo en su mejor amiga, la persona a la que le contaba desde asuntos de vital importancia hasta la más leve tontería; se estaba convirtiendo en la mujer con la que soñaba.

Su padre nunca puso peros a aquella amistad, parecía no darse cuenta por estar demasiado inmerso en su trabajo, o absorto por su tercera o su cuarta esposa, los viajes y etc. Tess y él vivieron en la misma casa por seis años, hasta que él se fue a la universidad.

—Compré algo para ti —dijo Tess cuando se despedían. En unos minutos, él sería llevado al aeropuerto en uno de los autos de la casa, y no volvería sino, tal vez, en las vacaciones.

Tess sacó algo de una caja de cartón y se lo mostró. Era una pequeña caja musical, y Adam sonrió mirándola un poco extraño.

—Es para que te dé buena suerte y vuelvas pronto a casa —dijo ella mientras él le daba cuerda y la hacía sonar. La melodía sonaba un poco más

aguda, pero de inmediato él la reconoció. Chopin. Sin poder evitarlo, y sumamente conmovido, él se le acercó y la besó. Un beso en los labios que la tomó por sorpresa, pero que no la molestó.

—No te olvides de mí —le pidió él, besando ahora su mano y mirándola con tristeza. Ella tenía los ojos húmedos, pero sonreía.

Y entonces él se fue, con alegría y miedo a la vez. Alegría porque la había besado, y miedo porque la estaba dejando.

Y luego ella dejó de contestar sus mails, y lo siguiente que supo fue que se había ido de la casa con su abuela y nadie sabía a dónde.

La buscó un largo tiempo, pero la vida y sus obligaciones le exigieron continuar, a seguir adelante. Él se graduó y volvió a casa, y su padre le presentó a Christen Donovan, hija de un importante socio de su padre, y poco después los prometieron y casaron. Y tan sólo un año después, se divorciaron.

Y la siguiente vez que vio de nuevo a Tess fue casi trece años después de haberle dado aquel primer beso, y ella estaba casada con un hombre que la había abandonado, y tenía tres hijos, y había olvidado por completo su nombre, y su cara, y a él le dolía el alma.

*Dimmi perché...*

—¿Tan mal te fue? —le preguntó Heather a Tess por teléfono esa misma noche, mientras ella cerraba la puerta de la habitación de sus hijos después de comprobar que estaban bien.

—¿De qué hablas? —preguntó.

—Pues, ¡de tu cita con Adam Ellington! —protestó Heather —Has vuelto muy temprano, ¿no? Por eso deduzco que fue mal—. Tess entró a su habitación para desvestirse.

—Oh... Fue un desastre total, Heather —contestó Tess poniendo el altavoz para poder ponerse su pijama—. Yo... Te digo que ni siquiera recuerdo de qué hablamos, sólo sé que me enfadé y nos vinimos antes de pedir la cena.

—¿Cómo puedes no recordar algo que acaba de suceder? —Tess se encogió de hombros—. Oh, diablos, otra vez usaste a August como excusa para no involucrarte, ¿no es así?

—Yo nunca hago eso.

—Sí lo haces. Todos terminan con la impresión de que eres tan tonta como para seguir enamorada de un hombre que te abandonó en tan malas condiciones, pero es tu táctica para alejarlos; no me digas que...

—Yo nunca hago eso —repitió Tess, ceñuda—. Pero eso no importa.

—¡Sí importa! Ah... mamá se va a disgustar. Tenía esperanzas de juntarte con Adam, porque si hiciste eso, jamás te va a volver a buscar—. Tess se echó a reír.

—Esa era la idea. Él no me gusta.

—¿Estás siendo sincera?

—Bueno... Admito que es guapo, y... tiene cierto encanto, pero... No sé... Hay algo en él que me parece... sospechoso.

—¿Sospechoso?

—Sí. Oí decir que es un mujeriego consumado; y si me busca sólo para... ya sabes... Yo no quiero eso.

—Tess...

—Ya sé lo que me vas a decir... —la interrumpió, encaminándose a la cocina con el teléfono en la mano y buscando algo que comer—. Que tengo que mirar hacia adelante, volverme a enamorar y todo eso. Y lo sé... lo entiendo, aunque parezca que no. Pero de entre todos los hombres en el mundo... el último en el que me fijaría, sería este tipo... ¿cómo es su

apellido?

—Ellington —le contestó Heather suspirando—. Adam Ellington. Qué mala memoria tienes. Pero algo que parece comprender al fin es lo referente a tu vida... Al fin has dejado de esperar a August—. Tess guardó silencio.

Era verdad, ni ella lo podía negar. Su esposo se había ido sin importarle si ella estaba bien, si tenía para comer, si sobrevivía al parto, y los dos pequeños eran atendidos mientras tanto. Habían sido los peores días de su vida; mirar una y otra vez la puerta con la esperanza de que el hombre que había prometido amarla y cuidarla hasta el día de su muerte volviera a ella.

Ya no podía seguir amando a alguien así, y aunque como mujer se sentía sola, extrañando no sólo al que había sido su único amante, sino su amigo, su compañero y cómplice, era más que claro que no podría volver con él, jamás podría perdonarle.

Armó un sándwich y salió de la cocina hacia la sala, con el teléfono sujeto con el hombro.

—Si algún día regresa... No lo sé, Heather... —suspiró, sentándose en el sofá—. Necesito, aunque sea, saber el por qué... Me dejó con tantas preguntas e incertidumbres, y por tanto tiempo no hice sino preguntarme: ¿qué hice mal?, ¿en qué fallé? Pero a estas alturas, entiendo que el que falló fue él... Y si acaso tiene derecho a volver a sus hijos, pero a mí... me rompió el corazón, Heather. Me hizo daño y no sé cuándo pueda volver a estar sana.

—Pero mientras tanto, el tiempo corre y la vida se nos va. ¿Qué era lo que me decías a mí? Que disfrutara la vida, el momento, que me despelucara y no sé qué más—. Tess se echó a reír.

—No es lo mismo. Tú eras una mujer soltera, sin hijos, sin más que la juventud por delante para volver a empezar. Yo tengo a tres niños que dependen completamente de mí y de mis decisiones, y en este momento ni siquiera sé si quiero volver a involucrar a un hombre en mi vida, mucho menos en la de mis hijos.

—Pero... ¿acaso quieres ser como yo, Tess? —Tess torció el gesto y se recostó en el espaldar del sofá con el sándwich en la mano.

No, eso no le pasaría a ella. Todavía era joven, tenía apenas veintinueve años.

En algún momento...

¿En algún momento, qué?, se preguntó. ¿Sería capaz de volver a enamorarse? ¿Conocería a alguien más?

¿Le daría ella la oportunidad a ese alguien?

—Sam... —murmuró, y Heather guardó silencio, sabiendo que algo estaba pasando en la mente de su amiga—. No, no quiero eso... pero... es inevitable, ¿verdad? Soy incapaz de olvidar—. Escuchó a Heather respirar profundo.

—Ruego por ti, amiga —contestó—. Mereces ser feliz. Más que nadie—. Tess sonrió, y se despidió de su amiga y cortó la llamada.

Miró la sala, que estaba completamente silenciosa a esa hora de la noche. Los niños estaban dormidos ya, y ella sola aquí, pensando en que la vida se le estaba yendo y no era capaz de volver a empezar.

A pesar de tener a Heather como ejemplo de lo que podía pasar si no dominabas sus emociones, ella no era capaz de mirar hacia adelante. Una cosa era aconsejar a una anciana de ochenta años que volvía a estar en el cuerpo de una chica de veintitrés a que se aventara a vivir la vida, que cometiera locuras, porque sabía que era demasiado sensata como para llegar al extremo... Y otra cosa muy distinta era su propia vida. Ella no estaba sola, tenía a tres vidas que dependían completamente de sus decisiones. Si le rompían de nuevo el corazón, otros tres pequeños corazones saldrían lastimados también, y se arrancarían ese miembro del pecho antes que permitir que alguien les hiciera daño.

¿Qué estás haciendo con tu vida?, se preguntó, y de repente notó que la pregunta no venía de sí misma, sino que cada cosa alrededor parecía gritarlo. ¿Qué estás haciendo con tu vida? Cada día cuenta, ¡cada día es una vida!

Pero estaba aquí, atrapada. Se sentía incapaz de avanzar, porque, debía aceptarlo, tenía miedo. Miedo de volver a ser como antes, miedo de volver a amar y ser abandonada. A ella no la habían amado como se debía, y ni unos hijos habían ayudado a que ese hombre se lo pensara mejor antes de irse. ¿Cómo podía amarla alguien que no tenía lazos con esos tres chiquillos? ¿Cómo podría volver a confiar?

Estaba rota, rota para siempre.

—Tess —escuchó decir, y levantó la mirada. Se puso en pie abriendo grande su boca y sus labios. Allí, de pie en medio de su sala, estaba August, tan alto, tan fornido, tan guapo, tan... él. Estaba tal como la última vez que lo vio, con su cabello rubio corto, una camisa a cuadros a la que ella misma le había pegado unos botones nuevos, pero con un brillo que jamás le había visto en su mirada. Los ojos se le humedecieron olvidando momentáneamente todo lo que había sufrido los últimos dos años por culpa de él; todas sus miserias,

todas sus lágrimas, toda su soledad, y corrió a él porque... porque era August.

Pero cuando estuvo a un par de pasos se detuvo.

Sí, definitivamente era él. No sólo el hombre que había representado todas sus alegrías y momentos felices, sino también, todo su dolor y momentos horribles.

—Tú... Has vuelto —dijo, mirándolo con dientes apretados.

—Sí —confirmó August, y dejó en el suelo un maletín que seguramente contenía su ropa. El suave sonido que hizo al depositarlo en el suelo pareció ayudar a terminar de despejarle un poco la mente.

—¿Hasta ahora? ¿Te tomó tanto tiempo encontrar el camino?

—Lo siento, Tess...

—¿Qué? ¿En serio? ¿Pretendes arreglarlo todo con un “lo siento”?

—Lo siento profundamente —insistió él—. Te amo. No he dejado de amarte, ni de pensar en ti. Estoy tan arrepentido de haberte dejado... Por eso he vuelto. Lo siento. Perdóname.

—Pero... —él se acercó a ella y le tomó el rostro en sus callosas manos. Las manos de un hombre trabajador, pensó Tess, que se le mide a todo con tal de darle a su familia lo que necesitaba. No eran las manos manicuradas de ese tal Adam, no. Y él era su marido, y era otra vez su olor, sus increíbles ojos azules, su cabello suave y abundante...

Por un momento, por un microsegundo, los dos años pasados desaparecieron, y volvieron a ser los mismos niños de antes. Él volvió a ser el mismo August inteligente, guapo y divertido; su apoyo, su amigo. Así que cuando él se inclinó para besarla, ella no pudo rechazarlo, porque estaba tan hambrienta de esto, de sus besos, de su atención, y su cuerpo empezó a desfallecer con estos besos tan conocidos, tan íntimos.

Había una marca que el hombre dejaba en el cuerpo de su esposa que jamás se podría borrar; un conocimiento, una identidad. Era innegable, era una tontería ignorarlo. Él la conocía en todos los aspectos posibles...

—Oh, Tess —oyó decir, y todo su cuerpo se envaró, alarmado, aunque no supo por qué. Se alejó un poco y algo la espantó. El cabello de August ya no era rubio, sino negro, y cuando al fin pudo mirarle la cara se espantó. ¿Quién era este hombre?

Heather había dicho su nombre. Adam... Adam Ellington.

—¿Qué haces aquí? Cómo...

—Perdóname por tardar tanto en encontrarte —le dijo este hombre, que no

era August. Tess empezó a hacer fuerza para alejarlo, pero él la tenía atrapada en sus brazos—. Fueron demasiados años sin ti.

—No, aléjate. Tú... ¡No! —gritó, y abrió sus ojos dándose cuenta de que seguía sentada en el sofá, que la sala estaba en penumbra, que August no había regresado, que todo había sido una mala pesadilla.

Sintió un vacío tan grande, y se sintió tan tonta, tan tonta... Pero ¿qué diablos le había pasado?, se preguntó tratando de evitar un sollozo. ¿Es que acaso no se valoraba a sí misma? ¿Y en la realidad, sería tan idiota como para permitir que August la abrazara y la besara así otra vez? ¿Por qué diablos soñaba con él? Hacía tiempo que él ya se había ido de sus sueños, de los que se tenían de día y de noche.

Tenía anhelos, y al principio sólo los veía representados en August, pero conforme el tiempo había ido pasando, él ya se iba desapareciendo. Y ahora había soñado con él y en este sueño ella era todo lo que odiaba en una mujer: no había tenido carácter, lo había dejado besarla y abrazarla, aprovechándose de su debilidad.

De no haberse convertido él en el tipo de la cita de hoy, ¿hasta dónde habría llegado?

Se dio cuenta de que el sándwich seguía intacto en su mano, y se levantó para meterlo en el refrigerador mientras se cubría los labios y evitaba, con todas las fuerzas de su alma, llorar. Llorar no llevaba a nada, sólo profundizaba su soledad, porque no había nadie que la consolara.

Tess Warden era una tonta.

—Y al final, hubo que ponerlo en su lugar —iba diciendo Abel Robinson, uno de los más importantes socios en la compañía que Adam presidía—, y SteelWoods ahora es completamente nuestra —sonrió, y luego concluyó diciendo: —De nada—. Adam asintió, aunque no había prestado mucha atención—. Traeré para ti los papeles que debes firmar.

—No hace falta...

—Debe hacerse hoy mismo, Adam —insistió Abel. Pero es domingo, quiso decir Adam, no quiero firmar nada hoy; sin embargo, Abel se puso en pie, y luego Adam comprobó que no era sólo para ir por unos papeles, sino para fumarse un puro. Adam miró a Horace Goldman, su otro socio, quien sonrió meneando su cabeza.

—No has prestado atención a nada de lo que dijo.

—Claro que sí.

—Claro que no —insistió Horace—. ¿En qué piensas, Adam? Si no querías venir, sólo debiste negarte—. Adam se recostó en su cómodo sillón mirando la lejanía. Lo habían citado aquí para hablar de negocios; Abel y Horace eran hombres que vivían y morían por sus empresas, y su padre también había sido así. Adam sólo estaba siguiendo la tradición, sólo que era prácticamente un niño delante de este par de hombres que lo habían visto crecer, y a veces, a pesar de sus treinta y uno, lo trataban así.

—Es verdad... —admitió al fin—. Quisiera estar en otra parte.

—Y en otra compañía, imagino —sonrió Horace—. ¿Y qué haces aquí, entonces? Vamos, ve por ella.

—¿Cómo sabes que es una mujer?

—Porque tus ojos no brillarían tanto si fuera por otra cosa— Adam sonrió.

—¿Recuerdas a Tess, Horace? —Horace ladeó un poco su cabeza y lo miró como si se esforzara en recordar—. La chica que trabajó en mi casa, junto a su abuela, por varios años. Creo que te he hablado de ella.

—Oh, claro que sí. Una joven guapa... No me digas... —Adam sonrió asintiendo.

—Hace un tiempo, la volví a ver, pero... Ella no me recuerda.

—No es posible. Pasaron juntos muchos años, con todas sus aventuras.

—Pero me olvidó. ¿Algo así puede ser posible? —Horace se encogió de hombros.

—Las mujeres son buenas olvidando—. Adam elevó una ceja, pues seguro que Tess era la mejor en eso—. ¿Y ya le has hecho recordar? —Él sacudió su cabeza. ¿Cómo decirle que cada vez que intentaba explicarle quién era él, y por qué razón debía ella recordarlo, terminaba diciendo alguna tontería totalmente diferente? Su propia lengua lo traicionaba, o se quedaba callado como un imbécil—. No me decepciones —sonrió Horace, poniéndose en pie—. Siempre hay algo que se puede hacer. Debes conocerla bien, y ella a ti. Algo hará que se dispare su memoria. Vamos; oblígala a recordarte—. Adam sonrió asintiendo, viendo a Horace alejarse hacia donde estaba Abel, y los vio charlar desde su lugar.

Obligarla a recordar...

“No te olvides de mí”, le había pedido él cuando se despidieron aquella vez, cuando ella le dio aquella hermosa caja musical... pero ella sí que lo había olvidado a él, completamente...



Algo lo hizo detenerse en sus pensamientos. Aquella caja musical, él todavía la tenía. Sí, la había conservado todos esos años. Durante la universidad, la tuvo a la vista, y cuando volvió a casa, la guardó muy bien...

Se puso en pie sintiendo el corazón palparle fuerte en el pecho, y caminó rápido hacia donde tenía su auto aparcado.

—¿A dónde vas, Adam? —preguntó Abel—. No hemos terminado.

—Yo sí —le contestó Adam—. Firmaré esos papeles mañana en la oficina.

—Pero qué...

—Déjalo —le pidió Horace a Abel—. Es joven y tiene cosas que hacer un domingo—. Abel lo miró como si no comprendiera el lenguaje en el que le hablaba.

Adam subió a su auto y se encaminó directo a su mansión. Gregory le habló acerca de correspondencia, de acontecimientos tal vez importantes, pero Adam no le prestó atención. Fue directo a la caja fuerte de su habitación y puso la combinación.

Dentro, en el fondo, había una pequeña caja musical. No tenía la típica bailarina de ballet, ni un cisne, ni nada, era una simple cajita de madera con una pequeña manivela saliendo de uno de sus lados. Sin poder evitarlo, le dio cuerda y la música empezó a sonar.

*È triste il mio cuor senza di te...*

Tal vez esto le hiciera recordar quién era él sin que tuviera que usar las palabras. Ya había entendido que tratar de explicárselo era infructuoso, y ella no parecía interesada en escucharlo. Salió de la mansión con la caja musical en su mano y fue directo a la casa de Tess. Una vez allí, llamó a la puerta, pero nadie le abrió.

—Salió con los niños —le dijo una vecina; tenía un poco de sobrepeso y llevaba una amplia bata de estar en casa—. Están en el parque —le dijo, y le señaló con el brazo.

Sí, había visto el parque de camino aquí, estaba a sólo una cuadra. Volvió a subir al auto y condujo hacia allí.

Tal vez se bajó con mucha prisa, porque no vio al chico que venía en motocicleta, y éste lo esquivó un poco violentamente.

—¡Ten cuidado, idiota! —le gritó, y Adam se quedó allí, sorprendido, y apretando la caja musical en su mano. Dio el primer paso para cruzar la calle, y entonces un coche se detuvo justo a su lado, a punto de atropellarlo.

—Qué te pasa, imbécil —le gritó el conductor, Adam se disculpó, y con

más cuidado del normal, cruzó al fin la calle.

Mientras avanzaba, un pájaro voló delante de su cara, y luego un perro de repente se puso agresivo y empezó a ladrarle; su cuidadora tenía que usar toda su fuerza para controlarlo.

Localizó a Tess. Estaba en los juegos infantiles vigilando a sus hijos. Kyle rodaba en el resbaladero mientras Rori se columpiaba. Nicolle estaba en la caja de arena.

Adam se dirigió a ellos, vigilando que nada se atravesara, o lo mordiera, o lo picoteara, y al fin, luego de lo que pareció ser un largo camino lleno de obstáculos, la alcanzó.

Otra vez, ella lo miró confundida, como preguntándose quién era, y qué quería. Él ya no se molestó, sólo puso delante la pequeña caja musical.

—Qué... —empezó a preguntar ella, recibiendo la caja y mirándola ceñuda, confundida.

—Yo a ti —dijo él— nunca te olvidé. Nunca, Tess. Tuve que seguir mi vida, me casé con otra mujer... pero no te olvidé. Tú a mí sí. Pero por favor, recuérdame—. Tess abrió la boca para decir algo, pero Adam se acercó a ella y besó su mejilla—. Estaré cerca —dijo, y dio la vuelta alejándose.

Tess estaba sorprendida. Miró la pequeña caja de madera en sus manos tratando de encontrarle un sentido a lo que había dicho este hombre. Era un amigo de Georgina, la madre de Heather, y ahora recordaba que siempre que hablaba con él, era extraño, y molesto, y... Sí, era un mujeriego, recordó, y se había atrevido a besarle la mejilla.

Se limpió el beso sintiéndose irritada, y lo vio caminar hacia los autos que estaban aparcados frente al parque. Miró de nuevo la caja musical y le dio vuelta a la manivela, dos, tres veces.

Y la música empezó a sonar.

*È triste il mio cuor senza di te*

*Che sei lontana e più non pensi a me*

*Dimmi perché.*

Una serie de imágenes empezaron a sucederse en su cabeza, imágenes como de una película vista en su niñez, sólo que no era una película, era su vida.

El enorme piano Yamaha en la lujosa sala de una mansión de ricos. El niño de cabellos negros y ojos azules que lo tocaba, su sonrisa... El significado de la canción, Chopin, Adam... el mejor amigo que tuvo en toda su vida...

—Adam —dijo de pronto, con el corazón bombeando acelerado, los ojos inmediatamente humedecidos, las palmas de sus manos sudorosas—. ¡Adam! —gritó, y corrió tras él.

Adam estaba al interior de su auto, al otro lado de la calle, y cuando vio que ella lo llamaba, sonrió. Abrió la puerta para ir a su encuentro, y entonces un auto se estrelló contra el suyo.

Fue de repente. El auto perdió los frenos, patinó, y la defensa trasera se incrustó en su puerta; ésta se hundió, las bolsas de aire se dispararon, pero él terminó atrapado entre la puerta, el volante y el asiento, y con su cuello en un ángulo imposible.

—¡ADAM! —gritó Tess con toda su garganta, y corrió a él. Llegó al auto, pero no podía verlo a través del cristal roto, y dio la vuelta para abrir la otra puerta, y entonces alguien le impidió tocarlo. Empezó a patear para liberarse del que la sujetaba, y cuando al fin lo logró, se metió en el auto y tomó la mano de Adam. Adam Ellington, el chico que le había dado su primer beso y había prometido no olvidarla jamás, estaba allí, con sus ojos cerrados, con sangre sobre su camisa blanca, con el cuello roto.

—No me dejes —le pidió—. No tú. Por favor. Tú no me dejes—. Él no abrió sus ojos, ni movió sus dedos para devolverle el apretón—. Adam, te lo ruego, por favor, vuelve a mí. Te lo ruego, por Dios, Adam...

La gente empezó a aglomerarse, espantados por lo súbito del accidente. Aunque había algunos locales comerciales alrededor, aquella no era una calle transitada como para que un accidente de este tamaño sucediera. ¡No estaban en una autopista!

Los paramédicos llegaron, de inmediato con sus guantes de látex puestos. Movieron al fin a Tess y la alejaron para poder examinar a Adam.

Ella lloraba. ¿Cómo pudo esto haber pasado? ¡Acababan de reencontrarse!

Y antes de que el paramédico se lo dijera, ella ya lo sabía. Adam se había ido.

Ah, el corazón le dolía, ¡ardía! ¿Era su culpa? Si tan sólo ella lo hubiese reconocido cuando le habló allí en el parque... Si tan sólo...

Oh, Dios mío. Él había estado intentando hablar con ella desde hacía semanas... ¡meses!

Anoche habían salido, y él había querido decirle algo, y ella lo había arruinado todo acusándolo de mujeriego, de tener segundas y terceras intenciones. ¿Qué le había pasado?

Vio cómo se llevaron su cuerpo, y no pudo evitar llorar, llorar por él, llorar porque lo había perdido otra vez.

—Dios, era tan joven —dijo alguien, lamentándose, y Tess sólo miraba al frente, con los ojos secos. Ahora los tenía secos. No había parado de llorar en todos estos días. Cuando en la iglesia hablaron cosas tan bonitas de él, cuando lo dejaron en tierra junto a sus padres no había parado de llorar, pero ahora parecía indiferente a todo, sentada en un mueble de la sala de aquella casa en la que había vivido de niña, que ahora parecía tan fría y muerta.

Tess estaba impactada, todavía no se lo podía creer. Era tan irreal, como un mal sueño.

—Señorita Tess —saludó alguien, y ella al fin levantó la mirada.

—¡Greg! —exclamó. Ahora que había recordado a Adam, recordaba todo lo demás. Gregory había sido el mayordomo de esta casa, y había cuidado a Adam desde que naciera, y desde que su madre muriera, había sido lo único constante en su vida.

Sin poderlo evitar, se acercó a él y lo abrazó, y otra vez volvió el caudal de lágrimas. Gregory miró en derredor. No era usual que una joven abrazara a alguien del servicio, y seguro que ya estaban murmurando, así que, con delicadeza, la tomó por el brazo y la alejó hacia la cocina.

—He visto que no ha comido nada, y debe...

—No tengo hambre.

—Pero debe...

—Nada pasa por mi garganta —insistió ella—. No, puedo... el nudo no me deja, Greg. Oh, Greg... ¿Por qué la vida es tan injusta? Era demasiado joven, tenía... tantas cosas que decirle... —Gregory bajó la cabeza asintiendo, al parecer, sin nada que decir a eso.

—¿Conocías a mi hijo? —preguntó una mujer entrando también a la cocina, y Tess se giró a mirarla. Era una rubia muy guapa de ojos gris pálido. Vestía de negro, y sus ojos tenían la marca de las lágrimas. No podía ser la madre de Adam, ella había muerto mucho antes de que él y ella se conocieran. La mujer sonrió al comprender la confusión de Tess—. Yo no lo di a luz, sólo fui la segunda esposa de su padre, pero creo que soy lo más cercano que él tuvo a una madre.

—Felicity Hightower —dijo Tess de repente, y la mujer la miró elevando sus cejas—. La conozco... yo... Soy la nieta de Ellen Abbot... Usted contrató

a mi abuela para que trabajáramos en su casa... Pero luego se divorció del señor Aaron, y... —Felicity pareció confundida un momento, pero su mirada se fue iluminando al reconocerla.

—Claro que las recuerdo... Oh, eres Tess... Dios, qué alegría verte —Felicity la abrazó como si fuera una vieja amiga, lo que sorprendió un poco a Tess. Sabía que estas grandes señoras nunca se mostraban tan cariñosas con sus empleados—. ¿Sabes lo mucho que te buscó Adam?

—¿A mí?

—No tienes idea de lo que ese pobre pasó cuando... se enteró de que tú y tu abuela se habían ido. ¿A dónde se fueron? ¿Dónde estuviste todo este tiempo? —Tess parpadeó varias veces mirando al suelo. De verdad, ¿qué había sucedido?

Un año después de que Adam se fuera, su abuela había renunciado al trabajo con los Ellington, y juntas se habían ido a Los Ángeles. Por más que le rogó que no se fueran, Ellen estaba decidida, y dado que tenía la patria potestad sobre ella, y ella aún era menor de edad, había tenido que obedecer y seguirla. Se habían enojado mucho, pero la abuela sólo decía que ahora estarían mejor. En Los Ángeles, la anciana encontró trabajo en un hotel, y ella siguió estudiando, aspirando entrar a una universidad para no quedarse atrás, para estar a la altura de Adam, y lo había conseguido, pero luego... olvidó completamente a Adam. ¿Por qué?

Ellen falleció y ella se quedó sola, deprimida, y apareció August, y quedó embarazada...

De repente toda su vida estaba pasando ante sus ojos, como si hubiese olvidado todo esto, como si no fuera su vida, sino la de alguien más, y su corazón empezó a latir con fuerza, porque ahora se estaba dando cuenta de que si había perdido a Adam había sido su culpa. En su cerebro siempre estuvo la información de dónde estaba él, dónde encontrarlo, pero a partir de un punto, todo acerca de él pareció desaparecer.

—¿Me buscó? —preguntó, aunque la respuesta era obvia.

—Muchas veces —contestó Felicity— y durante mucho tiempo—. Se miraron la una a la otra en una muda comunicación, y Gregory puso en sus manos una taza de té humeante. Tess bajó la mirada hacia la taza y trató de respirar hondo, o volvería a llorar descontroladamente.

—La muerte no es justa —dijo al fin, sintiendo que le faltaba el aire—. Adam no debió morir. No era su momento, es injusto. Injusto.

—Al contrario, Tess —dijo Felicity con delicadeza—, es lo más justo que tenemos en la vida; nos llega a todos por igual.

—Pero Adam... Él no... No era su hora.

—¿Qué sabemos? ¿Tenemos manera de saber cuándo será nuestra hora?

—No, pero...

—Sólo nos queda estar listos.

—Pues yo no estaba lista —lloró Tess de nuevo—. Para nada—. Felicity respiró profundo y tomó la mano libre de Tess.

—Te entiendo.

—Ni siquiera puede... decirle... tantas cosas. Teníamos... tanto que hablar —. Felicity asintió sin decir nada—. Me perdí su vida —lloró Tess. Durante todos estos años... no supe de él...

—Entonces —dijo Felicity llevándola hacia la mesa de la amplia y luminosa cocina—, ven, te contaré todo lo que quieras saber acerca de Adam —. Tess la miró a los ojos un poco sorprendida por ese ofrecimiento—. Todo lo que él te hubiera contado, y todo lo que puedo decirte yo.

—¿De verdad? —Felicity asintió con una sonrisa triste.

—¿Por dónde empiezo?

—Supe que él... se casó... y se divorció—. Felicity contestó con un asentimiento.

—Se divorció tan sólo un año después; Christen, aquí entre nos, fue una perra.

—Ella...

—Cometió adulterio... —contestó Felicity—. Adam no la odió, a pesar de eso. Por el contrario, casi la justificó. Me dijo que en cuanto volvieron de la luna de miel, ella se empeñó en quedar embarazada, y cuando pasados los meses eso no sucedía, fue a los médicos. Éstos no hallaron nada malo en ella, así que arrastró a Adam a hacerse los exámenes... y resultó que Adam... era estéril.

—¿Qué? —Felicity asintió.

—Los médicos no dieron con la causa... él simplemente... jamás iba a ser padre —Tess cerró sus ojos, y Felicity siguió hablando, diciendo algo acerca de que Christen pudo haber hecho las cosas de un modo diferente, sin tener que humillar públicamente a Adam, pero ella ya no fue capaz de pensar en nada más.

Recordó a Adam con Nicolle en sus brazos, la manera como la acostó en su

cuna, la delicadeza con que la había arrullado.

Las manos le temblaron, completamente empapada en sudor, y sintió que ya no podía más, así que se puso en pie y caminó al jardín dejando a Felicity prácticamente hablando sola. Se iba a ahogar, no le entraba el aire. Miró las plantas, sus flores, la luz del sol sobre ellas, pero todo eso lastimó su vista... Sin embargo, siguió mirando alrededor, como si buscara algo, o a alguien.

—Devuélvemelo —pidió, no supo a quién, y con los puños y los dientes apretados, reclamó: —No sé quién te dio permiso de borrarlo de mi memoria, de borrarlo de mi vida... Ahora te lo exijo: devuélvemelo.

—¿Tess? —la llamó alguien, pero Tess no atendió.

—Que me lo devuelvas...

*¿A quién? Preguntó. ¿A August? O, ¿a Adam?*

Fue demasiado para Tess, y sin poder respirar, sin fuerza en sus miembros, cayó al suelo.

Adam Ellington estaba sentado en el suelo, contra la pared, mirando el piano de la sala de su casa, o lo que parecía ser su casa, pues eran los mismos muebles y ventanas; con los mismos colores, texturas, la misma luz. Tenía sus ojos clavados en el piano de madera, negro, afinado, con un sonido precioso.

Lo habían mandado afinar muchas veces durante su vida, y un anciano ciego venía, se sentaba frente a él y lo volvía a dejar como nuevo. A él siempre le había fascinado la manera en que, sólo ayudado por su oído y unas pocas herramientas, hacía su tarea.

Su padre había descubierto que tenía habilidad para la música, y de inmediato había contratado a los mejores maestros para él. Sin embargo, le dijo que era sólo para que tuviera algo en qué ocupar ese talento, pues lo que se esperaba de él era que dirigiera en el futuro las empresas.

Los negocios también pueden ser música, había dicho su padre. Y era cierto... a veces. A su vida había llegado un momento en que ni la música era música.

Y ahora estaba aquí, delante del piano, solo, confundido.

Aunque se parecía mucho a la sala de su casa, esta no era la mansión, no era ningún lugar. Había intentado ir a otra habitación, pero era como un laberinto donde todos sus caminos desembocaban en esta sala. No importaba la dirección que tomara, él terminaba aquí otra vez.

Se había rendido, y ahora estaba sentado tratando de olvidar, lo que era una tontería, pues todo lo que se venía a su mente eran imágenes de su pasado, toda su vida entera, y, en casi toda su vida, estaba Tess.

Para agravar el estado de todo, el tiempo no pasaba, el sol no se ponía, la luz no menguaba, no se escuchaban los ruidos del exterior, de la naturaleza, ni los normales de una casa habitada, nada pasaba.

Había llamado a Greg, pero eso no tenía sentido; Greg estaba vivo, él, en cambio, no.

Comprender eso le había costado mucho. Antes, su corazón palpitaba dentro de su pecho, podía ver, oler y sentir. Pudo ver la sonrisa de Tess cuando se acercaba a él en ese parque...

Esa sonrisa, ¿significaba que lo recordaba, que había reconocido la caja musical?

¿Venía hacia él? Quería creer que sí, deseaba desesperadamente que fuera



así.

Pero, ¿ya para qué?, reflexionó, ya no volvería a ver a Tess, nada tenía sentido ya.

Cerró sus ojos recostando su cabeza contra la pared. Sentía que toda su vida había sido un desperdicio. Si pudiera volver en el tiempo, le diría a Tess mucho antes lo que sentía por ella, la habría besado no más verla. No habría tenido miedo de hacerle daño, porque al ser él un heredero, y ella la nieta de la doméstica, seguro que la atacarían, y su padre intervendría alejándola al verla como una amenaza. Todos esos miedos le importarían menos que nada, no habría sido tan precavido, y estaría con ella. Él no sería como su tío, que dejó pasar el amor por orgullo, por vanidad. Él sí se habría quedado con Tess.

Pero... ¿para qué?, se preguntó. No habría podido darle hijos, y ella, tal vez, lo hubiese dejado también.

No había consuelo ni en sus más tontas ensoñaciones, volver en el tiempo no habría servido de nada, hacer las cosas diferentes no tenía propósito. Las cosas habían ocurrido así, y él sólo trató de acomodarse a la nueva situación. August Warden no estaba, Tess estaba sola; había pensado que sólo era cuestión de tiempo para que ella dejara de esperarlo, pero no sólo no fue así, sino que a él no lo recordó.

Su alma no dejaba de doler. ¿Por qué todo en su vida tenía que ser tan difícil? En cuanto al amor, en cuanto la familia, no había tenido nada de suerte, si es que esa clase de suerte existía. No había un instante que él quisiera recordar y que no le produjera dolor, sólo ese tiempo, los años que estuvo con ella, porque con ella, todas las penas palidecían y se hacían llevaderas. El día más bonito para él había sido aquél cuando la conoció, y eran sólo unos niños, y la luz era brillante justo como ahora, y él vio por primera vez los bellos ojos de Tess.

Tal vez era por eso que estaba aquí, en este lugar y momento tan extrañamente parecidos al de esa vez.

Una bruma empezó a formarse entre el piano y él, y Adam se puso en pie entre sorprendido y aprensivo. Sin embargo, la bruma no tomó una forma concisa, sólo era una sombra demasiado extraña flotando ante él.

—¿Hay alguien... ahí? —preguntó, y Adam no escuchó ninguna voz, ni nada, pero supo que había inteligencia en esa sombra.

*No deberías estar aquí*, dijo la sombra, o tal vez fue una voz que oyó en su cabeza. *No era tu momento*. Adam sintió un dolor atravesarle el pecho y

llegar a su garganta. No, no era su momento; él debía estar allá, vivo, siguiendo adelante fuera lo que fuera que Tess había decidido con respecto a él, pero... ¿qué podía hacer?

Sus ojos se humedecieron, y pestañeó para ahuyentar las lágrimas.

—¿Puedes...?

No, contestó la sombra antes de que pudiera formular completamente la pregunta. Iba a preguntarle si podía devolverlo, si podía regresar.

—Entonces... —la sombra flotó hacia él y lo tocó, y de repente estuvieron en la calle, el lugar donde se había accidentado, y vio el automóvil prácticamente desecho, con el otro vehículo incrustado en su puerta. Él estaba dentro, o su cuerpo; podía ver a la gente que se empezaba a amontonar alrededor del siniestro. Era su muerte.

Adam se puso una mano en el cuello, dándose cuenta de que el suyo estaba en perfecto estado... y también de que podía sentir los rayos del sol en su piel, la brisa, y que su corazón palpitaba en su pecho. La gente tropezaba con él, lo que indicaba que estaba aquí en cuerpo y alma, y podía sentir y palpar...

¿Qué significaba esto?

Un llanto, una mujer lloraba. Era Tess. Caminó a ella, pero en el momento en que quiso tocarla, el escenario cambió. Ahora era de noche y estaba en un callejón mal iluminado; parecía la parte trasera de un bar muy lejos, lejos del Estado de California, pues hacía frío, y su aliento, porque tenía aliento, se volvía blanco al contacto con el aire.

—¿Dónde estoy? —preguntó abrazándose, pues no tenía ropa adecuada para esta temperatura. Pero la sombra no contestó, sólo dijo:

No se lo digas a nadie.

—¿Decir qué?

De pronto se quejó cayendo de rodillas al suelo. Miró en su vientre un cuchillo enterrado, y la sangre que salía a borbotones.

—¿Qué?

—Eso es por no haberte quedado donde debías —dijo alguien, un hombre, uno muy fuerte, rudo y, pudo ver, lleno de odio y miserias.

En un lado del callejón pudo ver una mujer muerta, con la garganta cercenada y la sangre manchando su blusa de lentejuelas.

Pero no pudo ver más de ella, porque el hombre trataba de sacarle el puñal del abdomen, seguramente para volverlo enterrar en algún otro lugar de su anatomía.

Adam trató de contener la sangre, apretó el puñal cuando el otro intentó sacarlo otra vez con más fuerza aún. Cuando no pudo, le dio un puñetazo en la mandíbula, otro en la nariz, pero Adam no soltó el cuchillo. No tuvo tiempo de pensar que, si sentía tal dolor, si de él salía tanta sangre, era porque efectivamente habitaba un cuerpo mortal ahora, no era aquel espejismo que no tenía un corazón palpitante, y parecía sólo el recuerdo de su cuerpo.

El hombre lo soltó, sólo para patearlo ahora, haciéndolo caer de lado en el suelo humedecido por la lluvia, y por sus fosas nasales entró el rancio olor del orín y la basura, heces de animales y sangre, su sangre.

¿Cuántas veces... he de experimentar la muerte? Se preguntó sintiendo el terrible dolor en el abdomen. Era agudo, lo traspasaba, le producía náuseas, le quitaba toda la fuerza. ¿Cuánto dolor debo sufrir? ¿Con qué propósito?

¿Sería esto una especie de castigo eterno? ¿Era este el tártaro del que había leído alguna vez?

¿Despertaría en otro lugar para volver a experimentar la muerte, y así una y otra vez? ¿Cuál había sido su pecado tan grande como para merecer esto?

Miró el cielo cerrado en nubes, y esperó, esperó. Iba a morir, eso era claro. Antes, había sido un golpe seco del que ni siquiera se dio cuenta, no vio la muerte venir. Ahora, sólo tenía que esperar un poco más y ya estaría, pronto todo terminaría.

Vio al hombre huir por un lado del callejón, y él elevó su mano hacia el cielo, no pidiendo misericordia a sus habitantes, sino... ¿para qué? Era más que evidente que ellos hacían con los humanos lo que querían...

Y luego de lo que parecieron ser horas, sus ojos al fin se cerraron, y Adam perdió al fin la consciencia.

Heather Branagan se sentó en la cama al lado de Tess, que, recostada de medio lado, mantenía sus ojos cerrados a pesar de no estar dormida.

Las suaves manos de su amiga le acariciaron el cabello, y se quedó allí largo rato haciéndole compañía, pero Tess no dijo ni hizo nada. Tampoco le había explicado a su amiga por qué le dolía tanto la muerte de Adam, siendo que hacía unos días era incapaz de recordar con precisión su nombre y apellido.

Heather y Georgina habían venido a su casa para cuidar de ella y los niños. Habían estado en el entierro de Adam, y también se habían lamentado por su prematura muerte. Sin embargo, ninguno había sido capaz de ofrecerle una

palabra que realmente la consolara. Cuando decían: Dios sabe cómo hace sus cosas, eso sonaba tan egoísta y mezquino que lo odiaba. Cuando decían: Todo tiene una razón de ser, Tess sólo quería tomar algo y romperlo... preferiblemente en la cara de la persona que había dicho eso.

Dios es bueno, decían; en este momento, Dios no estaba siendo alguien bueno con ella, en este momento, nada tenía razón de ser... O eso era lo que sentía.

—Me quedaré esta noche —le dijo Heather—. Ya Raphael lo sabe, así que quédate tranquila, yo me encargaré de los niños—. Tess no dijo nada. Por estos días, se había tomado unas largas vacaciones en sus obligaciones de madre, o tal vez sólo estaba aprovechando que alguien más cuidaba de ellos para revolcarse un poco en su dolor y autocompasión.

Cuando Heather salió de la habitación y se quedó sola, Tess abrió los ojos y sacó del cajón de su mesa de noche la caja musical. No le dio cuerda, no quiso escuchar, sólo la sostuvo un momento y la miró casi sin pestañear.

—No me llevaste a Europa —dijo—. Te fuiste a la universidad... Te fuiste lejos... y no me llevaste a escuchar Tristesse en un concierto de verdad—. Apretó la pequeña caja contra su pecho y respiró profundo, a la vez que una lágrima rodaba por sus mejillas—. Me lo debes. Me lo deberás eternamente.

Se recostó de nuevo en la cama cerrando sus ojos, y el sueño al fin vino a ella. Estaba agotada, cansada de llorar, cansada de esperar que la vida se acordara de ella, que no hacía más que existir.

—Bienvenido de vuelta—dijo alguien—. Adam tenía los ojos abiertos, pero no lograba ver gran cosa, todo alrededor se veía borroso, y pestañeó varias veces hasta que la vista se le fue aclarando. Sentía la garganta y los labios resecos.

—Tengo sed.

—Oh, es natural. Pronto podrás beber agua.

—¿Dónde estoy?

—En la clínica Mayo—. No comprendió aquello, pero no le quedaron fuerzas para discutir.

¿Estaba en una clínica? ¿Por qué? ¿Había sobrevivido al accidente, después de todo? Pero su mente no fue capaz de hallar una explicación, y volvió a sumirse en el sueño.

Rato después, volvió a despertar. Esta vez tardó menos en enfocar su vista,

y pudo ver que estaba en el cubículo de alguna sala en un centro médico. Obtenía privacidad gracias a unas cortinas azules que no estaban del todo corridas, y al otro lado había más pacientes, y doctores examinándoles. Cerca había una enfermera, y Adam llamó su atención hasta que ésta se giró a mirarlo.

—¿Dónde estoy? —le preguntó a la mujer, pero esta se ocupó del suero y la aguja en el lado interno de su codo.

—En la clínica Mayo —contestó ella, y Adam meneó su cabeza negando.

—Me refiero a... No recuerdo ninguna clínica Mayo en San Francisco —la mujer dejó al fin la bolsa de suero y su aguja y lo miró.

—No estamos en San Francisco, sino en Rochester—. Adam frunció el ceño.

—¿Rochester? ¿Minnesota? ¿Qué hago... en Minnesota?

—¿No lo recuerdas? —Adam negó agitando levemente su cabeza, y la enfermera ladeó su cabeza un poco ceñuda—. ¿Recuerdas tu nombre? —Adam abrió la boca para decirlo, pero de ella simplemente no salió la palabra. Lo intentó de nuevo, pero no fue capaz de formarla.

Era extraño, sólo era decir Adam, pero a pesar de que su boca se esforzaba, y sabía cómo debía hacerlo, no era capaz de decirlo.

*Labios sellados*, escuchó en su cabeza.

Su confusión debió ser muy evidente, porque la enfermera se inquietó y salió del cubículo.

Adam se llevó una mano a la cabeza como si tratara de exprimir las palabras que debía decir, pero el movimiento del brazo le produjo un tirón en el abdomen, y entonces se dio cuenta de que lo tenía vendado.

—¿Qué diablos? —preguntó. Se miró la mano, y la vio extraña. Los vellitos del brazo eran rubios, no oscuros, y todo alrededor suyo se sentía diferente... —¿Qué está pasando? —Intentó sentarse, pero no pudo, sin embargo, había visto sus piernas debajo de la sábana, y decididamente esas no eran las suyas, ni sus pies, ni ese era su abdomen, ni nada.

Cerró sus ojos tratando de comprender, tratando de centrarse, de hallar una razón lógica. Pero todo lo que había experimentado últimamente era cualquier cosa, menos lógico.

Trató de calmarse; respiró profundo varias veces y entonces pudo recordar aquella sala del piano donde había estado lo que pareció una eternidad, y recordó también la sombra que le había hablado. Tal vez si se concentraban en

esa cosa extraña volvía a tener alguna respuesta, pero nada vino a él; ni la oscuridad sin forma que había visto allá, ni la voz en su cabeza.

—Necesito una explicación —pidió. Nunca había sentido miedo del más allá, de la muerte, ni de nada sobrenatural en su vida, pero ahora realmente se estaba asustando, porque alguien con poder estaba haciendo con él lo que quería, y él no era más que una hoja de árbol lanzada a un río furioso y turbulento—. Por favor... Por favor... —Se cubrió los ojos y trató de recordar alguna oración, algo que lo conectara con Dios, pero su mente estaba tan inquieta que no era capaz de concentrarse en nada, así que de su corazón sólo pudo salir un lamento, un ruego carente de palabras...

Y poco a poco se fue calmando. Nadie le dijo nada, nadie le dio una respuesta, pero supo que no estaba solo.

—¿Qué debo entender de todo esto? —dijo, todavía con sus ojos cerrados—. ¿He sido arrancado de mi vida y traído aquí? ¿No soy ya más Adam Ellington? —a pesar de que nadie le dijo Sí o No, Adam sonrió comprendiendo la respuesta a ese interrogante—. ¿Y qué voy a hacer ahora?

Tragó saliva barajando sus opciones. Este, evidentemente, no era el cuerpo de Adam Ellington. El cuerpo de ese sujeto había perecido en un absurdo accidente, y así, él había perdido su vida en más de un sentido.

Diablos, había dejado tantas cosas sin resolver... No sólo era Tess, no sólo era su necesidad de estar con ella; estaba a cargo de miles de personas, muchos dependían de él. Su empresa no tenía ahora un sucesor, no había nadie de la familia que pudiera ocupar su lugar... Y ahora nadie estaría buscando al hijo de su tío...

La enfermera volvió acompañada de un doctor y éste lo examinó. Le volvió a preguntar el nombre, y otra vez él no pudo contestar.

—¿Recuerdas algo? —le preguntó—. Tus padres, el lugar donde vives... lo que sea—. Adam se quedó en silencio. No podía decir nada, ni siquiera sabía quién era o qué aspecto tenía su rostro ahora—. Tal vez sea algo temporal —siguió el doctor examinando sus pupilas—. No es nada normal que por una herida en el abdomen pierdas la memoria... Es completamente inusual.

—¿Dice que estoy fingiendo? —el médico no contestó, sólo elevó sus cejas con aire burlón. Adam no pudo enfadarse con él, pues tenía razón. No se había dado ningún golpe en la cabeza como para justificar su súbita amnesia—. Pero... con mis huellas... puedo saber quién soy, ¿no? —el doctor lo miró apretando sus labios e hizo un leve asentimiento con la cabeza.

—Lo primero es tu recuperación, ya luego te preocuparás por eso—. El doctor volvió a irse junto a la enfermera y lo dejaron solo de nuevo. Adam se quedó allí, acostado en la camilla, sintiendo el leve dolor que las drogas no conseguían desaparecer.

Se dio cuenta entonces de que la muerte no asustaba tanto como esto. Se llevó las manos al rostro tratando de adivinar sus formas. Tenía una piel más o menos saludable, la barba crecida, cabello algo largo, aunque no pudo ver bien su color. No sintió cicatrices ni orificios, ni nada fuera de lo normal, se paseó la lengua por los dientes y comprobó que allí estaban, que no faltaba ninguno, al menos en la parte delantera. En sus brazos no vio tatuajes, ni en sus piernas; lo que sí supo es que definitivamente era el cuerpo de alguien que no se ejercitaba, pues tenía una panza prominente, no estaba del todo limpio y el olor de su cuerpo se sentía diferente, algo desagradable.

¿Cómo era su nombre? ¿Cuántos años tenía? ¿Le habían fabricado este nuevo cuerpo, o él estaba ocupando el de alguien más? ¿Era alguien con un mínimo de poder e influencia o, por el contrario, era un miserable indigente?

No sabía quién era ahora, a qué se iba a enfrentar, qué tipo de persona era ante los demás. Como Adam Ellington, siempre tuvo cuidado de llevar una buena reputación en cuanto al valor de su palabra, su honradez y trataba de infundir seguridad y autoridad. Por eso estaba a la cabeza de su empresa, pues muchos preferían hacer los negocios con él; por eso le respetaban. Algo que le había dejado su padre, además de su dinero, era la enseñanza de que un hombre no era nadie si su palabra no valía nada, y él lo había cumplido. Incluso con las mujeres con las que se involucraba era muy sincero, y trataba de no crearles falsas expectativas.

Cerró sus ojos respirando profundo y esforzándose al máximo por no abrumarse con todas esas cosas. No importaba quién era este sujeto algo gordo y con papada, de cabellos grasosos y uñas destrozadas; podían haberlo metido en el cuerpo de alguien extremadamente feo, de dientes manchados y mal aliento, y él tendría que lidiar con todo eso.

Pero estaba vivo otra vez, estaba entre los vivos, y eso sólo podía traducirlo en que, a pesar de que al verdadero Adam Ellington le habían arrebatado la vida antes de tiempo, se la habían devuelto. Y el nuevo propósito no era más que el viejo propósito de su vida: Buscar a Tess.

Tenía que ir a ella, la necesitaba, cambiar de corazón y pulmones no le habían cambiado los sentimientos, y comprendió que el amor era algo que se

arraigaba al alma, y que a donde esta fuera, allí se llevaría su amor.  
Tú eres mi tesoro, pensó. Tú eres mi corazón.



En cuanto Adam estuvo en condiciones, tuvo una entrevista con la policía. Estos estaban interesados en saber cómo se había producido su herida, y Adam intentó contarles que alguien lo había apuñalado en un callejón oscuro, pero tampoco fue capaz de formar esas palabras y decirlas. Se parecía mucho a lo que sucedía cuando intentaba decirle a Tess quién era él, y entonces recordó la voz que había dicho algo acerca de labios sellados. De su boca no salía nada que tuviera que ver con Adam Ellington, ni lo que había sucedido en ese extraño episodio en aquel callejón.

Le tomaron las huellas, y en pocos minutos supieron todo acerca de él.

Su nombre era Michael Moore, treinta años, y tenía orden de captura por varios delitos menores tales como hurto, y porte de documentación y dinero falso. No bien estuvo recuperado, fue esposado y trasladado a una comisaría, donde debía esperar a ser juzgado y luego trasladado a una cárcel del condado. Al día siguiente se presentó ante él Geoffrey Martin, un abogado de medio pelo que lo que hizo fue recomendarle que confesara sus delitos para obtener el favor del juez, y, tal vez, una pequeña rebaja en la pena.

—¿No oyó lo que le dije? ¡Acabo de enterarme de quién soy! —exclamó Adam sumamente consternado. Jamás había estado en prisión, ni siquiera cerca de ellas. Siempre fue un ciudadano de bien, de los que le aportan a la comunidad, no uno que le quitara y por eso mereciera ser castigado—. ¡Estuve herido y no recuerdo nada de mi vida! —siguió— ¡Ni siquiera sé cómo luce mi cara!

—Señor Moore —lo interrumpió el abogado elevando una mano y tratando de calmarlo—, le recomiendo que tome otra actitud. Ningún médico respaldará su historia.

—¿Ningún médico?

—No es posible que por una herida en el abdomen alguien pierda la memoria —explicó el hombre elevándose de hombros, sin mirarlo—. No sufrió ningún daño en su cabeza, así que...

—¿Usted es médico?

—Claro que no...

—Entonces es un médico el que debe decir eso, ¿no le parece?

—¿Tiene el dinero para contratar un buen médico que lo ayude en eso? —diablos, no, pensó Adam cayendo sentado de vuelta a la silla metálica y

sintiéndose cada vez más frustrado y molesto. No tenía un solo centavo en el bolsillo. Su billetera había desaparecido, si es que la había tenido, y la ropa con que había salido del hospital era donada, porque de la ropa que había tenido antes sólo se pudo rescatar el par de botas desgastadas. Todo había quedado manchado de sangre y por lo tanto, desechado. No tenía nada, más que el aire en sus pulmones; mucho menos podía contratar un equipo de profesionales que lo sacara de este problema—. Y como es evidente que tampoco tiene el dinero para pagar la fianza que se le impone, lo mejor será confesar, mostrar una actitud humilde ante el juez y pagar la condena. Sólo serán tres meses en prisión.

—¿Sólo tres meses, dice usted?

—El hurto en el que está implicado fue simple, no hubo heridos, ni demasiados daños materiales; y la documentación falsa no era para usted, así que podemos ponerlo como algo circunstancial... —Adam se puso ambas manos en la cabeza sin deseos de seguir escuchándolo.

Todo esto pintaba mal. No sólo estaba en la otra punta del país, lejos de Tess, sin un centavo para volver a San Francisco, sino que ahora también tendría que enfrentarse a tres meses de prisión. ¡Él!, que jamás en su vida se quedó con nada que no le perteneciera.

Eso arruinaba muchas cosas; para encontrar un buen empleo, para volver ante Tess como alguien digno de admiración...

Si ni siquiera Adam, alguien que fue su amigo, y que tenía dinero, educación, y todo en este mundo pudo conseguirla, mucho menos podría el pobre diablo de Michael Moore.

—Dígame, al menos —le pidió al abogado—, qué día es hoy. Por favor—. El abogado lo miró sin traslucir ninguna emoción en su rostro o en su voz cuando dijo...

—Es el veinte de mayo de dos mil quince—. Adam levantó la cabeza y lo miró sumamente confundido.

—¿Qué?

—Tal como lo oyó—. Un guardia los interrumpió y volvió a llevárselo a su celda.

Veinte de mayo, pensó sentándose de nuevo en su catre, que chirriaba al menor movimiento. Hacía dos meses había tenido su cita con Tess, ¡ya habían pasado dos meses desde que Adam Ellington muriera!

¿Cómo se había ido tanto tiempo? En el hospital sólo estuvo un par de

semanas, así que ese tiempo se había esfumado entre que Adam Ellington se accidentara y Michael Moore fuera apuñalado, y para él había sido sólo un parpadear.

—¿Por qué me hiciste esto? —susurró pasándose las manos por el cabello sucio y grasoso—. ¿Por qué? En vez de acercarme a ella, sólo me alejo más y más. ¿Por qué te empeñas en separarme de ella? —pero nadie contestó a sus interrogantes, y Adam no tuvo más remedio que resignarse.

Los tres meses no se pasaron tan rápido como hubiese querido, y como era de esperarse, aquí no había espejos. Todavía no sabía cómo era su cara, pero al menos era alto, un metro ochenta, y estaba sano en varios sentidos.

Le habían recortado el cabello al entrar a la penitenciaría, y pudo ver cuando éste cayó al suelo que era rubio. Conforme fueron pasando los días fue perdiendo algo de peso debido a la mala comida que se les daba, y pronto se dio cuenta de que también era bueno ir mejorando su estado físico.

Lo atacaron por primera vez la tercera noche de su estancia allí, pero, aunque esos brazos no eran tan fuertes, y sus pulmones no eran tan eficientes con el oxígeno, tenía todo el conocimiento aprendido en su otra vida, y con una buena patada y una excelente llave, pudo deshacerse de su atacante. Esto pareció llamar la atención de algunos gallitos de pelea, que vieron en él un buen rival para ganar cierto prestigio entre los demás, lo que parecía ser de vital importancia para la supervivencia allí, así que lo volvieron a atacar, una y otra vez.

En una ocasión una navaja pasó tan cerca de su cara que Adam creyó no tener posibilidad, pero su cuerpo había ido tomando más experiencia en este tipo de peleas sin reglas ni honor, y pudo esquivarlo exitosamente.

—Eres bueno —dijo un hombre mayor, que por enésima vez pagaba condena por los mismos delitos—. Es mejor ser tu amigo, ya vi—. Adam lo miró de reojo, sin decir nada, mientras comía—. Tienes futuro, chico.

—No me digas —contestó Adam con sarcasmo.

—Es verdad. Si cuando sales te dedicas a pelear, podríamos hablar. Yo te representaría, soy bueno en...

—No me interesa, gracias.

—¿Y qué te espera afuera? —Adam no contestó. Nada lo esperaba, pero eso no lo desanimaba. Sólo estaba tachando un día tras otro en su calendario esperando que los tres meses se cumplieran y él saliera libre, al tiempo que

vigilaba su espalda y trataba de no meterse en demasiados problemas. Debía preservar su vida, no importaba qué.

Y así cumplió su condena. Salió libre un viernes de agosto, con sus pertenencias de vuelta, aunque no era más que la ropa que llevaba puesta y que le habían donado en el hospital, nada más.

Aquello era casi irrisorio; un día eras un millonario dueño del mundo, con toda la vida por delante, y al otro eras un desgraciado ex convicto sin un solo dólar en el bolsillo, ni identificación, ni un triste papel que le dijera quién era.

La policía le entregó documentos nuevos, pero no lo pudo ayudar con lo de su residencia, pues no tenía un domicilio registrado, ni un empleo, ni nada, así que no le quedó más que vagar en las calles, con hambre y tostándose al sol o empapándose en las lluvias, preguntándose qué hacer.

—¿Qué sabes hacer? —le preguntó un hombre de un restaurante griego cuando le pidió trabajo.

—Puedo lavar platos, y... —miró las estufas industriales—. Y sé algo de cocina griega. Puedo ayudarte, así sea picando, o... —el hombre, obeso, calvo y barbado, lo miró ceñudo.

—No me gusta tu aspecto... un hombre sucio y maloliente en mi cocina...

—Me baño a diario. Te prometo venir más limpio mañana, pero déjame ganarme unos dólares hoy. Por favor—. Volvió a mirarlo con desconfianza, pero la firmeza con que Adam le había hablado le había llamado la atención.

—Sólo esta noche, y es sábado, tenemos mucho trabajo.

—Gracias...

—Si provocas un solo retraso te largarás de mi restaurante sin paga, ¿me entiendes?

—Soy tu hombre, no habrá retrasos—. Y de inmediato se puso un delantal y guantes para dedicarse a lavar los platos, envidiando mucho el agua jabonosa en las que estaban metidos esos utensilios; no recordaba la última vez que se había dado un baño en agua caliente. Rato después fue movido a otra sección de la cocina, y le dieron un cuchillo con el que empezó a picar con cierta pericia los ingredientes de una ensalada.

—No eres tan malo —le dijo el dueño luego de pagarle por el día de trabajo, y Adam sonrió recibiendo los escasos billetes— ¿Cuál es tu nombre?

—Michael —contestó, y no le fue difícil, pues sus labios estaban sellados para decir su antiguo nombre—. Michael Moore.

—Bueno, Michael, te espero mañana otra vez. Ven a las tres de la tarde.

—Gracias, señor—. El hombre asintió y se fue.

Al salir del restaurante, buscó de inmediato una tienda con servicio veinticuatro horas y pudo comprar al fin cosas de primera necesidad. Cepillo de dientes, champú, jabón, una máquina de afeitar... Por fortuna, en el restaurante había comido unas sobras y no tenía ya hambre, y ahora el dilema era encontrar un sitio donde dormir.

Había sitios muy, muy baratos, se dio cuenta, pero también, muy poco limpios. Pasar de los hoteles cinco estrellas a las habitaciones de baño compartido fue drástico, pero disfrutó del agua caliente y de su cabello, dientes y piel limpia.

Y al fin se miró a un espejo.

Era rubio, sí. Sus ojos eran azules, otra vez, y era bastante... aceptable de ver.

Bueno, Michael Moore era atractivo, reconoció, y se quedó allí un momento frente al espejo dándose cuenta de que este rostro le parecía conocido. ¿Lo había visto antes? ¿O era sólo que este cerebro reconocía su rostro, aunque él mismo no?

Se afeitó y pudo estudiar mejor los nuevos ángulos de su rostro. Ahora era un año más joven, tenía la misma estatura, y casi la misma complexión. Se estuvo allí varios minutos, familiarizándose con su nuevo aspecto. El espejo era diminuto, y estaba sucio, pero al menos pudo ver sus hombros otra vez redondeados, no escuálidos. Había ganado algo de musculatura en la cárcel, pero todavía no tenía el mismo estado que antes.

Lavó su camisa y ropa interior en el lavamanos y les exprimió el agua lo más que pudo. Las colgó cerca de la ventana, que dejaba abierta para no morir de calor, y se acostó al fin en la estrecha cama mirando un techo desvencijado. Debía ahorrar algo de dinero y volver a San Francisco. Debía ver a Tess.

Y con ese pensamiento, y la calidez que le producía el pensar en ella, se quedó dormido.

Trabajó dos semanas con Adriano, su jefe, y cuando le dijo que tenía que partir, éste le pidió que se quedara, prometiéndole incluso una mejor paga. Adam sólo sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Gracias por todo —fue lo que le dijo, y salió del restaurante dispuesto a llegar a su pequeña habitación y hacer su maleta.

Iba haciendo planes en su cabeza; tendría que comprar varios billetes de

autobús hasta llegar a San Francisco, le esperaba más o menos una semana de viaje, si además tenía que parar a hacer algunos trabajillos para ganarse algunos dólares; y cuando llegara, primero buscaría un trabajo y luego una habitación, y luego...

¿Cómo hacer para entrar de nuevo en la vida de Tess? ¿Cómo presentarse ante ella?

Ahora era alguien diferente, totalmente desconocido para ella, y podía ser una ventaja, si lo usaba bien. Podía ir al parque donde regularmente llevaba a los niños, pensó... y luego se dio cuenta de que no era buena idea, parecería un acosador, al ser un hombre solo en un parque infantil.

Podría solicitar trabajo en el mismo lugar que ella... pero eso era más fácil decirlo que hacerlo, y en caso de que alguien muy despistado contratara a un ex convicto sin referencia más que de un restaurante, podía ser que Tess tuviera como norma no involucrarse con compañeros de trabajo.

Podía, simplemente, buscar un lugar donde vivir cerca de ella y los niños... Ni hablar. Si bien la zona era bastante modesta, a él no le alcanzaría para el depósito siquiera.

Había caminado ya un largo tramo perdido en sus planes cuando tropezó con alguien. Luego de disculparse, el hombre lo tomó del hombro, y dispuesto a defenderse si era necesario, Adam empuñó sus manos.

Pero el hombre le estaba sonriendo.

—Mike, ¡eres tú! —exclamó, y hasta lo abrazó.

—¿Me conoces? —preguntó Adam mirándolo bastante sorprendido. Había pensado que era imposible, pero he aquí un conocido de Michael Moore y que le diría algo de su vida, al fin.

El hombre, de piel muy blanca, cabello más o menos largo, negro y grasoso, borró su amplia sonrisa. Llevaba puesto un traje barato con un chaleco con lentejuelas debajo. Lucía anillos en los dedos y un cigarro encendido entre ellos.

—No seas tonto, ¡somos amigos! —Adam elevó las cejas poniendo en duda esas palabras—. ¿Dónde habías estado? Te he estado llamando por meses, temí que te hubiera pasado algo.

—Pues sí me pasó. Me apuñalaron y estuve en un hospital por varios días, y luego fui llevado preso. Estuve tres meses en prisión... —a medida que hablaba, la sonrisa del otro se había ido borrando.

—¿Les... les dijiste algo de mí? —valiente amigo, pensó Adam, si al

contarle algo así lo que le preocupaba era su propio pellejo. Se veía que Michael Moore andaba muy mal acompañado.

—Ni siquiera sé quién soy todavía —contestó—, tampoco sé quién eres tú.

—¿De qué estás hablando?

—Sé que mi nombre es Michael Moore porque es lo que dicen mis... huellas, pero lo demás... No sé quién soy. Si me conoces de antes, podrías ayudarme en eso.

—¿Sufriste un accidente? ¿Te golpeaste la cabeza? —Adam miró en derredor. La noche era oscura y fría, algo solitaria. Un mal lugar para hablar de estas cosas.

—Invítame a una cerveza, y te lo contaré.

—Ah, pero no pierdes tus viejas mañas —sonrió el hombre, pero Adam no le devolvió la sonrisa, y el hombre le palmeó la espalda—. Vamos, te invitaré. Si es cierto que has estado en la trena, te la mereces.

—¿Y cuál es tu nombre?

—Eres increíble. Soy el viejo Jason Brown. ¿Me estás diciendo que eso de que no recuerdas quién eres ni nada de todo tu pasado es cierto? —Adam asintió, y caminaron juntos hasta llegar a un bar casi escondido en un sótano. Dentro, el aire era rancio, lleno de perfumes dulzones, sudor, licor y suciedad—. Es una historia increíble.

—No es increíble, cosas así pasan.

—¿Pero en las películas! —exclamó Jason—. No en la vida real—. Adam no quiso discutir eso. Le iba pareciendo que ese tal Jason era alguien corto de miras y vocabulario muy limitado.

—Me acusaron de hurto... y porte de documentos falsos. Como no tuve para pagar la multa, la pena fue de tres meses...

—Vamos, viejo. No estés molesto conmigo.

—¿Fue tu culpa?

—Negocios. No todos salen bien.

—Así que fue tu culpa.

—Hay que ganarse la vida, hermano.

—¿Por qué me apuñalaron? ¿Dónde me apuñalaron?

—No sé nada de eso. Andabas con tu novia la última vez que te vi...

—¿Tengo novia? —preguntó Adam entre molesto y sorprendido. Eso, ciertamente, era un problema. Jason se mordió el labio.

—Ella está desaparecida. Creí que habías huido con ella.

—¿Desaparecida? ¿Lo has reportado a la policía? —Jason sonrió, como si algo de lo que dijo le causara gracia.

—Claro que no. ¿Acaso no sabes cómo son las cosas por aquí? Ya aparecerá.

—¿Cómo es su nombre?

—Karla, Karla Waste—. Adam frunció su ceño recostándose en su asiento. Tomó la cerveza y le dio un trago. Cerveza barata, se dijo arrugando un poco la cara. Respiró profundo y trató de ponerle sentido a lo que sabía de sí mismo. Era un delincuente de medio pelo sin amigos leales, una novia desaparecida y la pobreza auestas.

—¿La quiero? —preguntó, y Jason se echó a reír.

—Te la coges bien, es todo lo que sé porque tú mismo lo dices.

—¿Dónde vivo?

—Eso lo sabes tú.

—No sé un carajo. No sé nada.

—Entonces... te has olvidado de todo. Qué conveniente.

—¿Conveniente? ¿Te parece conveniente? Estuve tres meses en prisión, no veo que...

—Sí, sí, sí... en eso tienes razón. Pero es que tú... parece como si más bien se te hubiese cumplido un deseo.

—No me digas.

—Todo el tiempo tenías esa cara de querer olvidar, de querer... dejar todo atrás. Si te cambiaste el nombre fue precisamente para que nadie de tu pasado te volviera a encontrar, y te lo has pasado...

—Espera, espera, espera... —lo atajó Adam poniendo una mano en su brazo—. ¿Qué has dicho?

—Que eres un quejica, al fin tienes lo que tanto...

—Dijiste que me cambié el nombre.

—Sí, lo hiciste.

—Hace cuánto—. Jason miró al techo como haciendo cuentas.

—Como dos años —algo se revolvió dentro de Adam. Tal vez era por la mala cerveza, o por lo que estaba escuchando.

—¿Y cómo... cómo me llamaba antes? —Jason sonrió, elevó su botella de cerveza y la chocó suavemente con la suya.

—No era un nombre tan genial. Te lo pusieron tus padres, pero tú lo odiabas.



—Dilo, carajo.

—August —contestó Jason riendo—. August Warden.

Tess miró a Kyle darle la comida a Nicolle en la boca, mientras la nena jugaba con un dinosaurio de plástico de su hermano y miraba la televisión encendida.

La vida había seguido como siempre en su casa luego de que Adam se fuera; después de todo, nunca había estado en ella, así que el curso de las cosas no tenía por qué alterarse.

Excepto por sus sentimientos y emociones, estos sí que habían recibido un sacudón.

Se escuchó el timbre de su puerta y Tess fue a abrir. Al otro lado de la puerta encontró a Heather, con un embarazo avanzado, y a Raphael, que en cuanto comprobó que su mujer estaba a salvo dentro, y luego de saludar a Tess, volvió a su auto y se fue.

—¿Cómo están mis hermosos diablillos? —preguntó Heather saludando a los niños, y estos se levantaron de sus asientos para ir a saludarla. Como era usual, Nicolle le extendió sus brazos y la llenó de besos sucios de comida. Tess, sonriendo, le limpió la mejilla a Heather con una servilleta.

Era sábado, y Tess tenía la tarde libre, y le había pedido a su amiga que viniera a verla un momento.

Heather, a pesar de tener su hermosa casa, su espléndido marido, y su bebé en camino, todavía adoraba venir aquí a charlar con ella, a alzar los pies y hablar, y hablar, y hablar.

—¿Y cómo está Georgina? —le preguntó, y Heather sonrió.

—Ella está perfecta, feliz, más hermosa, radiante... El que parece un zombi es Phillip.

—¿De verdad? —sonrió Tess.

—Está feliz por su nuevo hijo, pero conforme se acerca la fecha del parto se asusta más.

—Georgina es joven, lo superará.

—Se lo he dicho, pero él no deja de estar asustado.

Cuando los niños terminaron de comer, Tess los dejó sacar sus juguetes en medio de la sala para que jugaran un buen rato. No podían salir, pues llovía y hacía frío, pero se entretenían bien los tres dentro.

Tal vez demasiado.

—Kyle, devuélvele la muñeca a tu hermana —lo reprendió Tess, pero Kyle seguía sosteniéndola en alto mientras Rori saltaba tratando de alcanzarla—. ¡Kyle, te hablé! —exclamó Tess, y Kyle, al ver que su madre hablaba en serio, le devolvió la muñeca a la niña. Tess dejó salir el aire—. ¿No te desilusiona? —Le preguntó a Heather, que seguía mirando a los niños con una sonrisa. Juntas habían terminado de limpiar la cocina, y ahora se desplazaban a la mesa del comedor para poder hablar mientras ponían un ojo sobre los niños. En respuesta, Heather la miró confundida—. Los niños. Se ven bonitos, pero en el día a día son un trabajo duro.

—No, no me desilusiono. Y conozco a tus hijos desde que nacieron, así que no tienes por qué preguntarme eso.

—No es lo mismo ser la tía que los ve y lidia de vez en cuando a ser la madre.

—Aun así, quiero tener también tres—. Tess sonrió.

—Yo también quería una familia grande. Recordaba el haber sido sólo yo y mi abuela, y lo solitario que se sentía. Pero en mi caso lo que sucedió es que los niños... sólo fueron llegando, de uno en uno y sin previo aviso. Es increíble, pero ninguno fue planeado, y aquí están—. Heather asintió. Conocía de primera mano esa historia, prácticamente había estado allí. A partir de que Tess le anunciara a su esposo que estaba embarazada por tercera vez, August había cambiado; empezaron las discusiones, él empezó a llegar tarde y ebrio, y un día simplemente no regresó, y Tess estaba justo como ella ahora, con siete meses de embarazo, un trabajo de medio tiempo, cansada, y ahora, asustada.

En ese momento, Nicolle caminó a ella mostrándole una muñeca que había perdido su pierna, pidiéndole que se la repararan. Tess, con mano experta, volvió a poner la pierna en su lugar, y en agradecimiento, la bebé le dedicó una sonrisa radiante. Sin poder evitarlo, Tess le tomó el rostro y la besó.

Su padre no los había querido ni valorado, pero ella daba su vida por los tres.

—Ya tomé la decisión, Heather—. Heather la miró confundida.

—¿Qué decisión?

—Me divorciaré de August—. Heather se enderezó en su asiento y la miró sumamente sorprendida.

—¿De... de verdad? —Tess asintió mirándose las manos.

—No puedo seguir atada a él. No quiero... que se piense que sigo esperándolo. Quiero seguir mi vida, Sam.

—Claro que sí —le dijo Heather abrazándola—. Tienes todo el derecho del mundo, cariño. Todo el derecho. Oh, Tess... —Tess sonrió abrazando a su amiga y respiró profundo. Había tardado en llegar a esta resolución, pero ya se había decidido. No sabía qué proceso habría que llevar en su caso, pues su esposo estaba ausente, pero llegaría hasta el final y luego continuaría con su vida.

Había cumplido con su parte del pacto, había sido todo lo comprensiva que había podido. Era hora de seguir adelante.

Adam caminó sin rumbo por la ciudad hasta que se detuvo frente a un muro que daba vista a uno de los tantos puentes del Silver Lake. Era noche cerrada, y brumosa, a pesar de ser verano, pero tampoco quería irse a encerrarse a su estrecha habitación.

Se sentía indignado, molesto, ofendido. Le habían quitado su cuerpo, su vida, todo, y lo habían puesto en el de su persona menos favorita en el mundo. Nada menos que August Warden, por Dios.

Y ahora, ¿cómo podría presentarse ante Tess? ¿Debía hacerlo?

Cerró sus ojos con dolor.

No quería ir ante Tess con esta cara y este cuerpo. No podía luchar por ella en esta envoltura. No quería que Tess lo mirara y viera a su esposo, quería que lo viera a él, quería el amor que ella podía tener para Adam Ellington, no los rezagos del amor, o compromiso, o resignación que tuviera hacia su ex marido.

Si acaso llegaba ante Tess, y ella, por la razón que fuera lo aceptaba de vuelta, ya fuera porque aún lo amaba y esperaba, o por sus hijos, o lo que sea, en su corazón siempre existiría esta verdad: ella a quien aceptaba era al ex esposo, nunca, nunca, a Adam.

—¿Te parece muy gracioso lo que has hecho con mi vida? —preguntó mirando al cielo, al agua, a todas partes—. ¿Te parece que debo estarte agradecido? Me has metido en el cuerpo de mi peor rival. ¿Esperabas que me alegrara? Que dijera: Oh, al fin tengo una ventaja, me aprovecharé de la situación—. Dejó salir el aire y sacudió su cabeza—. Qué poco me conoces. Que sepas que no estoy de acuerdo. No quiero esto. Habiendo millones de hombres en este país, en el mundo, vas y me metes en el menos indicado. Preferiría estar muerto de verdad.

Se quedó en silencio largo rato sintiendo un nudo en su garganta. Ninguna respuesta vino a él de ninguna parte, pero sabía, en el fondo de su corazón, que lo estaban escuchando. Estos seres que se habían atrevido a jugar con su destino, lo estaban escuchando.

—Un hombre sin la menor moral —siguió—. Sin el menor apego hacia nadie, rodeado de basura, con un historial tan reprochable, amante de putas... Y no quiero decir que yo haya sido un santo —exclamó con el ceño fruncido—. Pero al menos, a mí nadie me andaba buscando para meterme preso, o apuñalarme, o... ¡Maldita sea, arregla esto! —exclamó. Un indigente pasó por

allí y al escucharlo hablar solo, se alejó corriendo, y Adam lo miró furioso—. ¡Yo no estoy loco! —gritó—. Los locos son los que están en el cielo. Mi inteligente hada madrina hizo un desastre con mi vida, y ahora no tiene la decencia de aparecerse y darme explicaciones. Esto es una mierda, una putada, una... Odio esto —dijo, ya con voz más calmada y recostándose al muro helado—. Odio esto con todo mi ser. No quiero, no quiero ser August Warden. Es lo más estúpido que se te pudo ocurrir. No puedo, lo siento. No puedo ser él.

Con el corazón adolorido, se alejó del lago y se encaminó al viejo edificio donde había estado durmiendo esta semana. Había hecho la maleta antes de irse al restaurante griego para tomar camino de inmediato a San Francisco, pero ahora sus planes no tenían sentido. No podía ir con Tess. No así.

Tal vez, mañana, él estuviese en otro lugar, en otro cuerpo.

Pero no fue así. Despertó a la hora de siempre y miró el viejo techo sobre él.

Poco acostumbrado a quedarse en la cama remoloneando, tomó los elementos del baño y salió. Afuera una prostituta que salía a medio vestir de otra de las habitaciones, lo miró de arriba abajo y se paseó la lengua por los labios. Adam se miró a sí mismo. Asqueroso, todavía tenía panza, vellos en el pecho, unas tetillas rosadas que no eran para nada atractivas, y unas piernas largas y algo flacas. Pero bueno, era una prostituta, ¿qué se podía esperar?

Se miró frente al espejo sin emoción alguna. Este era el rostro que había amado Tess, la boca que había besado Tess, el cuerpo que ella había...

No, mejor no pensar en eso.

Si ella aún soñaba con August, este era lo que ella veía en sus sueños. Si ella todavía lo esperaba, esta era la silueta que esperaba ver acercarse. Oh, qué rabia, qué celos. Celos de sí mismo, celos del cuerpo que él alimentaba y lavaba.

Y entonces una duda vino a él. ¿Por cuánto tiempo? ¿Por cuánto tiempo estaría aquí?

Miró hacia la puerta, como si alguien fuera a entrar por ella a darle la respuesta.

August había sido apuñalado, recordó mirándose la cicatriz en su cintura, en el lado derecho; ahora caía en cuenta de que el hombre que lo había herido usaba su mano izquierda, tenía un aliento rancio de licor y cigarros, y había dicho unas palabras, pero no las recordaba, ni nada más. Alguien había

querido asesinar a August, y tal vez se lo mereciera, y, tal vez, si se enteraban de que seguía vivo, lo volvieran a intentar.

Mierda. Lo peor era que no sabía quiénes eran sus enemigos, si los tenía, ni cómo cuidarse de ellos.

Se bañó, aunque al final se quedó sin agua caliente; se vistió con una de sus dos camisetas nuevas, y llegó al restaurante griego entrando por la puerta trasera. Adriano sonrió al verlo.

—Es muy temprano para que vengas como cliente —le dijo acercándose con una sonrisa, y Adam miró las mesas con aire taciturno.

—Necesito trabajar, y mi viaje... se aplazó.

—Claro que sí, entra. Ya estaba buscándote un remplazo, pero no hay ningún problema con que sigas. Me gustaría ofrecerte algo permanente—. Adam lo miró a los ojos oscuros y redondos.

—No sabes quién soy —le dijo—. No me pediste antecedentes antes de...

—Eso es verdad, pero te he conocido estas semanas que has estado aquí. Tienes la pinta de alguien que salió de la cárcel por haber matado a otro por un dólar, pero... —Adriano se golpeó el robusto pecho— lo que importa es lo de aquí —dijo—. Los modales no se pueden improvisar, la moral y las buenas costumbres no se reflejan en un espejo. Te medí, te pesé, y encontré que tienes valor. Tú me demostraste en estos días que no te asusta el trabajo duro; quiero más gente así trabajando conmigo.

—Adriano...

—Y ya estás aquí, ¿no? Vamos, ¡a trabajar! —Adam lo miró serio por un momento, luego del cual, no pudo más que sonreír. Se puso de nuevo su delantal y gorro y se metió a la cocina.

—El proceso no será tan largo —dijo Raphael mientras cortaba un trozo de carne en el plato de Heather, evitándole a ella el trabajo—. August Warden lleva desaparecido ya casi tres años, nunca se comunicó ni por carta ni por teléfono, abandonó completamente su hogar... Son puntos que un juez tendrá en cuenta para darte un fallo favorable—. Tess asintió en silencio. Estaban en la casa Calahan, con Georgina, Phillip, Heather y Raphael sentados a la mesa. Georgina, aun con su avanzado embarazo, amaba invitar a los que consideraba sus hijos a cenar.

Los niños habían venido con Tess, y ahora cenaban en la cocina vigilados por el personal de la casa.

—No hay fallos favorables en un divorcio —dijo Georgina con un suspiro lleno de pesar.

—Mamá está en contra del divorcio —dijo Heather—. Ella es de las que opina que hay que luchar hasta el final.

—Pero, ¿cuál final? —preguntó Phillip ceñudo—. ¿Hasta que la pobre Tess cumpla ochenta años y ya no tenga opción en la vida? ¿A qué final hay que esperar?

—Tú deberías estar de acuerdo conmigo —le dijo Georgina entrecerrando sus ojos—. Si fuera de tu misma opinión, me habría divorciado de ti hace muchos años.

—El divorcio es lo peor —capituló Phillip bajando la cabeza, y Tess se echó a reír.

—Tess ya esperó todo lo que podía esperar —insistió Heather—. Le dio el beneficio de la duda, le dio una larga ventana de tiempo para que tuviera chance de regresar y retomar las cosas...

—Pudo haberle pasado algo trágico —discrepó Georgina—. ¿Y si está en un hospital, postrado, en coma? ¿Y si sufrió un accidente y el pobrecito no sabe ni siquiera quién es?

—Qué ideas tan estrafalarias tienes, mamá. Deberías escribir una novela.

—Si algo le pasó —objetó Phillip—, le pasó por haberse ido. Nunca debió poner un pie fuera de su hogar.

—Y no está muerto —dijo Raphael—. Un muerto es más fácil de encontrar que un vivo.

—Sería mejor para él que esté muerto —agregó Phillip sacudiendo su cabeza—. Cuando dejó a Tess, ella estaba sola, sin nadie en el mundo. Si acaso se le llegara a ocurrir la idea de volver, se dará cuenta de que ya no es así. Lo haríamos sufrir, Tess, todo lo que no te imaginas.

—Y él tiene buenas ideas para hacer sufrir a alguien —sonrió Heather.

—Oh, apuéstalo.

Tess suspiró. No dijo nada, pues no tenía nada que decir. Ellos hablaban y hablaban de August, de ella, de todo, y Tess sentía que el tema le era ajeno. Que August volviera o no le tenía sin cuidado; ya no era parte de su vida, ya no le importaba siquiera.

Su mente estaba clara, y ahora no podía más que reprocharse a sí misma haber elegido a alguien como él para que fuera su esposo y padre de sus hijos. Había sido un error terrible, y el divorcio no era más que la manera de

enmendarlo.

Los niños sólo eran una grata consecuencia de ese error, y por ellos lo hacía. No tenía esperanzas de volver a enamorarse en los años siguientes, su corazón se sentía estéril como para dar semejante fruto. Pero al menos, quería retomar su vida, seguir adelante, demostrarse a sí misma que había pasado página y que era fuerte. Algo bueno tendría Dios para ella en el camino.

—Chicos... —dijo Georgina, y hubo algo en su tono de voz que hizo que todos la miraran de inmediato—. Creo que ya viene el bebé—. Alarmados, todos se pusieron en movimiento. Heather insistió en acompañar a su madre, pidiéndole a Tess que dejara sus hijos aquí para que también fuera con ellos.

Regresó a su casa a la mañana siguiente. Había estado en el hospital casi hasta la madrugada, y luego había ido a la casa Calahan para pasar lo que quedaba de la noche allí con sus hijos.

Georgina había dado a luz sin complicaciones un hermoso niño, pelirrojo como Heather, y bastante llorón. Había sido hermosa la sonrisa de Phillip al sostenerlo; un papá siempre se emocionaba al cargar por primera vez a su hijo.

Suspiró sintiéndose algo cansada, pero sus hijos, en cambio, estaban llenos de energía.

Ah, cuánto deseaba poder dormir un par de horas más, pero con sus tres diablillos despiertos eso no era una opción. A Kyle y Rori podía distraerlos una hora con la televisión, pero no a Nicolle; estaba en esa edad en que necesitaba supervisión las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

Introdujo la llave en la puerta con una extraña sensación, se giró hacia el jardín y la calle mirando en derredor, pero no había nadie por allí.

Los niños entraron a la casa con su usual alboroto, pero Tess se quedó unos segundos más en la puerta con Nicolle en sus brazos, que ya hacía remolinos para bajarse. Se sentía observada, y no le gustaba esa sensación; ella vivía sola en esta casa con tres niños...

Adriano miró a su empleado más valioso sentado en una de las mesas haciendo cuentas. Hacía unos minutos que había terminado el inventario en las despensas, y le entregaron también el reporte de los utensilios, las averías que se habían presentado esa semana, las facturas que había que pagar, la relación de la caja, etc., y con una simple calculadora pronto tendría el informe de



cuánto habían sido las ganancias, cuánto habría que invertir en nuevos utensilios y qué había que comprar para la despensa la semana siguiente.

Llevaba el restaurante funcionando como un relojito, y lo había convencido para que, con el aumento de ganancias del último mes, le diera un lavado de cara al restaurante, que ahora parecía más moderno, y atraía un rango de clientes más amplio. Las sillas y mesas eran las mismas, pero de alguna manera ahora se veían nuevas, las paredes limpias, y ahora hasta había algunas pinturas colgadas en ellas, pinturas que había comprado en un mercadillo en el centro de la ciudad.

Las ganancias se habían triplicado, y en compensación, le había triplicado también el sueldo, pero, por lo que sabía, Michael Moore seguía viviendo en un cuchitril; sólo se había comprado un par de camisas, un pantalón y un par de zapatos más. Parecía estar ahorrando para una gran inversión, y aunque se lo había preguntado, Mike no le había dicho nada.

Tenía el presentimiento de que pronto le diría de nuevo que se iría, y no quería. Le subiría el sueldo con tal de retenerlo, con tal de que no se fuera.

Se sentó pesadamente frente a él, y Michael sólo elevó su mirada un segundo.

—¿Te he dicho... lo agradecido que estoy? —Michael sonrió.

—Sí.

—¿Y que quiero que te quedes permanentemente?

—Sí, también lo has dicho—. Michael terminó sus operaciones y empezó a organizar los papeles, pero no se puso en pie, sino que lo miró fijamente.

—Quédate, hombre. No te puedo ofrecer el sueldo que realmente te mereces... todavía, pero si te quedas...

—Adriano...

—¡Estamos creciendo! ¡Llevo seis años con este restaurante y nunca me había ido tan bien! —Michael le sonrió, respiró profundo y se cruzó de brazos recostándose en el espaldar de su asiento.

—Estoy casado, Adriano —le dijo, lo que le hizo sorprenderse—. Tengo una esposa y tres hijos.

—¿Qué?

—En San Francisco —siguió Michael—. Tengo que ir por ellos.

—Pero... por qué...

—Porque el hombre es estúpido, por eso —contestó Michael como si supiera lo que le iba a preguntar—. Y no lo he pasado bien; estuve en un

hospital, luego en la cárcel, y cada vez que intento irme algo me detiene... Pero ya no voy a permitir que eso siga siendo así; no quiero que mis hijos crezcan sin conocer a su padre.

—¡Por supuesto, por supuesto! —exclamó Adriano, totalmente de acuerdo. Era un hombre de familia, para él los hijos estaban antes que ninguna otra cosa en el mundo.

Se pasó las manos por su calva dándose cuenta de que no había salida. Aquello era terrible para él. ¿Dónde encontraría a alguien con las mismas habilidades y que estuviera dispuesto a trabajar en un restaurante tan pequeño? Como si adivinara sus pensamientos, Michael le sonrió.

—Ya tienes mi número; siempre que me necesites, puedes llamarme.

—No es como si te fueras al pueblo siguiente. Aun en avión, son varias horas de viaje—. Michael movió su cabeza en un asentimiento. Adriano suspiró—. ¿Cuánto tiempo más te quedarás?

—Una semana, a lo sumo. Estoy dejando todo en orden para que no tengas que preocuparte por las finanzas por un mes más. Si quieres que todo siga marchando como hasta ahora, contrata a alguien que sepa hacerlo, y bien... Tu comida es buena, haz que funcione la parte financiera.

—Sí, sí. Siempre lo dices.

—Porque es importante.

—Tú... Estudiaste en la universidad, ¿verdad? —Michael se había puesto en pie y ahora recogía los documentos en los que había estado trabajando. Lo miró fugazmente y asintió.

—Sí.

—Con razón. Eres bueno. Te daré una buena carta de referencia.

—Gracias, Adriano—. Él asintió y apoyó ambas manos sobre su prominente abdomen. Debería aprovechar la semana más que Michael se quedaba aquí para que él mismo hiciera las entrevistas y eligiera al adecuado. Ahora que había tenido ayuda en la administración, no se veía volviendo su negocio al estado anterior. Su esposa le había dicho que, si las ganancias seguían así, podrían ir de vacaciones a su país natal en verano, y quería darle ese capricho.

Miró a Michael mientras éste, de espaldas a él, se ocupaba de otras cosas.

Ese chico crecería; era joven todavía, e inteligente. A donde fuera que se marchara a trabajar, sería notorio su talento. Le iría bien.

Tess abrió los ojos despertando de su sueño, y ahora estaba completamente alerta. Comprobó que Nicolle, que dormía con ella en la amplia cama, estaba profundamente dormida, y sonrió pasando un dedo por su tersa mejilla. No se escuchaba nada excepto su respiración... No sabía qué era lo que la había despertado, todo parecía silencioso y en su lugar, así que se quedó allí, en su cama y bajo las sábanas, escuchando la silenciosa noche.

Pero no estaba del todo silenciosa; hubo un ruido, uno muy mínimo, como de madera al ceder... Y recordó que una parte del suelo en el pasillo sonaba un poco cuando se la pisaba.

El corazón le empezó a latir acelerado y se sentó de súbito en la cama; si fuera uno de sus hijos que se había despertado, ya los habría escuchado llamarla, pero se quedó allí varios segundos y no se escuchó la voz de ninguno de ellos.

Ladrones, se dijo sintiendo que los latidos de su propio corazón la ensordecían, y que las manos le temblaban. Pero ella no tenía nada de valor aquí, pensó; ni joyas, ni dinero en efectivo... excepto por los electrodomésticos, que no serían fáciles de sacar en absoluto silencio, no había nada que pudiesen codiciar...

Caminó hacia una silla donde tenía su bata y se cubrió con ella. No tenía nada que le sirviera como arma y poder defenderse, pero algo tenía que hacer. Buscó su teléfono móvil y marcó el novecientos once. Bajo la rendija de su puerta, pudo ver luces como de linternas, y cerró sus ojos evitando llorar de pánico.

—Alguien ha entrado en mi casa —susurró Tess cuando le contestaron del servicio de emergencias, y a continuación dio su dirección—. Por favor, estoy sola con tres niños, manden la ayuda... por favor... —se cubrió la boca ahogando un grito cuando sintió un ruido más fuerte, cristales rotos. Abrió ligeramente la puerta, pero desde allí no podía ver nada, así que se armó con un pequeño candelabro de decoración, pero que al ser de hierro forjado bien servía para su nuevo propósito, y salió despacio hacia su pequeña sala. Sí había hombres entrando furtivamente en su casa. Eran cuatro, logró contar... pero uno se peleaba con los otros tres.

Estaban rompiendo todo. Uno de los hombres salió disparado hacia la pared, logrando romperla un poco, y Tess se dio cuenta de que estaba inconsciente. ¿Estaría muerto?

¿Por qué se estaban peleando? Hasta ahora habían sido muy silenciosos,

¿no se suponía que los ladrones debían actuar con sigilo? Ahora, Tess no sabía qué hacer. Seguía teniendo al servicio de emergencias en el teléfono, y les relató lo que veía.

Y entonces se escuchó un disparo. Tess gritó agachándose, pero luego, se hizo el silencio.

—¿Estás bien? —preguntó alguien corriendo hacia ella—. ¿Te hirieron? ¡Tess, por favor, contéstame! —Tess levantó la mirada. Reconocía esa voz, sí... la reconocía, pero no... No podía ser—. ¿Estás herida? —volvió a preguntar el hombre, pero cuando intentó tocarla, ella lo atacó violentamente con el candelabro de hierro que tenía en la mano dándole justo en la cabeza.

El que le hablaba cayó al suelo, deteniendo la sangre que le había empezado a salir con su mano, y Tess corrió a su habitación para tomar a su hija, y luego a la de los niños para despertarlos.

Al fin, y luego de lo que le pareció una eternidad, se escucharon las sirenas de la policía al acercarse. Un oficial de policía entró identificándose y el otro encendió las luces. Tess salió furtivamente de las habitaciones con Nicolle aún dormida en sus brazos, y pudo ver que los oficiales se encargaban de los hombres, todos inconscientes y en el suelo; uno de ellos herido de bala.

Todos estaban inconscientes menos uno, el que ella había atacado. Ahora que las luces estaban encendidas, pudo verlo bien, y comprobar lo que antes había sido sólo una ocurrencia suya.

—Tess, diles que no tengo nada que ver con esto —le pidió August Warden, su futuro ex esposo, mirándola con ansiedad mientras los oficiales lo esposaban—. Soy tu esposo, diles—. No, pensó Tess, estaba muy cerca de dejar de serlo. Los abogados de Raphael eran muy buenos, y el divorcio estaba casi completado—. Tess...

—¿Es cierto lo que dice? —preguntó uno de los oficiales—. ¿Este hombre es su esposo? —Tess apretó los dientes. Había vuelto. Su pesadilla se había convertido en realidad y August había vuelto. Su regreso no se parecía en nada a aquel sueño, pensó, y él mismo estaba muy diferente ahora.

—Nunca lo había visto en mi vida —les dijo a los oficiales.

—Oh, cielos —se quejó August, y el oficial lo empujó hacia la patrulla, junto a los otros.

Una ambulancia se detuvo frente a su casa para llevarse al herido de bala, algunos vecinos se habían despertado por el ruido, y también los niños, que se sujetaban a ella llorando, sobre todo Nicolle, que había sido despertada

abruptamente y ahora berreaba con ganas.

El proceso fue algo largo. Tuvo que hacer una lista de los daños en su casa para cuestiones del seguro, comprobar que no se hubiesen llevado nada, y más papeleo, pero tuvieron consideración de los niños y la dejaron en paz, pidiéndole que se acercara a la comisaría tan pronto como pudiera para hacer una declaración y llevar a los ladrones a juicio. Al parecer, eran una banda que llevaban buscando hacía un tiempo, y que hasta el momento, no habían podido capturar.

—Uno de ellos insiste con que es su esposo —le dijo el oficial cuando pudo dejar a los niños en casa de Heather y hacer su declaración al día siguiente. Ella hubiese querido acompañarla, pero hacía muy poco había dado a luz. En su lugar, Raphael estaba con ella—. Hemos verificado su identidad, y ciertamente...

—Estamos en proceso de divorcio —dijo Tess. El oficial la miró fijamente.

—¿Sospecha que él haya tenido algo que ver con el intento de robo? —Tess tuvo que negarlo. Sólo había sido casualidad que él regresara a casa justo cuando la estaban robando. Ella misma lo había visto pelear con los matones.

—No—. El oficial suspiró, percibiendo más de lo que ella decía.

—Señora, ¿comprende que no debe usar la justicia para sus asuntos personales? Si quiere castigar a su esposo por la razón que sea...

—Nos ocuparemos de eso —dijo Raphael interrumpiendo al oficial—. Créame, ese hombre se merece una noche en una celda por más de un motivo —. El oficial sacudió su cabeza y se alejó, dando la orden de liberar a August Warden, que seguramente había pasado una noche de perros en la celda.

Según su testimonio, él había luchado contra los tres hombres, dando golpes certeros que los fueron dejando fuera de combate uno a uno; pero no contaba con que el último tuviese un arma de fuego, y éste se había disparado en el forcejeo, con la mala suerte de herir a su dueño.

Y debía ser cierto, porque así lo mostraba la evidencia.

Tess se quedó allí, ante el escritorio del oficial que le describía la situación, cruzada de brazos. No había podido dormir el resto de la noche, y ahora tenía unas ojeras como un mapache, el cabello hecho un desastre y mucho enojo acumulado tratando de explotar.

Había vuelto. El maldito cabrón había vuelto. Y como si nada.

—¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó, y Raphael la escuchó. Le puso una

mano en el hombro apretándolo con suavidad.

—No tienes por qué hacer nada, Tess. El divorcio seguirá adelante en cuanto tú te mantengas.

—¿Debería escucharlo, siquiera? ¿Debería... dejarlo hablar?

—Tess, no puedo decirte qué hacer o qué no, pero si querías un buen momento para sacar toda la mierda afuera, este es el ideal—. Tess sonrió. Sí, eso era verdad.

Se quedó allí y al fin lo vio de nuevo. Tenía una camisa a cuadros vieja, un suéter debajo y un abrigo barato encima. Jeans desgastados y botas de obrero. Él no lo había pasado bien últimamente. Tenía la barba crecida, aunque el cabello rubio bien recortado, y sus ojos azules se clavaron en ella de una manera extraña, con una luz que jamás le vio.

Toda la mierda afuera, se dijo, y apretó sus dientes. Ya no tenía poder sobre ella, ya no le removía ningún sentimiento. Verlo allí era simplemente como ver... un desconocido.

Y Tess al fin lo comprendió, al fin lo pudo ver. No necesitaba respuestas, no necesitaba excusas; esas las había necesitado la mujer insegura y herida que una vez fue, y ya no era más esa Tess asustada del futuro, con sensación de soledad, o abandono.

Una mujer que se ama a sí misma no necesita de las excusas ni las razones de un idiota que la abandonó, simplemente se rearma a sí misma y sigue adelante con su vida.

Sonrió, porque esta verdad la llevó a otra: Se había muerto su amor por August Warden.

—Tess... —empezó a decir August mirándola, como si esperara que ella lo interrumpiera, echara a llorar, o le reclamara, pero ella simplemente se quedó allí, cruzada de brazos, mirándolo sin mostrar emoción alguna en su rostro. Parecía más bien estudiarlo, como si se viera diferente y ella no lograra reconciliar este nuevo aspecto con el del antiguo August.

Él, al parecer desconcertado por su actitud, se quedó allí en silencio, sin añadir nada más.

—¿Qué esperas de mí, August? —preguntó ella elevando un poco el mentón y apretando suavemente sus labios.

—¿Qué... espero de ti? —August frunció el ceño y la miró bastante confundido, y Tess no pudo evitar dejar salir una risita incrédula.

—¿Quién crees que soy ahora? —volvió a hablar—. Vuelves después de casi tres años en los que no te preocupaste por tus hijos, en los que no te comunicaste... Me pregunto, realmente ¿qué quieres ahora?

—Volver...

—No —contestó ella casi riendo, y sacudiendo su cabeza—. No vas a volver.

—Tess...

—Me estoy divorciando de ti —soltó ella interrumpiéndolo, y él la miró fijamente, sorprendido—, el proceso ya está bastante adelantado y el que hayas vuelto no hará que cambie de opinión.

—¿No me vas a dar la oportunidad de explicarte...?

—Oh, ¿y es que tienes una explicación que una esposa pueda aceptar luego de casi tres años? Eso sería increíble, pero, ¿sabes?, no necesito tus razones. Así hayas estado secuestrado por terroristas en el medio oriente, no me interesa.

—No puedo creer que...

—¿Qué no puedes creer? —masculló Tess sintiendo que la ira le subía a la cabeza— ¿Que yo me haya vuelto fuerte al fin? ¿Que no esté saltando sobre ti de alegría y alivio porque al fin te dio tu puta gana de volver? —la palabrota debió desconcertarlo, porque la miró estupefacto.

—Ni siquiera me dejas hablar.

—Te dejé hablar por todos estos malditos años —masculló Tess—, y preferiste guardar silencio, seguir alejado, así que con eso tuve mis respuestas

a todas mis preguntas.

Adam miró a Tess admirado, pero toda su dureza y resolución no le eran suficientes. Necesitaba más, tenía que llevarla hasta el límite, contra las cuerdas, hacerla explotar y que sacara de dentro sus verdaderos sentimientos y pensamientos, así que dio un paso hacia ella y elevó su mano con intención de tocar su rostro.

—Te amo, Tess... —antes de que pudiera terminar la frase, ella elevó su mano y lo abofeteó. Adam ladeó su cabeza por la fuerza del golpe sintiendo que la mejilla le escocía terriblemente. Seguramente también estaba roja.

—Tú eres el menos indicado para usar esas palabras —dijo Tess entre dientes; su declaración de amor la había enfurecido, no dolido—. Esa palabra se queda grande en tu boca —siguió ella—. No quiero en mi vida la basura que traes, ni tampoco la quiero en la vida de mis hijos.

—Estoy aquí tratando de retomar lo nuestro, de salvar nuestro matrimonio, nuestra familia... ¿Vas a destruir todo...?

—¡No te atrevas a culparme a mí! —exclamó ella con el ceño muy fruncido—. ¡Tú lo destruiste en el mismo momento en que te fuiste!

—Es por otro, ¿verdad? ¿Tienes a otro y por eso me rechazas a mí?

—¡Eso no es de tu incumbencia, porque perdiste todos los derechos! Pero entérate de una cosa, aunque fueras el último hombre sobre la tierra, jamás volvería contigo. ¡Tendría que ser la mujer más estúpida!

—¿Entonces... ya olvidaste todo lo que vivimos? Todo lo que pasamos juntos... fueron muchos años, Tess... No puedes decirme que de repente eso ya no significa nada para ti—. Tess cerró sus ojos sonriendo con sorna, como si no se pudiese creer lo que estaba oyendo.

—¿No tienes vergüenza? Déjame preguntarte: ¿Acaso tuvo importancia para ti? Tú sí que lo olvidaste de repente. ¿Esperabas que por ser mujer me quedara esperando eternamente por ti?

—No, pero al menos, sí que me dieras una oportunidad cuando volviera. No lo he pasado bien, Tess. Mi vida ha sido un infierno hasta ahora. Por favor, tienes que darme una oportunidad de salvar lo nuestro, de volver a unir nuestra familia—. Tess lo miró fijamente meneando la cabeza.

—Tú no tienes salvación —dijo Tess, y Adam vio que a sus ojos asomaron lágrimas, pero de indignación—. Ahora sólo me lamento por estos años que te esperé. Ahora sólo me lamento por haber cometido el error de meterte en mi



vida. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo permití algo así? Yo... Dios, no me hagas aborrecerte, August, por favor, porque estoy a punto—. Ella dio la vuelta y se alejó, pero él la detuvo posándole la mano en un hombro.

—¿Y si te digo que... he cambiado, que reconozco que en el pasado cometí muchos errores, pero que ahora soy otro hombre...? —Tess meneó su cabeza sin creerle ni una palabra— Soy diferente, Tess... en este nuevo... August, sí puedes confiar. Este nuevo August... se muere por estar contigo.

—Pues vaya. Muérete ya.

—Tess...

—No hay nada que puedas decir o hacer que me haga olvidar tu egoísmo, tu irresponsabilidad, tu... falta de pelotas. Ni siquiera eres ya un hombre para mí—. Él se mordió los labios y bajó la mirada.

—Al menos... déjame ver a mis hijos... que sepan que su padre volvió. No puedes negarme eso—. Ella se volvió y lo miró de arriba abajo, y en sus ojos se reflejó el deseo de negarle también eso—. Ellos también tienen el derecho de saber de mí, de estar conmigo, Tess—. Tess frunció su ceño, sintiéndose terriblemente cansada.

—Lo discutiré con mi abogado.

—Te dirá que tengo razón —la atajó él cuando vio que ella otra vez se disponía a irse—. Te dirá que no puedes negarme el derecho a verlos. Aunque te estés divorciando, sigo siendo tu esposo, estuvimos juntos seis años... E hicimos juntos a esos tres niños —Ella se volvió a mirarlo otra vez con el odio afilado en sus ojos —Por favor, dime cómo están —pidió él—. Kyle... ya tiene siete años, ¿no es así? ¿Cómo le va en la escuela? Y mi preciosa Rori... y...

—Nicolle —dijo Tess, recordando que él no podía saber el nombre de la pequeña, pues él se había ido antes de que ésta naciera—. Es una niña, y su nombre es Nicolle, pronto cumplirá los tres años. Todos están bien, no te necesitan...

—Todos los niños necesitan a su padre.

—No un padre que los abandona, que los deja pasar hambre y necesidad. En ese caso, es mejor no tenerlo siquiera.

—Tess... por amor de... —Tess no lo escuchó, pues de nuevo se giró y esta vez se dio prisa en desaparecer.

Adam se quedó allí viéndola irse, con un cúmulo de sentimientos haciendo carrera en su pecho. El encuentro se había dado al fin, y esto había salido muy

diferente de lo que alguna vez imaginó. Si Tess se hubiese tirado sobre él, abrazándolo, sintiendo alivio por su regreso, o se hubiese mostrado dolida, pero con esperanza, su corazón habría muerto dentro de su pecho, porque eso habría significado que, aunque se sentía traicionada, ella aún había estado esperando a su esposo, lo que indicaba que también lo amaba... Pero ella despreciaba a August, o eso era lo que parecía.

¿De verdad, Tess había olvidado por completo a August? ¿Había muerto ese amor realmente? Todo lo que ella le había dicho le indicaba que sí, pero, ¿sería así de verdad? Un amor verdadero es difícil de olvidar; un amor verdadero es inmortal, nada lo podría acabar. ¿Era el amor que ella había sentido por August finito realmente? ¿Se había acabado? Al parecer sí; los resultados de su prueba indicaban que sí.

Y si había acabado, ¿qué iba a hacer él? Se estaba divorciando, lo cual lo sorprendía, lo enorgullecía, y lo preocupaba a partes iguales.

Estaba jodido.

—No te atrevas a hacer algo que le provoque daño —dijo alguien tras él, y se giró a mirar de quién se trataba. Raphael Branagan, reconoció, aunque no dio muestra de ello; el antiguo August Warden no tenía manera de conocer a alguien como él, y de ningún modo podría tratarlo con familiaridad—. Ella ya no está sola —siguió Raphael—, al menor paso en falso, lo pasarás muy mal, te lo aseguro.

Por supuesto, pensó Adam. El marido de la mejor amiga de Tess salía en su defensa. No esperaba menos del joven Branagan. Asintió dando una cabezada, tragó saliva y lo miró fijamente a los ojos.

—No tengo el placer de conocerlo.

—Mi nombre es Raphael Branagan. Aunque ese apellido no te suene de nada, te garantizo que puedo convertir tu vida en una mierda si así me apetece —. Adam volvió a asentir. Raphael sólo debía tener unos veintiocho, o veintinueve años, pero sí que podía aplastar la vida de alguien como August si le apetecía, así que se anduvo con cuidado.

—Nunca le haría daño a Tess.

—Oh, te aviso: ya lo hiciste.

—Me refiero a... de aquí en adelante, el pasado...

—No me interesa, y no tardaré en conocerlo al completo. Tenía gente tras tu pista, investigando tu paradero; tengo que admitir que me impresiona que hayas podido evadirlos por tanto tiempo, porque no se supo nada hasta el

momento—. Adam asintió. A él también lo había impresionado, pero luego de saber que se había cambiado el nombre, lo comprendió todo. Ellos habían estado buscando a August Warden, no a Michael Moore.

Cuando Tess se enterara de eso, lo odiaría aún más, pues era prueba de que August había querido alejarse todo lo posible, volverse ilocalizable. Ella no lo decepcionaría y odiaría aún más a su esposo.

—Así que no tardaré en conocer tu vida y obras en los pasados años — siguió Raphael con un tinte amenazador en su tono—, y cuando tenga esa información, ten por seguro que Tess será la primera en escucharlo—. Adam tragó saliva.

—Entonces, no tengo nada que decir, supongo—. Raphael no añadió nada más, simplemente lo miró de arriba abajo, dio media vuelta y se alejó. Adam se quedó allí, en medio del pasillo de la estación de policía, mirando nada. Alrededor unos pocos oficiales estaban sentados frente a sus escritorios, haciendo su trabajo, nadie le prestaba atención. Se pasó la mano por la barba crecida y dejó salir el aire.

A pesar de que lo aliviaba saber que Tess ya no amaba a su esposo, también lo dejaba sin saber qué hacer a continuación. Ella nunca lo aceptaría de vuelta en su vida, mucho menos en su casa, así que esa fantasía loca de convivir con ella se estaba yendo por un inodoro imaginario. Sólo había podido aferrarse a los niños, y había argumentado en su favor, pero lo cierto es que él tenía todas las de perder; los había abandonado dejándolos en muy mala situación, y cuando lo investigaran, sabrían que había sido un delincuente y un borracho, y eso lo hundiría aún más. Si tenía suerte, le permitirían ver a los niños una vez a la semana y con supervisión.

Con supervisión, se repitió. Una vez a la semana, podría ver a Tess. No podía decirle quién era él, no podía darle a entender lo que había sucedido en la vida. Aunque pudiera formular las palabras, aquello era tan loco y estafalario que Tess tampoco le creería jamás, sólo concluiría que no era más que otra treta para engañarla y hacerle daño.

Apretó sus labios y sus puños dentro del abrigo viejo y desgastado que llevaba puesto y salió de la comisaría. Afuera todavía estaban Tess y Raphael hablando, pero en cuanto lo vieron, subieron al auto y se alejaron. Él echó a andar hacia la parada del autobús. Si no se daba prisa, llegaría tarde a trabajar, y no podía perder este empleo por nada del mundo. Ahora era el lavaplatos del restaurante de un hotel, un hotel que antes le había pertenecido,

cuando era Adam Ellington; era un poco extraño estar en el cargo más bajo de las que una vez fueron sus empresas, pero era lo único que tenía, y necesitaba demostrar que ahora era diferente, para, al menos, tener derecho de ver a sus hijos de vez en cuando.

Sus hijos, pensó con una sonrisa. Sólo por ellos estaba encantado de ser August Warden; ellos eran lo único hermoso que ese tarado tenía, y por ellos había recuperado el nombre.

Había tardado un poco en volver por estar ocupado en todo lo concerniente a su existencia legalmente hablando, luego había viajado por tierra hasta aquí, encontró de nuevo un trabajo, y alquiló una habitación con baño propio muy cerca de Tess. Anoche se le había hecho difícil dormirse, así que tomó su chaqueta y salió a caminar; sus pies lo habían traído hasta la casa de ella.

Cuando se detuvo en el jardín del frente, vio las luces de las linternas dentro, lo que sólo podía significar que había intrusos en la casa. Había roto el cristal de una de las ventanas y entrado, molió a golpes a los tres hombres, y gracias a su experiencia en las peleas sin regla de la cárcel no salió herido, sólo Tess lo había conseguido.

Sonrió pensando en ella, en la dureza con la que había tratado a su ex marido. Estaba muy orgulloso de ella, feliz.

Aunque eso no le diera a él ninguna oportunidad de estar a su lado.

—¿Y cómo... te sentiste al verlo? —le preguntó suavemente Heather a Tess, que estaba sentada frente a ella, con los brazos fuertemente cruzados, sus ojos secos y moviendo agitadamente un pie.

—¿Qué cómo me sentí? Pues... sentí ira. Me sentí furiosa, con ganas de... escupirlo.

—¿No sentiste un poco de dolor?

—¿Dolor? Me dolió en el alma el tiempo perdido todos estos tres años. Tres años, Heather, ¡tres años de mi vida! —Heather la miró y suspiró, pero no interrumpió a su amiga—. Ya no me duele él, ahora sólo pienso que es un maldito hijo de... —Heather la detuvo alzando sus cejas, pues el pequeño Roger estaba en sus brazos, con la barriguita llena de leche y dormido. Tess se mordió los labios—. Sólo me sentí un poco indignada al ver... la poca cosa por la que tanto lloré; y es que luego de haberme reencontrado con Adam... luego de recordarlo a él... todos los hombres son unos peleles para mí, ¿sabes? Él... dejó el listón muy alto.

—Tess...

—Todos los hombres que conozca de aquí en adelante, inevitablemente serán comparados con Adam. No podré ver a nadie más, Heather.

—¡Para! ¡No digas eso!

—Pero es lo que siento.

—¡Y fue lo que sentí yo durante décadas por Ralph Branagan! ¡Y me quedé sola, solterona, y con una vida entera desperdiciada! No te atrevas a decir algo así jamás, porque te niegas a ti misma la oportunidad de volver a amar, de volver a ser mujer. Abre los ojos y sigue adelante. Métete esta verdad en la cabeza: Adam murió, y tú en cambio sigues viva y debes seguir adelante. Es lo que él hubiese querido—. Por las mejillas de Tess bajó una gruesa lágrima, pero ella la limpió más con furia que con delicadeza.

—¿Y qué puedo hacer... si esa verdad la sabe mi cabeza, pero se rehúsa a entrar en mi corazón?

—Oh, Tess.

—Todavía... me duele el alma, Heather. Me duele tanto por Adam... Es una herida que aún sangra... y no veo...que vaya a dejar de sangrar en el futuro.

—Debes reponerte. Ser fuerte.

—El problema es —susurró Tess apoyando su cabeza entre sus brazos, como si quisiera esconderse de algo— que no tengo fuerzas ya. No tengo fuerzas, Heather.

Heather extendió su mano hasta su amiga y la posó sobre su hombro, preocupada y dolida por su amiga. Cerró sus ojos recordando que una vez una voz le dijo algo concerniente a Tess.

Con Tess y nada más, había dicho.

Pero eso no le había impedido seguirla incluyendo en sus oraciones.

—Harry Baker —saludó Adam, mirando a un hombre que lucía un traje de algunos cuatro mil dólares, bajando de un auto de unos cien mil. El hombre se giró a mirarlo y de inmediato frunció su ceño.

—¿Disculpe?

—No me conoce, pero yo he oído hablar mucho de usted—. Harry Baker se tomó las solapas de su traje y miró en derredor. El hombre que conducía su auto y le había abierto la puerta se puso delante como protegiéndolo, pero Adam levantó ambas manos—. Mi intención no es hacerle daño, todo lo

contrario; vengo a pedirle ayuda.

—¿A mí? —preguntó Harry elevando una ceja, y Adam asintió.

—Mi nombre es August Warden, y necesito de su ayuda como abogado.

—No luce como alguien que puede pagarme.

—Pero usted prometió, hace tiempo, que uno de cada veinte casos no lo cobraría, lo donaría a la caridad.

—Sí, a ancianas y madres desesperadas, no a... sujetos que lucen como usted.

—Soy un padre desesperado. Me negarán el derecho a ver a mis hijos, no tengo como pagar un abogado que pueda enfrentarse al de mi mujer... los perderé para siempre, no los veré crecer.

—¿Por qué un padre se ve en tan desesperada necesidad? —preguntó Harry ajustándose el cinturón de su pantalón, y Adam casi sonrió al verle ese gesto tan característico. Harry tenía un poco de sobrepeso, y los pantalones, no importaba quién los confeccionara, siempre se le escurrían. Pero era un buen hombre, un amigo muy querido de la universidad.

—Porque cometí errores en el pasado, y sé que merezco pagarlos... pero no mis hijos, ellos no deben entrar en ese castigo—. Harry meneó la cabeza, como si ese argumento no lo convenciera mucho—. Adam Ellington me habló muy bien de usted, me dijo que era el mejor—. Eso, definitivamente, llamó su atención, y volvió a girarse a él.

—Adam Ellington —dijo Harry—. ¿De qué lo conociste?

—Por las casualidades de la vida. Sé que falleció... hace ya varios meses...

—Seis meses.

—Pero fue quien me habló de usted, de lo buenos amigos que eran, y fue quien también me dijo de su promesa, por eso sé... que podría ayudarme. Es mi última esperanza—. Harry lo miró otra vez de arriba abajo y apretando sus labios, como si en verdad evaluara la posibilidad de ayudarlo.

—¿Tienes algo que hacer? —preguntó mirando su fino reloj.

—Tengo un par de horas libres.

—Sube conmigo —le dijo, y Adam asintió sonriendo. Había conseguido la ayuda que necesitaba, podría enfrentar los abogados de Tess, contratados por Raphael Branagan, de igual a igual.

Adam Ellington, o, más bien, August Warden, no pudo evitar que Tess

siguiera con el proceso de divorcio, pero sí consiguió que el juez le permitiera ver a los niños siempre que quisiera. Siempre. Había demostrado que era capaz de conservar un empleo, que ya no tenía vicios, y que, a pesar de los pecados pasados, era un hombre con derecho a regenerarse, a cambiar, y que demostraba preocupación infinita por su familia en la actualidad, pues había actuado heroicamente cuando se dio cuenta de que estaban robando en la casa de sus hijos. Cuando dio su testimonio, del corazón le salieron las palabras más bonitas, algunas dirigidas por Harry Baker, que, en vez de abogado, parecía poeta, pero no le pesó decir las, porque las sentía de verdad, y así había logrado lo que no había imaginado siquiera tener: ver a sus hijos siempre que quisiera.

Oh, la patria potestad la tendría Tess, ellos vivirían con ella, ella decidiría sobre su educación, y ella era la que mandaba, pero August podría ir a verlos todas las tardes si así quería, y eso la mortificaba a ella bastante.

El divorcio era otro asunto. En eso no había podido ganar, pero no se desesperaría. De todos modos, pensó él cuando la reunión donde se dictaba el fallo del juez terminó, ella estaba casada era con el antiguo August Warden, no con él.

—Quiero verlos, Tess —le dijo en voz baja. Ella tenía sus ojos cerrados. No se podía creer que hubiese perdido en esto, y él la entendía, pero había tenido que derrotarla—. Así que... iré hoy mismo a verlos.

—Tanta desesperación ahora, cuando antes se te fueron los años sin hacer siquiera una llamada para preguntar cómo estaban.

—Ese era el antiguo August Warden. El de ahora, moriría antes de dejar solos a esos niños otra vez... y a ti.

—No te atrevas —amenazó ella mirándolo con ira cuando él intentó tocarla, y August retiró de inmediato su mano.

—No, Tess. No me atrevería... Sé que te perdí. Pero al menos... ¿te puedo pedir que delante de los niños guardes tu odio hacia mí? No creo que quieras que ellos vean que sus padres se detestan.

—Me será muy difícil fingir.

—Lo sé. Eres una chica transparente y sin doblez. Eso siempre me gustó de ti—. August se dio la media vuelta, sin darse cuenta de que Tess lo miraba sumamente extrañada. Salió de la sala de audiencias y llegó hasta la calle. Una vez allí, miró al cielo y respiró profundo. Había ganado la primera batalla, y ahora se acercaba la más dura, la más difícil: ganarse a Tess.

Pero lo conseguiría, aunque se le fuera la vida en ello.



Tess regresó un poco tarde en la noche. Se había quedado en casa de Heather lamentándose por haber perdido ante August en el juzgado, y de paso, Raphael le había contado todo lo que habían averiguado de su flamante ex marido. Heather le había pedido que se quedara a pasar la noche, pero Tess se había negado. Necesitaba tiempo para pensar, para acomodarse a su nueva realidad... otra vez.

—Gracias, John —le dijo al chofer de Heather, que la había traído hasta aquí y la ayudaba con Rori, que dormía ya profundamente, mientras ella llevaba a Nicolle, también dormida. En un brazo llevaba el bolso en el que guardaba algunas cosas de los niños, y Kyle, algo cansado y adormilado, se aferraba a su mano libre.

Antes de entrar los dos adultos se detuvieron, y John se puso en alerta cuando vio un sujeto acercarse desde la casa.

—Un intruso —susurró John a Tess haciendo ademán de dejarle en brazos también a Rori para hacerse cargo, pero Tess lo detuvo.

—No. Sólo es... August; el papá de mis hijos—. Vio a August apresurarse para tomar a Rori en sus brazos, y John lo miró fijamente. Tess sólo suspiró, sin decir nada, aunque él tampoco abrió su boca siquiera para saludar, y se adelantó a meter la llave en la puerta. Había olvidado completamente que él le había dicho que quería ver a los niños en la tarde, o tal vez era que no le había creído, pero al parecer, él estaba aquí desde que salieran del juzgado.

Entraron a la casa y John los miró como si no se fiara de este desconocido, y Tess tuvo que sonreírle.

—Todo está bien, John —le dijo—. Muchas gracias por la ayuda.

—¿Está segura? —preguntó John aún reticente, mirando de reojo a August, que se quedó en medio de la sala con la niña en brazos.

—No nos hará nada —lo tranquilizó Tess—. En un tiempo fue mi marido, y es capaz de muchas cosas, pero no de hacerme daño físico... ni a mí, ni a los niños.

—Oh... Está bien entonces, supongo—. Tess asintió aún con Nicolle en sus brazos, y John hizo una ligera inclinación con su cabeza y salió. Tess dejó salir el aire y miró a August, pero este ya se encaminaba a la habitación de los niños. Eso le extrañó. ¿Cómo sabía él que era esa la habitación? Había ido como si ya conociera la casa.

—¿Qué hacías aquí todavía a esta hora? —le preguntó cuando él dejó a Rori sobre su cama con cubrelecho rosa. August se inclinó y besó los cabellos de la niña, se sentó y le quitó los zapatos—. Te hice una pregunta, August —él se giró y la miró.

—Te dije que quería verlos hoy mismo.

—Pero...

—Mamá —interrumpió Kyle— ¿quién es ese señor? —preguntó el niño todavía aferrado a su mano, y el corazón de Tess empezó a latir con fuerza al escuchar su pregunta. Era tan sencilla la respuesta, pero tan complicado darla...

Vio a August levantarse y caminar despacio hacia ellos mirando a Kyle con mucha seriedad, se agachó frente a su hijo y le sonrió con un brillo de infinita ternura en sus ojos.

August siempre había sido atractivo, pero esa sonrisa y esa mirada lo hacían ver increíble. Qué injusto era todo, pensó Tess apretando un poco más la mano de Kyle en la suya.

—¿No me recuerdas? —le preguntó August al niño. Kyle lo miró un momento en silencio, y August posó su mano en la cabeza del pequeño, revolviendo un poco su oscuro cabello—. Soy yo, August... tu padre—. Tess quería cerrar sus ojos, huir un momento de lo que estaba pasando aquí, pero los dejó bien abiertos.

—Te fuiste —dijo Kyle, y su tono parecía de reproche—. Ya me hice grande, y no venías. No nos querías.

—Por el contrario —contestó August con tono sereno—. No hay nada que ame más en este mundo como a ustedes. Estuve lejos, sí... pero ya volví, y nada hará que me vuelva a ir—. Tess sintió al niño mover su mano dentro de la suya para soltarse, y la retuvo a la fuerza por unos segundos más. Tuvo que invocar toda la fuerza, todo el autocontrol para no tomar a su hijo y salir de allí en volandas. Pero esto debía hacerla feliz, se reprendió a sí misma, esto era lo que el niño necesitaba oírle decir a su padre; ella no debía impedirle acercarse a él, todo lo contrario, así que lo soltó.

Llevaba mucho tiempo siendo la única en la vida de sus hijos, excusando la ausencia del padre, siendo ella todo para ellos... Él había vuelto, y si bien no iba a ser nada para ella, en la vida de sus hijos él no podía seguir siendo un extraño.

August no movió ni su cabeza ni sus ojos para mirar a Tess, aunque sabía que ella estaba muy tensa y recelosa; su atención estaba toda en el niño de cabellos castaños como los de su madre, pero de ojos azules como los suyos. Ya tenía siete años, ya era casi un hombrecito. Tenía todo el derecho a hacer preguntas, y merecía sus respuestas, y él siguió mirándolo atentamente dispuesto a dárselas.

—¿Es verdad? —preguntó Kyle—. ¿Nos quieres?

—Con todo mi corazón —contestó August sin dilación—. A ti... a tus hermanas... y a tu mamá—. August notó que a Kyle le temblaban los labios. Estaba tratando de hacerse el fuerte, y no tenía por qué hacerlo, pero admiraba su resolución—. ¿Me dejas... abrazarte? —Kyle asintió con los ojos un poco humedecidos, y August abrió sus brazos dándole espacio al niño, que de inmediato se tiró a su pecho. Lo abrazó con fuerza, encerrándolo completamente en el círculo de sus brazos, y sintió al pequeño respirar con dificultad.

—Te extrañé muchísimo —dijo Kyle en su hombro, y August sonrió con un dulce dolor en su corazón.

—También yo. Perdóname, hijo...

—No te vuelvas a ir.

—Nunca. Te quiero, hijo mío. Perdóname por haberte dejado solo tanto tiempo—. El niño no dijo nada, pero a él no le importó, sólo siguió abrazándolo.

Segundos después lo alejó un poco para besarle la frente, admirarlo bien de cerca, notar lo grande que estaba, felicitarlo por lo que fuera, y el niño sonrió mostrando unos hermosos hoyuelos.

—¿Te quedarás a vivir aquí? ¿Como antes? —August sonrió con tristeza.

—No hijo —le contestó, y miró de reojo a Tess, que seguía de pie, en silencio, y con Nicolle aún en sus brazos—. Debo ser castigado por mis errores.

—¿Quién te va a castigar?

—La vida, supongo. Pero no te preocupes, vendré a verlos a diario.

—Con respecto a eso... —intervino Tess, y August al fin se enderezó y la miró—. No creo que puedas verlos realmente “a diario”. No es práctico.

—¿Por qué no?

—Porque yo trabajo, y supongo que también tú.

—Tengo un horario flexible.

—Sí, como lavaplatos en el restaurante de un hotel, pero...

—No importa lo que me toque hacer. Vendré a verlos todos los días.

—No los ilusiones con cosas como esa.

—No estoy ilusionando vanamente, cumpliré mi palabra.

—Perdóname si soy un poco escéptica, pero es que sé de primera mano que eres muy bueno rompiendo promesas e incumpliendo tu palabra—. August la miró en silencio por espacio de varios segundos, sin poder reprocharle su incredulidad.

—¿Se van a divorciar? —preguntó Kyle con un poco de aprensión en su voz, y Tess tuvo que respirar profundo varias veces. August fue el que contestó.

—Sí, hijo.

—Pero... ¿Ya no se quieren?

—Kyle... Estas cosas pasan... —le contestó Tess, y August siguió mirándola fijamente—. No tienes que temer... Tú... estarás bien. Estaremos bien.

—Pero no quiero que se divorcien —se quejó Kyle mirándolos con su ceño fruncido—. Por fin papá volvió. ¿No puede quedarse aquí? Mamá, por favor.

—No, eso no puede ser. Él ahora tiene su casa, ¿no es así? —August no había dejado de mirarla. Con los ojos, ella casi le ordenaba que no la contradijera. Elevó sus cejas y miró a Kyle.

—No te preocupes, hijo. Estoy más cerca de lo que crees.

—Acaso, ¿dónde vives? —preguntó Tess. August la miró y elevó una ceja.

—A unas pocas calles de aquí.

—¿Cómo conseguiste vivir tan cerca?

—Tenía unos ahorros—. Tess tenía mil preguntas en la punta de la lengua, pero sólo se quedó allí, de pie, con el ceño fruncido.

—Mañana tienes clase en la escuela, Kyle —advirtió Tess, y Kyle dejó caer los hombros.

—Podría faltar —dijo—. Nunca he faltado, no me atrasaré mucho.

—Eso no —le dijo August, y para suavizar un poco su tono, le puso una mano en el delgado hombro—. No te preocupes por mí, vendré a verte en cuanto pueda. Iremos a jugar a algún lugar si lo deseas.

—¿Lo prometes? —preguntó el niño con ojos grandes y llenos de esperanza. August sonrió.

—Claro que sí. Pero si faltas, creo que tendrás que quedarte en casa

adelantándote.

—No faltaré. ¿Me acompañas a dormirme?

—Kyle...

—Por supuesto que sí —contestó August interrumpiendo a Tess, y tomó la mano de su hijo y lo condujo hacia la otra cama, ésta con un cubrelecho azul con pequeños platillos voladores estampados. Tess se reusó a acostar a Nicolle, a perder de vista a August. Muchas veces, en el pasado, él se acostó al lado de sus hijos, les leyó un cuento y se quedó dormido junto a ellos. Ella tenía que ir a despertarlo para que fuera a su cama. August había disfrutado la paternidad, recordó, por un tiempo hizo todo lo que se esperaba de él... Pero luego pareció cansarse de esa vida, de esa rutina, y cuando supo que las cargas en vez de disminuir aumentarían con la llegada de un nuevo bebé, olvidó todo el amor que había dicho sentir por sus hijos y se fue.

Era difícil olvidar, era difícil perdonar.

August ayudó a Kyle a acostarse, le quitó los zapatos, le ayudó a ponerse el pijama y luego lo arropó, conversó unos minutos con él y le besó los cabellos al igual que Rori cuando al fin cerró los ojos.

—No me quiero dormir —dijo Kyle con una sonrisa—. Es tan genial que estés aquí.

—Tú lo has dicho —le dijo August—. Genial... y así será siempre.

—¿Lo prometes?

—Lo juro—. ¿Por qué estaba haciendo esto?, se preguntó Tess cerrando con fuerza sus ojos. August, sabía, era un hombre voluble, cambiante. Hoy era un entusiasta de la familia, la vida y el amor... pero en unas semanas estaría por allí, quejándose de las obligaciones, de la rutina, de no poder salir con sus amigos por tener que cuidar tres críos. Y los que sufrirían serían los niños, otra vez.

—Deberías irte ya —dijo Tess en voz baja cuando supo que Kyle ya se había dormido. August se levantó suavemente de la cama y se le acercó. Se alarmó bastante cuando August hizo ademán de quitarle el peso de la niña, pero luego se relajó y dejó que él la alzara. Nicolle, dormida, se aferró a él y August sonrió y le besó la cabecita.

—Son todos tan hermosos... —sonrió él, y en sus brazos, Nicolle se veía mucho más pequeña de lo que en realidad era—. No cabe duda de que tenemos una buena genética—. Tess no dijo nada. Una madre nunca podía decir nada en contra cuando alababan la belleza de sus hijos.

August observó que no había una tercera cama para Nicolle en la habitación de los niños y miró a Tess interrogante.

—Ella duerme conmigo —explicó ella, y señaló la puerta de su habitación. August entró a ella, y con cuidado dejó a la pequeña en un lado de la amplia cama. Miró el mobiliario, el papel de la pared, las cortinas, interiorizando todo—. No deberías prometerles tantas cosas a los niños —dijo Tess masajeándose un poco el brazo donde había tenido apoyada a Nicolle mientras salían de la habitación—. En un tiempo volverás a cansarte de ser un padre ejemplar, volverás a desaparecerte con tus amigos, volverás a dejarme sola, a llegar ebrio por la madrugada, y a maldecir la vida que elegiste.

—¿Eso hice en el pasado? —Tess rio con sorna.

—No me digas que no lo recuerdas, o que lo recuerdas diferente —August apretó los labios sin poder contestar—. Todas esas palabras bonitas que le acabas de decir a Kyle ya las habías dicho antes. Juraste estar con ellos siempre, prometías ir con ellos los domingos por un helado al parque, y luego era yo la que tenía que enjugar sus lágrimas porque los habías decepcionado, así una y otra vez... Para ti era más importante tu música, tu banda, cualquier otra cosa en el mundo... De último estábamos mis hijos y yo...

—Y seguiste casada conmigo.

—¡Eras el padre de mis hijos! —dijo Tess casi en un susurro, sin poderse creer que él le estuviera reprochando justo eso—. ¡Eras mi esposo, y cuando prometí estar contigo en las buenas y en las malas... lo hice en serio! Tenía fe... de que volverías en ti mismo... Pensaba que... era una crisis que estábamos pasando, que ya mejoraría, que pronto... volverías a ser el de antes.

—Pero no fue así.

—No —contestó ella y cerró sus ojos con deseos de llorar— Me defraudaste, August. Me fallaste, pero no sólo a mí, sino a esos chiquillos que te amaban con locura. Es por eso que jamás... podré volver a confiar en ti. No puedo, August.

—Yo... no soy más ese August.

—Pero, ¿qué es esa locura otra vez? —dijo ella entre dientes, mirándolo casi con odio—. ¿Acaso esperas que crea que de la noche a la mañana cambiaste? Por favor, ¡estabas usando otro nombre! —exclamó mirándolo con el ceño fruncido—. No tenías intenciones de volver. Tenías tratos sucios con traficantes y fulanas, portabas documentos falsos, estuviste en la cárcel... y de

repente, ¿vuelves y esperas que yo te acepte otra vez? August, ¿qué clase de estúpida crees que soy?

—Y también estuve al borde de la muerte —siguió August, sin rendirse—, y eso... me abrió los ojos en más de un sentido. Me hizo darme cuenta... de lo que es verdaderamente importante en este mundo.

—Sí, estuviste en una clínica, pero no volviste de inmediato, tardaste otros tres meses...

—Porque recapacitar, arrepentirse, volver al camino no es tan fácil, Tess...

—Ay, por Dios...

—Salí de esa clínica sin un centavo, sin documentos siquiera, sin... más que la ropa que llevaba puesta, pero con una nueva visión... un nuevo corazón, uno que no hizo sino pensar en ti desde que abrí los ojos. En ti... en mis hijos. Y tuve que recuperar mi nombre, reunir dinero porque me vi perdido en la otra punta del país, y entonces no hice más que trabajar, trabajar y trabajar para presentarme ante ti otra vez como alguien... medianamente digno... medianamente aceptable. No creas... no creas que te considero una estúpida. Jamás... eres la mujer más fuerte, más valiente que jamás conocí. Pudiste con una carga que el viejo August no fue capaz de llevar... y sola. ¿Estúpida? ¡Nunca! Eres admirable, y te respeto por eso, y... aunque suene confuso, y loco, y raro, me enorgullece que no ames ya a ese hombre que... una vez fui. Me admiro de que tengas la dignidad de divorciarte. Quiero que... olvides al viejo August... que ya no lo recuerdes más, ni para bien, ni para mal... Todas las palabras que dije allá en la comisaría, yo sólo... estaba probándote a ver en qué clase de mujer te habías convertido con el paso de las pruebas y las dificultades.

—¿Qué?

—Y pasaste la prueba, y con honores, y eso no hace más que llevarme a esto: Quiero estar contigo... No recuperarte, no; empezar de cero.

—Empezar de cero con tres hijos, sí, claro.

—Y quiero que me veas a mí. A este nuevo hombre que está delante de ti— Tess se secó una lágrima.

—No es posible.

—Oh, Tess...

—Porque conocí a alguien —Él la miró con ojos grandes de sorpresa, desolado, completamente destrozado.

—No...

—Y delante de él... tú no eres más que basura.

—¿Cuándo...? —empezó a hablar él, casi atragantado— ¿Estás... saliendo... con él? —Tess dejó salir una risita sarcástica.

—Ese ya no es tu problema.

—Sí lo es... —susurró August— Porque es mi corazón el que está destrozado ahora —Tess meneó su cabeza negando, como si aquello no le preocupara lo más mínimo. Vio a August cerrar sus ojos con fuerza, sacudir la cabeza y tomar aire—. Está bien. Haré que lo olvides.

—No me hagas reír.

—Conseguiré que me ames. No nuevamente, sino verdaderamente.

—Qué...

—Te amo, Tess...

—¡Papá! —exclamó una pequeña vocecita, que interrumpió lo que seguramente Tess iba a contestar. Sus voces habían despertado a Nicolle, y la niña se había bajado de la cama y caminado hasta la pequeña sala, donde, de pie, habían estado hablando. Tess la miró sorprendida, sobre todo, cuando August la alzó, y ella, en vez de berrear y resistirse a ser alzada por un desconocido, rio encantada de la vida.

—Hola, bella durmiente —la saludó August, como si simplemente fueran viejos amigos, como si todas las noches Nicolle se bajara de su cama para ir a buscar a su papá y jugar en sus brazos—. Pensé que estabas profundamente dormida.

—Papá, papá —volvió a hablar Nicolle, y a continuación empezó a decir mil palabras por hora, muchas de ellas tan enredadas que no se podían entender.

—Dámela —pidió Tess extendiendo los brazos hacia la pequeña, y Nicolle simplemente se aferró con brazos y piernas a August, mirándola a ella ceñuda. Tess no daba crédito a sus ojos.

—Me quedaré hasta que se duerma.

—Los volverás a ver mañana, ¿no es así?

—Aun así...

—Entonces vete ya. Estoy cansada —dijo cuando él abrió la boca para volver a hablar—, fue un día largo, y soy la primera que debe estar en pie para despachar a los pequeños a la escuela o la guardería. Oh, pero eso no lo sabes porque no estuviste aquí estos últimos años y no conoces las rutinas de una familia con niños en edad escolar.



—Podría yo hacer esa tarea mañana, y tú dormirías aunque sea una hora más—. Tess había abierto la boca para protestar, pero la idea se coló como una traidora en su mente. Dormir una hora más, oh, qué sueño tan hermoso...

—Claro que no —dijo en vez—. No vas a dormir aquí. No hay dónde...

—No me molesta dormir en el sofá.

—No, he dicho. Vete ya.

—Tess, date cuenta que si tomas mi palabra, las cosas se te facilitarán mucho más. He venido dispuesto a...

—A mortificarme la existencia, a eso has venido.

—No es así... —Tess se apresuró a tomar a Nicolle de sus brazos, que no tardó en protestar y lloriquear—. Tess...

—Es muy tarde, mañana debo madrugar. Te agradecería que te fueras—. Nicolle seguía llorando, y August dejó caer los hombros en signo de derrota. Se acercó mucho a Tess, pero cuando esta ya tenía intención de dar un paso atrás, August tomó el rostro de la niña, muy cerca del de Tess, y le besó la frente.

—Te amo, preciosa —dijo con voz grave, arrulladora, y Tess sintió que una fuerte corriente eléctrica le recorría el cuerpo desde la cabeza hasta... todas partes—. Duerme bien, mañana volveré por ti—. Mágicamente, Nicolle dejó de llorar, y dócil, apoyó su cabeza en el hombro de su madre.

Tess miró a August, que tenía su mirada fija en ella, hasta que dio la media vuelta y salió de la casa. Trastabilló hasta casi caer sentada en el sofá, y arrulló a la niña sintiendo los desbocados latidos de su corazón.

Algo no andaba bien con este hombre. Algo era raro, distinto. Algo no andaba bien...

Acostó a Nicolle, se dio una corta ducha y se metió a la cama todavía con el corazón acelerado.

Algo no era igual, algo era distinto, pensó cerrando sus ojos obligándose a dormir, tratando de enumerar las razones por las que debía descansar.

Y de repente se dio cuenta, y abrió sus ojos sintiéndose otra vez alterada.

August no olía igual. Ni su cuerpo, ni su aliento, nada era igual. Una esposa se grababa a fuego el olor de su marido, el sabor de sus besos, de sus susurros, de su aliento, y el de August esta noche había sido diferente, lo había podido notar cuando se acercó tanto para decirle aquello a la niña, las palabras más bonitas...

Era su olor. No era el de August.

Tess abrió los ojos y apagó la alarma de su teléfono móvil sin la más mínima energía. Oh, cuánto necesitaba seguir durmiendo, de verdad... Hasta el mediodía, quizá.

Pero los niños debían ir a la escuela, y ella trabajar, y nada de eso le sería posible si se quedaba aquí remoloneando en la cama.

A veces sentía que esta era la parte más dura de ser madre soltera.

A veces, porque en realidad había muchas otras.

Se sentó y miró a su lado en la cama, pero Nicolle no estaba, lo que le hizo fruncir el ceño. ¿Dónde estaba esa pequeña?, ¿se habría ido a despertar a sus hermanos, como hacía a veces? Dobló la espalda allí sentada en la cama y se masajeó la cara. Estuvo allí unos minutos hasta que, inevitablemente, todos los momentos vividos el día anterior vinieron a su mente. La audiencia, August ganándose el derecho de ver a sus hijos cuando quisiera, todo lo que le contó Raphael acerca de él: el cambio de nombres, su vida delincencial, la temporada que estuvo en la cárcel... y luego él aquí en casa, ganándose a los niños, haciendo promesas... y diciendo cosas como que era otro hombre, que la amaba.

Se puso en pie de mala gana y buscó una bata, la puso sobre su flaco cuerpo y se la anudó de cualquier manera en la cintura mientras entraba al baño y se miraba al espejo. Tenía el pelo revuelto, ojeras, el cutis seco, sin brillo... y le estaba empezando una jaqueca.

—Por favor, no... —susurró cerrando sus ojos. Estas jaquecas eran malas, muy malas, sobre todo, cuando tenías tres niños ruidosos en casa. Habían empezado hacía poco, desde la muerte de Adam. Era como si, de repente, su cerebro gritara basta.

Pero si quería tomar un calmante, debía primero desayunar, y si quería desayunar, debía poner manos a la obra e irse a la cocina.

Salió de la habitación encaminándose allí, y entonces encontró una escena increíble, increíble a pesar de que la estaba viendo con sus propios ojos. August estaba cocinando.

August era hijo único, y del tipo de hombre que se acostumbró a que todo se lo hacía mamá, y luego, ella. Mientras estuvieron casados, pocas veces ayudó en los quehaceres de la casa; de vez en cuando hacía la colada, o reparaba el fregadero, o sacaba la basura, pero nunca, nunca, cocinó un plato

más complicado que unos cereales o un café.

Pero ahora había huevos revueltos, pan tostado, jugo de naranja, y más cosas que requerían más trabajo que ser servidos en el plato. En la pequeña barra estaban sentados Rori y Kyle, con sus piecitos colgando de los asientos y mirando a su padre que les iba sirviendo porciones generosas de tocino y huevos humeantes, y en los hombros de August, como una reina oriental, Nicolle, comiéndose un pan tostado encima de la cabeza de su papá, llenándosela de migas.

—¿Alguien quiere más? —preguntó él con voz alegre, y los dos niños alzaron la mano gritando: ¡yo!, y Tess sólo se cruzó de brazos mirándolos con ceño. Estaban limpios y vestidos, tan temprano, sin haber hecho ruido, sin haberle ido a preguntar ni una sola vez dónde estaba cada cosa. No los había oído llorar, ni quejarse de la escuela, o de lo temprano que era.

—Oh, ya despertó la señora de la casa —sonrió August mirándola con una sonrisa muy luminosa, más que la luz del sol en un día de verano, y Tess sólo apretó los dientes.

¿Quién era este hombre y qué había hecho con August?, se preguntó.

Pero, de repente, la pregunta ya no fue metafórica. De verdad, ¿quién era este hombre?

August no madrugaba, August no cocinaba, August no habría atendido tan bien y tan silenciosamente a los niños, August no...

“Quiero que... olvides al viejo August... que ya no lo recuerdes más, ni para bien, ni para mal...”, esas habían sido sus palabras. Había hablado de sí mismo en tercera persona, y ahora ella se empezó a sentir nerviosa. Se parecía muchísimo a August, tenía su aspecto físico, su voz... pero no actuaba como él, no hablaba como él... ni siquiera olía a él.

Se puso la mano en el pecho. ¿Y si era un gemelo perdido? Podía haber descubierto la vida de su hermano y ahora lo estaba suplantando. Casos se habían visto.

No, no. Era demasiado rocambolesco.

De todos modos, lo miró de hito en hito, como si ya no se fiara de lo que veían sus ojos.

—¿Vas a desayunar? —Tess miró el reloj entonces; su mente estaba tan ocupada pensando en ideas siniestras que no había notado que el día era más claro de lo habitual. ¡Había dormido más de una hora a lo usual! Pero, no se explicaba, la alarma... —Yo llevaré a los niños a la escuela —dijo August

interrumpiendo sus pensamientos—. O hasta la parada del autobús...

—Tú... te metiste en mi casa... hiciste todo esto...

—Sí —admitió August con una sonrisa.

—¿Cómo...?

—Busqué la llave debajo del macetero.

—¿Cómo sabías qué maceta era? —él sólo se encogió de hombros—. Y por qué mi alarma...

—Nuestros hijos se saben la contraseña de tu teléfono. No fue tan difícil — Tess miró severa a Kyle y a Rori, pero, ¿qué les podía reprochar? Lo habían hecho con buena intención, y si él los había convencido de que era por el bien de ella, los niños debieron aceptar gustosos. Cerró sus ojos sintiendo sus sienes palpitar.

—Hoy entro a trabajar a las once... —informó él— y salgo a las nueve, tal vez un poco más tarde, según como estén las cosas...

—No te pregunté —contestó ella sin mirarlo, petulante.

—Pero necesitas saberlo. Ese es mi turno esta semana, así que podré venir para ayudarte con los niños todas las mañanas... Para que tú... tengas una hora más para dormir, o consentirte, o lo que quieras hacer. Ya luego podremos invertir el horario: yo los recibo a la vuelta de la escuela y me quedo con ellos hasta la noche, así dejas de preocuparte por niñeras y...

—¿Qué estás haciendo? —lo interrumpió Tess. August se quedó en silencio con la jarra de jugo de naranja en la mano y Nicolle masticando tostados encima de él. Ambos lo miraron de manera idéntica, un poco confundidos.

—¿Qué estoy haciendo de qué?

—Con todos estos... planes... Viniendo aquí y siendo tan... servicial—. August sonrió.

—Sólo te confundo, te mareo y te desconcierto para que bajes la guardia.

—Al menos eres sincero.

—Niños, ¿no les parece que su madre es la mujer más hermosa por las mañanas? —Kyle se echó a reír.

—No se ha lavado los dientes —dijo Rori que, al parecer, no había tenido ningún problema en aceptar y reconocer a su padre. Ayudada por Kyle, tal vez.

—Oh, eso —dijo August, y miró a Tess con una sonrisa—. Sigue siendo hermosa —Tess se puso la mano en la frente. Su jaqueca empeoraba. Dos August, se dijo. Había dos August en el mundo, uno malo y otro... raro.

Eso sería sencillo de saber, una prueba de ADN, las huellas digitales, su

firma...

Su firma, pensó.

Había mil maneras de comprobar que este August no era August, y ella se las conocía todas. En caso de que este fuera un usurpador, un embustero, lo sabría, nadie mejor que ella.

August salió de detrás de la pequeña barra de la cocina aun con Nicolle en sus hombros y se le acercó con auténtica preocupación.

—¿Te sientes bien? —ella dio unos pasos atrás, sin dejarse tocar. Otra vez no olía a August. No se trataba de su loción, o del detergente con que lavaba su ropa, ni ningún aroma artificial; era el olor natural de su cuerpo, ese que hacía único a cada persona en el mundo—. ¿Tess?

—¿Quién eres? —preguntó ella de repente, y eso lo desconcertó.

—¿De qué... hablas? —ella lo miró fijamente a los azules ojos. No, contrólate, se dijo. Debía ser cuidadosa. Si este era un impostor, no debía ponerlo sobre aviso.

—¿Dónde... aprendiste a cocinar? —preguntó en vez—. ¿Desde cuándo eres tan eficiente con los niños? —él bajó a Nicolle y la dejó en el suelo para por fin dedicarse a Tess. No le contestó, sólo la miró fijamente.

—¿Estás molesta? —Tess volvió a cerrar sus ojos, esta vez sintiéndose mareada, y August la sostuvo con sus brazos.

Pero no era August, y aunque fuera August, ella no quería estar en sus brazos, así que lo rechazó y caminó hasta el sofá. Segundos después, una taza de té humeante estaba ante sus ojos. Ella lo recibió y le dio un trago largo. Té de tilo, se dio cuenta. Era el que su abuela tomaba cuando se sentía estresada, el que le daba a la madre de turno de Adam para que sus nervios se calmaran...

Miró a August, que la observaba con preocupación, y se preguntó cómo sabía él que este era el té que alguien tan agobiado como ella necesitaba.

—¿Estás molesta? —le preguntó otra vez—. Por haberme metido en la casa y con los niños... Sé que no me diste permiso, y mucho menos me invitaste... Sólo quería ayudar, Tess... Llevas tanto tiempo lidiando sola con ellos, que quise echarte una mano. Y quiero seguir haciéndolo —Ella no dijo nada, sólo se terminó de beber el té, le devolvió la taza vacía y se puso en pie.

—Debo alistarme para ir a trabajar—. Él movió su cabeza en asentimiento. Tess respiró profundo—. Si siempre hubieses sido así... esta sería la familia perfecta.

—Oh, entonces, ¿tengo una oportunidad?

—¿De qué hablas?

—Es beneficioso estar conmigo, ya ves: hago el desayuno, alisto a los niños, te atiendo a ti—. Sin poder evitarlo, Tess se echó a reír—. Y te hago reír.

—Es sólo porque me pareces un payaso—. Dio la vuelta y se fue a su habitación, se miró de nuevo frente al espejo del baño. Era todo tan surreal... Y ella estaba hecha un adefesio, con todas sus ojeras y el pelo revuelto.

Desayunó lo preparado por August, que incluso se quedó con Nicolle hasta que fue la hora de su guardería, y le prometió llevarla él personalmente hasta allá. Y mientras los dos la acompañaban a ella a tomar el autobús para ir a trabajar, August le declaró cuánto ganaba actualmente en su trabajo, lo que la desconcertó tremendamente. Un porcentaje de ese ínfimo sueldo sería para ella y los niños, tal como había sentenciado el juez.

—No necesito tu dinero —le dijo ella, y él asintió.

—Ahora no, porque ganas tres veces lo que yo, pero ascenderé, me posicionaré, y luego volveremos a hablar de este tema—. Tess rio con sorna.

—No me digas—. August se giró a mirarla, que estaba cruzada de brazos y con su bolso apretado en su pecho. Él puso su dedo índice sobre su ceño, masajeándolo suavemente hasta que se deshizo.

—Sí te digo —dijo, y en el momento pasó el autobús de Tess, y ella tuvo que subirse. Se sentó en su asiento agitándole la manito a Nicolle, que, enseñada por su papá, se despedía de ella.

Traidora. Por lo general ella lloraba y berreaba al despedirse de ella, pero en menos de nada la había cambiado por él.

Ah, qué sola se sentía, pensó con un suspiro exagerado.

Pero se había sentido bien no tener que alistar a los niños ella hoy, ni preocuparse de lo que iban a comer, ni pelear con ellos para que se vistieran y comieran pronto.

Otra vez esa idea se coló en su mente, y apretó sus labios mirando al exterior a través de la ventanilla. Ese no era August, no el verdadero. Tenía su nombre, pero no era él; eran los mismos ojos, pero no la misma mirada; los mismos labios, pero no la misma sonrisa. No era August, definitivamente, no era él.

Llegó al trabajo y empezó sus labores como secretaria, un trabajo que había

conseguido gracias a la ayuda de Raphael y Heather, y que al principio sus compañeros habían creído que no sería capaz de llevar bien a cabo, pero era porque no conocían la determinación ni la necesidad de una madre soltera. Aquí la trataban bien y le pagaban un buen sueldo, con el que se mantenía a sí misma, a sus hijos y la casa que ahora tenía. Nunca aceptaba la caridad de su amiga, aunque sabía que ella no lo hacía por lástima, y que el amor a veces se traducía en esto, en ayuda. En cuanto a lo económico, ahora estaba bastante bien, lo que necesitaba era justo lo que este August le estaba dando: un par de manos más. Era algo que Heather no podía darle, porque ella tenía su propia vida, y ahora, su propia familia...

Y de repente lo supo, supo qué era lo que la inquietaba, lo que la tenía así nerviosa.

Pensar en su amiga la había guiado, ese tren de pensamientos la había conducido a la verdad: en August había ocurrido lo mismo que en Heather, alguien más habitaba su cuerpo.

Se puso fría al instante. Eso lo explicaba todo... Por eso él hablaba de sí mismo en tercera persona, y había querido asegurarse de que no siguiera amando al antiguo August, y le aplaudía el haberse divorciado, y le había puesto trampas a ver si era débil y cedía ante el asedio del que ella creía era su irresponsable ex marido. Por eso quería que olvidara al viejo August, que dejara de pensar en él. Oh... eso lo explicaba absolutamente todo.

Pero entonces, ¿quién era? ¿Por qué la conocía a ella y a los niños? Incluso conocía la casa. No muy bien como si hubiera vivido en ella, pero al menos conocía la distribución de las habitaciones. Hablaba y se expresaba diferente, con palabras un poco más cultas, la miraba a ella... como si llevara años, años sin verla, extrañándola, y eso no podía ser August, porque si la hubiese extrañado, habría regresado antes.

A ver, ¿qué sabía del verdadero August?

Intentó recopilar, rearmar la información que Raphael le había dado, tomó un bolígrafo y empezó a hacer la lista. Estuvo en la cárcel, y luego en el hospital. ¿O había sido al revés? En el hospital había alegado haber perdido la memoria, o no saber cómo se llamaba, y los médicos no le habían creído para nada.

¿Y si era verdad? ¿Y si en verdad había perdido la memoria? Podía ser que fuera el verdadero August, pero el August que estuvo alguna vez feliz con ella, o que así lo parecía. Tal vez de su mente se habían borrado los descontentos,

los sinsabores, las desavenencias...

Y... ¿podía ocurrirle a ella algo tan grande? ¿Tan... espiritual, tan mágico? ¿Era ella digna de lo que le había ocurrido a Sam? Sam era un alma de Dios, un ser puro, demasiado bueno. Había dedicado su vida a ayudar a los demás, por eso Dios se había acordado de ella, o era lo que pensaba... ¿Pero ella, Tess Abbot, que luego fue Tess Warden?

Cerró sus ojos sintiéndolos humedecidos. Si era así, entonces era para bien, y ella no tenía más que sentirse agradecida, aunque lo que había ahora en su corazón no era más que un sentimiento de atropello. Habían tomado a su ex marido y se lo habían cambiado por otro, tal vez. Entre tantos hombres en el mundo, habían elegido a uno que ella aborrecía, al que le había perdido todo el respeto.

¿Habían elegido precisamente a August para darle otra oportunidad a alguien más?

Pero así le había ocurrido a Sam, más o menos. Heather tenía una muy mala reputación, no sabía hacer nada, más que drogarse y ser grosera con todos; su única virtud era una buena madre y su prometido. En este caso, lo que podía acreditársele a August era ser el padre biológico de sus hijos. Tal vez no la estaban bendiciendo a ella, sino a esos pequeños.

—Raphael —lo llamó ella cuando lo vio en uno de los pasillos a la hora de la salida. Sus compañeras siempre eran un poco celosas porque trataba al hijo del jefe con mucha familiaridad, pero nunca le había importado mucho—. ¿Podría... hablar contigo y con Heather? Hay algo que quiero comentarles — él la miró en silencio, tal vez analizándola, y asintió.

—Ahora voy directo allá —Tess sonrió. Claro, Raphael siempre tenía afán de volver a casa y ver a su hijo.

—No les tomaré mucho tiempo.

—No te preocupes por eso. Vamos —Tess le pidió unos minutos para dejar organizado su puesto de trabajo, su jefe ya se había ido, de todos modos, pero lo dejó todo impecable, tomó su bolso, y con las sienes palpitándole otra vez salió con Raphael en su fino auto hacia la hermosa casa que ahora tenían.

Heather estaba en medio de la sala, con la cuna del bebé al alcance de su brazo, mientras ella leía un libro. Se veía preciosa, con su cabello rojo trenzado y un sencillo vestido adecuado para las temperaturas de octubre. Al verlos, ella elevó su mirada y le sonrió.

—Tess, no sabía que ibas a venir —se puso en pie y caminó a su amiga



para abrazarla, y de inmediato la miró preocupada.

—Me está doliendo mucho la cabeza —explicó.

—Otra vez tus jaquecas.

—Lo siento. Tal vez es estrés...

—Por supuesto que es estrés... —Heather dio la orden de que le trajeran un té, y luego se dedicó a su marido, a recibirlo y consentirlo. Tess saludó al precioso bebé de la cuna, que tenía cabellos oscuros como su papá y dormía plácidamente, y prácticamente se aplastó en el sofá, sin querer mirar los mimos de la pareja. Ella hacía muchos años no mimaba a un hombre así. Desde mucho antes de que August se fuera él había dejado de ser un amante para ella.

Y a veces se sentía yerma en ese sentido, reseca, marchita.

—Llamé a la niñera para que se quedara con los niños un par de horas más —les informó a sus anfitriones cuando al fin se sentaban frente a ella.

—Te preocupa August, ¿verdad? Se nota que no has dormido bien —ella elevó una ceja. De hecho, había dormido una hora más, pero no dijo nada.

—Él no es August, Heather —dijo de repente, y los dos la miraron con idéntica sorpresa.

—¿Qué?

—¿Estás segura?

—No, no lo estoy... pero lo siento... aquí —dijo poniéndose la mano en el pecho—. Anoche... estuve pensando mucho. Diablos, conozco a August tan bien, y definitivamente este hombre no es él; no habla como él, no se mueve como él... ni siquiera huele a él. Heather, creo que es otro.

—Eso es fácil de averiguar, le tomamos las huellas y...

—Si le toman las huellas, no encontrarán nada, porque es él.

—No te estoy entendiendo, Tess —declaró Raphael, y Heather le puso la mano en el muslo.

—Cariño... Recuerda lo que me ocurrió a mí—. Al oírla, Tess cerró sus ojos con fuerza y se puso en pie para empezar a pasearse por la sala.

—¿Creen que sea eso? —preguntó Raphael— ¿Que otra vez ocurrió algo... así? —ninguna de las dos mujeres contestó—. ¿Quién podría ser?

—No lo sé —contestó al fin Tess—. Pero no sé qué siento al imaginarme a un anciano de ochenta o más en el cuerpo de August—. Heather, en vez de molestarse, se echó a reír.

—Pregúntale a Raphael cómo manejó la situación.

—Pero él ya te amaba cuando se dio cuenta de las cosas—explicó Tess en lugar de Raphael—, y no quiso echarse atrás contigo. Si llegase a ser eso lo que ocurrió con August... ¿De verdad, Heather, crees que eso haya podido ocurrir? ¿No es que estoy loca? Porque es una locura, una completa locura.

—Una locura de amor —sonrió Heather—. Y tú también necesitas vivirla.

—Oh, Sam.

—Es Heather —la corrigió Raphael, y Heather volvió a sonreír. Se puso en pie y caminó hasta llegar a Tess.

—¿Por qué no, Tess? ¿Acaso no te mereces una segunda oportunidad?

—¿Con un desconocido?

—¿Entonces, esos seres espirituales que me hicieron aquello a mí, se equivocaron contigo?

—Tal vez.

—Yo creo... que no.

—¿Y por qué no me lo dijo? Si es así, ese extraño en el cuerpo de August... ¿por qué no me lo ha dicho?

—Recuerda que tampoco yo fui capaz de decírtelo. De no ser porque tú misma lo descubriste, tal como ahora, nunca lo habría admitido. Uno siente... miedo a ser tildado como loco, uno... no se lo cree a pesar de estar viéndolo y sintiéndolo. Es tan... increíble. ¿Y por qué tiene que ser un anciano de ochenta? ¿Por qué no es alguien más joven, pero con más corazón que tu ex? ¿Y si es alguien que te amaba desde antes? Tess, no rechaces esta segunda oportunidad.

—No la estoy rechazando, sólo...

—No te la estás creyendo. Yo sabía que algo extraordinario te ocurriría también a ti, pero no...

—¿Lo sabías? —la interrumpió Tess, y Heather se encogió de hombros.

—Sólo vívelo. Un paso a la vez, pero vívelo, Tess—. Ella no dijo nada, y Heather sólo la abrazó envolviéndola en sus brazos. Desde allí, vio a Raphael mirarla con una sonrisa, al tiempo que agitaba suavemente la cuna donde estaba su bebé.

Vivirlo, pensó Tess. No podía ser algo malo si lo estaban haciendo los mismos seres que habían obrado en Samantha Jones. No podía ser malo.

Tess abrió los ojos y esta vez voló de la cama. Había despertado antes de que sonara la alarma, y aun así, notó al mirar el reloj, durmió una hora más. Otra vez August... o quien quiera que estuviera en su cuerpo.

Salió de la habitación anudándose la bata y arreglándose un poco el cabello y se encontró otra vez una escena en la cocina. Los niños limpios y vestidos, desayunando, pero ya Nicolle no estaba sobre los hombros de su papá, sino sentada como una dama en la encimera, comiendo. Tess se cubrió la boca con la mano cuando vio que August intentaba peinar a Rori con un listón de seda rosa.

—Yo haré eso —le dijo, y él la miró entre agradecido y sorprendido. Ella no estaba molesta, sino... sonriente.

—¿Dormiste bien? —le preguntó volviendo a los fogones. Tess miró su espalda sin responder, y él se giró.

—Ah... sí. Gracias —él volvió a sonreír, y Tess se mordió los labios. Quienquiera que fuera este hombre, era feliz ayudándola, era feliz con los niños, y ella no podía más que estarle agradecida. Estando en el cuerpo de August, siendo joven, guapo, y libre, podía haber tomado otro rumbo, irse aún más lejos, nunca volver... Pero había preferido estar aquí, y eso la sorprendía, y le hacía sentir algo más allá, aunque ahora no podía ponerle nombre.

Era una lástima que ya mañana fuera sábado, y le cambiaran a él el turno. Esto era algo muy agradable de presenciar por las mañanas, y a ella le estaba sentando bien su ayuda.

Aceptar que no era August sino otro hombre en su cuerpo, antes que alterarla, le había traído mucha paz. Ya no había una guerra en su mente tratando de oponerse a él y su ayuda, ni tratando de comprender su nueva bondad. Ahora tenía sentido, y eso le aliviaba.

Se estaba dejando llevar, simplemente.

—¿Qué harán los niños este fin de semana? —las cabecitas de Kyle y Rori se giraron a ella de inmediato, expectantes, ansiosos.

—Por lo general... los sábados salimos por la tarde al parque, o... a cine...

—Pero hace mucho que no vamos a cine.

—Y los domingos... —se hizo escuchar Tess—, dependiendo del clima, vamos a la playa, o...

—Ya no recuerdo cómo es la playa —suspiró Kyle, y Tess lo miró entrecerrando sus ojos por dejarla por mentirosa. Miró a August, pero este sólo escuchaba atento.

—El domingo en la tarde estaré libre, podría llevarlos fuera, si estás de acuerdo—. De inmediato, los chicos empezaron a pedirle y a rogarle que les permitiera ir con su papá, y Tess sólo pudo respirar profundo.

—¿A dónde piensas llevarlos?

—Bueno, ya está un poco frío para llevarlos a la playa, o...

—Nos pondremos los abrigos.

—Prefiero que vayamos a cine, ¿no les parece? —les preguntó August, y Tess observó cómo negociaba con los chicos la salida. Al final, les hizo creer que el resultado fue idea de ellos y aceptaron felices. Este hombre era un negociador nato.

—No has ido a ver a tus padres, ¿verdad? —preguntó ella revisando que también Kyle estuviese bien peinado. August la miró totalmente quieto, pestañeando—. No has ido —se contestó Tess—. ¿Sabes lo que tu madre ha llorado por ti? Tan preocupada porque no se sabía nada de ti, ni vivo, ni muerto. Se merece un consuelo, August. En cuanto tengas tiempo, ve a verlos.

—¿Ellos... están bien?

—Están todo lo bien que pueden estar unos padres con su único hijo desaparecido—. August siguió sin decir nada, y simplemente apagó todo lo que había encendido sobre la hornilla y se dispuso a lavar los platos. Tess se le acercó. Si este hubiese sido el verdadero August, esto se lo habría dicho de una manera muy diferente, pero tal vez este hombre llevaba mucho tiempo sin padres, tal como le había pasado a Sam.

—Si quieres... podemos llevar a los niños.

—¿Podemos? ¿Tú vendrías? —ella se encogió de hombros.

—Hace ya un tiempo que no veo a Beth ni a Henry—. Él seguía mirándola en silencio, y Tess sonrió—. ¿Estás asustado? Beth seguro te dará una colleja, pero ya luego se le pasará y te mimará como siempre hace. Entonces, ¿el próximo domingo está bien? —August asintió, y Tess sólo siguió sonriendo.

—¿Vas a desayunar ya? —le preguntó él— O prefieres primero...

—Me ducharé primero, si no te molesta —él sólo sonrió mirándola, y Tess frunció su ceño y se encaminó a su habitación. Esa nueva sonrisa que tenía ahora no podía ser menos que... bonita.

Minutos después, los niños entraron a su habitación para despedirse, y mostrarse entusiasmado por la salida el domingo con su papá, lamentando que él tuviera que trabajar mañana sábado, o podrían haber sido dos días seguidos con él. Tess los despidió sonriendo, y se sentó frente al espejo para maquillarse. Ahora tenía un poco más de tiempo como para hacer algo más que ponerse unos polvos y ya.

Cuando estuvo lista, otra vez August la acompañó hasta la parada del autobús. Iban en silencio y con Nicolle en los hombros de su papá lista también para irse a la guardería.

—Hoy pareces más... relajada —ella no dijo nada, sólo metió las manos en los bolsillos de su abrigo y dejó salir el aire—. Dormir esa hora más te sienta bien —sonrió él.

—Sin duda. Dos días seguro compensan tres años de no dormir mis horas completas—. August guardó silencio, y Tess cerro sus ojos reprendiéndose a sí misma—. Perdón, no quise sonar... grosera, o malagradecida.

—No lo estás siendo. Si alguien tiene derecho a estar enfadada y soltar pullas eres tú.

—¿Contra ti? —preguntó ella mirándolo con ojos entrecerrados, y él sonrió.

—¿Y contra quién más? Aceptaré tus pullas... ya luego vendrá algo mejor.

—Tienes mucha fe en ti mismo —sonrió ella mirándolo de reojo, y August respondió a su sonrisa encogiéndose de hombros.

—No, tengo fe en lo de sembrar para luego recoger. Es una ley, después de todo—. Tess miró al cielo sintiendo su corazón un poco acelerado, y comprendiendo mejor a cada momento que había tenido razón. Él no era August, era alguien más en su cuerpo. Le inquietaba mucho saber quién, pero por ahora, sólo lo observaría—. ¿Llevas tu paraguas? —le preguntó August mirando también el cielo nublado—. El pronóstico anuncia lluvia toda la tarde y la noche.

—Sí, lo llevo.

—¿Bufanda? ¿Abrigo? —Tess no pudo evitar reír.

—Sí, sí—. Sin previo aviso, él se inclinó a ella, con cuidado, pues aún tenía a Nicolle en sus hombros, y le besó la mejilla.

—Entonces ten un buen día—. Ella lo miró totalmente desconcertada, sintiendo las palpitaciones de su corazón en la garganta.

Oh, mierda. Este hombre la deseaba, a ella. A Tess Warden.

—No te asustes —le pidió él tomando su mano.

—No estoy asustada.

—Pues estás muy pálida.

—No lo estoy —él sólo sonrió, y bajó a Nicolle para que también se despidiera de ella con un beso. Su autobús pasó y subió a él, y ahora Tess se fue con una nueva preocupación. Este desconocido estaba aquí y amaba a los niños y la deseaba a ella, lo cual demostraba que tenía toda la intención de ser un marido en toda regla. Con su mirada, sus palabras, sus atenciones, daba a entender que no sólo quería abrirse un espacio permanente en el corazón de sus hijos y el de ella, sino también en su cama, y ella... llevaba tanto tiempo sin hacer nada con un hombre que tenía miedo de ceder así nomás, rápido y fácil, sólo porque extrañaba estas atenciones.

Se apoyó el dorso de sus dedos en sus mejillas preguntándose por qué él decía que ella estaba pálida cuando, al contrario, sentía sus mejillas arder.

Una mujer que estuvo casada muchos años, y que había parido tres hijos se sonrojaba cuando un hombre le besaba la mejilla. ¿Qué más había que ver?

Los días se pasaron. August cumplió al pie de la letra su promesa de venir por los niños el sábado temprano, y luego el domingo por la mañana. No le pidió que los acompañara, tal vez intuyendo que se negaría. Cuando los vio partir estuvo a punto de pedirles que la esperaran para ir con ellos, pero luego pensó en esta tarde a solas, tomando un largo baño con una copa de vino, paz absoluta en la casa, y se contuvo.

Y exactamente eso hizo. Puso música, llenó la bañera de sales y perfumes que había comprado hacía mucho tiempo y que nunca había usado, y se sumergió en ella con absoluta delicia. Tenía su cabello limpio, sus piernas depiladas, el agua seguía caliente y el vino era bueno. No se le podía pedir más a la vida.

Y luego se puso a arreglar la ropa de los niños.

Una mamá era una mamá, después de todo.

Cuando regresaron, ya casi los extrañaba. Ellos llegaron contentos, rebosantes de energía, contándole de los pormenores del día. Habían ido a cine, a juegos, a correr por el parque, a comer helado, y habían traído la cena para que ella no tuviera que cocinar. August estaba en la sala, sentado en el sofá con el teléfono en la mano, en silencio. Tess no pudo más que reír al verlo.

—Te dejaron agotado.

—Bueno... son tres—. Tess volvió a reír.

—Es una fortuna, entonces, que hayas traído la cena, porque no preparé nada.

—Es que soy un chico listo.

—Eso parece—. Él se quedó allí sentado, mirándola mientras ella iba a la cocina a servir lo que él había traído. Los niños la rodearon, y fueron trayendo los platos en los que querían que les sirviera.

Había sido un día perfecto con sus hijos. Ellos tenían una fuente inagotable de energía y era verdad que lo habían dejado exhausto, pero lo que lo tenía pensativo no era el agotamiento, sino el saber que en una semana vería a sus padres.

Llevaba mucho tiempo sin padres; su madre había muerto cuando él era todavía muy niño, y su padre hacía unos años apenas, y podía decir que a partir de la muerte de la primera, él ya no había sido el mismo.

Unos papás, unos hijos, una hermosa esposa... Todas estas bendiciones se las había estado perdiendo el estúpido de August por ir a buscar quién sabe qué cosa con proxenetas y meretrices de poca monta.

—¿August? —lo llamó Tess, y eso lo sacó de sus pensamientos. Ella apenas estaba usando su nombre, y hoy particularmente se había mostrado amigable. Era sospechoso, pero no desagradable. No creía que ella de la noche a la mañana hubiese perdonado a su ex marido, que con sólo unos días mostrando que era un buen padre, ella quisiera recibirlo de nuevo.

Fuera como fuera, él era doblemente susceptible a ella. Tess sólo debía abrirle un poco los ojos y él ya estaba yendo como zombi hacia ella, tal como ahora, que con un gesto le había señalado la mesa y él de inmediato se puso en pie para unirse.

Fue una velada agradable, los niños se durmieron bastante temprano; al parecer, sus energías se habían agotado al fin, y August se despidió de ella en el pequeño vestíbulo. Tess lo sintió cansado, también, y no era para menos. Él había estado madrugando todos los días para venir a cuidar de los niños, y seguro que por su trabajo se iba tarde a descansar, y los días que había tenido libres se los había dedicado también.

Se preguntó entonces cómo hacía para cuidar de sí mismo, de su ropa, de sus cosas.

Él no tenía mucha ropa, pensó ahora mientras él se ajustaba una vieja bufanda. Ni muchos abrigos, y se acercaba el invierno. Aunque acá no había esos inviernos severos como en los estados del norte, sí que se ponía frío y húmedo, y si no tenía cuidado, enfermaría.

—Mañana vendré en la tarde...

—Estaba pensando —interrumpió ella—. Seguro que tienes ropa que lavar, y esas cosas. Podrías... traerlas acá, y... Aquí tenemos lavadora—. Él sonrió.

—Gracias—. Ella asintió, sintiéndose ahora un poco incómoda.

—Es una pena que haya donado toda la ropa de... toda tu ropa. No conservé nada, o si no... Tal vez algunos abrigos te servirían para el invierno.

—Compraré uno.

—Uno no es suficiente.

—Estaré bien, Tess—. Ella elevó su mirada a él. No, no estaba bien, pensó. Él estaba siendo mejor esposo y mejor padre de lo que August jamás fue, y ella, hacia él, no había tenido la más mínima atención. No se sentía bien con eso, era como si se aprovechara, o fuera egoísta, y ella no lo era—. Eres tan bonita— Eso le hizo abrir la boca un poco sorprendida, y cuando él se inclinó para besarla, Tess dio un paso atrás. Pero August no se molestó, sólo se echó a reír—. No voy a hacerte daño.

—No sabes todo lo que un beso puede hacer.

—¿Crees que no? —volvió a sonreír él.

—No confundas las cosas. Sólo estoy... un poco agradecida por todo lo que has hecho esta semana con los niños... y conmigo. De ahí a besarte...

—¿Me falta mucho? —ella le echó malos ojos, sobre todo, porque seguía sonriendo.

—Fui... abandonada cuando tenía seis meses de embarazo, estaba gorda, grande, pesada... Y me quedé sola, asustada, sin trabajo. ¿Sabes lo difícil que es que a una mujer con una barriga así de grande le den un empleo formal? ¡Nadie lo hace! Limpié las casas de mis vecinos, sus baños, algunos jardines. Cuidé niños, lavé ropa, y la gente me miraba y decía: pobrecita, necesita el dinero, ayudémosla. Pobrecita, el marido la dejó con tres chiquillos, hay gente con mala suerte. Hubo días en que tuve que llevarme conmigo a Rori, o a Kyle, porque no podía dejarle los dos a Samantha, y me acostaba tan cansada, con los pies hinchados, y el alma tan rota y desolada... —Se detuvo cuando él la abrazó, y como no era August, Tess se permitió llorar, y se dejó consolar.

—No volverá a ser así —le prometió él—. Nunca más, Tess.



—Ya lo sé, porque nunca más volveré a ser tan tonta—. Ella separó su rostro de su pecho y lo miró con ceño—. En lo económico, dependía totalmente de mi esposo; no tenía ahorros para una emergencia, porque el dinero... no lo manejaba yo. Vivíamos al día, y con tres niños... eso más que un lujo es una insensatez. No me volverá a ocurrir porque nunca volveré a depender tanto de alguien, ni seré tan confiada, ni tan poco previsiva.

—Y eso está bien. Te lo aplaudo —ella lo siguió mirando a los ojos, fijamente, sintiendo cómo una extraña alegría la llenaba, y sólo estaba aquí, siendo abrazada por él mientras lloraba con mocos y lágrimas.

—¿Quién eres tú? —él volvió a sonreír, volvió a inclinarse y pegó su frente a la de ella.

—¿Quién más voy a ser? Soy sólo... August, el idiota que te hizo llorar por tanto tiempo.

—No, no... Tú...

—Y alguien que se muere por estar contigo—. Tess se quedó en silencio por unos instantes, agitada no sólo por sus respuestas, sino por su abrazo—. Alguien que quiere estar aquí —siguió él con voz que parecía más un ronroneo—, justo aquí.

—¿Y sólo eso? —preguntó ella con ojos llenos de malicia— ¿Te conformas sólo con estar aquí, abrazados? —por los ojos de August pasó lo que pareció ser auténtico fuego azul.

—No me provoques, Tess. Sólo estás jugando conmigo—. Ella elevó ambas cejas fingiéndose inocente—. Como si no supieras la verdad, cuánto te deseo y cuánto quisiera meterme en tu cama para no salir de ella en semanas.

—Oh.

—Sólo saldríamos para comer —susurró él cálidamente sobre su cuello, inhalando su perfume, su aroma, y Tess sintió que toda ella se erizaba—. O para bañarte, porque seguro que luego de unos días empiezas a oler —eso la hizo reír, de verdad, y soltó una auténtica risotada. Él la miró orgulloso, fascinado, y dio un paso atrás—. Pero como sé que eso no será hoy, déjame quieto, por favor.

—Oh, yo.

—Sí, tú. Que luego no podré dormir, y mañana entro a trabajar antes de que salga el sol—. Tess lo miró en silencio, viéndolo alejarse dando un par de pasos atrás. Este hombre era trabajador, madrugador, tenía sentido del humor, amaba a los niños, la deseaba a ella... ¿Por qué no se cruzó en su camino

antes que August?

Porque el destino parecía odiarla. Y si ella hubiese tenido que elegir a un hombre, habría elegido a Adam. Pero le habían quitado ese honor.

Pensar en Adam la entristeció de inmediato, y miró al hombre que ahora estaba a tres pasos de ella pestañeando, diciéndose a sí misma que ahora le estaban dando una nueva oportunidad.

—Gracias por todo —le dijo.

—Esta semana estaré por las tardes, hasta que tú regreses del trabajo.

—Está bien.

—Y podría... —él se detuvo, se mordió los labios y agitó su cabeza—. Nos veremos mañana —dijo. Se ajustó su abrigo, y salió de la casa. Tess lo observó alejarse por la ventana sintiendo algo de dolor, añoranza. ¡Con él era tan fácil hablar!

Y hoy se había desahogado bastante, y se sentía mucho más liviana.

Beth y Henry Warden eran ya de casi cuarenta años cuando al fin August llegó a sus vidas, un bebé rubio y llorón que los había puesto a madrugar y a trabajar el doble. En su adolescencia había mostrado su inclinación por la música y Beth lo había apoyado, no así Henry, que habría preferido que ingresara a una universidad.

Pero August tenía una fuerte voluntad propia, y entró a la universidad sólo por complacer a su padre, pero a los pocos semestres la abandonó por la que era el sueño de su vida: su propia banda musical... Pero la banda no era nada espectacular, así que tenían pocas salidas, pocas presentaciones, y por ende, poco dinero; luego había embarazado a una chica, y en vez de sentar cabeza y elegir entre trabajar o seguir la carrera, pues ellos le habrían apoyado, lo que hizo fue dejar la universidad redoblar sus esfuerzos para hacer surgir su banda, ahora tocando por cualquier cosa en bares y discotecas no tan de moda.

A Tess siempre la habían considerado una buena chica, pero poco previsiva, pero ellos estaban fascinados con Kyle. Y luego llegó Rori, y Beth fue absolutamente feliz... y casi al tiempo notaron el cambio en su hijo, ya no era como antes, había engordado un poco tal vez por los trasnochos y la bebida, y ya no tenía ese aire alegre y juvenil, parecía más bien amargado.

Le habían preguntado a Tess si todo iba bien, y ella decía que sí. Admitía que las cosas eran un poco diferentes ahora con la pequeña Rori, pero que estarían bien. Al fin August había mejorado un poco su ánimo, hasta que se

enteró de que otra vez Tess estaba embarazada.

Ahora la pareja recordaba una tarde en que, inesperadamente August había venido a casa a darles la noticia. Beth había estado feliz, pues su hijo iba a tener una familia grande, algo que ella no había podido tener, pero él no había hecho más que refunfuñar, acusarla a ella de descuidada, descerebrada, tonta.

—¿Tonta porque te va a dar otro hijo? ¿Y cómo puede ser ella la descuidada? ¿Acaso lo hizo ella sola? —le había reprochado Beth. August no había contestado nada, y cuando Henry le dijo que debía ser un hombre y poner el pecho y buscarse un trabajo de verdad, conservarlo bien, y tratar de ascender, August le había contestado que ya estaba cansado de trabajar y matarse por otros, que era tiempo de pensar en sí mismo, y pocas semanas después, desapareció.

Habían llorado al principio preocupados, luego avergonzados, y lamentando no tener cómo ayudar a sus tres nietos más allá de una ínfima mensualidad que a Tess de poco le servía. Beth de vez en cuando iba a casa a ayudarla, pero entonces Henry había enfermado y había tenido que empezar a cuidar de él.

Tess, pobrecita, había llevado la carga ella sola, cada vez que venían a verlos, se la veía más cansada, más agotada, con menos esperanza.

—Divórciate —le había dicho Beth la última vez que vino, y Tess se había demorado, pero le había hecho caso.

Y ahora August había vuelto, y según lo que Tess le había dicho por teléfono, era otro hombre.

No sabían qué pensar. Henry le había dicho que tal vez Tess estaba albergando falsas esperanzas, un hombre no cambiaba tanto de la noche a la mañana, y Beth sólo quería ver a su hijo, sentarlo en sus piernas y darle un par de nalgadas como hacían antes, y luego llenarle la cara de besos, porque era su hijo y no había nada en este mundo que ella amara más.

—Ya llegaron —dijo Henry, viendo la familia acercarse a pie. Tres niños, y August traía a la más pequeña subida a sus hombros.

Cuando lo tuvo en frente, Beth lo miró largamente. Sí, estaba diferente, más delgado, más limpio de lo que jamás lo vio, afeitado, con un buen corte de cabello, y mirándola con cierta ansiedad.

—Sabes que lo que quiero hacer ahora mismo es... darte unos buenos golpes, ¿verdad? —notó que Kyle miraba a su madre asustado, como si temiera que de verdad su abuela fuera a sacar un palo y empezara a azotar a su

papá allí mismo. Rori y Nicolle se habían entretenido con el abuelo y el perro de la casa, pero Kyle sí que estaba atento a lo que los adultos hacían y decían, así que Tess sólo lo acercó un poco más a ella tranquilizándolo.

—Me los merezco —contestó August. Beth apretó los dientes.

—¿Cómo pudiste... dejar a esta pobre mujer sola? ¿Cómo pudiste abandonar a tus hijos, August? ¿Cómo pudiste... hacerme esto a mí, que soy tu madre! ¡Tenerme en esta angustia por tres años!

—Mamá...

—Como si no nos amaras, ¡como si no sintieras nada por nadie más que por ti mismo!

—Perdóname, mamá...

—No fue este el tipo de hombre que yo crie. Te enseñé valores, te enseñé que lo que importa es la familia, ¡cómo pudiste defraudarme tanto, tanto!

—No sólo te defraudé a ti, mamá —dijo August con sus ojos cerrados—. A Tess, a mis hijos... a todos. Pero necesito tu perdón, necesito volver a empezar.

—Oh, eres tan... —August no la dejó terminar, sólo se le acercó y la abrazó. Beth no respondió al principio, pero ya luego fue incapaz de seguir resistiéndose, y le devolvió el abrazo llorando.

—Lo siento —susurró él con sus ojos cerrados—. Lo siento.

Tess miró a Henry, que sólo hizo un movimiento de cabeza lleno de asentimiento, y en silencio observaron a madre e hijo reencontrarse, aunque Tess sabía que esto era mucho más que eso.

August Warden volvió a casa de sus padres cual hijo pródigo... o eso era lo que le parecía a él cuando también Henry, su padre, lo abrazó con cariño. ¿Cómo alguien podía dejar todo esto atrás?, se preguntó nuevamente estrechando al anciano.

Cuando era Adam Ellington, el exitoso millonario, nunca tuvo tanta gente alrededor que llevara su sangre y que lo amara de esta manera. Ahora estaba feliz de haber cambiado toda su fortuna por esta familia; si le hubiesen pedido voluntariamente que lo hiciera, tampoco lo habría dudado.

—Estás... estás tan guapo —le dijo Beth, su madre, la mujer que lo había dado a luz. Era una guapa mujer rubia y de ojos claros que ya tenía muchas canas y arrugas alrededor de los ojos. Debían tener setenta, o casi, pero se mantenían saludables, sobre todo, porque Henry sufría del corazón y debía mantener una dieta sana y ejercicios.

August pasó sus dedos por el rostro de la mujer que ahora era su madre, notando que su parecido era más que todo con ella en el color de la piel, la forma del mentón y tal vez muchas cosas más. De Henry había heredado la estatura, pensó.

No era tanto que el verdadero August no se mereciera a estos padres, eran estos padres los que no se merecían un hijo así.

—Gracias —le contestó él, y Beth sonrió como una adolescente. No pudo resistirlo y se inclinó para besar su frente—. Tú estás más hermosa que nunca.

—Oh, tonterías. Cada vez estoy más...

—Guapa, preciosa, me enamoraría de ti si no fueras mi madre.

—¡Ya basta! —lo reprendió ella entre risas y dándole un manotazo. Vio cómo Beth y Henry saludaban a Tess con cariño, y en los ojos de ambos se veía clara la esperanza de que ella y su hijo volvieran a estar juntos.

También él tenía esa esperanza, pensó con una sonrisa.

La casa se llenó de un alegre movimiento. Los niños de inmediato se fueron al patio trasero a jugar con Golfo, el bóxer de Beth y Henry, y Tess se unió a Beth en la cocina para empezar a preparar la cena. Junto a Henry, se fue al porche trasero para vigilar a los niños, y éste le trajo de la nevera una lata de cerveza. Para él, jugo natural.

—Gracias —le dijo recibidosela. Henry suspiró.

—¿Dónde estuviste todos estos tres años? —le preguntó, y August no se

extrañó para nada, sabía que le preguntarían todo y se había preparado, más o menos.

—Sólo recuerdo una parte de todo—. Henry lo miró confundido—. Tuve un accidente y... mi mente está un poco confusa. Pero sé que estuve en la cárcel y... haciendo cosas no buenas, ni decentes—. Henry miró a otro lado y le dio un trago a su jugo. Hubiese preferido tener más bien una cerveza, pero desde que sus coronarias habían colapsado la última vez, nada de alcohol para él.

—En la cárcel.

—A ti no te ocultaré nada —siguió August—. El accidente fue... más bien un atentado contra mi vida. Alguien quería hacerme daño. Seguro que hice enemigos.

—¿Es decir que olvidaste... todo? ¿Estás amnésico?

—No, no todo. Recuerdo a mi familia, y a mis hijos. Cosas importantes como qué estudié, dónde viví, a ustedes, a... Lo otro, detalles como nombres, fechas y cosas así, se me escaparon de la mente. A partir de que salí del hospital, y estuve preso, tuve que reconstruir mi vida con los pocos recuerdos que tenía.

—No lo puedo creer.

—Me di cuenta de que tenía otro nombre —siguió August, dispuesto a sacarlo todo—. Me había cambiado el nombre por Michael Moore—. Cuando Henry se quedó quieto y con sus ojos cerrados, August se preocupó—. ¿Papá?

—Estoy bien.

—No, no. Lo siento. Olvidé que...

—Estoy bien, no es para tanto. Sólo pienso que... nada esto habla bien de ti, ni de tus intenciones. ¡No pensabas volver! De no ser por ese accidente, o atentado, ¡jamás habrías regresado! —August hizo una mueca negando.

—No. No pensaba volver, no me enorgullezco de eso.

—Serías un canalla si te enorgullecieras de haber abandonado a tu familia —. August asintió en silencio. Ya sabía que, si bien su madre lo había perdonado más o menos fácil, las cosas serían a otro precio con él. No lo conocía, pero se imaginaba que era un poco más severo que Beth—. ¿Sabes lo que hiciste llorar a esa pobre mujer?

—Sé que mamá...

—No hablo de Beth. Ella me tenía a mí para que la consolara y le diera esperanza. Hablo de Tess. El que debía ser su apoyo y su confianza, su tranquilidad, se largó y se convirtió en su peor pesadilla. La dejaste en el

momento en que más te necesitó, sola, sin opciones, con toda la carga que debieron llevar entre los dos. ¿Qué pasaba por tu mente, August? —él suspiró y lo miró a los ojos.

—Me desvié demasiado de mi camino.

—¿Desviarte? —sonrió Henry con sorna—. Yo llamaría esto que hiciste de mil maneras, menos un desvío.

—Estoy tratando de resarcirme.

—Pues trata duro, porque veo muy difícil que Tess te perdone, y me imagino que esa es tu intención. Nosotros mismos la convencimos para que al fin se divorciara, y la apoyamos en todo. Es una hija para nosotros desde que es la madre de nuestros nietos, la que los ha sacado adelante sola hasta ahora.

—La quieres más a ella que a mí, ¿verdad?

—Ella no me ha decepcionado como tú—. August apretó sus labios para no sonreír, y asintió aceptando ese hecho. La manera como la habían recibido al llegar demostraba el cariño que le tenían.

—He cambiado, papá —Henry sólo elevó sus cejas—, y estoy tratando de cubrir mis faltas. Soy... otro hombre.

—¿Qué tanto? —le preguntó Henry con ojos entrecerrados.

—Casi como si me hubiesen cambiado el alma—. Henry no contestó a eso, sólo lo siguió mirando fijamente, taladrándolo con los ojos. August no agregó nada más, y le dio otro trago a su cerveza mirando a los niños jugar con Golfo. De repente, Nicolle corrió a él asustada por algo y él la alzó, mimándola y consolándola.

Sentía todavía la mirada de Henry sobre él, y sabía que lo estarían vigilando de aquí en adelante. Pero no se preocupó; era normal la desconfianza a su alrededor, pronto se acostumbrarían a que si había vuelto era para quedarse.

—Está... diferente, ¿verdad? —comentó Beth mirando por la ventana a August jugar con los niños y Golfo bajo la atenta vigilancia de Henry. Tess elevó una ceja al pensar en eso. ¿Diferente? Beth no se hacía una idea.

—Muy diferente —dijo. Beth se giró a mirarla, y Tess se detuvo en lo que estaba haciendo—. ¿Qué?

—¿Vas a volver con él? —Tess sonrió.

—No lo sé, Beth. Realmente... estoy tan desconcertada como tú. No sé qué hacer.

—¿Sigues amando a mi hijo? —Tess se echó a reír.

—No Beth, definitivamente no.

—¿Y por qué has venido aquí con él? No dejaste que viniera solo a darle la cara a sus padres, sino que has venido con él, y con los niños, para amortiguar el golpe—. Tess guardó silencio, con el ceño levemente fruncido. ¿Cómo decirle que este no era August? Porque si lo fuera, ella jamás lo perdonaría, ni estaría con él en un momento tan importante, ni lo recibiría de vuelta en su vida... De hecho, si fuera aún el verdadero August, cayó en cuenta, ella seguiría estando sola, porque él jamás habría vuelto.

—La verdad es que... me siento perdida, Beth. No... No sé qué hacer... Él es... Todo lo que yo hubiera querido que fuera mi esposo. Todo lo que una mujer sueña en un hombre está en él. Pero... —Beth hizo una mueca y respiró profundo apoyándole una mano en el hombro.

—Observa, y espera. Si August de verdad ha cambiado, entonces sí se merece que le des una oportunidad. Soy su madre, Tess, pero no puedo hacerme la vista gorda con todas las canalladas que te hizo. Se merece un castigo severo, y nadie mejor que tú para eso... Pero tú... tú te mereces la felicidad, y si está en él, no te la pierdas. No dejes que el orgullo te impida vivir lo que es verdaderamente para ti—. Tess volvió a sonreír, y pestañeó ahuyentando las lágrimas que habían brotado en sus ojos. Respiró hondo y volvió a concentrarse en su labor.

—Quédense a pasar la noche —pidió Beth luego de la cena, al ver que Tess empezaba a alistar a los niños para irse—. Ustedes no tienen coche, y mañana es domingo... Me encantaría que se quedaran, ¡llevaba tanto tiempo sin verlos!

—August tiene que trabajar —arguyó Tess, mirándolo, y éste sólo se encogió de hombros.

—No mañana —contestó.

—¿Quieres quedarte?

—Si se quedan tú y los niños, sí.

—Pero...

—Fantástico —sonrió Beth tomando aquello como un sí y se puso en movimiento—. Arreglaré la habitación de siempre.

—Beth, linda...

—Oh, cierto... —se detuvo la mujer mirándola un poco desconcertada—.



Ustedes ya no duermen juntos.

—Están divorciados —informó Kyle, muy serio, y Tess le pasó la mano por los cabellos peinándoselos con suavidad.

—Yo dormiré en el sofá —se ofreció August—. Tess ocupará la habitación con los niños. ¿Estás de acuerdo? —Tess lo miró en silencio, y asintió. Afortunadamente, había traído un cambio de ropa para sus hijos, y seguro que Beth le prestaría alguna bata grande y deforme para que durmiera cómoda.

—Esto es un poco extraño —le dijo Henry a su mujer cuando al fin se fueron todos a la cama. Se había quedado un largo rato en la sala junto a su hijo viendo algún programa de deporte, y hablando de muchas cosas. August le había hecho mil preguntas acerca del estado de su salud, de su madre, de la casa, y hasta de lo económico. Habían estado largo rato en el sofá en el que el más joven dormiría, y al final, hasta le había dado consejos para inversiones, y otros temas.

—¿Qué es extraño? —preguntó su mujer ante su comentario, y Henry se quedó sentado en su lado de la cama, con el ceño fruncido, como si observara un rompecabezas especialmente difícil.

—August... está extraño. Me hace feliz que haya regresado, y que al fin se esté portando como el hombre decente que queríamos, pero... es tan drástico su cambio... que siento que hay más debajo de la superficie. ¿Te diste cuenta de que te ayudó en la cocina luego de la cena? Prácticamente se hizo cargo de todo, y rápido. Luego subió a ayudar a Tess a acostar a los niños, y mientras estuvimos viendo la televisión, no bebió más que una cerveza. No preguntó ni una vez por sus viejos amigos, ni fue a buscarlos en sus casas, ni nada... Totalmente concentrado en nosotros, en su familia.

—Eso es maravilloso, ¿no?

—¿Y miraste sus uñas? Parece que también dejó ese horrible hábito de mordérselas, y tampoco pidió un cigarro, ni...

—Henry, ¿crees que no me di cuenta de nada de eso? —él guardó silencio y suspiró.

—No es nuestro hijo—. Beth se echó a reír—. No lo es.

—Y entonces, ¿quién es? —le preguntó ella—. Te aseguro que August no tiene gemelo—. Henry sonrió.

—Sí, lo sé.

—No me importa qué haya ocurrido —siguió Beth—. Si acaso tuvo una experiencia, un encuentro espiritual, una entrevista cara a cara con el

mismísimo Dios y eso le hizo ser otro hombre. No me importa qué pasó. Mi hijo ha vuelto a casa, y es el padre ejemplar que yo siempre soñé que fuera.

—Pero se divorciaron. Tess y él...

—Oh, ¿pero acaso no viste cómo se miran el uno al otro? —sonrió Beth—. Sólo hay que darles tiempo... y espacio.

—¿Por eso les ofreciste que se quedaran?

—El sofá es muy amplio y cómodo. ¿Ya lo olvidaste? —Henry volvió a sonreír, y se acostó al fin, acomodándose al lado de su mujer.

Tess tenía sus ojos muy abiertos, mirando la luz de la luna que se colaba por la ventana, escuchando la suave respiración de sus hijos. Nicolle, como siempre, estaba a su lado en la cama, y Beth había traído una colchoneta de espuma para que Kyle y Rori la compartieran en el suelo.

No podía dormir. No dejaba de pensar y pensar.

Hacía ya casi dos meses que August había irrumpido de nuevo en su vida, y sólo un par de semanas desde que había descubierto que no era él, que era otro hombre en el cuerpo de su esposo. Y a cada día que pasaba ella no hacía sino desconcertarse más; tenía muy pocas pistas de quién podía ser él en verdad, y lo único que sabía era que le gustaba... este hombre le gustaba.

Era educado, era atento, había leído más que cómics en su vida, y por alguna razón ella siempre entendía sus referencias, sus chistes, sus ironías y hasta su sarcasmo. Siempre conseguía hacerla reír, y parecía disfrutar con sólo tenerla a su lado.

Ahora que ya no estaba en las mañanas, sentía que lo extrañaba. Cuando llegaba del trabajo, él ya le había dado de comer a los niños y puesto su pijama, así que sólo tenía que acompañarlos a la cama para que se durmieran.

Durante toda la semana, él se había quedado un rato más con ella en la casa, habían conversado mientras limpiaban la cocina, y en una ocasión ella no dudó en pedirle que la acompañara a ver un programa de televisión. Pero había sido demasiado para él, que se había quedado dormido en el sofá, y ella había tenido que pedirle que se fuera a descansar a su casa. Él no había hecho la propuesta de quedarse, sino que, medio dormido, se había ido a donde fuera que durmiera.

Y esa noche había sentido un poco de malestar por él. Él se merecía ser cuidado también, se merecía ser atendido, ser tenido en cuenta... pero no se quejaba, y sólo estaba allí cuidando de ella y los niños, sin esperar nada a

cambio.

Eso le estaba empezando a doler.

Cerró sus ojos con fuerza tratando de quedarse dormida, pero no le era posible, así que con cuidado se levantó de la cama y salió de la habitación.

Bajó hasta la cocina por un poco de agua, y entonces lo vio a él en el sofá, sentado, mirándola. Tess apretó su vaso de agua contra su pecho, y sonrió.

—Pareces un poco incómodo —susurró, y él también sonrió.

—Mi cama no es mejor, ya me he acostumbrado.

—Seguro que antes dormías en camas de plumas de ganso.

—Seguro —sonrió él, y luego se dio cuenta de su metida de pata—. Quiero decir, nunca... ¿plumas de ganso? Qué exagerado—Tess elevó una ceja y tomó nota. Este hombre en su pasado había sido rico.

Y había ido a una universidad y terminado su carrera, y había leído mucho, y sabía de música algo más que las bandas musicales de moda. Sabía de cine, de buena comida, de viajes...

Sí, definitivamente, había sido un hombre rico, culto, que viajó por el mundo y tenía muy buen gusto... y ahora se estaba quedando aquí, en la casa de unos ancianos que no eran sus padres, con tres hijos que no eran suyos, y una mujer que tampoco era su esposa.

Por qué, se preguntó.

Se acercó unos pasos a él mirándolo un poco analítica. Él tenía puesto un pantalón y una camiseta viejas que debían ser de Henry y de varias tallas más grande que él. Se veía un poco perdido allí dentro de esa ropa.

—Te ves bastante gracioso con ese pijama —se burló.

—Y tú estás increíblemente sexy con ese deshabillé—. Tess se miró a sí misma y hubiese querido soltar la carcajada, pero se contuvo. Esa palabra francesa se le había oído exquisita en su boca.

Como si su cuerpo se mandara solo, se sentó a su lado en el sofá y lo miró atenta.

—Tú... —se quedó en silencio, y él no dejó de mirarla, como si la estudiara, como si tuviera luego la intención de ir a pintarla en un lienzo tal como estaba ahora.

Y de repente se movió, puso su mano en su cuello, se acercó a ella y la besó sobre los labios, y Tess sintió la calidez de sus besos en toda su alma, inundando de una dulce tibieza todo su cuerpo, todo su ser. Él abrió sus labios suavemente sobre los suyos, saboreando, explorando, y Tess no pudo menos

que sonreír. Este hombre tampoco besaba como August.

Pero los besos de August estaban a años luz de distancia ahora mismo, así que no pudo seguir haciendo comparaciones, sino que echó su cabeza atrás para darle acceso a él a su cuello, y este hermoso hombre no desaprovechó la oportunidad, sino que la besó, la mordisqueó y la lamió encantado por su regalo. Poco a poco, ella cayó de espaldas en el sofá, y él se acomodó sobre ella, buscando su boca, llenándola con la suya, hasta lo profundo, cada rincón. Entrelazó su lengua con la de ella y Tess no pudo más que gemir, y el gemido quedó ahogado en la boca de él, que era tan dulce y cálida, tan...

—Oh, Tess —gimió él, y lo sintió desabrochar los botones planos del enorme camión de Beth, besar cada centímetro de piel que descubría, y Tess no tenía mente, no tenía cabeza más que para sentir, y lo que sentía era fuego, y sus inquietas manos por todo su cuerpo.

Ahora gimió ella cuando él se metió a la boca uno de sus pezones, abrazó su cabeza, acercándolo más a ella, diciéndole sí, pidiéndole que siguiera.

De alguna manera, ahora ella estaba con el camión todo subido y enrollado en su cintura, sus pechos descubiertos, y a él entre las piernas, que empujaba y se restregaba contra ella a través de las capas de tela, y Tess lo sintió duro, muy duro, muy caliente, y muy dispuesto para ella.

No me importa, se dijo cuando el miedo quiso asomar su cabeza. Quiero esto, se reprendió cuando una alarma empezó a sonar. Me lo merezco, lo necesito... lo necesito a él...

—Oh, Dios no —susurró él alejándose de ella violentamente, como si de repente ella le hubiese quemado. Tess lo vio saltar del sofá y caminar por la sala dando vueltas, moviéndose como un león enjaulado.

Tess quiso llamarlo, pero decirle “August” era tan inapropiado y fuera de lugar ahora mismo... Y no pudo más que quedarse callada, sintiendo cómo poco a poco la frustración de su cuerpo la inundaba, y sin querer, soltó un sollozo.

—Oh, linda, no, no. Mi amor, no llores, no fue mi intención hacerte llorar. Diablos...

—Yo... yo estoy bien.

—No, no, y es mi culpa, pero, cariño... No tengo un solo preservativo aquí... y no es justo que te vuelva a exponer al riesgo de un embarazo. ¿Me entiendes? No quiere decir que no estaría feliz, que no cuidaría también de ese bebé, pero... ¿me entiendes? —muy despacio, la luz fue entrando en la mente

de Tess, tan llena de turbulencia y deseo antes. Sí. Él tenía toda la razón. Y ella era muy fértil, ya lo había demostrado, y fácilmente podía quedar embarazada otra vez.

Lo vio pasarse las manos por la cabeza, sufriendo, con su deseo tan evidente debajo de esos amplios pantalones.

Se echó a reír, y entonces él la miró desconcertado. Si la estaba empezando a creer una loca rematada ella no podría culparlo; primero lloraba, y ahora reía de la nada.

—No me mires así —le pidió él—. Estoy tan... ansioso por ti que no puedo asegurarte nada. Me volvería loco dentro de ti y olvidaría todas las precauciones para evitar que te embarace.

—Entiendo.

—Oh, Tess, soy un idiota. Toda mi vida ansiando esto y ahora que por fin tuve la oportunidad, se me atravesaron la cordura y la lucidez.

—¿Toda tu vida? —preguntó ella levantándose del sofá, y él tragó saliva.

—¿Qué tiene de malo que te desee?

—No he dicho que tenga algo de malo.

—Me muero por ti, Tess —susurró él con dolor. Y sí que debía estar sintiendo dolor, pensó Tess mirándolo de arriba abajo, y dejando sus ojos allí donde él tenía levantada toda una tienda de campaña.

Se cruzó de brazos y desvió su mirada sintiéndose sonrojada por el mismo deseo que la invadía a ella sólo por mirarlo. Se pasaron los segundos, y luego los minutos, y los dos permanecieron en silencio. De repente, él salió de la sala y se metió a la cocina, abrió el refrigerador y sacó un par de botellas de agua. Tess cubrió su risa para no hacer ruido, sobre todo, cuando él se encerró en uno de los baños.

Si ella fuera buena, subiría de vuelta a la habitación con los niños, lo dejaría en paz, pero no lo era. Había probado sus besos y quería más. Ya no podía volver atrás. Cuando salió al fin del baño, ella lo esperaba afuera.

—Oh, sigues aquí —se quejó él, y Tess sonrió.

—Me gustas —fue lo que ella dijo—. Me gusta este nuevo tú. A veces me cuesta un poco por esa cara que tienes, porque es la misma cara del hombre que me hizo sufrir, pero... me gustas— August se recostó a la pared sintiéndose sin fuerzas, con el pecho otra vez agitado.

—Yo te amo, Tess.

—Sí —susurró ella—. Lo sé.

—¿Lo sabes? —Tess sonrió y suspiró.

—Lo sé —repitió—. Me estoy sintiendo... amada por ti.

—¿Y te gusta ser amada por mí? —preguntó él con una sonrisa traviesa, una sonrisa que ella amó. Elevó su mano a él y la puso sobre su áspera mejilla. Él buscó la palma de su mano con su boca para besarla, y Tess no paró de sonreír.

—Gracias por haberte detenido a pensar hace un momento.

—Casi me costó un testículo —Tess no pudo evitar echarse a reír, y él puso un dedo sobre los labios de ella para acallarla—. ¿Si voy a ti mañana... con toda una caja de preservativos... qué me dirás, Tess? —ella respiró hondo haciéndose la misma pregunta. Este corto y frustrado encuentro había dicho mucho de cómo podían ser las cosas entre los dos en una cama. Sintiendo otra vez su cuerpo reaccionar ante la sola idea, tuvo que alejarse de él poniendo varios pasos de distancia en medio.

Un poco triste por la reacción de ella, August se cruzó de brazos, pero luego la miró y a pesar de la penumbra pudo ver el fuego en sus ojos. Se alejaba no en una respuesta negativa, sino por miedo de sí misma y sus reacciones.

—Es... hora ya de que... me vaya a dormir —murmuró ella. A August casi le cuesta el otro testículo dejarla ir sin detenerla, subirle ese enorme camisón y poseerla allí mismo, duro, rápido y con fuerza. Cuando ella al fin quedó fuera de su alcance, no pudo más que dejarse caer al suelo y lamentarse, lamentarse profundamente.

Los niños no querían irse de la casa de sus abuelos, y trataron de convencer a sus padres de mil maneras para quedarse un día más. Kyle prometió portarse bien, Rori rogó hasta casi llorar, y Nicolle simplemente miraba a todos derrochando sonrisas y encanto. Pero tenían que irse, así que luego de almorzar, tomaron sus cosas, se despidieron de los abuelos, que casi lloran con los niños, y volvieron a casa. August iba pensando en la fuerte necesidad de un coche, y debía empezar a ahorrar para conseguir uno. No podría ser de último modelo, ni siquiera uno nuevo, pero lo necesitaban.

Llegaron a la casa, y Kyle se fue a su habitación un poco enfurruñado, y Rori y Nicolle se quedaron en la sala jugando con sus muñecas.

—Deja eso —le dijo August a Tess cuando la vio sacar la ropa de los niños del bolso que había llevado consigo y llevarlo al cuarto de ropas.

—Pero...

—Más tarde —le pidió él tomando su mano, y Tess no lo rechazó, se sentó junto a él en el sofá y elevó los pies—. Regresaste cansada.

—Bueno, anoche no... —ella se quedó en silencio, y August sonrió con picardía.

—¿No dormiste bien?

—No es eso.

—Ah, ¿no? Pues yo pasé una noche de perros. Fue tu culpa— Ella soltó un bufido muy poco femenino—. Me dejaste en el infierno anoche.

—Cómo exageras.

—Dime, ¿por qué haces sufrir esta alma que te ama? —Tess lo miró ceñuda, como tratando de recordar de dónde era esa frase, pero August sólo sonrió negando y recostó su cabeza en el sofá con un suspiro de cansancio, y Tess no dejó de mirarlo. ¿Quién eres?, quiso preguntar, tenía la pregunta allí, en la punta de su lengua, así que tuvo que mordérsela.

Él cerró los ojos y Tess se vio increíblemente tentada a recostar su cabeza en su hombro y echarse allí una cabezadita. Se veía tan cómodo y cálido allí...

Pero entonces Kyle se asomó llamando a su papá para alguna cosa, y de repente Rory y Nicolle se empezaron a pelear una muñeca y hasta ahí llegó el momento de tranquilidad. Cuando ya se hizo de noche, August se despidió de los niños y de ella muy, muy renuente. No quería irse, pero debía; ella no lo estaba invitando a quedarse, y mucho menos a pasar la noche con él, ni

siquiera habían hablado como se debía de lo sucedido anoche, así que, con un terrible peso en su corazón, se puso su bufanda y su abrigo, le deseó buenas noches y salió de casa.

Tess lo vio irse sintiendo un nudo en la garganta. También le estaba costando dejarlo ir, pero no podía dar el siguiente paso en esto que parecía ser una relación. Eran los padres de tres niños, pero estaban divorciados, y con justa razón, y se dijera lo que se dijera, él seguía siendo un extraño. No podía acostarse con un hombre del que no sabía nada, ni siquiera su nombre. El hecho de tenerlo aquí a diario siendo el padre que August jamás fue actuaba muy en su favor, pero con ella era a otro precio.

Y no podía decirse mentiras, lo miraba y le gustaba, recordaba su manera de besarla, de tocarla, y toda ella hervía otra vez, así que sabía que con él el sexo iba a ser más que placentero, pero... ¿Qué nombre iba a decir cuando lo llamara? ¿A quién debía llamar?

Y estaba otra cuestión. Recordaba que mientras Sam estuvo temporalmente en Heather, su cuerpo estuvo en coma. ¿Y si el verdadero cuerpo de este hombre estaba en un hospital y se producía otra vez el cambio? No podría soportar lo que le tocó a Raphael, y mucho menos, volver con el verdadero August. Para ella, como si estuviera muerto.

Pero, ¿y si esta vez era diferente? ¿Si de verdad August, o su alma, habían muerto?

El único que podía darle estas respuestas era este hombre que se acababa de ir con ojitos de perro abandonado, y todavía no había abierto su boca para decir que él no era August. Había preferido echarse encima y lidiar con todos los problemas y el rencor que le guardaban al dueño de ese cuerpo que abrir la boca y decir la verdad. Eso le habría evitado mil molestias, facilitándole enormemente la vida, pero no; se había callado, y aunque ella se había dado cuenta pronto de que no era August, le estaba costando averiguar quién sí era.

Y debía ir con cuidado, no podía, simplemente, dejarse llevar por sus impulsos.

En el pasado ella no fue una mujer sensata, y se lió con un hombre que la hizo sentir querida, importante, y la involucró en su vida y en sus sueños. Por primera vez ella se estaba sintiendo parte de algo, así que se acostó con él... y de inmediato quedó embarazada.

Ahora recordaba que la primera expresión de August al enterarse de eso no había sido de felicidad, ni siquiera de sorpresa, sino de pánico. Por un mínimo



instante, él había sentido pánico. Ya luego había logrado componerse y poner una sonrisa, y decirle que eso no importaba, que él la amaba, y que juntos construirían sus sueños.

Pero los sueños de ella no eran compatibles con los sueños de August. Ella sólo había querido una familia, alguien a su lado con el que crecer y avanzar; los de él, ser famoso y rico. Sus hijos se habían convertido en una pesada piedra atada en su cuello que le impedían flotar hacia la superficie, y poco a poco se fue ahogando, ahogando, hasta que decidió desatarse y alejarse.

Y entonces ella había quedado en el fondo y en la oscuridad.

A veces pensaba que era su culpa. Debió ser más cuidadosa, debió impedir con más fuerza el volver a quedar embarazada... Ahora era incluso capaz de recordar con exactitud la vez que se embarazó de Nicolle. Él no le había dado el dinero para la inyección anticonceptiva ese mes; no le había alcanzado el dinero, fue lo que dijo, y tal vez era verdad.

—¡Los preservativos son más costosos! —le había reclamado ella, y él sólo se había encogido de hombros.

—Pero se pueden conseguir de uno en uno—. Tess sintió pánico. Conocía a August. Él no tendría la suficiente cabeza fría para detenerse sólo porque no tenía un preservativo, y justo así pasó. Una noche la buscó en la cama y empezó a tocarla. Tess le recordó lo de los anticonceptivos, que no estaba protegida, y él le prometió acabar afuera. Pero no lo hizo, y Tess corrió al baño a llorar, y desde allí le reclamaba lo que había hecho.

No se dejó volver a tocar por él en lo que restó del mes, y eso le valió varias discusiones en las que él la trató de lo peor, pero de nada sirvió, pues había quedado embarazada.

Esa vez la noticia no se la dio con alegría, sino llorando, pero la reacción de él no se la esperó.

Floja, sucia, descuidada, bruta. Esas habían sido las palabras que había usado, y entonces ella le recordó que había sido él quien había fallado en primer lugar por haberse gastado el dinero de sus inyecciones, y luego él le reclamó por haberle abierto las piernas esa vez, y ella tuvo que abofetearlo y gritarle lo injusto que era.

Debió ver las señales, se dijo ahora mirando la cocina organizada, la sala con algunos juguetes desperdigados por allí, y caminó hacia su habitación, con su amplia cama ocupada en gran parte por una chiquilla de sólo tres años. Debió ver las señales. Él mantenía ebrio, o de mal humor, o ebrio y de mal

humor. Fue Sam la que la acompañó a su primera ecografía, y las siguientes; fue Sam la que le trajo un día un tarro de vitaminas, pues la veía muy delgada y con aspecto cansado.

Una tarde estaba recogiendo la ropa para ponerla a lavar, y entonces cayó en cuenta de que faltaban muchas prendas de August. Revisó por todo el pequeño apartamento que ocupaban entonces y se dio cuenta de que, en verdad, faltaba casi todo. Él había ido recogiendo poco a poco sus cosas, y esa misma noche ya no llegó. Lo llamó al teléfono, lo llamó mil veces. Cuando amaneció, llamó a Beth y a Henry, pero él no estaba con ellos, incluso llamó a algunos de sus amigos por si le daban razón de su marido, pero ya luego de una semana tuvo que admitirlo. Él se había ido, se había reunido con sus otros amigos músicos, con los que tocaba los fines de semana en bares y restaurantes, y al finalizar, se habían ido a tomarse unos tragos. Por varias semanas le ocultaron que esa noche él se había acostado con una fulana, pero cuando ya fue evidente que había desaparecido y la policía presionó, lo admitieron.

No era la primera vez que August tenía aventuras, ya Tess lo había sospechado en varias ocasiones. Esas veces que venía de estar con otra él llegaba oliendo a perfume barato. Cuando le reclamaba, él se defendía a muerte, y terminaba insultándola y haciéndola sentir horrible, pero nada podía quitarle a ella de la mente que iba con otras mujeres.

No era una sola, nunca era la misma, pero eso no le quitaba el dolor de sentirse traicionada. Que fueran fulanas era tan grave como haberse enamorado de otra, porque esas mujeres podían pegarle a él alguna enfermedad y luego él pasársela a ella, y se llevaban el dinero que se suponía era de ella y de sus hijos.

Nadie puede describir el dolor que siente una mujer cuando descubre que no sólo le fueron infiel múltiples veces, sino que también la dejaron abandonada. No sólo duele en su corazón de mujer darse cuenta que no fue capaz de conservar el interés y el amor de un hombre, duele en lo profundo porque también desecharon a sus hijos.

Y asco, descubrió Tess. La infidelidad daba asco. No era un asco filosófico, no, era un asco real. Al comprenderlo, Tess sintió la bilis revolvérsele en el estómago, y recordar la boca que besó y el cuerpo que adoró le daba asco literalmente. Esa boca había sido besada por otras, ese cuerpo había sido manoseado por otras... y con su consentimiento. En su

mente, casi lo veía mirarla y burlarse mientras estaba con esas otras.

El asco le había durado mucho tiempo, pero no pudo concentrarse demasiado en él, porque dos niños de cuatro y dos años demandan muchos gastos; comida, ropa, medicinas, y el que venía en camino cuadruplicaba ese gasto. Tenía fe en ahorrarse la leche el primer par de meses, pero ya luego no sería así y debía estar preparada, así que, con su enorme barriga, empezó a tocar la puerta de sus vecinos para ofrecer sus servicios. Sabía que la mayoría le ayudaba sólo por compasión, pero en su situación no podía ponerse digna ni orgullosa, así que todos esos meses, hasta el parto, mantuvo la cabeza abajo, trabajó y reunió el dinero necesario para el parto, y Samantha, bendita fuera, le ayudó con lo demás.

—No tengo en quién gastar mi dinero —le había dicho ella— y tú eres como mi hija, y esos niños, como mis nietos. Soy feliz ayudándote.

Beth venía todos los días para echarle una mano con Kyle y Rori mientras estuvo en la dieta posparto, cocinó para ella, ayudó a lavar la ropa, y cuando ya fue capaz de salir, lo primero que hizo Tess fue buscar trabajo.

No lo había pasado sola, suspiró ahora recostándose con cuidado en sus almohadas. Samantha y Beth habían sido su mano derecha, y también la izquierda. Habían cuidado de ella y los niños sin acusarla de nada, sin esperar nada a cambio.

Pero, aun así, se sentía sola. La sensación de abandono perduró por mucho tiempo, aun cuando ya fue capaz de encontrar un empleo estable y salir adelante, aun cuando se estaba dando cuenta de que era autosuficiente y que ella sola también podía. Esa sensación era como una herida que, aunque por fuera se veía sana, por dentro aún dolía y sangraba.

Cerró sus ojos y una lágrima rodó por sus sienes y se metió en su oreja.

Ese August estaba muerto, pensó. Según los registros que Raphael le había pasado, había sido herido con arma blanca a la salida de un tugurio. Él había estado en el mismo camino hasta el día de su muerte, y luego, después de casi dos semanas hospitalizado y en coma, despertó siendo otro, sin memoria, sin saber siquiera su nombre.

Allí se había producido el milagro, pensó acomodándose de medio lado. El que despertó no era August, era otro hombre, y aunque le había pedido ayuda a Raphael para saber quién era, sería muy difícil descubrir quién de los que murió o cayó en coma esa misma noche que August fue apuñalado, en todo el país, estaba ahora en su cuerpo.

Muy difícil, pero si de verdad quería darle a él una oportunidad, ella primero tenía que saberlo.

No importaba cuánto le gustara, no importaba que en su alma estuviera despertando sensaciones ha tiempo adormecidas. No importaba que esto no se sintiera como un dulce sueño de niña como había sido lo que sintió por Adam, ni un loco arrebatado como lo que sintió por August. Este tercer hombre estaba consiguiendo que una mujer hecha y derecha, que había pasado por el infierno, volviera a soñar.

Se pasaron los días, y a pesar de la distancia que Tess había puesto entre los dos, August no le hizo ningún reproche; más bien, aceptaba sus términos... Él sólo debía seguir siendo paciente. Le estaba dando el espacio que necesitaba, y el poder de decidir cuándo y cómo quería estar con él. No importaba cuánto doliera, cuánto costara, él debía esperar, y no podía pretender que en un par de meses una mujer olvidara lo que había sufrido por años.

—Llegas temprano —le dijo Tess un sábado al mediodía. Él la miró sonriente y se inclinó para besarle la mejilla. Esa mañana lo habían vuelto a ascender, y ahora ganaba casi lo mismo que Tess. Pero no era motivo para una gran celebración, su meta era llegar tan alto como pudiera, y ya en su mente estaba planeando cómo. A partir de aquí, no podría hacerlo sin ayuda, tendría que empezar a codearse con los altos mandos para que lo notaran, y eso requería inversión. Estaba sin ropa, sin zapatos, no tenía un vehículo, y sabía de primera mano lo importante que era la apariencia para sus propósitos. Los niños estaban primero, Tess estaba primero, así que tendría que combinar sus esfuerzos para seguir ascendiendo con el apoyo que le daba a ellos.

Eso le tomaría tiempo, pero ahora lo tenía. Tenía el resto de la vida para alcanzar sus metas, sólo era organizarse bien. Y le gustaba; tener retos tan difíciles eran un aliciente. Antes su mayor reto fue Tess, pero el mismo cielo se opuso a eso, así que el cambio había sido completamente para bien.

—Es que verte siempre me pone de buen humor —le contestó él con una ancha sonrisa, y Tess sólo elevó una ceja y sonrió—. ¿Dónde están mis pulgas? —preguntó mirando la vacía sala, y Tess se mordió un labio.

—Georgina mandó por ellos —contestó Tess, y August elevó sus cejas.

—¿Georgina Calahan?

—Sí... ¿La conoces?

—Ah... creo tú la habías mencionado antes.

—¿De verdad?

—Entonces, ¿estamos los dos solos? —preguntó él evadiendo el tema, mirándola y sonriéndole con un mensaje en esos ojos. Tess se apartó de la cara el cabello y se cruzó de brazos.

—Heather viene por mí ahora —dijo. August la miró desconcertado. Ella había mandado a los niños lejos, y ahora se iba con su amiga. ¿Y qué había de él?, quiso preguntar—. De hecho, nos invitó a almorzar a los dos. Estaba a punto de enviarte un mensaje porque pensé que llegarías más tarde, pero...

—¿Nos invitó a su casa?

—No. A un restaurante.

—Oh. ¿Va a ser incómodo? —Tess no pudo evitar reír.

—Bueno, Heather no te conoce.

—¿No me conoce? —la interrumpió August, y Tess meneó la cabeza—. Ah... Lo siento. Un marido debería recordar a todas las amigas de su esposa...

—Eso es imposible —rio ella—. Y tú casi no conociste a mis amigas, y con todo el tiempo que ha pasado... Además, aunque tú no me lo has dicho, ya sé que... tu mente está confusa y que poco recuerdas las cosas que viviste e hiciste antes de lo que sucedió en ese hospital—. August la miró fijamente ahora, muy serio. Tess se apresuró a añadir: —Henry me contó lo que tú le contaste a él. Debiste decírmelo, August.

—Lo habrías tomado como una excusa barata y rebuscada.

—Y has preferido no decirme nada.

—Quiero ganarme a pulso tu confianza, sin muletas, ni nada.

—¿Por qué, August?

—Porque eres una mujer que fue muy herida en el pasado... por mí. Para que nazca el amor, primero debe ser desterrado el rencor.

—¿Así que... has trabajado en desterrar el rencor de mí para que... pueda nacer el amor?

—Suená bonito —suspiró él—, pero en realidad es bastante duro—. Tess se puso una mano en el pecho. Duro, decía él. ¿Era porque su rencor estaba muy arraigado? Rencor hacia August, y miedo hacia él. Sí, estaba siendo duro—. No estoy vestido adecuadamente para un almuerzo con tus amigos—. Ella lo miró entonces. Él llevaba puesto unos jeans deslucidos y una vieja chaqueta de material sintético.

—Siento no haberte avisado.

—No pasa nada. Sólo espero que tus amigos no me definan por la ropa que llevo puesta.

—No son tan superficiales —sonrió Tess, y minutos después llegó un auto por ellos. Tess estaba pendiente de las reacciones de August al entrar al fino auto conducido por John, el confiable John, que había sido recontratado por Heather luego de que sus padres lo despidieran casi injustamente. El verdadero August nunca se había subido a un auto así de caro, ni había sido llevado por un chofer. Habría hecho algún comentario acerca de lo asombroso que era, pero este hombre no. Parecía... normal para él.

Era rico, reafirmó. En su otra vida, había sido rico.

Rico, la había conocido a ella antes, seguramente, y había conocido también a los niños. Sólo había una persona que encajaba con esa descripción, y de sólo un pinchazo le atravesó toda el alma, el cuerpo, el corazón.

No podía ser Adam, se tranquilizó. Adam había fallecido tres meses antes de lo sucedido a August, no la misma noche. Y tal vez era un anciano, así como había pasado con Sam.

Además... Adam se lo hubiera dicho en cuanto la vio, esa noche que la estaban robando y él intervino; habría dicho: Tess, soy Adam. Nunca habría tomado el lugar de August, pretendiendo enamorarla con ese nombre, pretendiendo que perdonara al ex marido. Él nunca habría guardado un secreto tan grande ante ella... Y ella le habría creído inmediatamente cuando se lo dijera, sólo con dar un par de datos de sí mismo, de su vida juntos, ella le habría creído.

No, Adam le habría dejado saber que era él sin pérdida de tiempo. Todo lo que se esforzó para que lo recordara, indicaba que no dejaría pasar tanto tiempo sin que ella lo supiera.

Pero ese razonamiento no la hizo feliz. Darse cuenta de que aún añoraba su sueño de niña la espantó de sí misma. ¿Realmente, se iba a quedar como Sam? ¿Dejando pasar las oportunidades sólo porque su primer amor no se dio? Miró a este extraño a su lado y una dulce calma la invadió.

No sería así, pensó. Tenía a este hombre a su lado que estaba demostrando que lo primero en su vida eran ella y su familia. Era tiempo de avanzar, de dar el paso. Así que al bajar del auto tomó su brazo y se apoyó en él. August la miró un poco sorprendido, pero no dijo ni hizo nada, sólo sonrió y le puso su mano sobre la de ella.

Llegaron hasta la mesa, y tan sólo unos minutos después llegaron Heather y Raphael. Tess había esperado que saltara alguna chispa en medio de Heather y August cuando se dieran la mano, o una luz sobrenatural, pero nada pasó. August les sonrió con formalismo, y la volvió a ayudar a ella con la silla para que se sentara.

—Es un placer conocerte al fin, August —sonrió Heather con encanto, aunque sus ojos se veían un poco escrutadores. No miraba como una joven veinteañera, pensó August. Parecía una madre o una abuela sobreprotectora, más bien.

—Lo mismo digo, Heather. Aunque supongo que has oído mucho de mí.

—Bueno, has sido un tema frecuente en los últimos días.

—Lo comprendo—. El host del restaurante se acercó ofreciendo vino y con las cartas del menú, y Tess pareció un poco perdida. Se le iba a acercar a Heather para que le explicara qué era cada plato, pero August se adelantó.

—Esto es pollo al vino, horneado —le explicó—. Esto, ternera en su propio jugo; esto, filete de buey...

—Creo que nunca he probado el buey —sonrió Tess.

—Sabiendo lo carnívora que eres, te encantará —bromeó August, y entonces notó que Heather y Raphael lo miraban sorprendidos. Tal vez no esperaban que alguien como él supiera descifrar los platos de la carta, sobre todo porque estaban en francés—. Trabajé en el restaurante de un hotel cinco estrellas —explicó—. Tuve que aprender qué significaba cada plato.

—En el Saint Regis —comentó Raphael—. Pero según sé, ya has sido ascendido unas cuatro veces—. Tess se giró a mirarlo completamente sorprendida, y August mordió una sonrisa.

—Sí. Ahora estoy en el área administrativa.

—Todo en menos de dos meses.

—Increíble —susurró Heather.

—No... no me lo habías contado —murmuró Tess.

—Lo siento. No creí que fuera relevante.

—¿Cuatro ascensos en dos meses no te pareció algo relevante? —August pareció realmente incómodo, incluso lo vio rascarse la oreja, y algo se encendió otra vez en ella. Ese gesto...

—Ella se habría alegrado por ti —comentó Heather—. Creo que sí debiste decirle—. Él miró a Tess en silencio y tragó saliva. Claro, pensó. Pero llevaba tanto tiempo solo que nunca se había acostumbrado a compartir sus

logros.

—Aún no llego a donde quiero —dijo, encogiéndose de hombros, y luego miró a Tess—, espera a que lo haga y entonces sí... celebraremos.

—No estoy de acuerdo —masculló ella, y le dio un trago a su copa de agua. Parecía molesta, y él no pudo más que sonreír.

Fue un rato agradable, pensó August al final. Raphael ya no tenía esa actitud amenazante de la primera vez que se vieron, y luego incluso le habló de temas complejos acerca de empresas, la bolsa, y demás. En un momento pensó que lo hacía para probarlo, para ver cuán ignorante era, pero se equivocó. En el pasado no había tratado mucho con él, pero estaba viendo que era un joven bastante sencillo.

—Si quieres probar suerte en otro lado, yo podría ayudarte en mis empresas —le propuso Raphael cuando ya salían y se encaminaban al parqueadero. Iban detrás de Heather y Tess, que caminaban despacio haciéndose confidencias—. Si eres tan valioso como para ser ascendido cuatro veces en dos meses, me gustaría tenerte en mi plantilla—. August sonrió sintiéndose tentado. Seguro que esta era la ayuda que necesitaba para llegar a donde quería, pero, por otro lado, él quería estar en sus empresas. Estaba conociéndola desde otro punto de vista, viendo desde abajo a los altos mandos, a los jefes, y aprendiendo muchísimo en el proceso.

Estaba descubriendo cosas que desde la presidencia jamás habría advertido, pequeñas injusticias que se llevaban a cabo entre el personal más bajo en categoría, y cierta mafia de poder en los del medio. Quería llegar arriba para corregir aquello, y darse cuenta de qué era lo que estaba pasando en verdad. Desde el fallecimiento de Adam Ellington, el poder lo tenían sus dos viejos amigos, Abel Robinson y Horace Goldman. Lo hacían bien, pensaba, y al parecer, no habían encontrado aún al hijo de su tío.

—Te lo agradezco —le contestó a Raphael, que lo miró un poco ceñudo.

—¿Eso es un no?

—Eso es un: déjame intentarlo por mi cuenta. Si no llego a conseguir lo que quiero en el tiempo que me propuse, te buscaré.

—Está bien.

—Es realmente increíble lo que está pasando —susurró Heather a Tess, yendo las dos con sus brazos enlazados hacia los autos—. Ver que el milagro se repite... es increíble, Tess.



—No sé cómo pretendía él hacerse pasar por August —sonrió Tess—, si sólo tratándolo unos minutos se hace evidente que no son el mismo hombre.

—Aunque la mona se vista de seda, mona se queda. Pero en este caso el dicho debería ser: aunque el rey se vista de harapos, rey se queda—. Eso hizo reír a Tess, y se giró para mirar al par de hombres que venían tras ellas y conversaban. Aunque Raphael estaba mucho mejor vestido, August no se veía menos a su lado, y era por la seguridad y confianza en sí mismo que emanaba. Para un hombre con poder no era intimidante hacer roce social con otro hombre poderoso. Eran sus pares, se sentía cómodo allí—. Comprendo que no te has acostado con él —Tess se puso roja al instante.

—¡Heather!

—Vamos, no te pongas en ese plan. ¿Qué fue lo que me dijiste a mí?: ¡despelúcate! ¡Ten buen sexo!

—¿Podrías callarte, por favor? ¡Nos pueden oír!

—Eres una mojígata.

—¡No puedes decir eso! ¿Y cómo podría estar con alguien que no sé cómo se llama?

—Mojígata —repitió Heather.

—Creí que tú, especialmente, me entenderías. ¿Viviste virgen hasta los ochenta, la mojígata es otra!

—Ah, ¿estamos sacando trapitos sucios al sol? Pues te recuerdo que vas directo a ese final. Llevas tanto tiempo sin sexo que seguro volviste a ser virgen—. Eso la hizo reír, y al fin llegaron hasta el auto donde aguardaba John. Raphael y Heather se despidieron con la promesa de volver a encontrarse, y se subieron a su auto dejándolos a ellos en el que John conducía. August miró a Tess con una sonrisa traviesa.

Qué bello hombre, pensó Tess con una burbujeante alegría sólo por tenerlo en frente. Qué bello. Y no se trataba de su físico, todo lo contrario. Por primera vez, Tess era consciente de la belleza del alma de un hombre.

—¿Hasta qué horas estarán los niños con Georgina? —preguntó él.

—Una hora más, creo.

—¿Me acompañarías?

—¿A dónde? —August no contestó, en cambio miró a John.

—Supongo que no hay problema si en vez de llevarnos a casa te pedimos que nos dejes en otro lado.

—Ningún problema, señor.

—Entonces, vamos a la playa—. Tess no dijo nada, sólo lo miró en silencio y entró al auto cuando él le abrió la puerta.

Un rato a solas con él. Le haría bien, pensó. Ella no era una mojigata.

Finalizaba ya el mes de noviembre, y las brisas se ponían cada vez más frías. Sin embargo, Tess se quitó la bufanda y liberó su cabello, que le caía sólo un poco más abajo de los hombros, y cerró sus ojos escuchando el rumor de las olas al chocar. Estaba frío, y las mejillas se le pusieron rojas casi al instante.

Qué pacífico, pensó con un suspiro. Por primera vez en mucho tiempo sintió que todo estaba bien. Los niños estaban bien, en casa no faltaba nada, tenía unos buenos amigos y familia política que la apreciaban, y estaba aquí, frente al océano Pacífico, en total calma, en paz consigo misma.

Había tenido que dejar ir muchas esperanzas, pero también algunos miedos, para poder conseguirlo. Adam no estaba, no volvería, y aunque en el fondo le dolía, ahora era capaz de aceptarlo. La vida a veces te negaba aquello que más habías soñado, pero entonces te compensaba dándote lo que ni siquiera alcanzaste a imaginar.

Miró hacia el océano aparentemente infinito y dejó salir un hondo suspiro. Estaba dejando ir un sueño, y empoderándose de su realidad. Estaba siendo fuerte y valiente, y conservaría lo que tenía sin pensar más en lo que no pudo ser.

Ahora sentía que la vida ya no le debía nada, ni ella a la vida. Por fin estaban en equilibrio.

—Se te congelarán las mejillas —dijo el hombre que estaba a su lado con voz risueña. Era un poco extraño no poder llamarlo August en su mente, pero imaginó que con el tiempo lo conseguiría. Abrió sus ojos y lo miró con una sonrisa.

—Gracias —le dijo, y él elevó una ceja—. Por... ser un nuevo tú, por volver, supongo. Por no querer seguir alejado. Gracias.

—Nada me habría detenido—. Ella siguió sonriendo y volvió a mirar el mar. Lo sabía, sabía que así hubiese despertado en algún pueblo de Rusia, él habría tomado el camino de vuelta; tener esa seguridad le daba tanta tranquilidad y seguridad que no le cabía en el pecho. Se estaba enamorando, pensó. Él era maravilloso.

—Los niños ya van a volver —mintió, pues le había pedido a Georgina que se quedara una hora más con ellos. Volvió a acomodarse la bufanda y se subió el cuello de la chaqueta para protegerse de la fría brisa—. Es hora de regresar

a casa.

—De acuerdo—. Tess tomó su mano para salir con él de la playa, y pocos minutos después estuvieron de vuelta en casa.

August entró tras ella sintiéndola un poco diferente, más sonriente, más libre.

Le encantaba verla así, ojalá pudiera ver esa sonrisa más seguido; se parecía más a la Tess adolescente, la Tess con muchas menos preocupaciones. En aquel tiempo, su angustia sólo se debía a sus padres, pues se preguntaba por la vida había decidido que no estarían con ella, y ya en últimas, también había aceptado que no le había ido tan mal sin ellos.

—¿Quieres una copa de vino? —ofreció ella luego de quitarse la ropa de abrigo y entrando a la cocina. Él respondió con un asentimiento mientras dejaba su chaqueta y su bufanda en el perchero y la vio sacar dos copas de cristal y una botella de vino de un aparador. Ojeó la etiqueta y se mordió los labios al comprender que era un vino muy barato, si acaso de diez dólares. Pero no dijo nada y lo recibió, chocó suavemente su copa con la de ella en un brindis silencioso y bebió. Tess arrugó su cara.

—Qué horrible —dijo riendo—. Sabe a vinagre —él sólo se echó a reír.

—No lo puedes comparar con el vino que acabamos de tomar en el restaurante, ese era de una excelente cosecha.

—No tengo idea de cosechas ni reservas, pero este vino, definitivamente, no es de uno de esos—. Él volvió a reír, y dejó la copa sobre la encimera de la cocina. Instintivamente, miró su reloj. Los niños no tardaban en llegar, y este minuto a solas se acabaría. Tess seguía hablando acerca de lo malo que era el vino, pero no se alejó cuando él dio un paso hacia ella.

Déjame besarte, le pidió con la mirada. Sólo un instante, déjame adorar tus labios.

Acarició con el dorso de sus dedos su mejilla, sintiéndola tan tersa, y se inclinó suavemente a ella, dándole tiempo de negarse, de alejarse, pero Tess no se alejó, al contrario, se puso en puntas de pie y fue al encuentro de su beso, se pegó a él completamente en un suspiro que lo hizo a él también suspirar.

Cálida y suave, deliciosa, fueron las palabras que acudieron a su mente cuando ella le rodeó el cuello con sus brazos, y cuando su mano bajó a su cintura y ella no se alejó, se atrevió a bajarla un poco más. Le tomó la cadera para acercarla más a él, y Tess soltó un suave gemido en su boca.

—Oh, Tess —susurró él contra su cuello, agitado como si hubiese estado corriendo, ansioso como si llevara años sin una mujer. Y casi que era así, y sin Tess, llevaba toda la vida.

Cuando la sintió intentando sacar su camisa, casi cae de rodillas ante ella, pero lo que hizo fue alzarla abrazando sus caderas, y Tess no dejó de besarlo, profundizando cada vez más en su boca, sacándole la poca cordura que le quedaba. Casi dio tumbos por la sala y el pasillo hasta que al fin halló la puerta de la habitación, y una vez en ella la dejó caer suavemente sobre la cama. Tess le sacó de inmediato la camisa y la camiseta que llevaba debajo y pasó sus manos por su pecho acariciándoselo. Verla así, tan hermosa, tan sexy, tan dispuesta para él, lo terminó de enloquecer, y se restregó suavemente contra ella a través de la ropa.

Tess gimió intensamente al sentirlo, cuando él le sacó la blusa le ayudó facilitándole la tarea, y cuando se deshizo del sostén se dejó admirar todo lo que él quiso. La estaba mirando como si fuera la primera vez... y así era, sonrió. El único hombre con el que había estado era August.

—Eres hermosa —susurró él bajando la cabeza a uno de sus pechos, besándolo, lamiéndolo, y Tess cerró sus ojos sintiendo su lengua áspera y cálida sobre su piel—. Tan bella, mi Tess.

Ella quiso decir algo también, pero nada de lo que le vino a la mente era apropiado, nada sería verdad, así que sólo pudo meter la mano entre los dos para desabrochar su pantalón, bajar suavemente el cierre y meter la mano por dentro de su ropa interior para empuñarlo. Él dejó salir un largo gemido, apoyando su frente entre el valle de sus senos mientras ella lo torturó sólo un poco, acariciándolo de arriba abajo, apretándolo a veces.

Él levantó su cabeza y la miró a los ojos, pero Tess no sintió vergüenza alguna. La época en que se ruborizaba ya había pasado, pensó, y a pesar de tener los ojos de él clavados en los suyos, siguió tocándolo hasta que ya fue imposible para él resistirlo y se alejó para terminar de desnudarla y desnudarse a sí mismo.

—Dios, eres tan perfecta —dijo, y Tess abrió un poco sus ojos sintiéndose un tanto sorprendida. ¿Perfecta ella que había pasado por tres embarazos, tres partos y tres lactancias? No tuvo tiempo para discrepar, pues él bajó su cabeza y empezó a besarla de arriba abajo, empezando por su cuello, bajando suavemente por su clavícula hasta sus pechos nuevamente, y luego hasta su ombligo, su vientre y más abajo. Tampoco tenía las manos quietas, y al tiempo

que la besaba, apretaba aquí, pellizcaba allá, acariciaba y adoraba.

Tess cerró sus ojos sintiendo que esos besos y esas caricias se regaban por todo su cuerpo como magia, llevándola casi al punto de ebullición. Él volvió a moverse para besar ahora su boca, y Tess lo sintió tan cerca de su entrada que decidió hacerse cargo. Ya no podía esperar más, ya no quería esperar más, y lo tomó con su mano y empezó a pasarse la punta por toda su entrada. Él gimió duramente, la llamó, pero ella no prestó atención, y cuando estaba a punto de empalarse en él, la detuvo; le tomó ambas manos apresándolas con la suya por encima de la cabeza mientras con la otra trataba de localizar su pantalón y rebuscaba algo en un bolsillo, y Tess por fin entendió. Habían estado a punto de hacerlo sin el preservativo.

Ella, el mes pasado, se había puesto la inyección, pero mejor prevenir, ya que era el primer mes luego de mucho tiempo. Sonrió porque él, definitivamente, era mucho más precavido que ella.

Lo vio ponérselo y luego sí, otra vez, la acercó a él. Tess elevó sus manos para tocar las ásperas mejillas, y él cerró sus ojos, muy concentrado, a la vez que entraba suavemente en ella. Despacio, despacio, hasta que estuvo totalmente dentro.

Fue un momento de total calma, cálido, húmedo, suave y delicado, tan perfecto, tan adecuado. Tess se sintió un poco estrecha al principio, pero pasados los segundos lo aceptó completamente dentro de ella, y las sensaciones se fueron dispersando desde ese punto de su cuerpo hasta sus extremidades, hasta sus cabellos y sus dedos y la planta de sus pies.

Todo en el mundo, todo a lo largo de su vida, pareció tener un porqué. Ahora mismo, Tess sentía que todo el universo estaba donde tenía que ser. Y él y ella allí eran lo perfecto y lo apropiado. Casi un mandato de Dios.

Un ramalazo de placer lo atravesó a él, porque Tess apretó fuertemente sus músculos interiores y le hizo ver estrellas. Lanzó un bramido y casi quedó sin fuerzas, así que se apoyó en sus antebrazos apresándola a ella en la cama, abrazándola, besándola con fuerza. Pero eso no la distrajo; Tess, de alguna manera, consiguió moverse y quedar encima de él, se inclinó y le buscó la boca para besarlo, y él sus nalgas para amasarlas, sus senos para frotarlos. Ella otra vez apretó y él volvió a gemir, así que le rodeó la cintura con los brazos haciéndole imposible que se moviera, pero no era necesario, porque con sólo apretar dentro de su cuerpo ella lo enloquecía.

No era posible, pensó; no podía ser que ni siquiera se estuviera moviendo y

estuviera a punto de llegar a la cima. La rodeó con más fuerza y empujó duro dentro de ella, y Tess soltó un gemido exquisito, y la sintió sudorosa, hirviendo, y volvió a empujar y ella a apretar y la locura los invadió hasta que juntos gimieron, y se quejaron, y hasta se mordieron. Galoparon juntos y rápido hasta llegar a la plenitud del placer, un lugar allá en el cielo donde todo era blanco, u oscuro, y caliente, lleno del ruidoso eco del éxtasis de ambos, y el reverente silencio de sus almas.

Tess se desparramó sobre él por un largo rato, hundiendo su nariz en su cuello, grabándose este aroma, el aroma de él luego de tener sexo.

Tan delicioso, pensó sintiendo que dentro de ella todavía quedaba un poquito de su orgasmo, así que onduló su cuerpo sobre él, sintiéndolo todavía duro, mientras él todavía tardaba en regresar de su locura. Lo besó, lo mimó, le dijo cosas como lo increíble que era, lo hermoso, lo grande que era esto para ella, lo feliz... Él volvió a besarla, la movió hasta quedar frente a frente los dos en la cama, desnudos, mientras la respiración de ambos volvía a la normalidad, y la realidad los cercaba otra vez.

—Esto ha sido tan...

—¿Increíble? —completó ella, y él meneó su cabeza.

—Rápido, creo.

—Perfecto para mí —admitió Tess—. Ha sido perfecto, más que apropiado. Lo quería, lo necesitaba justo así.

—¿Lo necesitabas? —preguntó él, todavía con su voz agitada.

—Luego de tanto tiempo —aceptó ella—, no creas que estaba para contemplaciones —él se echó a reír, divertido por la manera en que ella admitía estar necesitada de sexo. Bajó la mano por la delgada cintura hasta llegar al muslo deseando prometerle que con él no le volvería a faltar, que en ese sentido también, estaría muy consentida.

—Mi Tess —susurró él—. Tan bonita—. Tess se humedeció los labios y tragó saliva. Nerviosa, se sentía nerviosa, y cuando notó su aprensión, él besó su nariz con ternura—. ¿Qué te asusta, mi amor?

—Quiero... Quiero saber quién eres realmente —él se alejó de inmediato, con todo su cuerpo en tensión, sentándose al otro extremo de la cama, boquiabierto.

—¿Q-qué? —le preguntó—. No... No te entiendo.

—Desde siempre... he sabido que no eres August—. Él la miró estupefacto, con sus ojos y su boca bien abiertos—. No eres August —insistió

Tess ahora con firmeza, sentándose también tan desnuda como estaba y mirándolo a los ojos—. Y no me importa —siguió—, me gustas tú, me encantas tú. Pero... dime quién eres, por favor.

—¿Cómo...?

—August jamás me besó así... —dijo ella con soltura—. Jamás... me hizo el amor así, con tanta... Y tampoco hablas como él, no te mueves como él... Ni siquiera hueles como él. Lo supe desde el principio, desde la primera vez que viniste aquí y me ayudaste a acostar a los niños. No eres August; estás en su cuerpo, pero no eres él. ¿Quién eres?

Él abrió su boca como si fuera a decir algo, pero no lo hizo, y Tess se le acercó y le tomó el rostro entre sus manos.

—No pasa nada —susurró—. Yo lo entiendo. No estoy enfadada. He tenido... dos meses para digerirlo, para aceptarlo. Sólo quiero saber qué nombre ponerte cuando me vuelvas a hacer el amor, cómo llamarte en mis pensamientos.

Él sólo pudo mirarla en silencio. Tess se había dado cuenta. ¡Se había dado cuenta! Y ahora, ¿qué iba a hacer? No podía decirle quién era, abrió su boca para intentarlo, ¡y otra vez no salió nada! ¿Qué iba a hacer?

—Yo... Por favor...

—Sólo dime que es verdad lo que digo.

—Tess...

—No me mientas, no me ocultes más la verdad. Entiendo que pensaras que yo no te creería, que pensaría que es una locura, pero mírame: lo entiendo. Los milagros existen, yo lo sé. Por favor. No eres August, ¿verdad? No lo eres. ¡No eres él! —August trató de calmarse, respiró hondo varias veces con sus ojos cerrados, y luego probó a decir.

—Tienes razón—. Las palabras sí salieron, y eso lo desconcertó un poco—. Tienes razón en todo—. Tess se cubrió la boca llena de llanto, aunque de ella no salió ni un sollozo, y las lágrimas empezaron a salir de sus ojos—. Él murió, Tess.

—Me... me lo imaginé. Yo sólo... ¿Quién eres tú? —él guardó silencio otra vez—. ¿No lo puedes decir? ¿Por qué? ¿Por qué te impiden que me digas? —August sólo cerró sus ojos—. ¿Me conocías de antes? —él asintió— ¿Qué tanto?

—Mucho.

—¿Y me amabas?



—Con todo mi ser.

—¿Y qué pasó? —August sonrió con tristeza, con sus labios sellados—. Te he hecho sufrir, ¿verdad? —susurró ella con sus ojos llenos de lágrimas—. Culpándote y haciéndote pagar por los errores de August, te lo he hecho pasar mal.

—Ya sabía que sería así. No te preocupes—. Ella lo miró entonces, con sus ojos anegados en lágrimas mientras él recuperaba su serenidad—. Sin embargo... me sorprende que hayas sido capaz de imaginar algo así.

—Sólo quiero saber quién eres.

—Tess...

—Sólo eso —lloró Tess, y él la acercó a su cuerpo para abrazarla. También deseaba llorar porque no encontraba la forma de decírselo; cualquier camino que tomaba para siquiera dárselo a entender, se traducía en silencio. Era incapaz de hablarle de sí mismo, de darle pistas para que ella sola llegara a la conclusión.

—Gracias por aceptarme. Por no rechazarme.

—Eres hermoso —susurró ella con su cabeza apoyada en su hombro—. ¿Cómo iba a rechazarte? Hiciste por mí y por mis hijos lo que su verdadero padre jamás fue capaz. Veo en ti un alma pura y buena, y me entiendes; contigo puedo hablar, reír, o quedarme en silencio... Eres como... mi sueño hecho realidad. Me encantas.

—¿Puedo usar ese “me encantas” como un te amo? —Tess sonrió aún con sus ojos llorosos.

—Sí —dijo al fin, y él la volvió a besar, suavemente, y poco a poco Tess se volvió a poner sobre él—. Y definitivamente... siguió ella con la voz llena de picardía— nos entendemos muy bien en la cama —él sonrió, y ella volvió a besarlo, apropiándose de esa boca como si perder un minuto fuera a ser un crimen.

—Te amo —le dijo él—. Te amo tanto—. Tess suspiró sintiendo la misma alegría efervescente de antes, y volvió a rodearlo con sus brazos, a besarlo y mimarlo, porque esto era lo que él le inspiraba: ternura, una infinita ternura. Y deseo, y alegría, y confianza.

Ella lo estaba amando también, pensó; aun sin saber quién era. Sin embargo, sabía de él lo necesario como para confiar en él, como para amarlo.

Y entonces se dio cuenta de la hora y voló de la cama.

—Los niños ya vienen —dijo mientras, apurada, se vestía. August sonrió

saliendo también de la cama y encaminándose al baño—. ¡Ya deben estar por llegar! Imagino que tendrán hambre, y...

—No creo que Georgina los envíe sin antes darles una merienda.

—No, seguro que no —respondió ella sin pensar mucho en lo extraño que era que él hablase de Georgina con tanta familiaridad.

Tan pronto como Tess salió a la sala calzándose un zapato, llegaron los niños a la casa con todo su ruido. Nicolle estaba llorando por alguna razón que sólo un niño de tres años entendería. La recibió de brazos de la chica del servicio que los había traído, pero Nicolle siguió berreando y berreando. Kyle lo primero que hizo fue preguntar por su papá, y cuando Tess le dijo que estaba en la habitación, corrió allá para saludarlo; Rori empezó a darle un pormenor de todo lo que habían hecho durante ese rato en casa de Colin, el bebé de Georgina y Phillip.

Nicolle se bajó de sus brazos y empezó a llamar a su papá, como si en vez de estar en su sala, estuviese en un vasto desierto, abandonada a su suerte.

—¡Papá! —lloraba, y August salió de la habitación con Kyle, le extendió a Nicolle los brazos y la alzó para apoyarla en su hombro. Instantáneamente Nicolle se quedó callada.

—Es magia —sonrió August mirándola con picardía, y Tess se puso ambas manos en la cintura sonriendo y negando. August entró a la habitación principal con la bebé cantándole algo y desaparecieron.

—A todos les dice papá —se quejó Kyle, y Tess lo miró un poco confundida, pues eso no era cierto; por el contrario, Nicolle no se daba con nadie—. Esa vez que trajiste un novio, también a él le dijo papá—. Tess sacudió su cabeza.

—¿Cuándo traje yo un novio? Nunca he traído uno.

—Ay, claro que sí —dijo Kyle blanqueando sus ojos—. Era de pelo negro, y vino bien vestido. Apenas Nicky lo vio, gritó: ¡papá! ¡papá!

—¿Pelo negro... bien vestido?

—Tú te pusiste un vestido bonito y te fuiste con él —insistió Kyle en tono de reproche, y sin agregar nada más, se fue a la cocina a ver qué pescaba dentro de la nevera. Tess se quedó allí, en silencio, recordando, haciendo memoria.

La única vez que alguien así entró en la casa fue cuando salió... con Adam, recordó. Esa cita nefasta con él, que ella misma echó a perder. Recordó que cuando salió de la habitación con su vestido a medio poner, él tenía a Nicolle

alzada en sus brazos.

¿Nicolle le había llamado papá?

Y esa manera que tenía él de calmarla, le recordaba mucho al efecto de Sam sobre ella. Era la misma situación...

Caminó con paso resuelto hasta su habitación, y vio a través de la puerta entreabierta a August con Nicolle en sus brazos; tenía algo en las manos, algo pequeño, y lo manipulaba. La cajita musical.

*È triste il mio cuor senza di te*

*Che sei lontana e più non pensi a me.*

*Dimmi perché...*

Entró en silencio, lo miró a los ojos, unos ojos invadidos de la sorpresa, y tal vez, un poco de temor... Y de repente, todo, al fin, estuvo claro para Tess.

Él parecía impresionado por algo. Por la caja, tal vez, porque lo que siempre había significado; luego de entregársela en aquel parque, ella lo había recordado al fin.

Tess tragó saliva, y sus ojos de inmediato picaron por las lágrimas.

Por supuesto, ¿quién podía ser él, sino Adam? No se lo había dicho no porque no quisiera, sino porque no podía, no se lo permitían. Sus modales, su forma de hablar, el amor hacia ella y los niños, el empeño para trabajar y salir adelante... Todo eso gritaba Adam, Adam, Adam... Y ella no había sido capaz de verlo sino hasta ahora, ahora que por fin podía asociar todo, ahora que al fin tenía completo el rompecabezas.

“He esperado toda mi vida por eso”, era una frase perfectamente comprensible ahora, y ya sabía por qué “Dime, ¿por qué haces sufrir esta alma que te ama?” le sonaba tan familiar.

Tragó saliva sintiendo inmediatamente ese nudo en la garganta, y él debía estar igual, porque la miraba en silencio sin poder decir nada. Las lágrimas parecieron inundar la visión de Tess, y dio un paso hacia él, sólo uno, porque... tal vez, si daba otro, él iba a desaparecer.

—¿Adam? —susurró ella con voz trémula, llena de temor, y él abrió su boca para decir algo, aún con Nicolle en sus brazos y con la suave música de notas simples llenando la habitación, pero él se quedó en silencio, y Tess entendió—. No lo puedes decir, ¿verdad?

—Me impidieron... revelar el secreto.

—¿Qué secreto, mi amor?

—Yo... Tess...

—¿Sí? —ella estaba ahora frente a él, y Adam, su Adam, cerró sus ojos con fuerza.

—Lo siento —susurró él con voz quebrada—. Siento... haberme ido así.

—Oh, mi amor —dijo ella abrazándolo, abrazándolo con toda su fuerza.

—Te busqué —siguió él—, por años te busqué.

—Lo sé.

—Nunca te olvidé.

—Lo sé, mi amor. Lo sé.

—Pero desapareciste, y... me olvidaste.

—Lo siento tanto.

—Te extrañé tanto.

—Y yo a ti—. Él la besó, con fuerza, entre lágrimas que corrían presurosas, entre nudos en la garganta y sollozos reprimidos. Los dos se abrazaron fuertemente, atrapando a Nicolle entre los dos, llorando, riendo, felices y quebrantados— Te pusieron aquí —susurró ella aún apresada por él—, justo aquí. No me importa nada más—. Él guardó silencio sin saber qué decir, pero Tess no se detuvo—. Te devolvieron a mí —siguió—. Fue mi deseo, y me lo cumplieron. Has vuelto a mí.

Se estuvieron allí largo rato, abrazados, diciéndose cosas. Secándose las lágrimas que volvían a salir como si nada, y a besarse, a reencontrarse de verdad.

Siempre había sentido que Dios tenía una deuda con ambos, y aquí, ahora, y para siempre, esa deuda estaba saldada.

—En algún momento tendrá que dormirse —dijo Adam con voz risueña mirando a Tess a los ojos y refiriéndose a Kyle, que jugaba con su celular sentado a su lado en el sofá.

Adam, pensó Tess suspirando, era Adam. Delante de los niños tenía que llamarlo August, y no lo soportaba, necesitaba llamarlo Adam para hacer esto más real, pero... ¿Cómo se lo iba a explicar a sus hijos, a Beth y a Henry?

Pasó sus dedos por su oreja mirándolo fijamente, lamentando no poder estar más cerca, aunque casi estaba encima de él en el sofá. Había sido tremendamente difícil soltarlo esta tarde en la habitación, cuando apenas descubriera quién era, pero entonces Kyle la llamó por algo, y Rori también, y Nicolle exigió atención, etc. Por primera vez en su vida pensó que tenía demasiados hijos.

De todos modos, no había podido concentrarse en nada, sólo podía mirarlo y mirarlo, y mientras más lo miraba, más la rebosaba esa sensación de felicidad, pues no era cualquier regalo el que le habían dado: le habían regresado de la muerte al amor de su vida.

¡Y tenían tanto de qué hablar! Pero Kyle no se dormía, y ya eran las ocho de la noche.

Adam movió su mano y la puso sobre el muslo de ella, que estaba casi sobre el muslo de él, y la miró con una sonrisa.

—No me mires así.

—¿Y cómo quieres que te mire?

—No me estás mirando a mí, de todos modos —dijo él con un suspiro—. Estás mirando... a tu ex —siguió él con un tono de voz más bajo, para que Kyle no escuchara. Tess enderezó su espalda alejándose un poco y mirándolo ceñuda.

—¿Estás celoso de tu cuerpo?

—No es mi cuerpo.

—¿Y de quién, entonces?

—Tess...

—¿Has llevado ese peso contigo todos estos meses? —él tragó saliva y miró la televisión encendida, pero totalmente ignorada. Tess le tomó la barbilla y le hizo mirarla—. ¿Crees que cuando te veo a ti, veo a August? —susurró, y Adam bajó la mirada en respuesta.

Muchas palabras se le vinieron de golpe a Tess, todas queriendo salir al tiempo, y tuvo que tomarse un minuto entero para ponerlas en orden.

—Cuando me enamoré de ti —empezó—, allá, cuando éramos adolescentes... no me enamoré de tu cara, tu pelo, o tu estatura. Me enamoré de tu corazón... y eso es lo que veo ahora cuando te miro: tu alma, tu corazón. Si te hubiesen metido en el cuerpo de un anciano, también allí te amaría —él sonrió—. Tú no eres el cuerpo que habitas, eres tus pensamientos y tus acciones, eso es lo que uno recuerda de la gente cuando se va. De no ser así, ahora mismo sentiría repugnancia por ti, porque... el anterior habitante, era un maldito—. Él cerró sus ojos, como si no terminara de convencerse, y Tess apoyó su mano en su mejilla y se acercó más a él—. No voy a negar que este cuerpo es atractivo... pero ahora lo es mucho más porque tú estás allí. Cuando te miro, no es para deleitar mis ojos solamente, sino para hacerte saber que te extraño cuando te alejas tan sólo un metro de mí. Si te toco... no es sólo para satisfacer mis ganas, es para hacerte saber que te adoro, y no me puedo conformar con sólo mirarte... Y si te beso... es porque el amor se me desbordó del alma, y se me hace urgente hacértelo saber—. Adam siguió con sus ojos cerrados, pero ahora con una expresión de dolor.

Tragó saliva y sintió el beso de Tess, suave y cálido, en su mejilla, y elevó su mano para acercarla más. Ella estaba sanando muchas heridas, sus palabras eran como un bálsamo, y guardó silencio, porque necesitaba más.

—Yo sólo estoy contenta de que hayas vuelto con un cuerpo tangible —susurró ella—. Así puedo codiciarte—. Eso lo hizo reír—. Que hayas vuelto en August es más un premio para los niños que cualquier otra cosa, porque les simplifica la tarea de entender que tienen un papá que los ama y ve por ellos.

—También ellos son un premio para mí. He conseguido su amor más fácilmente, con menos condiciones.

—Y eres más guapo ahora —sonrió ella mirándolo como si eso aún le extrañara. Metió la mano debajo de su camiseta y palpó su abdomen, ahora plano—. Te alimentas y te cuidas mejor, haces ejercicio, y eso es más tú que cualquier otra cosa en el mundo—. Adam sonrió sintiendo su mano inquieta por todo su pecho y abdomen, sus manos cálidas no sólo lo palpaban, sino que lo acariciaban y lo despertaban.

—Kyle, a la cama —dijo Adam con tono serio, y el niño lo miró terriblemente desilusionado de la vida.

—Pero, por qué...

—Porque ya es tarde, y los niños deben dormir diez horas. Vamos... — Kyle miró a Tess por si acaso ella tenía una contraorden, pero no fue así, y le tocó ponerse en pie. Arrastrando los pies, llegó hasta su habitación y cerró la puerta tras él.

Tess miró a Adam con una sonrisa llena de picardía, y cuando él intentó acercarse para besarla, ella le puso la mano en la boca para evitarlo. Al instante, Kyle volvió a asomarse por la puerta llamando a su papá.

—Te falta experiencia, cariño —se burló ella, y Adam dejó salir el aire.

—¿Qué querrá?

—Estuvo sin su papá tres años, te extraña, quiere que lo vayas a arrullar... pero jamás te lo dirá así.

—De acuerdo —suspiró él levantándose del sofá, y Tess se quedó allí mirando hacia la habitación. Lo esperó lo que pareció ser una eternidad, y Adam al fin salió de la habitación de los niños para unirse a ella casi corriendo. Tess, sin pérdida de tiempo, se movió y se puso encima de Adam. Él se echó a reír.

—¿Ya se durmió? —le preguntó ella casi con afán.

—Profundo. Debí mandarlo a dormir hace una hora.

—Ya vas aprendiendo—. Él volvió a reír, y aceptó los besos de Tess, y sus caricias.

Lo besaba por él, no sólo por ella, se repitió en la mente. Lo tocaba para demostrarle su amor, no sólo por saciar sus ganas. Este cuerpo, aunque había sido de August, ahora le pertenecía. Cuando ella creyó que era el ex marido que la había abandonado, a duras penas si lo miró, y ahora, no podía tener las manos alejadas de él.

Tess era capaz de amar el alma sin tener en cuenta el envase en que esta iba. Muy pocas personas eran realmente capaces de algo así, y por eso ella era increíble.

Respondió a sus besos sintiendo cómo, poco a poco, ese peso se iba desvaneciendo de su alma.

Le sacó la blusa por la cabeza preguntándose si él hubiese sido capaz de algo así. Si acaso le arrebataban a Tess y enviaban su alma al cuerpo de Christen... Se detuvo de repente y la miró algo espantado, pero Tess estaba muy ocupada sacándole la camiseta a él como para notarlo. Sería traumático, pensó. Todas las razones de su posible rechazo en una situación así le invadieron la mente. Christen era una perra, le había sido infiel, se había

embarazado de otro, lo había dejado en ridículo ante todo el mundo...

Seguro que Tess, en el cuerpo de Christen, lo habría mirado con amor, y entonces él, inevitablemente se habría enamorado también de esos ojos, por muy insípidos que le parecieran ahora.

Se echó a reír, ahí, él solo en el sofá con Tess encima de él y trabajando laboriosamente para sacarle el pantalón. Ella se detuvo en su tarea para mirarlo un poco extrañada, y él sacudió su cabeza negando, y empezó a trabajar también laboriosamente para sacarle el pantalón a ella.

Cuando logró sacarle también el panti, la movió poniéndola de espaldas y se ubicó encima de ella. Ooh, todavía tenían tanto que hablar, tantas cosas que contarse, pero esto era igual de urgente e importante. Cada día, cada año, cada década que no estuvo con ella se juntaron todas en una sola y costosa factura, así que se inclinó a ella y la besó, la besó hasta lo hondo, succionándola, mordiéndola, bebiéndosela...

Cuando se alejó al fin, ella estaba sin aire, con los miembros laxos y una mirada lánguida de alguien a quien le han sorbido toda la energía, y eso le hizo sonreír. Así, justo así, la quería.

Le separó las piernas tomando uno de sus muslos y elevándolos para tener mejor acceso, y entonces entró en ella, no suave, ni despacio, sino duro y rápido. Ella estaba resbaladiza y caliente, pero nada pareció prepararla para ese embate, ya que dejó salir un largo gemido y alzó sus brazos para abrazarlo, o agarrarse, porque con cada investida parecía querer salir disparada del sofá. Él atacó rápido, duro, y cuando ella ya se estaba elevando para disfrutar de su orgasmo, salió de su cuerpo y la movió poniéndola boca abajo. Tess lloró terriblemente frustrada, lo buscó con su mano, pero tenía poco espacio para moverse allí en el sofá.

—Paciencia, chiquita —susurró él en su oído, y su aliento terminó de enervar a Tess, que ni siquiera fue capaz de protestar.

No se podía estar quieta, todo su cuerpo en tensión, así que, cuando lo sintió entrar de nuevo, lloró, de alivio, de placer, no supo, pero lloró. Era tan sublime...

No tardó mucho en volver a subir a la cima. Adam la penetraba desde atrás y llegaba hasta el límite mismo de su cuerpo, hacía movimientos que la enloquecían, despertando sensaciones casi imposibles de soportar.

Oh, qué delicia, qué fuerte, qué increíble.

Ya luego no fue capaz siquiera de coordinar una idea en su cabeza, y estalló



en el más duro orgasmo que jamás hubiese tenido. Enterró su cara en el cojín del sofá y allí ahogó el largo grito que soltó, empapada en sudor, sintiendo dentro de ella que él temblaba y llegaba al mismo lugar.

Adam se puso en pie, la tomó en sus brazos y la llevó a la habitación, Tess lo abrazó y lo besó, y cuando estuvieron de nuevo en la cama, siguieron besándose, diciéndose cosas, hasta que los minutos pasaron y el cuerpo y el alma volvieron a la calma.

Todo estaba en silencio, y Adam, recostado sobre las almohadas, no dejaba de tocar a Tess. Sus manos, su brazo, su hombro. Toda ella era suavcita, y bonita, digna de tocar.

Tenía una pregunta atascada en la boca, algo que siempre se había preguntado. Al final, ya no pudo soportarlo más, y habló.

—¿Tess, por qué me olvidaste? —Tess se quedó totalmente quieta, dejó salir el aire y se sentó en la cama mirándolo—. Me olvidaste completamente —siguió él—. En aquella fiesta, no me reconociste, me miraste como a un extraño. Y luego... cada vez que volvía a hablarte, era como si me vieras por primera vez. Y olvidaste la cita. ¿Por qué, Tess? —Tess bajó la mirada, y él siguió—. Es como si me hubieses arrancado de tu mente, como si tu tiempo conmigo, en mi casa, hubiese sido tan traumático que, como defensa, tu cerebro lo borró... Pero no fue traumático, fue bonito... al menos desde mi punto de vista, Tess.

—Yo... no lo sé, Adam—. Él meneó su cabeza negando, como si esa respuesta no le gustara nada—. Creo que los mismos seres que te hicieron a ti esto —dijo, señalando todo su cuerpo— te borraron de mis recuerdos... y me hicieron incapaz de retenerte luego de que te volví a ver.

—¿Con qué propósito?

—Todo volvió a mí cuando... me entregaste la cajita y... sufriste ese horrible accidente—. Adam frunció el ceño como si analizara esos datos—. Volvió de repente, pero tú... moriste—. Ella se movió y tomó de la mesa del nochero la cajita, le dio cuerda y ésta empezó a sonar. Vio a Adam cerrar sus ojos como si sintiera dolor, y Tess tragó saliva—. Antes recordaba mi vida muy vacía —siguió ella—. Recordaba sólo haber trabajado en una casa de ricos como sirvienta, con mi abuela, y que nos habíamos cansado de lavar baños y decidimos irnos a Los Ángeles... porque lavar baños en hoteles era más digno que lavar baños en una casa de ricos —rió con sarcasmo—. Y

entonces me propuse ir a la universidad, y lo conseguí... entré a una estatal y... Mi abuela murió, y me quedé completamente sola. En mi alma había un vacío, ahora lo entiendo. Había un vacío terrible, y... cuando llegó August, con todo su ruido, su alegría y sus sueños... Fui tan tonta, y quería tanto ser parte de algo, de una familia, que lo acepté en mi vida... y quedé embarazada de Kyle, y luego de Rori, y empezó la pesadilla... pesadilla que sólo se hizo más horrible cuando me embaracé de Nicolle—. Tess respiró profundo. Miró la caja musical y se secó una lágrima de los ojos—. Pero ahora tengo todos mis recuerdos, Adam...

—Dime entonces qué pasó. Por qué te fuiste. Se suponía que yo volvería siempre en vacaciones, y nos veríamos...

—La última esposa de tu papá se puso imposible —le contó Tess—. Maltrataba mucho a mi abuela, que ya era una anciana, y le costaba un poco hacer todo igual de rápido que antes. Un día la insultó delante de mí, la gritó, y no lo pude soportar, así que le reclamé. Dijo cosas tan horribles, como que... yo sólo quería apoderarme de la casa, meterme en tu cama, y me dijo tantas cosas feas. Mi abuela decidió que era lo último que soportaba, y decidió irse.

—Esa bruja...

—Yo no quería irme —siguió Tess—. Me habría aguantado todo, los insultos y los maltratos por ti, porque sabía que ibas a volver, y necesitaba verte.

—Pero no me contaste nada de eso.

—¿Qué podías hacer tú desde lejos?

—¡Ponerla en su lugar!

—¡Yo sólo era una sirvienta, Adam! Y creí... hasta último momento creí que las cosas se solucionarían... Hasta me dije: ahorita se divorcian y se van, somos más permanentes nosotras que ella... Pero mi abuela, luego de tener una conversación con tu papá, decidió irse, y como tenía mi custodia, no tuve más remedio que seguirla, y en Los Ángeles, decidí que estudiaría... por ti. ¡Por ti!, para estar a tu altura cuando volvieras, para que nadie te avergonzara por estar con la del servicio... y en algún momento, entre que entraba a la universidad y conocía a August... ya no te recordé más. Lo siento tanto... —Él se levantó de las almohadas y la abrazó apoyándola en su hombro. Tess cerró sus ojos y lloró allí de nuevo.

—Me extraña que papá las haya dejado ir... Cuando volví, y no te encontré, le reclamé... y él sólo me dijo que ustedes habían decidido irse, que

había intentado convencerlas de quedarse y no lo había conseguido. ¿Qué pasó entre tu abuela y él? ¿De qué hablaron?

—Nunca lo supe.

—Papá no se oponía a que fuéramos amigos. Nunca vio en ti una amenaza, y sabía que éramos amigos... que eras importante para mí—. Tess guardó silencio, y Adam sólo suspiró—. Cada vez entiendo menos todo esto. Yo... me sentí tan triste, Tess... cuando regresé a casa y no te vi. Llevabas tiempo sin contestar mis llamadas, o correos... Desapareciste simplemente.

—No fue mi intención, Adam...

—En cuanto pude, empecé a buscarte... Contraté personas para que te encontrarán, y ellos empezaron a indagar. Sólo obtuve una pista real una vez... de un sitio en el que las dos trabajaron. Fui hasta allí... pero ya no estaban, no habían vuelto a trabajar al lugar—. Tess frunció levemente el ceño—. Pensé que ya no te importaba seguir con... lo que fuera que estábamos empezando —siguió él—. Que no estabas tan involucrada como yo... y el tiempo se pasó. Yo quedé... tan vacío... El cascarón ambulante de un hombre, y entonces Christen apareció, y yo no luché contra eso, simplemente me dejé llevar, y me casé, y fracasé, y luego... Creo que me sentía muy amargado...

—Y estuviste con muchas mujeres —comentó ella elevando una ceja. Adam la miró sin expresión alguna en su rostro.

—¿Qué hubiera pasado si no me hubieses olvidado? —preguntó, y Tess se enderezó mirándolo fijamente a los ojos.

—Te habría esperado... me habría graduado... y tal vez hoy estaríamos casados y con... —cuando ella se quedó callada, Adam sonrió. Ella ya sabía que él no habría podido darle hijos.

—¿Quién te lo dijo? Que no podía tener hijos.

—Felicity.

—Ah...

—Me habló de ti, de... Christen... —Adam agitó su cabeza en un asentimiento.

—Estuve casado con ella un año. Y cuando se enteró de que no podría tener hijos conmigo, tuvo una aventura con uno de mis amigos, y se embarazó de él. Luego, como si no importara, simplemente me pidió el divorcio. Se lo di sin problemas... pero no le di ni un dólar de mi dinero, a pesar de que esa era su intención, quitarme la mitad.

—¿Quitarte la mitad?

—Ha visto demasiada televisión, supongo—. Tess sonrió.

—Parece que también sufriste el estigma de un mal cónyuge —él se recostó de nuevo en las almohadas y entrecerró sus ojos.

—Qué curioso... August te dejó porque le diste demasiados hijos, y Christen me dejó a mí porque no le di ninguno—. Tess se recostó de nuevo en su pecho riendo aún, con la cajita en las manos y dándole cuerda otra vez para que siguiera sonando.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó, y Adam le besó el cabello meditando en la respuesta.

—Que estamos hechos el uno para el otro, de todos modos.

—¿Aun con todo lo que nos pasó? —él guardó silencio por un largo rato, y Tess tuvo que mover su cabeza para mirarlo y llamar su atención.

—Tal vez gracias a todo lo que pasó. Ya te amaba, pero el paso de los años hizo evidente que yo necesitaba a alguien como tú... Y tal vez... tú necesitabas a alguien como yo—. Tess no dejó de sonreír, y él se movió para besarle los labios—. No entiendo qué propósito tenía Dios desde el principio, pero creo que soy capaz de entender algunas cosas. Es como si... todo el camino hasta aquí hubiese sido trazado a propósito... con una mano algo tosca, pero trazado, al fin y al cabo.

—Sí, es verdad.

—Me dijiste que... habías pedido que yo volviera. ¿Es verdad? ¿Pediste ese deseo?

—En tu funeral, en tu casa. Volví a ver a Greg y a Felicity, me hablaban de ti, de tu vida, y... En un momento me sentí tan, tan mal... que le reclamé a Dios y al cielo, y... les exigí que te trajeran de vuelta. Una voz me preguntó si quería que volvieras tú o August, y creo que entré en shock... no pude contestar.

—En el futuro, haz tus reclamos con más previsión. Te devolvieron a los dos... o a la mitad de cada uno.

—Pero estoy feliz con el resultado —dijo ella abrazando su pecho y suspirando—. Estoy más que feliz... sin ganas de reclamar nada.

—Pero si yo fuera Adam Ellington... podría darte una mejor vida.

—Entonces debes comprender que tu dinero nunca me importó. Contigo, con tu cerebro, tu amor, y tus talentos... tengo más que suficiente—. Él sonrió suspirando. Cada vez lo aceptaba más. Era verdad, si a ella no le importaba perder la fortuna de Adam Ellington, y aceptaba a este pobretón sólo porque

era él, estaba bien. Si ella era capaz de mirar más allá de su rostro y ver su alma, entonces era perfecto.

—Es increíble que lo hayas descubierto tan pronto.

—No es tan increíble. Habría sido muy tonta si no me doy cuenta de una vez que no eras mi ex. Viví con él mucho tiempo y conocía todas sus manías, sus gestos...

—Pero aceptar que hubo un acontecimiento tan... sobrenatural...

—No eres el único que conozco que ha sufrido un... cambio de almas... o de cuerpos, no sé.

—¿Conoces a alguien que ya pasó por lo mismo? —preguntó el bastante sorprendido, y Tess asintió—. ¿A quién?

—A Heather Calahan, cielo —Adam la miró ceñudo largo rato, recopilando todo lo que sabía acerca de ella. Era una chica disoluta, con muy mala reputación, pero con unos padres con renombre y buena posición social, que fue comprometida con Raphael Branagan, un nuevo rico que necesitaba posicionarse... Y de pronto, esa joven había cambiado y se preocupaba por los niños con cáncer, era prácticamente un dechado de virtudes, amada por ancianos, y que se desvivía por su familia.

—¿Heather? —Tess se echó a reír al ver su asombro.

—En ella está Samantha, mi vieja amiga Samantha... Era vecina mía cuando vivíamos en un viejo edificio de apartamentos. Su cuerpo murió a los ochenta años... pero fue tan buena, que Dios quiso darle una oportunidad, una segunda oportunidad—. Adam sonrió en silencio, pensando en que él no había sido alguien tan bueno, ni tan sobresaliente... —Lo que no entiendo —siguió Tess cambiando un poco el tono de su voz— Es por qué tú no me pudiste decir quién eras. Me dijiste que te lo impidieron —Adam simplemente hizo un asentimiento—. Sam sí me lo pudo decir.

—Qué afortunada—. Tess recordó entonces aquel día, cuando Sam, convertida en una hermosa pelirroja, llegó a su puerta y le cantó aquella nana a Nicolle, tranquilizándola inmediatamente.

—No... —corrigió Tess—. Samantha tampoco me lo dijo. Fui yo quien lo descubrió. Yo la llamé por su nombre casi al verla...

—Y yo no pude hablarte de mí y mis cosas sino hasta que tú pronunciaste mi nombre —razonó Adam—. ¿Crees que eso tenga algo que ver? ¿Que tú hayas tenido que descubrirlo por tu cuenta primero?

—Tal vez.

—¿Es algo en ti? —preguntó Adam con su mirada escrutadora—. ¿Provocas esto en los que te rodean?

—¡No lo creo! —rio ella.

—Pero mira, primero tu amiga, luego yo... Es como ver caer un rayo dos veces en el mismo lugar —en el momento, la música dejó de sonar. Tess y Adam se miraron fijamente y en silencio por lo que pareció un minuto entero, como si trataran de descifrar el enigma más grande del universo.

—Dios no consulta para hacer las cosas —dijo Tess sacudiendo su cabeza—. Y dudo mucho que yo tenga algo tan especial que provoque algo así en los que me rodean... Sólo soy yo... Tess.

—No lo sé. Todo es tan exageradamente extraño...

—Pero no nos pongamos a cuestionar las razones de Dios —interrumpió ella recostándose de nuevo sobre él y besándole el pecho—. Dejemos eso quietecito, que así estamos bien —Adam se echó a reír, y acarició su rostro echando atrás su cabello oscuro. Ambos habían estado desnudos todo este rato, hablando, y tenían tantas cosas que decirse, que contarse aún...

—Te amo, ¿sabes?

—Yo también te amo, Adam —él sonrió y respiró profundo.

—Desde ahora, llámame August.

—No —se quejó ella estirando sus labios como si fuera una niña pequeña a la que le dicen que, después de todo, no tendrá su barbie. Adam volvió a sonreír.

—Por los niños, por mis padres... por la normalidad de las cosas... Mi huella y mis documentos dicen que soy August Warden. No es algo muy digno, tu ex hizo muchas estupideces y me costó tres meses en prisión, pero...

—Lo siento tanto.

—No, tú no tienes que disculparte.

—Pero es que lo has pasado tan mal por su culpa.

—Ni la mitad de lo mal que lo pasaste tú. Pero él ya no está, y nunca volverá... A menos que Dios también haya decidido ponerlo en el cuerpo de alguien más, y entonces, Tess, ten la seguridad de que lo último que ese hombre querrá será volver aquí.

—No pensaba hacerlo, ¿verdad?

—Se llamaba Michael Moore, traficaba con documentos falsos, mantenía en bares de mala muerte, se relacionaba con chulos y putas... No, de tener una segunda oportunidad, sólo buscaría la manera de sacar provecho, hacer

dinero...

—Al menos me alivia que no volverá en tu cuerpo, ese lleva casi un año enterrado—. Adam se quedó en silencio, y Tess se mordió los labios—. No fui muy sutil, ¿verdad?

—Es un poco chocante pensar en mi cuerpo siendo comido por los gusanos.

—Además que era un cuerpo tan hermoso. A mí me encantaba—. Él volvió a sonreír.

—Me esforzaré por tener el mismo físico... Casi no tengo tiempo para ir a correr y ejercitarme...

—¡No te estoy reclamando nada! —exclamó ella sentándose en su regazo y riendo.

—Sólo quiero tener mejor resistencia para tu apetito sexual —Tess no lo pudo resistir y soltó la carcajada, y él rio también, y siguieron haciéndose bromas, robándose besos, hablando, planeando, contándose mil cosas más.

Toda la casa estaba en silencio, los niños dormidos, Rori y Nicolle compartían una cama, Kyle estaba en la suya, y la luna brillaba entre nubes y claros. Mientras, ellos, desnudos y en la cama, se ponían al día, en compensación por todos los años que no estuvieron juntos.

Esa mañana de domingo fue un poco más tranquila que de costumbre. Kyle despertó primero y se fue a la cocina. Allí encontró a su papá luciendo solamente un pantalón y exprimiendo naranjas.

Abrió grande sus ojos. ¿Papá había dormido aquí?, se preguntó. ¿Qué significaba esto? ¿Significaba que volvería para siempre? ¿Qué decía mamá de esto?

—Madrugaste —comentó su papá, y Kyle se acercó a él, y lo abrazó, aunque sólo alcanzaba a rodear su cintura con sus bracitos—. ¿Está todo bien?

—¿Te vas a venir a vivir aquí? —le preguntó, y él sonrió.

—Claro que sí. Nada hará que me vaya.

—¿Mamá está de acuerdo? —él hizo una mueca como si meditara en la respuesta.

—La última vez que le pregunté, dijo que sí.

—¡Qué genial! —exclamó el niño, y de repente recordó que tenía que hacer pis y salió corriendo al baño. August lo miró sonriendo y meneó su cabeza volviendo a concentrarse en su jugo de naranja.

Al rato despertaron las niñas, y por último Tess, que mostraba no haber dormido mucho la noche anterior. Culpa suya, pensó con una sonrisa. August se puso una camiseta para sentarse a desayunar, y Nicolle de inmediato reclamó el asiento al lado suyo. Era bastante posesiva esta chiquilla, pensó con una sonrisa.

—¿Podemos ir al parque? —pidió Kyle con su boca llena de comida. Al instante, el corazón de Tess se aceleró.

—No lo creo —respondió.

—¿Por qué no? —le preguntó August en un susurro.

—Está... muy frío. Parece que va a llover—. August miró por la ventana, viendo que no era cierto, y observó a Tess un poco desconcertado—. Además... Seguro que regresan todos sucios, y... Es mejor que nos quedemos aquí, que veamos una película...

—Tess, ¿estás bien?

—Claro que estoy bien —los niños empezaron a protestar por su negativa de ir al parque, y él le tomó la mano y la levantó de la mesa conduciéndola hasta la cocina. Se empezó a preocupar cuando la vio nerviosa, casi asustada.

—No estás nada bien. Dime, ¿por qué no quieres que vaya al parque con



los niños?

—Adam...

—August —la corrigió él con un susurro—. Dime August— Ella no hizo caso, sólo agitó su cabeza negando.

—La última vez que te vi y te reconocí... La vez que te recordé... sufriste ese horrible accidente. Es como si... el universo no quisiera que yo te recuerde y que estés con nosotros... ¿Y si al salir algo malo te pasa?

—El universo no quería que Adam Ellington estuviese con ustedes, pero ha hecho lo posible porque August Warden sí —los ojos de Tess se humedecieron de inmediato.

—No quiero que nada te pase, me moriría...

—Ya, ya —la tranquilizó él abrazándola—. No va a pasar nada. Llevo varios meses por aquí contigo y los niños, nada va a pasar.

—¡Pero yo no sabía que eras tú!

—No creo que me hayan puesto aquí para crearles un trauma a los niños. No son tan malos, Tess... —ella se secó las lágrimas con el dorso de la mano y suspiró varias veces. Adam le besó la frente y le susurró cosas para que se tranquilizara.

—¿Vas a vivir aquí con nosotros? —preguntó Rori al verlos abrazados, y Adam sonrió.

—Sí —la niña elevó sus bracitos en una celebración, al igual que Kyle.

A pesar del temor de Tess a salir de la casa, se vistió para acompañar a su familia al parque. Cruzar la calle fue un suplicio, andar por la acera todo un reto, y al llegar, Tess vigiló hasta las aves y las hormigas que pudieran estar cerca. August sólo se echó a reír al verla así.

—No puedes seguir con miedo —le dijo él besando sus labios—. El miedo es la verdadera amenaza, lo que en verdad nos impide vivir.

—Quisiera estar tan tranquila como lo estás tú.

—Sobreviví a una puñalada, a la cárcel, a mil cosas... Ahora sólo estoy con unos niños en un parque. ¿No dijiste tú que la razón por la que estoy aquí son ellos? Entonces, ¿por qué hacerme daño ahora? —Tess tomó aire hasta llenar sus pulmones y cerró sus ojos. Sí, él tenía razón, pero era que de su mente no se borraba la última vez que lo vio justo aquí.

Se sentó en un banco del parque y los observó jugar. Rori y Nicolle se columpiaban y le pedían a su padre cosas como: ¡más alto! ¡Más fuerte! Kyle llegó hasta ella con su balón, acostumbrado a que ella lo acompañara a

encestar, y ella al fin sonrió.

No podía permitir que su miedo le impidiera vivir lo que hacía mucho tiempo venía anhelando, y era justo esto, así que se puso en pie y se fue a jugar con su hijo, y luego con las niñas en el resbaladero, y a disfrutar con ellos todo lo posible.

En la tarde, Tess no pudo controlarse más y llamó a su amiga por teléfono para contarle lo que había descubierto recientemente. Heather, tan emocionada como una anciana de ochenta años podía estar, la felicitó y se alegró por ella. De inmediato le dijo que iría a verla en cuanto pudiera para darle la bienvenida a Adam.

—Él insiste en que lo llame August—. Comentó ella casi quejándose.

—Y tiene toda la razón —sonrió Heather—. Debes llamarlo así, aunque por dentro sea Adam... Pero Dios... —dijo con voz impregnada de alegría—. Si pudiera contarle a mamá... Ella y Adam eran muy amigos, pero no sé cómo vaya a tomar todo esto...

—August no ha intentado contactar a ninguno de los de su vida pasada...

—En algún momento lo hará, si se hace necesario. Tess... estoy tan feliz por ti. ¡Te han bendecido grandemente!

—Sí, lo sé, lo sé muy bien.

—No olvides aprovecharlo bien, entonces. Ámalo, déjate amar, sé feliz. Lánzate a la vida sin miedo, es tu segunda oportunidad —Tess sonrió con su corazón palpitando de puro gozo, y miró a August sentado en el sofá, distraído con algo que le mostraba Nicolle. Apretó su teléfono contra la oreja y suspiró.

—No desaprovecharé ni un segundo —le dijo, y Heather se echó a reír.

—Ya se te acabaron las jaquecas, a que sí—. Tess frunció levemente su ceño. Sólo habían pasado dos días desde que descubriera quién era él, y no podía relacionar una cosa con la otra, pero intuía que lo que decía Heather era verdad.

—Él me las quitará, si me dan —Heather soltó la carcajada, y Tess al fin se despidió y fue a sentarse al lado de su marido, mientras se hacía la hora para que los niños se fuesen a dormir, y otra vez quedaran a solas.

Él era su mejor solaz.

August Warden, como ya se había acostumbrado a que lo llamaran, tomó sus pocas pertenencias, canceló el arrendamiento de la habitación en la que

había vivido los últimos meses, y se trasladó a vivir a la casa de Tess y los niños. Estaba muy chica ya, pensó al notar que de ahora en adelante Nicolle y Rori debían compartir cama; Tendría que ir pensando ya en una casa más grande, con una habitación más en donde pudieran estar los niños más cómodos. El sótano, aunque espacioso, no era lugar para ninguno de ellos, y estaban aquí, un poco acosados.

Comprar una casa estaba totalmente fuera del presupuesto, y aunque Tess le dijo que Heather estaría encantada de ayudar, él la convenció de no decirle. Ya ella no estaba sola, lo tenía a él para compartir el gasto, y entre los dos podían construir el sueño de tener una casa grande y bonita. Tess estuvo de acuerdo, y él la adoró por confiar en él.

Nunca había tenido este tipo de preocupaciones. Siendo Adam Ellington tenía más casas de las que podía habitar, áticos y apartamentos que había que arrendar para que no se destruyeran por el polvo... y ahora estaba luchando por conseguir una casa en la que al menos cupiera una familia de cinco.

Pero August Warden, aunque era un donnadie, todavía podía recibir ayuda de un ricachón, pensó con una sonrisa. Adam Ellington, desde el más allá, podía seguir ayudándolo, así que una mañana, mucho antes de iniciar su turno laboral, se apostó a la entrada del edificio y calculó la hora, los minutos, los segundos, y salió al encuentro de Horace Goldman. No calculó que en ese mismo momento un chico en una motocicleta perdiera el control de su vehículo; iba directo hacia ellos, y August, reaccionando con rapidez, empujó hacia un lado a Horace y consiguió ponerlo a salvo... a costa de su propio brazo, que salió bien magullado.

—¡Joder! —exclamó Horace Goldman levantándose del suelo. A unos metros, el chico de la motocicleta, era ayudado por varias personas a levantarse, mientras su motocicleta terminaba debajo de otro auto estacionado. Miró en derredor, buscando a la persona que lo ayudó y encontró a August sentado en el andén sosteniéndose el brazo como si le doliera mucho—. Parece que me salvaste la vida, muchachito—. August sonrió. Esto no había sido fortuito, pensó; parecía fríamente calculado, y ya se imaginaba por quién. Su ángel guardián no conocía de sutilezas. Respiró profundo al comprender que tenía aprobación para intentar este modo de avanzar, desde arriba lo estaban ayudando, aunque su brazo dolía—. ¿Te hiciste daño?

—Sólo es un golpe.

—Maldición, debería llevarte a un hospital.

—Señor Goldman, no se preocupe por mí...

—¿Me conoces? —August elevó su mirada hacia él, y poco a poco se puso en pie.

—Es cofundador de una gran empresa, una mente brillante de los negocios —dijo con voz segura—. Cuando sea grande, quiero ser como usted—. Horace soltó la carcajada.

—Pequeño adulador. ¿Viniste aquí buscando trabajo?

—Y me llevo un brazo roto, creo.

—Ya lo sé, es una mierda. Ve a que te atiendan en un hospital —Horace metió la mano en el bolsillo interno de su traje y sacó una tarjeta de presentación—. Cuando estés bien, llámame, y dime qué es lo que mejor sabes hacer y por qué crees que yo debería darte un minuto de mi tiempo.

—No lo decepcionaré.

—Sí, sí... Anda a un centro médico. Mi chofer te llevará y correrá con los gastos.

—Gracias, señor... —Lo vio darle instrucciones a Will, el chofer, y se subió al auto directo a un centro médico, donde le dijeron que simplemente se había magullado un poco los músculos al caer. Nada importante.

En cuanto tuvo tiempo, lo llamó, y su secretaria le contestó que tenía agendada una cita para cuando él lo decidiera, pues debía recuperarse. Él le informó que al día siguiente estaba bien.

El problema fue ocultarle a Tess el golpe en el brazo; con lo paranoica que estaba con que algo malo podía sucederle, podía entrar en desesperación al verlo.

Sólo era un moratón en el antebrazo, pero bastante difícil de ocultar, sobre todo porque dolía el esfuerzo de alzar los niños, o apoyarse. Tess no tardó en darse cuenta de que algo andaba mal, y en la noche, antes de irse a la cama, lo invadió en el baño y prácticamente le examinó el cuerpo. Al ver su brazo, lo miró inquisitiva.

—Sólo fue un golpecito que me di esta mañana —explicó él quitándole importancia.

—¿Sólo un golpecito? ¡Mírate!

—Tess, no es nada. No te preocupes tanto.

—Te vi con el cuello roto dentro de tu auto —exclamó ella tomando su rostro con ambas manos—. No sabes, no sabes lo que sentí en ese momento. Fue tan horrible, tan... ¡No quiero volver a experimentar algo así jamás!

—Ya, ya... —la abrazó él tranquilizándola—. No volverá a ocurrir. Esto fue... una especie de inversión para el futuro.

—¿Un golpe una inversión?

—Algo así... Gracias a eso pude llegar a uno de los grandes de la empresa... Fue un antiguo socio de Adam Ellington, así que lo conozco bien, sé cómo manejarlo.

—¿Y qué tiene que ver ese golpe con esto? —preguntó ella secando la humedad de sus ojos, y August sonrió y le besó los cabellos.

—Que prácticamente le salvé la vida, y ahora él está obligado conmigo por eso. Me dará la oportunidad de demostrarle que puedo serle útil, aunque no tenga títulos que apoyen ese hecho... y más bien tenga un historial algo crítico—. Tess lo miró por unos segundos en silencio.

—¿Le... salvaste la vida?

—Esta mañana, en la calle —le contó él—, iba a su encuentro dispuesto a ser encantador y caerle bien, pero los de arriba tuvieron una mejor idea —sonrió—. Una moto casi lo arrolla y allí estuve yo para salvarlo. El golpe fue una especie de manipulación para que se condoliera, se sintiera en deuda y me recibiera. Ya tengo una cita con él para mañana. ¿Crees que debería llevar una escayola y así aumentar el efecto? —Tess se echó a reír, al fin.

—No lo parece, pero eres malo.

—Los negocios son un campo de guerra, y en la guerra y el amor, todo se vale.

—Eso dicen.

—Sólo espero que el pasado de tu ex no arruine las cosas.

—Acercas de eso... —August la vio morderse los labios, y elevó una de sus cejas animándola a seguir—. Raphael y Heather ya saben que no eres August realmente. Yo... les compartí mis sospechas hace tiempo.

—¿De verdad? —Tess siguió sin mirarlo.

—Y hace poco le confirmé a Heather que realmente eres tú. Espero que eso no te moleste.

—No me molesta —sonrió él—. En cierta forma, me alegra no estar solos en esto.

—Qué bueno, porque le pedí a Raphael que por favor contactara sus amigos en la policía para que te borrarán lo más grave del historial de August... como que estuviste en la cárcel por tráfico de documentos y eso... —A August se le ensanchó la sonrisa.

—¿Hiciste eso?

—Tengo que velar por ti... por nuestra familia. No hice mal, ¿verdad? —él se inclinó a ella y la besó.

—Yo jamás habría sido capaz de pedirles algo así... Ni de pedirte a ti tampoco, realmente. Ciertamente, eso me facilitará muchísimo las cosas. Gracias, Tess —ella sonrió al fin mirándolo a los ojos.

—¿Necesitas... que te ponga algo en el brazo para que se alivie el dolor? No hay fractura, ¿verdad?

—Sólo es el moratón, y no te niego que duele un poco. Si me mimas, me sentiré mejor —Tess volvió a reír, y fue a la cocina a buscar algo para ponerle. Sus hijos siempre tenían raspaduras y moratones, así que no le fue difícil atenderlo.

Al día siguiente August se entrevistó con Horace, el hombre que, junto a Abel Robinson, llevaba sus empresas. Era un hombre en sus cincuenta bien parecido, obsesionado por la limpieza, de carácter mucho más afable que el de su compañero, pero igual de eficiente en lo que se proponía. Había sido socio de su padre, y luego suyo. Cuando él tomó las riendas de los negocios, en vez de menospreciarlo por su edad, lo que hizo fue apoyarlo y guiarlo.

Apreciaba mucho a este hombre, y lo respetaba, pero no sabía bien cómo se comportaría con alguien con quien no tenía lazos de ningún tipo, ni era de su mismo estrato social. Sospechaba que no lo discriminaría, pero no estaría totalmente seguro de eso hasta experimentarlo en carne propia.

Lucía un traje, uno que había comprado esa misma mañana, y aunque no era ni la mitad de bueno que el más sencillo que tuviera antes, era mejor que cualquier cosa. Horace, afortunadamente, no se fijó mucho en su vestimenta, sino que de una vez lo hizo sentarse en los muebles de su oficina. Una buena señal, pensó August. Sentarlo aquí significaba que se sentía cómodo con él, de otra forma, habría puesto el escritorio en medio de los dos.

—No te voy a negar que te investigué —admitió Horace mirándolo con ojos entrecerrados—. Llamé a algunos amigos con cierto poder... y lo que encontré es poco halagüeño; dejaste la universidad, te casaste, tuviste tres hijos, desapareciste un tiempo... Tu trabajo más importante ha sido el que tienes actualmente en nuestros hoteles, y no llevas tres meses allí.

—Y en ese corto tiempo, ya he ascendido múltiples veces. ¿No le dijeron eso sus investigadores?

—Tienes treinta años y no posees siquiera una bicicleta. ¿Qué has estado haciendo con tu vida? Sólo contrato mentes brillantes, gente inteligente... ¿Por qué te contrataría a ti?

—La vida es algo extraña —suspiró August moviendo su cabeza en un asentimiento, como si reconociera que todo lo que él decía era verdad—, a veces empezamos a vivirla y aprovecharla cuando somos un poco mayores, pero nunca es tarde, dicen. De hecho, usted y Abel Robinson no empezaron a hacer dinero sino después de los cuarenta, ¿no es así? —Horace entrecerró sus ojos—. También hice la tarea de investigarlos.

—¿Y qué es lo que descubriste?

—Que son asquerosamente ricos —eso lo hizo reír, y soltó la carcajada echando atrás su cabeza. Ya había caído, sonrió August recostándose en su asiento un poco más cómodamente. Lo que seguía ahora era determinar en qué trabajaría y cuánto ganaría, pero entonces vio en uno de los estantes de la oficina una fotografía, una suya, de cuando era Adam Ellington.

Sin poder evitarlo, se puso en pie y caminó hasta la foto sintiendo algo doloroso en su pecho.

—¿Lo conociste? —le preguntó Horace, y August tuvo que contenerse fuertemente.

—No... pero creo que leí algo de él... Murió recientemente.

—Y de una manera absurda —agregó Horace—. Todavía su familia lo llora.

—¿Su familia? —preguntó August, pues Adam ya no tenía de eso.

—Nosotros éramos su familia. Yo, mi esposa y mis hijos; Abel, su esposa, sus hijos y hasta sus nietos. Esta empresa era su familia, todavía lo lloramos —. De inmediato, en la garganta de August se formó un nudo.

—El aprecio es lo que une a la gente y la vuelve familia —Horace frunció el ceño, extrañado.

—Sí, eso solía decir él. ¿Seguro que no lo conociste?

—No, no tuve la fortuna. Supongo que todo fue un poco caótico luego de su partida.

—Ni te imaginas... sobre todo, porque nos dejó una tarea casi imposible.

—¿Una tarea? —Horace sacudió su mano.

—No importa, hablo de más.

—Pero, ¿qué podría ser imposible para un par de veteranos? —Horace sonrió, pero no picó la carnada. Sin embargo, un nuevo vínculo se estableció

entre los dos, y el hombre mayor se sintió más cómodo en presencia del más joven. Hablaron de temas complicados de trabajo, y al ver que August no se perdía, o que su conocimiento no era fingido, le ofreció un cargo como asistente adjunto, según él, para tantear qué tanto sabía.

—Necesitas mejor ropa que la que te he visto hasta ahora.

—Soy casado y con tres hijos —dijo August de inmediato—. En este momento, mi prioridad son crayolas y calcetas—. Horace sólo volvió a reír, pero en la mente le quedó la idea de ayudarlo en ese sentido si de verdad era un joven tan inteligente y útil como parecía.

Había algo en él que le recordaba a Adam, pero no lo dijo, y cuando se despidieron, sintió que se despedía de Adam.

Ojalá fuese cierto, y los muertos pudieran volver de la tumba con sus seres queridos. Necesitaban a Adam ahora más que nunca.

Tan sólo un par de semanas después de empezar a trabajar para Horace Goldman, este decidió fijar a August Warden en su plantilla. Cada vez lo solicitaba más veces, lo invitaba a reuniones con otros socios, y así también Abel Robinson lo pudo conocer.

August descubrió que entre los dos seguían en la búsqueda del hijo de su tío, que sus empresas habían sido repartidas entre los dos para llevar la dirección, así, cuando el heredero al fin apareciera, estas estuvieran aún intactas. Se preguntaba si ese día llegaría algún día. Cuando así fuera, él podría verlo y conocerlo, y también descansar de ese peso que había llevado en sus hombros.

Tess y él celebraron este nuevo ascenso, que fue increíble en comparación a los otros que había tenido. Ahora que ganaba un mejor sueldo, pudo comprarle un bonito vestido y llevarla a cenar a un buen restaurante. Ella estaba emocionada; se había peinado y maquillado y lucía preciosa, le encantaba verla así.

—Esto no es Europa —comentó él mirando en derredor cuando ya estaban sentados a la mesa—, pero... —ella apretó su mano y lo miró emocionada. Lucía un preciosos vestido azul petróleo, con un escote algo llamativo, sus brazos descubiertos y el cabello recogido.

Esa noche, se volvió a enamorar de ella.

Tess, recordando la promesa que le hizo él una vez de llevarla a un concierto de ópera en Europa, sonrió y agitó suavemente su cabeza.



—Estar contigo es lo que me hace feliz... No importa si no es Europa.

—Pero quieres ir —sonrió él con picardía, y Tess rio nerviosa.

—Claro que sí.

—Primero la casa —prometió él—, y luego Europa, te lo... —ella extendió su mano y puso suavemente sus dedos sobre sus labios, impidiéndole terminar la oración.

—No prometas.

—Tienes un trauma, Tess...

—Lo siento...

—Ve acostumbrándote... Ve haciéndote a la idea, de que esta vez me quedaré contigo hasta hacernos viejitos—. Ella se mordió los labios y sonrió, y August pensó entonces en que debían casarse. No era “volver a casarse”.

Pronto, conseguiría un buen anillo, se propondría y fijarían fecha. Esta vez, sería para siempre, pensó con una sonrisa.

Nada lo volvería a separar de Tess, ni su familia.

Los días se pasaron, y el invierno llegó a su fin, con sus lluvias, y uno que otro resfriado de los niños.

En ese tiempo, habían salido con Heather y Raphael unas cuantas veces. A veces cenaban los unos en la casa de los otros, o se iban a algún restaurante. Era impresionante escuchar la historia de Heather, o, más bien, Samantha, pensaba August. Y ver que ese increíble milagro también se había producido en él lo llenaba de alegría, se sentía honrado, bendecido.

Y hacía que amara más a Tess. Mientras que antes el universo parecía estar en contra de ellos, ahora todo era perfecto, las cosas estaban mejor que nunca.

—¿Es difícil? —le preguntó Raphael en una de esas ocasiones, ofreciéndole una copa de vino de su reserva mientras Tess y Heather conversaban muy tranquilas en el sofá de su sala, y August lo miró sin entender bien—. El cambio en Heather, o Sam, fue a favor en muchos aspectos. Antes fue una anciana, de escasos recursos, y bastante sola. Le dieron juventud, belleza, dinero... Tú en cambio, pasaste de ser un millonario a un simple empleado.

—Aun así, no es difícil —le contestó August dándole un trago a su vino—. El dinero se puede conseguir mientras trabajas y seas disciplinado, así que lo que tal vez me quitaron, yo puedo volver a obtenerlo... Pero lo que me dieron... siendo Adam Ellington tal vez jamás lo hubiese conseguido de una manera tan perfecta.

—Entonces, ¿para ti todo está bien? —August sonrió.

—Todo está más que bien —dijo, mirando a Tess, que le sonrió en silencio.

August empezó la búsqueda de una nueva casa, y con Tess empezaron a visitar junto a agentes inmobiliarios diferentes propiedades.

Tess se asustaba un poco cuando escuchaba el precio de esas viviendas; aunque ahora August ganaba muy bien, sería un compromiso a largo plazo y tenía que admitir que su mentalidad no estaba preparada para esto. Ella siempre había tenido un presupuesto ajustado, siempre contando las monedas, ahorrando cada centavo para poder enfrentar imprevistos, ahorrar... Se le hacía difícil pensar que ahora podía concederse caprichos, como comprarse un vestido nuevo, aunque no era navidad ni su cumpleaños, o adquirir una casa de casi un millón de dólares.

—Podemos pagarla —le decía August—, y la necesitamos.

Sí, la necesitaban, ella no negaba eso. Pero el crédito hipotecario también la asustaba.

—Tess, cuánto tiempo —la saludó Felicity Hightower por teléfono, y Tess se quedó bastante fría al escucharla. Era una de las madrastras de Adam, pero la que mejor vínculo había hecho con él.

—Hola, Felicity —le contestó ella un poco aprensiva, mirando a August a su lado. Él la miró interrogante, y Tess de inmediato puso el altavoz para que él también escuchara.

—Querida... sé que he estado alejada, pero acabo de llegar de un viaje y... bueno, ya sabrás para qué te llamo. Se acerca el aniversario de Adam —Tess tragó saliva. Era cierto. Hacía ya un año que el cuerpo de Adam Ellington había fallecido... pero, ¿cómo le decía que ella no estaba de luto por él? —Y quería hacer una pequeña ceremonia en su memoria... —Tess miró a August elevando sus cejas, que por un momento se quedó muy serio.

Habían salido con los niños de compras al supermercado, y August empujaba el carro con Nicolle subida a él mientras Tess elegía los alimentos que necesitaban, pero ahora se quedó quieta con una botella de aceite de oliva en las manos y se mordió los labios sin saber qué decir.

—Debes ir —articuló August con sus labios, y Tess frunció su ceño.

—Pero... —él le puso una mano sobre su brazo y ella se detuvo en su protesta. Respiró profundo y volvió a hablarle a Felicity.

—Claro, estaré allí.

—Va a ser algo sencillo —siguió Felicity—, y no vendrán muchas personas, pero... es algo que quiero hacer, que su memoria merece.

—Claro que sí, Felicity—. Felicity sonrió, y luego de darle el lugar y la hora de la ceremonia, cortó la llamada—. Siento que la estoy engañando —le dijo a August sin mirarlo—. Que le miento. Si fuera ella la que supiera que sigues aquí... yo no le perdonaría que me lo ocultara—. Él no dijo nada, sólo le pasó el brazo por los hombros rodeándola y acercándola más a él.

—Te entiendo, créeme. Ya veremos qué pasa.

A última hora, August decidió acompañarla, y Felicity se sorprendió bastante al ver que Tess llegaba del brazo de un hombre, y que éste era el padre de sus hijos, nada menos.

Era muy extraño verla con él, cuando hacía sólo un año lloró tanto a Adam. Pero ella menos que nadie podía juzgarla; no conocía su vida y situaciones como para determinar que aquello estaba mal.

A la ceremonia conmemorativa asistieron varios conocidos, pensó August mirando discretamente en derredor, a la vez que le susurraba a Tess quién era cada uno y qué tan cercano era. Horace y Abel, algunos otros empleados muy cercanos, como sus asistentes, algunos ejecutivos y uno que otro amigo de su difunto padre, que ahora lucían ya muy ancianos. Cuando vio a Gregory, sintió algo doloroso en su pecho. Él se veía mucho más viejo, agotado, canoso. Quiso ir hasta él y abrazarlo... él había sido el hombre que realmente lo crio.

No pudo hacerlo, pero sí pudo al menos acercársele y hablarle cuando hubo concluido la ceremonia y tomaban un aperitivo en su antigua mansión.

—Supongo que usted es un familiar —le dijo ubicándose a su lado, y Gregory levantó su vista del suelo y lo miró.

—No... pero lo quería como a un hijo —dijo con voz entrecortada. Qué anciano se veía, pensó August con dolor—. Ahora... no tengo nada que cuidar —siguió Gregory—, y esta casa está tan vacía como jamás lo estuvo—. August cerró sus ojos. Una casa enorme y vacía, y él con una familia buscando una. Qué ironías—. Pero sé que él está en un mejor lugar —dijo Greg—. Mi muchacho se merecía lo mejor. Tal vez ahora está muy bien, y ya no sufre las penurias de la vida—. Eso lo hizo sonreír.

La vida era penurias, reconoció. Pero también felicidad, momentos hermosos; las dificultades no eran más que retos para pasar al siguiente nivel de este juego.

Tess llegó a ellos y entonces Gregory la reconoció, la saludó llamándola por su antiguo nombre y se abrazaron.

—Greg... te presento a August Warden —dijo Tess señalándolo—. Mi marido y el padre de mis hijos—. Greg miró entonces a August con otros ojos, un poco hostiles, y August no pudo evitar sonreír. Fiel aun después de la muerte, el viejo Greg.

—Pensé que te había abandonado dejándote en una terrible situación —dijo Greg, casi con veneno en la voz—. Definitivamente no entiendo los designios de Dios, dándole segundas oportunidades a quienes no lo merecen—. Greg no dijo más, y se alejó de ellos dejándolos solos. Tess iba a seguirlo, pero August le tomó la mano impidiéndoselo.

—No le prestes atención. Aunque lo dice de corazón, no es con mala

intención.

—Vaya, estás aquí —dijo la voz de Horace Goldman llegando hasta ellos, y August le tendió la mano en un saludo, pero la cara de Horace fue todo un poema cuando vio a Tess—. Tú... me recuerdas a alguien.

—Señor Goldman... Tal vez me recuerde, porque, en una época, trabajé aquí para los Ellington.

—¡Eres Tess Abbot! —exclamó Horace con ojos grandes de sorpresa, una grata sorpresa, notó August, y Tess sonrió ampliamente.

—Ahora soy Tess Warden —y señaló a August.

La confusión fue muy evidente en Horace, que se quedó mirando a August, su nuevo y muy eficiente empleado, y a Tess, la mujer que el antiguo Adam amó.

—Esto es muy... —se rascó la mejilla, y era como si mil cosas se le vinieran a la mente y no pudiese poner nada en claro.

—Noto que no necesito presentarle a mi... esposa —dijo August, y Tess sonrió ante su vacilación. No estaban legalmente casados, pero así se sentían. Habían hablado del tema, pero no se estaban apresurando.

—Me complace —dijo Horace—. De verdad que me complace, Tess, ver que... tienes a tu lado a un buen hombre. Adam era mejor, pero...

—¡Señor Goldman! —lo reprendió Tess mientras August se echó a reír, y Horace sonrió al ver que este hombre no se molestaba, así que decidió pullar otro poco—. ¿Sabías que Tess y el hombre a quien le conmemoramos hoy su año de haber fallecido fueron más que amigos en el pasado? —Tess meneó su cabeza negando ante el comportamiento de este hombre, pero no dijo nada.

—Sí, ella me lo dijo. Por eso estamos aquí.

—Qué casualidad —dijo Horace mirando a August con ojos brillantes y escrutadores—. Qué casualidad... que justo tú... estés con Tess. Curioso—. No dijo más, y luego de una corta despedida, se alejó de ellos. Tess miró a August algo preocupada.

—¿Crees que se vaya a dar cuenta?

—A ti te tomó meses, y prácticamente vivía en tu casa.

—Llevas con él más de ese tiempo, y te ve muchas horas más al día que yo en ese entonces.

—¿Qué podría pasar si se da cuenta?

—Que va a creer que se volvió loco —August sonrió de nuevo.

—Sí, y su mente racional se opondrá a esa idea. No te preocupes, el

secreto está a salvo.

—Ya se cumplió un año de su muerte —oyeron que alguien decía, y ambos giraron sus cabezas; era una mujer muy bien vestida, muy bien maquillada, luciendo unas preciosas perlas como gargantilla. Estaba rodeada de otras mujeres de la alta sociedad, entre ellas, Felicity—. ¿Quién, al fin, heredará todo esto?

—Bernice, eso no nos concierne, realmente.

—Le concierne a Felicity —insistió Bernice, mirándola con una ceja alzada—. Fuiste una de las esposas que más le duró a Aaron, ¿no? ¿No tienes derecho a algo de la fortuna Ellington?

—¿Realmente te parece apropiado que toques un tema como ese en este momento? —se quejó Felicity, y Bernice se encogió de hombros.

—Es muchísimo dinero, se podría desestabilizar la economía si, de repente, deciden desintegrar las empresas... Al fin de cuentas, esto nos concierne a todos.

—No han encontrado al heredero —dijo otra mujer, algo mayor que las demás, y que al parecer ya llevaba rato absteniéndose de una copa de vino, o tal vez brandy—. El hijo de Aaron...

—De Simon —corrigió Felicity, y la otra mujer sólo sacudió su mano restándole importancia. Tess miró a August interrogante, pues nunca supo de otro heredero aparte de Adam, y él sólo sonrió.

—Sí —admitió—, tengo algo así como un primo perdido.

—Nunca me lo dijiste.

—Me enteré de ello cuando falleció papá... Y a pesar de que llevamos tiempo juntos, creo que no hemos terminado de revelarnos todo.

—Cuéntame la historia —le pidió ella tomándole la mano y conduciéndolo a un hermoso solárium, donde estaba todo más quieto y silencioso. August la miró de arriba abajo, con su discreto vestido negro, y su cabello recogido en una sencilla trenza.

—No hay mucho que contar. No sé si recuerdas al tío Simon.

—Claro que sí. Vino pocas veces, pero te quería, y te dejaba dinero siempre.

—Sí —sonrió August recordándolo—. Al parecer... en sus años locos el tío Simon embarazó a una chica, él no se hizo responsable, y entonces ella desapareció con el bebé... y cuando él quiso buscarlos ya no le fue posible. Nunca se enteró siquiera si tuvo un hijo o una hija... Así que por ahí anda un

Ellington que no sabe que es dueño de toda una fortuna—. Tess miró el suelo, ceñuda. Para ella, el único Ellington verdadero en este mundo era él, le sonaba chocante que alguien más viniera a reclamar su herencia.

Sacudió su cabeza pensando que eso no tenía por qué preocuparla, pero se preguntó entonces cómo se sentía August, que había tenido que empezar de cero, lavando platos, y recibiendo órdenes de jefes tal vez no tan generosos, cuando en realidad siempre había sido alguien con mucho poder.

Le habían quitado mucho, pensó con pesar.

—Sabes, casi escucho tus pensamientos —sonrió él—. Piensas muy alto.

—Ah, ¿sí? ¿Qué estoy pensando?

—En que pasé de ser rico a pobre, que no debieron quitarme todo... eso piensas —ella esquivó su mirada—. Ya lo tengo todo —siguió él acercándose para abrazarla y besando su oreja—. Lo tengo todo contigo y los niños.

—Que no somos más que una carga.

—Una carga que llevamos entre los dos, y que me hace muy feliz... El dinero jamás me habría podido comprar una familia, unos hijos, ni la felicidad que siento cuando estoy con ellos. Yo haría el cambio voluntariamente, si me lo pidiesen —ella lo miró algo asombrada por esa afirmación, y él se echó a reír por lo bajo.

Encantada, ella rodeó su cintura y lo besó. August respondió a su beso feliz, sintiendo que la melancolía que había sentido antes se esfumaba por completo.

En el momento vieron a Felicity dejar el grupo de mujeres con el que estaba conversando y caminar a paso rápido hacia la cocina. Tess la siguió, al igual que August, y cuando estuvieron a solas, Felicity se cruzó de brazos casi bufando, molesta.

—Son... increíbles, ¿no puedo creer que piensen de esa manera! —masculló, y Tess guardó silencio, dejando que se desahogara—. Hasta el último momento, Adam buscó a ese... personaje que parece como si se lo hubiese tragado la tierra... ¡Soy testigo de que invirtió tiempo y dinero tratando de encontrarlo! Y a algunos sólo les interesa que se resuelva rápido para no ver su economía afectada... —Tess miró a August, que las había seguido, y por su mirada entendió que él quería que le hiciera preguntas. Si las hacía él, ella se cerraría y no contestaría, pero sería diferente con ella.

—Pero... ¿no han avanzado nada? —Felicity se cubrió parcialmente la cara con una de sus manos y respiró profundo.

—Yo sólo creo... que han estado buscando mal... —dijo Felicity—. ¡Tal vez esa mujer nunca dio a luz! O tal vez dio su bebé en adopción, tal vez no se lo quedó... Algo está mal con las fechas, con los lugares, porque no llevan a nada. Luego de la muerte de Adam... Horace, Abel y yo hemos estado al frente de la búsqueda, y todo conduce a un callejón sin salida...

—Pero es gente experta, ¿no? Los que buscan. En algún momento darán con la verdad.

—No lo sé... tantos años y sin una pista real... Yo, realmente, estoy cansada. A veces quisiera sólo... tirar la toalla y desentenderme de este asunto... Pero pienso en Adam, me da remordimiento y sigo —Tess miró a Adam de manera significativa, y él carraspeó antes de hablar.

—Estoy seguro de que él no se lo reprocharía—. Felicity no agregó nada ante ese comentario, sólo se quedó en silencio. En el momento entró Gregory, que miró un poco molesto a August por estar en su cocina y le ofreció a Felicity un té.

—¿Sigues trabajando aquí? —preguntó August un poco sorprendido, pues recordaba muy bien que en su testamento se estipulaba una generosa mensualidad para él en caso de que él ya no estuviera o algo le pasara. Nunca tendría que volver a trabajar.

—No sea insolente, jovencito —dijo Greg, muy ceñudo—. Le ofrezco té porque lo necesita, por nada más.

—Lo siento —dijo August dando un paso atrás, y Tess sólo mordió una sonrisa. Greg seguía siendo el mismo, y al parecer, le molestaba la vitalidad de August, y el que estuviera con ella; tal vez le recordaba lo injusta que había sido la vida, y hasta la muerte, con su protegido Adam.

Miró a Felicity, que se sentó en una de las butacas de la cocina y respiró profundo varias veces.

—¿Hay... algún plazo para encontrar a esa persona? —preguntó Tess, interesada en el tema del sobrino. Adam meneó la cabeza en respuesta.

—No —dijo a la vez Felicity—. Pero la economía, las empresas, no podrán esperar por siempre.

—¿Y... si le pedimos ayuda a Raphael? —preguntó Tess en voz baja mirando a August—. Los Branagan tienen contactos...

—Es muy... difícil —aseveró Felicity, como si la pregunta fuera dirigida a ella—. Aaron nos dejó una tarea imposible.

—Y de tu cuenta, ¿no has buscado? —preguntó August—. Conociste al tío



Simon, a... Aaron... fuiste su esposa. Debes saber algo más—. Felicity se echó a reír.

—Eso era lo que siempre me preguntaba Adam, y mi respuesta era la misma: pocas veces traté a Simon, era una persona... poco grata para mí. Y fue después de su muerte que me enteré de lo de su heredero. Él se comportó siempre distante con la familia, con Aaron, su único hermano. Prefirió irse a Europa que hacerse cargo de sus empresas aquí... Eran hermanos, pero parecían enemistados, y... cuando estuvo por morir, le dejó esta tarea...

Tess miró a August, que parecía desear preguntarle más cosas a Felicity, pero se contenía. Suspiró y caminó a ella para mostrarle su apoyo.

—Se van los buenos, Tess —se quejó Felicity palmeando el brazo con que la rodeaba—. Todavía no me puedo creer que Adam se haya ido... Es tan... inadmisible... —no dijo nada, sólo miró a August, que tenía sus ojos clavados en la que una vez fue como su madre... y lo seguía siendo, pensó. Su cariño había sido sincero, al igual que Greg.

—Él sigue con nosotros —dijo Tess, y Felicity rio como si aquello fuera imposible de creer—. Está en nuestros corazones, siempre nos acompañará.

Se quedaron un rato más. Algunos conocidos empezaron a hablar de Adam, a contar anécdotas, a recordar momentos, y Tess vio a Felicity, y a algunos otros, secarse una lágrima. Apretaba la mano de August, para quien esta experiencia debía estar siendo de lo más extraña, y al terminar, August buscó a Greg y lo abrazó. El anciano era, tal vez, el que más lo echaba de menos, y lo único que él extrañaba de su vida pasada.

Greg se dejó abrazar un poco incómodo, aunque tampoco lo rechazó, y cuando la pareja se alejó, no pudo más que suspirar. Era Adam quien debía estar al lado de esa muchacha.

En el camino de vuelta a casa, ambos iban muy silenciosos, y al llegar, antes de entrar, Tess le tomó la mano a August haciendo que detuviera sus pasos. Él la miró interrogante.

—¿Te sientes bien? —le preguntó, y él sonrió con un asentimiento de cabeza. Tess siguió mirándolo como si se temiese que él se pusiera a gritar de repente.

—Algunos exageraron en sus anécdotas —sonrió de repente—. Yo no era tan divertido, ni tan filántropo, ni tan... De hecho, sé que algunos de los que estaban allí ni siquiera me conocieron tan bien... Todos los muertos son

buenos, dicen.

—Yo te recuerdo —dijo ella elevando su mano para posarla sobre su mejilla—, y sí eras bueno, divertido, y todo lo demás. Y lo sigues siendo—. Él sonrió y le besó la palma de la mano.

—¿Crees que tengamos suerte y los niños estén ya dormidos? —ella, sin ningún pesar, se burló de él.

—Mi pobre iluso —dijo, y volvió a besarlo, aprovechando este corto instante en que estaban solos antes de introducirse voluntariamente en el caos.

August metió la llave en la puerta de entrada y al instante los niños los llenaron de saludos, ruido, quejas y besos mojados y pegajosos. August tuvo que soportar que todos a la vez se subieran sobre él, colgándose de su cintura, brazos y piernas. Tess se encargó de pagarle las horas de trabajo a la niñera y sonrió mirando el show de sus hijos con su papá mientras se quitaba el abrigo y sonreía.

Había sido un día difícil, pero mientras él tuviera estos recibimientos al volver a casa, todo volvería a estar bien.

—¿Pasa algo? —le preguntó Abel Robinson a Horace Goldman, que seguía en la mansión. Se sentó a su lado y lo observó en silencio por algunos instantes. Ahora sólo estaban ellos, y Felicity, que se hacía cargo de que todo quedara limpio y en orden. Horace miró sus manos y respiró profundo con aire taciturno.

—Tess Abbot estuvo aquí —dijo Horace—. Recuerdo muy bien que, la mañana que Adam murió, fue por intentar ir tras ella. Creo que ni siquiera logró verla, falleció antes de poder salir del auto.

—Mmm, la recuerdo. Esa chica flaca y escuálida. Adam tenía una obsesión por ella —Horace sonrió.

—Estaba enamorado.

—Sí, sí.

—Y ella vino con August, nuestro nuevo empleado. August Warden, su ex esposo y padre de sus tres hijos... ¿No te parece todo esto una casualidad demasiado grande?

—¿Acaso existen las casualidades? —Horace sonrió.

—No pensé que fueras un creyente.

—Ya he visto mucho... Y con Aaron Ellington aprendí que no todo es lo que parece. Realmente, la única razón por la que sigo en esta búsqueda es

Adam, él verdaderamente quería hallar a su... familiar perdido. De no ser así, hace rato que hubiese adquirido esa parte de la empresa y fusionado con las mías.

—Ya estamos cerca, Abel... más cerca que nunca. Es una lástima que Adam no haya vivido para verlo... O tal vez fue mejor así... Diablos, es todo tan... Odio esto. De verdad que odio esto—. Abel rio por lo bajo y le palmeó la espalda a su amigo a la vez que se ponía en pie.

—Déjale a Dios sus enredos. Nosotros no tenemos la culpa de nada—. Y con esas simples palabras, se despidió, salió de la mansión y dejó solo a Horace, que seguía preguntándose el porqué de todo lo que ocurría.

La casa estaba silenciosa... Más o menos. En el cuarto donde dormían los adultos había algo de ruido, ahogado por sábanas, colchón, almohadas o alguna mano. Era Tess bajo el cuerpo de August, preocupada porque uno de los niños se fuera a despertar si acaso dejaba salir tal como quería el grito de placer.

—Sí —aprobó ella cuando la puso de espaldas contra él y la penetró de nuevo suavemente desde atrás, ella se apoyó en el colchón con sus codos para darle mejor acceso y disfrutaba cada embate, cada empujón, cada delicioso movimiento de él.

Tal vez era porque había pasado poco tiempo desde que se reencontraran, pero la calidad del sexo no había menguado. Por el contrario, cada vez se ponía mejor; ahora el uno sabía lo que le gustaba al otro, sus puntos más sensibles, hasta dónde estaban dispuestos a llegar, qué límites se podían traspasar. No había timidez, y mucho menos vergüenza; ahora eran capaces de decirse o pedirse las cosas sin tapujos.

Lo escuchó gemir mientras aceleraba frenéticamente sus movimientos, y Tess se preparó, soltando sus músculos, dejándose arrastrar por la marea de sensaciones, que embargaban no sólo su cuerpo, que inundaban no sólo su piel y hasta sus huesos, sino toda su mente, todo su ser.

Ah, qué divina sensación. Siempre que estaba en esa cúspide, que duraba muy, muy cortos minutos, lamentaba tener que volver de ella. No importaba lo largas que fueran sus sesiones, no importaba qué tan fuertes o devastadoras fueran, ella era adicta a esto, a él, y siempre quería más.

Cerró sus ojos, desmadejada sobre la cama, soportando el peso de él en su espalda, sabiendo que en unos minutos él se levantaría y cuidaría de ambos, volvería a la cama y la acercaría arropándola para que no se enfriara, y así dormirían.

Qué feliz era. A veces le daba miedo tanta felicidad junta y tan de seguido, pues no era normal en su vida. Cuando estás acostumbrado a sufrir, empiezas a pensar que los momentos buenos son robados, que no son tuyos, y que te los pueden quitar.

—Tess, casémonos —dijo él de repente, sacándola abruptamente del viaje directo al sueño en el que se había embarcado. Abrió sus ojos de repente y tomó aire.

—Sí —contestó, y frunció el ceño—. ¿Ya no te había dicho que sí? —él sonrió y se movió para besar su mejilla.

—Casémonos pronto —propuso—. Organicemos pronto la ceremonia. ¿Te parece bien en un mes?

—Ah...

—Si hacemos algo sencillo, creo que estará bien para ti, a menos que tengas pensado algo grande, pero creo que no quiero esperar más del mes para estar casado contigo. ¿Quieres una ceremonia muy grande? —Tess no pudo evitar reír, y se movió en la cama para mirarlo de frente.

—La primera vez que me casé, August y yo sólo firmamos un papel delante de un juez, mi vestido era blanco, pero... sólo era un vestido casual, y... no tuve flores.

—Oh... Quieres algo grande —se quejó él poniéndose una mano en la frente—. Y no voy a ser capaz de negártelo —ahora Tess se echó a reír abiertamente.

—Si Heather y Georgina me ayudan, lo tendremos pronto.

—Podemos celebrarlo en el jardín de nuestra nueva casa; para entonces, seguro que ya tendremos las llaves.

—¿Tú crees? —preguntó ella con ilusión, y August asintió sonriendo al verla así. Tess se embarcó en una diatriba acerca de cómo quería todo. Qué tipo de flores y de qué color; ya se imaginaba a los niños haciendo de pajecillos y a sus amigas como damas de honor.

Cuando se dio cuenta, él ya estaba dormido, profundo, y lo miró ceñudo por un momento, pero luego simplemente se echó a reír, y siguió planeando en su mente lo que quería para su boda.

Georgina estuvo encantada de ayudar, al igual que Heather, y aunque ahora ambas tenían poco tiempo por sus bebés, se turnaron para ayudar a Tess a elegir su vestido, las flores, el pastel de bodas, etc.

Por su lado, August les extendió a sus jefes la invitación para que estuvieran en su boda, y le pareció ver vacilación en sus ojos, pero luego de un intercambio de miradas, ambos aceptaron asistir. Le habría encantado sentarlos y preguntarles qué era lo que ocurría. Ellos no eran el tipo de personas que dejaban de acudir a un acontecimiento social sólo porque los anfitriones no eran de su mismo estrato, así que algo ocurría y se lo estaban ocultando. Pero ya no era Adam Ellington, con ese tipo de confianza y autoridad como para exigir una explicación.

Se sentía un poco excluido, pero no podía hacer nada al respecto.

La organización de la boda se tomó dos meses, después de todo, pero ese día Tess estuvo preciosa, el jardín de su nueva casa, tal como habían deseado, lleno con flores no sólo de temporada, un arco nupcial donde esperaba un sacerdote y los pocos invitados en sus sillas. De parte de August sólo estaban sus padres y sus jefes, y de parte de Tess, mucha más gente. Algunas compañeras de trabajo, su jefa, incluso, y las infaltables Heather y Sam.

Los niños hicieron su parte desfilando. Kyle y Rori llevaron los anillos y Nicolle regó los pétalos de flores.

Fue algo corto, pero hermoso, y luego destaparon Champagne, cortesía de Raphael, y comieron caviar, cortesía de Phillip, y en general, hubo buen vino y buena conversación en las pocas mesas de invitados que se dispusieron para ellos.

—Que esta vez, no te vuelvas a divorciar —dijo Amelia, la jefa de Tess en Branagan Enterprise, y Tess, que sabía que no lo decía con mala intención, simplemente la abrazó y le agradeció.

—Estoy tan, tan feliz —dijo Beth abrazando y besando a su hijo. August la estrechó en sus brazos, también feliz por ella, porque estaba contenta—. Es un... alivio, ¡es un milagro! —exclamó Beth con sus ojos humedecidos—. Oh, August, me haces tan orgullosa de ser tu madre. Me siento bendecida porque has corregido tu camino, Dios escuchó mis oraciones—. Él sólo sonrió y le besó cada mejilla. También Henry lo abrazó, lo felicitó por la compra de la casa, y le prometió venir con Beth a quedarse un día de estos.

—Ahora tenemos una habitación para huéspedes —dijo Tess abrazando a su suegro—. Son bienvenidos siempre que quieran.

—No vi que pidieses permiso para tu viaje de luna de miel —le comentó Horace a August cuando fue su turno de felicitarlos, y éste sólo se rascó la oreja, un poco incómodo. Ellos no tendrían viaje de luna de miel; ya habían agotado los ahorros de ambos con la cuota inicial de la casa, que era preciosa.

—Lo tendremos luego.

—Mmm —murmuró Horace mirándolo, y se acercó a Tess para darle su felicitación—. Entonces no hay problema si les pido a ambos que vayan a mi oficina mañana. ¿Pueden sacar un tiempo para mí?

—¿Allá me darás tu regalo de bodas? —sonrió Tess mirándolo con picardía, y Horace se echó a reír.

—Podría decirse, sí.

—No queremos cosas extravagantes.

—Extravagante, ¿eh? Lo siento, sí es algo extravagante, pero lo recibirán, aunque no quieran.

—Qué impositivo —se quejó Tess, y volvieron a reír.

Al caer la noche, ya quedaban pocos invitados. Nicolle se había dormido en brazos de Phillip, otro de los pocos hombres que aceptaba que la cargaran, y éste tuvo que preguntar dónde quedaba la habitación de la niña. August lo guio. La casa aún no estaba amoblada, ellos todavía no se habían mudado, pero habían dispuesto un lugar para los chiquillos cuando éstos se cansaran.

Phillip acostó a Nicolle al lado de Rori en una colchoneta en el suelo, y sonrió mirando a August con ambos brazos en la cintura.

—Eres un hombre con suerte —le dijo—. A pesar de los graves errores que cometiste en el pasado, se te dio una segunda oportunidad... y a tiempo, cuando aún eres joven y con fuerzas—. August ladeó su cabeza mirándolo. Sabía por qué lo decía, sabía qué segunda oportunidad había tenido él, y que también había cometido errores en el pasado.

—Tú aún eres joven —le dijo, y Phillip suspiró.

—No como quisiera —dijo—. No como quisiera.

Los más allegados se quedaron con ellos hasta tarde, acabaron con lo que restaba del champán y el caviar y se llevaron las sillas al interior de la casa cuando ya se fue enfriando la noche. Se estuvieron en la sala charlando y riendo. Para sorpresa de Tess, su jefa se quedó y la vio conversar tranquila, aunque un poco achispada, con Heather. Pasada la media noche, volvieron a casa con los niños, los acostaron en sus camas, y ellos se fueron a su habitación a consumir su matrimonio, tal como propuso él con mirada pícaro.

—Me hubiese gustado que mi abuela estuviese conmigo en mi boda —dijo Tess con melancolía, desnuda en la cama con su marido, agotados no sólo por las actividades que acababan de tener, sino por todos los días pasados. Habían organizado una boda en menos de nada, y ya a ninguno les quedaban energías.

Georgina les había propuesto ir temprano por los niños, y darles a los recién casados un poco de privacidad, ya que no podrían irse de viaje, al menos, por ahora.

August, al oír a su esposa, se sentó en la cama y la miró. Cuánto había

cambiado su cuerpo, pensó Tess. Ahora todo su torso era plano, magro, musculoso. Y era porque le dedicaba tiempo; Por las mañanas salía a correr, y si alguno de los niños lo pillaba antes de irse, se iba con él. Casi siempre regresaba con el chiquillo en sus hombros.

O a veces, en la sala, se ponía a hacer ejercicio; apartaba el sofá y practicaba abdominales o flexiones de pecho. Ya los niños se habían acostumbrado a verlo hacer ejercicio, y trataban de imitarlo levantando ellos las mancuernas más livianas, aunque para eso se necesitase la fuerza de todos juntos.

Al verlos, August se interrumpía y reía de ellos, e incluso les hacía fotos. Pero no había cejado en su objetivo de volver a tener un cuerpo saludable, se esforzaba muchísimo.

Y había rendido hermosos frutos. Él se veía increíble, tenía mejor aguante y resistencia, el sexo era mejor y mejor.

—¿Qué sabes de tus padres, Tess? —ella lo miró a los ojos extrañado por la pregunta.

—¿No te lo conté nunca? —él se encogió de hombros.

—Cuando éramos niños, dijiste que tu madre murió en el parto, y que nunca conociste a tu padre, pero... ¿no lograste averiguar nada más luego? —Tess hizo una mueca.

—La abuela poco hablaba de ese tema. Siempre que le preguntaba, se molestaba o se ponía triste. Ella tuvo que hacerse cargo de mí porque ella falleció... Es decir, que perdió a su hija y se le complicó la vida todo en un solo día. Pero a pesar de todo, ella siempre me trató con amor.

—¿Sabes dónde está la tumba de tu madre?

—Claro. ¿Quieres ir? —preguntó ella sintiéndose un poco intrigada, y August sólo sonrió.

—Podrías llevarme, para ofrecerle mis respetos a la mujer que te dio a luz. ¿A quién te pareces? —preguntó luego—. ¿A ella?

—No, a mi abuela —rio Tess—. Vi fotografías de abuela de joven, y soy su viva imagen. Abuela decía que no le saqué nada a mamá. Ella lamentaba eso.

—Yo me parezco a papá —dijo August, y Tess rio negando.

—Adam se parecía a su papá, pero August, el que eres ahora, se parece a su mamá. ¿No has visto que tienes la misma cara de Beth?

—Oh, cierto. Un año y aún no me acostumbro—. Siguieron charlando y riendo, de los parecidos de cada uno, de la genética, y luego, de los niños,



como siempre. Al final, se quedaron ya dormidos el uno encima del otro, de cualquier manera, y casi no pudieron levantarse cuando Rori se puso a saltar en la cama avisándoles que ya había amanecido. Cuando sonó el timbre porque ya se llevarían a los niños, tuvieron que salir de la cama casi arrastrados.

—¿De qué crees que se trate? —preguntó Tess un poco nerviosa mirando a August. Estaban esperando en la sala de juntas del Holding en el que trabajaba August, que administraba sus hoteles y todas sus empresas acudiendo a la cita con Horace.

Era su primera vez allí, y estaba fascinada. Las oficinas de los Branagan, donde ella trabajaba, eran lujosas y espaciosas, pero, aun así, quedó boquiabierta al ver estas. Todo tenía una elegancia algo antigua, clásica. Seguro que aquellos escritorios llevaban allí tanto tiempo como el edificio, pero no se veían viejos o pasados de moda, ni anticuados, sino imponentes, tan imponente como el orgullo del dinero viejo.

—¿A cuánto ascendía la riqueza de Adam Ellington? —preguntó Tess sin reparo, y August elevó sus cejas.

—Varios miles de millones —Tess abrió grandes sus ojos.

—¿Miles de millones?

—Casi treinta.

—Jesús, eras un multimillonario.

—Nah, no estaba en el top.

—Pobrecito niño, no tiene lo que quiere —August se echó a reír de su sarcasmo, y en el momento entraron Horace y Abel, con una expresión muy seria, no como si fueran a dar un regalo, sino una mala noticia.

—Me alegra que estén aquí los dos —dijo Horace, y miró directamente a August—. Tenemos algo muy importante que decirles—. Los dos hombres tomaron asiento, y August empezó a sentirse nervioso cuando vio que también entraba un abogado que él conocía bien, el que había redactado su testamento y el de su padre. Se puso en pie y lo saludó, y tras él, vio que llegó Felicity.

Pero Felicity lo ignoró, corrió directa a Tess y la abrazó largamente, casi lloró, y entonces él empezó a asustarse de verdad.

—¿Qué está pasando?

—Estamos felices... —dijo Abel— al tiempo que preocupados. Hay una grata noticia que debemos darles, pero nos orilla a tomar unas cuantas

decisiones poco gratas, decisiones que no les van a gustar mucho.

—Por favor, hablen claro —pidió Tess, y tomó asiento de nuevo junto a su marido, que le tomó la mano de inmediato por debajo de la mesa.

—Tess... —sonrió Felicity—, tú eres la persona que tanto hemos buscado todo este tiempo. Tú eres... la heredera de los Ellington—. Ella, por un momento, sólo se quedó allí, con la boca abierta, sin poder siquiera respirar. Fue el apretón de manos de August el que la devolvió a la realidad.

—¿Qué? —exclamó sin aire—. Pero hasta hace un par de meses dijiste...

—Sí, lo sé... —contestó Felicity sin dejar de sonreír— También fue una sorpresa para mí.

—No entiendo nada. Estoy... Debe haber un error —dijo ella riendo, y mirando a cada uno. Horace tomó aire, y agitó su cabeza afirmativamente como si comprendiera su confusión.

—Es normal que pienses así, pero estamos seguros de eso. Sólo nos falta una cosa, y es practicarte la prueba de ADN, sin embargo, ya no tenemos dudas. Eres tú—. Tess miró al fin a August sintiéndose terrible, y se fue poniendo pálida y luego verde, y August tuvo que moverle la silla, ponerla en pie y pedirle que se tranquilizara.

—No, esto no puede ser —susurró ella—. No puede ser.

—¿No quieres ser tú? —le preguntó él, y en respuesta, Tess se echó a llorar.

—¿Por qué saben que es ella? —preguntó August mirándolos, con Tess entre sus brazos, aferrada a él como si no pudiera tenerse en pie por sí misma, y Abel tomó la palabra.

—Porque desviamos el curso de la investigación poco antes del aniversario de muerte de Adam. Ya habían pasado más de tres años investigando y no encontrábamos nada, así que, luego de tanto tiempo, tuvimos que detenernos y tomar una decisión. O cambiábamos el rumbo, o lo dejábamos así.

—No podíamos dejarlo así —agregó Horace—. Por Adam, no podíamos.

—Y resultó ser que Aaron era un soberano hijo de puta —siguió Abel, y miró a Felicity—. Con el perdón de las damas aquí, pero lo era. El peor de todos.

—Estábamos buscando al hijo de Simon —siguió Horace—, y estábamos buscando mal. No era el hijo de Simon al que Aaron buscaba, sino a su propio hijo, el hijo que tuvo con una empleada y quiso tapanlo luego. Sí la

menospreció, sí la mandó a la mierda cuando se enteró de su embarazo y ella acudió a él, y hasta el último momento, sostuvo que era de Simon para que nunca nadie supiera que le había sido infiel a la mujer que supuestamente amó, la madre de Adam—. Ahora el que estaba pálido era August. Al oír aquello, Tess se separó un poco de él para mirar al par de hombres que le daban esta tremenda noticia y a Felicity, que se secaba la comisura de los ojos con un pañuelo.

—Me sorprendió muchísimo —dijo Felicity—, pero cobró mucho sentido cuando lo plantearon de esa manera. Yo, aunque no era muy cercana a Simon, lo conocía bastante bien. Me habría enterado si él hubiese estado buscando un hijo perdido, pero hasta el día de su muerte, nunca mencionó nada. Pero bueno... pensé que cosas así sólo se las compartiría a su hermano...

—Pero —intervino August— si Aaron de verdad quería que encontraran a ese niño, ¿por qué mintió? —Abel meneó su cabeza negando.

—No puedo hablar por él, nos preguntamos lo mismo por mucho tiempo. Mintió... haciendo casi imposible la tarea. Adam murió con la creencia de que era su primo a quien buscaba...

—Tal vez no creyó que fuera a ser tan difícil —siguió Horace—, y por esa época, casualmente, Simon estuvo en el país, y visitó algunas veces las oficinas. Era fácil, por su forma de ser, enredarlo con alguna de las empleadas y hacer pasar a ese hijo como suyo. Pero se equivocó. No fue fácil, y nos hizo plantearnos la idea de que nos había mentado. No encontramos nada que vinculara firmemente a Simon con ninguna de ellas.

—No creo a Aaron tan tonto —protestó August—. Al final habría que hacer una prueba de ADN. Todo se sabría, estuviera él vivo o no.

—Los resultados de ADN se pueden manejar de manera confidencial, August. Aaron era lo suficientemente poderoso como para mantener también eso en secreto, pero murió... y toda su mierda salió a la luz.

—¡Debió decirlo! —insistió August—. Al menos el nombre de la madre. ¡Debió decirlo! Hasta el último minuto él... —August se detuvo, dándose cuenta de que estaba a punto de hablar más de la cuenta, y sólo se quedó en silencio apretando sus puños y sus dientes.

—Antes no le importó lo del heredero... —siguió Horace con un suspiro— Pasó muchísimo tiempo antes de que empezara a buscar, de ser así... habría sabido muy pronto que eras tú, Tess, pues... trabajaste en su casa como sirvienta. Sólo era tener que atar un par de cabos y habría sabido que eras su

hija. Sin embargo, se olvidó completamente del asunto, se desinteresó completamente de ti, y de tu madre... Siento decir esto, Tess, pero... Si Aaron hubiese sabido por aquella época que eras su hija bastarda, tal vez habría hecho lo posible por desaparecerte de su vista. No creo que te hiciera daño, pero sí habría forzado un poco las cosas para que te alejaras con tu abuela.

—¿Qué lo hizo cambiar de idea? —preguntó August, y Abel suspiró.

—Aaron decidió empezar a buscarla sólo cuando supo que Adam no tendría hijos, y que su linaje se acabaría por eso, y eso fue muy poco antes de su muerte—. Aquella respuesta hizo que August lo mirara completamente pasmado.

Ahora podía recordar claramente aquella vez que se lo dijo. Luego del escándalo de Christen saliendo embarazada de otro hombre, él le preguntó si no podía ser suyo ese niño.

—No es posible, papá —le había contestado él con tristeza— Yo... soy estéril. Los médicos me han dicho que no saben por qué, pero no puedo tener hijos—. Aaron, su padre, no se lo había creído, así que lo obligó a hacerse mil pruebas más, incluso fue con él a especialistas en el extranjero, y a cada respuesta negativa, Aaron parecía no estar triste, sino enfurecido.

Sin embargo, nunca lo trató como si lo hubiese decepcionado.

Pero ya no sabía qué pensar, se estaba dando cuenta de que nunca conoció verdaderamente a su padre. Cuando estaba en su lecho de muerte, le contó lo de su tío, y le dijo que llevaba mucho tiempo buscando, pero que era su sobrino, el hijo de su hermano, y que él debía seguir con esa labor. Adam le había creído... le había creído cada palabra sólo porque era su padre, porque nunca se le había ocurrido dudar de él.

—A Adam le dijo que había estado buscando desde hacía mucho tiempo —siguió Abel, y August asintió al oírlo—, casi desde que murió Simon, pero no era cierto. Todo eran patrañas para despistar.

—Pero murió antes de refinar un plan y poder seguir inculcando a su hermano, y nosotros, tontos, no nos dimos cuenta sino hasta hace poco, que decidimos tirar la toalla, pero la memoria de Adam nos lo impidió.

—Todas sus razones fueron egoístas —acusó Felicity—. Cariño, créeme, yo también me sorprendí mucho, ellos no me lo dijeron sino hasta hace unos días, pero... Estoy feliz, estoy feliz de que seas tú—. Ni Tess, ni August, dijeron nada por largo rato. Se estaban mirando el uno al otro deseando poderse hablar con el pensamiento.

Eran medio hermanos, Tess y Adam habían sido medio hermanos.

Con razón, pensaron ambos. Con razón la vida no los dejó estar juntos, con razón él fue borrado de los pensamientos de ella casi en cuanto dejó la casa Ellington, y cuando se volvieron a ver, ella no lograba recordarlo, no importaba las veces que él se presentara ante ella, ella lo volvía a olvidar.

Claro, Ellos sabían que se amaban, y que sabiendo el uno quién era el otro, se unirían, tal como había ocurrido ahora que él estaba en el cuerpo de August. Todo tenía sentido ahora.

Los mayores siguieron hablando, largamente, y Tess cerró sus ojos y se sentó de nuevo sin soltar la mano de su esposo, y así se enteró de cosas que su abuela jamás le contó, como que su madre había sido una empleada en las empresas de los Ellington, una simple secretaria, tal como era ella ahora, y que al quedar embarazada, se fue, despechada y desilusionada, y nunca más tuvo contacto con Aaron, y él tampoco se volvió a preocupar de la hija bastarda que había traído al mundo. No fue sino hasta que se dio cuenta de que su hijo legítimo no podría darle nietos, y que toda su fortuna terminaría tal vez en manos de nietos adoptivos, gente ajena a él y a su sangre, que se inquietó y empezó a buscar.

Sin embargo, temió que se descubriera su verdad hasta el final, y prefirió inventarse una historia acerca de su hermano, que era un poco libertino y una cosa así no ensuciaría demasiado su ya trajinada reputación. Simon nunca supo la verdad, pues murió mucho antes. Fue al momento de su muerte que Aaron le comunicó a su hijo la existencia de un primo. Adam se lo contó a Horace y a Abel, y juntos emprendieron la búsqueda. Los mayores se habían extrañado de que Aaron nunca les hubiese revelado una verdad así, pero no dijeron nada para no ensuciar delante de Adam la memoria de su padre.

—En resumen —dijo August al fin luego de haber guardado silencio durante un buen rato—, que Aaron tuvo una aventura mientras estuvo casado con... su primera esposa —dijo—, embarazó a una de sus empleadas y la despachó sin hacerse cargo. Luego, cuando se dio cuenta de que no tendría nietos, y que su legado pasaría a gente que no llevaba su sangre, fue cuando se preocupó y empezó a buscarla, pero entonces ya había pasado mucho tiempo, y ella había desaparecido sin dejar rastro.

—No imaginamos qué enredos o qué discusión hubo entre ambos —lo interrumpió Horace—, pero es cierto. Nicolle Harris fue empleada aquí, tenemos las pruebas, las fechas coinciden, y tenemos el registro de que, nueve

meses después, ella murió dando a luz en un hospital, y la abuela se hizo cargo de ese bebé, le dio su propio apellido, y se fueron a vivir lejos de San Francisco. Pero unos años después, la señora Ellen, sin saber lo que había ocurrido en el pasado entre su hija y Aaron, entró a trabajar para los Ellington.

—Yo la contraté —aseguró Felicity—. Y era una buena mujer... Me pidió que la dejara ingresar con la niña, y no niego que al principio tuve mis reparos, pero te vi y... Me di cuenta que las dos necesitaban mucho este trabajo. Eran gente pobre, necesitada, y quise ayudar, así que las acepté a ambas. Nunca noté que Aaron te tratara de un modo especial, de modo que puedo decir que te tuvo en su casa sin sospechar que eras su hija.

—Cuando Adam se fue a la universidad —siguió Horace—, las dos desaparecieron, otra vez.

—Sólo estábamos en Los Ángeles —siguió Tess—. Y luego... volvimos a San Francisco y... aquí me casé y tuve mis hijos. Estuve separada un tiempo, y volví a ver a Adam, pero...

—Tú y Adam eran medio hermanos —aseveró Felicity—. Nunca habrías podido estar con él, Tess. No como hubieses querido—. Tess cerró sus ojos, y de ellos bajó una amarga lágrima.

—No —dijo—. Ya veo que no.

—Yo... Necesito un momento a solas con mi esposo —anunció Tess poniéndose en pie luego de haber escuchado la noticia más impactante de su vida, sólo superada por el conocimiento de que Adam estaba en el cuerpo de su ex marido. Los hombres la imitaron poniéndose en pie también, y Felicity la miró un poco preocupada—. Estoy bien, es sólo que...

—Te entendemos —le dijo Felicity. Tess no dijo nada, sólo miró a August de manera significativa y él asintió siguiéndola a la salida de la sala de juntas.

—Pueden hablar en mi despacho —sugirió Horace, y Tess asintió tomándole la mano a August, y desapareciendo tras la puerta. Una vez allí, se abrazaron, y Tess volvió a llorar.

Ninguno dijo nada por largo rato, sólo estuvieron allí, sorprendidos, tremendamente sorprendidos, sin poder asimilar del todo lo que acababan de oír.

—Yo... —dijo ella al fin, y al abrir la boca, las palabras les salieron a borbotones. Sí, habían sido medio hermanos. Sí, ahora entendían todo. Sí, habría sido imposible estar juntos. Una razón más para estar agradecidos de que el destino hubiese decidido meter la mano y hacer cambios.

—Esto es tan... Es tan...

—Lo sé, lo sé —la interrumpió él abrazándola todo lo fuerte que podía sin llegar a hacerle daño.

—Lo siento —lloró ella con la cabeza enterrada en su pecho—. Lo siento tanto—. Adam se asustó. En serio se asustó. Sintió que toda la sangre se le iba a los pies, que su cara se enfriaba de manera aterradora, así que la tomó de los brazos y la alejó de sí para mirarla, pero ella entonces esquivó su mirada.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó él preocupado—. ¿Te molesta... que Adam y tú hayan sido medio hermanos? ¿Eso te impedirá estar conmigo? — Tess lo miró un poco desconcertada, y él siguió—. El cuerpo de Adam, el que compartía tu ADN está muerto... —al ver que ella no decía nada, y sólo lo miraba en silencio, August empezó a angustiarse. Se alejó un par de pasos sintiéndose nervioso, mucho más nervioso que cuando se dio cuenta de que, efectivamente, había muerto—. Y aunque esta es mi alma, la que estuvo antes en ese cuerpo... ya no importa lo que haya sido antes... Recuerda que las almas no tienen lazos de sangre.

—August...

—Si es un problema para ti... —siguió él sin hacer caso de su interrupción — recuerda que ya Dios lo arregló. Hizo todo esto, todo... me hizo pasar por la muerte, me hizo afrontar los problemas de August, sus culpas, para poder estar aquí, para poder tener el derecho y la libertad de estar contigo...

—August —volvió a llamar ella, pero él estaba absorto.

—Yo no voy a despreciar eso, Tess —dijo con voz un poco alta, y Tess se dio cuenta de que tenía lágrimas en los ojos—. No voy a echar por tierra todo lo que me han hecho vivir para poder estar a tu lado. No voy a menospreciar el regalo de Dios al darme esta oportunidad contigo. Esto me dice que Él mismo lo aprueba, de no ser así, yo habría muerto y ya, sin segundas oportunidades, sin... —Ella se acercó a él y volvió a abrazarlo, y lo sintió sollozar, aferrado a ella, temblando.

—Jamás te dejaría —le aseguró ella en un susurro—. Ni la muerte pudo alejarte de mí, nada más lo hará.

—Oh, Dios, gracias—. Volvieron a quedar otro rato en silencio, sólo interrumpido por los gestos de alivio de él, sus palabras de amor, y algún suspiro de ella. Al cabo, Tess se separó de nuevo de él y volvió a mirarlo apretando suavemente su mano.

—Pero... tengo que pedirte perdón, August; no quería quitarte todo.

—Oh, nena. No fuiste tú.

—¿Será por eso que nos sentimos atraídos cuando niños? —preguntó ella con el ceño un poco fruncido—. Porque la sangre llama.

—Olvídate de eso. Lo que yo sentía por ti no era tan platónico, era... demasiado terrenal—. Ella lo miró un poco sorprendida por esas palabras, y August se echó a reír.

—¡Era una niña! —exclamó ella, fingiendo horror.

—Pero creciste, convirtiéndote en una mujer hermosa. Y te deseaba...

—Dios mío, ¡le di un beso a mi hermano! —exclamó ella cubriéndose los labios con sus manos.

—Sólo fue un pico.

—¡Pero fue un beso!

—Ya eso pasó. No hicimos nada malo... Oportunamente... tú te fuiste de casa, te olvidaste de mí e hiciste tu vida... —Tess no pudo evitar sentir dolor en su corazón, y los ojos se le volvieron a humedecer.

—Estaba prohibido, y no lo sabíamos.

—Habríamos cometido un terrible error... por los errores de nuestros



padres.

—Yo... no habría podido vivir con eso, August. La culpa me habría destruido... además de saber que no te podría tener. Eso habría acabado conmigo.

—Entonces, tenemos que decir que hemos sido afortunados, Tess. Nos permitieron estar con la persona que amábamos... El universo entero se sacudió para darnos el permiso.

—Eso me hace sentir... demasiado especial —dijo ella a la vez que una lágrima caía presurosa por su mejilla—. Y no lo soy.

—Sí lo eres. La mujer más importante del mundo... para mí —ella rio ahora entre lágrimas, y él las limpió con sus dedos suavemente. Por unos segundos, ambos se miraron muy serios— ¿Te das cuenta de que ahora... eres una mujer muy rica? —comentó él, y Tess sonrió.

—Y tú también. Has recuperado todo por ser mi esposo, el padre de mis hijos—. Él suspiró.

—¿Eso quiere decir que lo aceptarás? —Tess hizo una mueca y se separó de él secando sus ojos y respirando profundo.

—¿Qué es lo que pasaría si dijera que no? —él, muy sereno, se encogió de hombros. Sabía que ella sólo quería conocer todas las posibilidades, todas las opciones.

—Horace y Abel han sido leales hasta ahora... —le respondió con voz un poco grave, sin soltar su mano—. Ninguno de los otros socios se alzó tampoco para hacerse con la empresa. Ha pasado un año, y ellos, por mera lealtad, han esperado firmes... Eso es algo que no se ve en ninguna parte.

—Y fue por ti. Tú les inspiraste esa lealtad.

—Pero eso no podrá seguir así si tú te niegas, Tess —siguió él con el mismo tono—. Tenlo por seguro. Es demasiado dinero... y ellos no son más que hombres, hombres de negocios, con una mentalidad de aprovechar todas las oportunidades. Alguno de ellos, tarde o temprano, tomará el control, se apropiará de la parte de los Ellington, y si llegara a haber discordia, habrá rupturas, pleitos, ventas... Muchos altercados que terminarán en problemas y división.

—Un caos —concluyó ella, y August asintió.

—Pero ya luego las aguas se calmarán y todo volverá a la normalidad. Tomará algún tiempo, pero, después de todo, el mundo empresarial es como el ecosistema; puede que haya desastres por un momento, pero tarde o temprano

todo vuelve a recobrar su equilibrio.

—Pero mientras... los que siempre llevan la peor parte son los de abajo, los empleados.

—Eso no te lo voy a negar.

—¿Se quedarán sin trabajo?

—Una parte. Habría modificaciones importantes, eso sí te lo aseguro. Nadie sabe a ciencia cierta qué podría pasar ante un evento de esos—. Tess se mordió los labios, y August se le volvió a acercar—. ¿Te asusta ser tan rica? —Tess lo miró fijamente a los ojos.

—No tengo lo que se necesita para... ser dueña de tanto dinero y no volverme loca... ya sea de la preocupación, o de la avaricia.

—Tú no eres avariciosa —rio él casi divertido, y Tess se cruzó de brazos mirándolo.

—Nunca lo he sido porque siempre he tenido justo lo que necesito. Pero... ¿y si me vuelvo como esas mujeres que ya no quieren trabajar, sino que se la pasan de compras?

—¿Y eso qué tendría de malo? Estarías aportando al comercio y las fábricas con tus adquisiciones.

—¿Sabes a lo que me refiero! —se exasperó ella, mientras él seguía sonriendo— ¿Y si esto me cambia? —August le acarició la mejilla con el dorso de sus dedos.

—El mero hecho de que estés preocupada por eso, me asegura que nunca serás una mujer vacía y sin corazón. Si cuando te viste obligada a lavar ropa, y baños, y jardines ajenos para sobrevivir no tomaste malas decisiones, tampoco lo harás ahora que podrás pagarles a otros para que te laven a ti tu ropa, tus baños y tus jardines. Eres buena, Tess; sabes lo que es la necesidad, sabes lo que es sufrir... Nunca serías alguien que le cause tal daño a otros—. Ella fue cambiando poco a poco su expresión, y dio el paso que lo alejaba de él y le sonrió.

—Te amo.

—Ah... Ya lo sé.

—Te amo, te amo, te amo —él rio por lo bajo, inclinó su cabeza y le besó los labios.

—Yo te amo más. Amarte es mi derecho, y ahora... mi regalo del cielo—. Tess cerró sus ojos y suspiró recibiendo su suave beso. No pudo negar que al principio se sintió extraña, esperando sentir algo repulsivo, quizá. ¡Había sido

su hermano! De repente, ¡todos los recuerdos que del antiguo Adam tenía eran prohibidos!

Pero con este nuevo hombre ella había creado muchísimos más recuerdos, pensó. El anterior le había gustado y lo había admirado como admira una niña a su amor platónico, pero esto de ahora era diferente... Trascendía todos los niveles, todos los obstáculos.

Más terrible que saber que en el pasado habían sido parientes, era el imaginar, tan sólo imaginar, separarse de él. Le causaba un dolor extremo, profundo, mortal.

Profundizó su beso y le rodeó los hombros con sus brazos. ¿Era sano amar así? ¿Tan fuertemente? Él terminó el beso y la abrazó, y Tess tuvo que aterrizar. Estaban en el despacho de Horace, y los esperaban al otro lado de la puerta.

No podía negar que se sentía nerviosa, pero no estaba asustada. Con August a su lado, podría enfrentar lo que le esperaba al otro lado, y por el resto de su vida. Además... esto sólo era una devolución. No era capaz de verlo de otra forma, a Adam le estaban devolviendo todo lo que una vez tuvo, sólo que en el cuerpo de August. Ella sólo estaba siendo el medio.

—Entonces... —preguntó él—. ¿Aceptarás? —Tess suspiró.

—Qué suplicio tener que aceptar miles de millones de dólares.

—Te compadezco tanto. La vida a veces es tan cruel —ella se echó a reír, y le tomó la mano de nuevo para volver a la sala de juntas.

Felicity y los demás notaron que ella ahora tenía otro semblante, ya no parecía asustada. Cuando todos estuvieron sentados de nuevo, Horace y Abel se miraron el uno al otro como haciéndose una señal para proseguir.

—Heredarás todo, Tess —le informó Abel tomando unos documentos de mano del abogado que había estado en la sala de juntas con ellos y se los pasó. Tess apenas si lo miró, pues de inmediato se lo dio a August para que fuera él quien lo estudiara, un gesto que no le pasó desapercibido ni a Horace, ni a Abel—. Lo que le correspondía a Simon y lo que le correspondía a Adam —siguió Abel—, toda la fortuna Ellington es tuya ahora.

—El monto actual es de unos veintiocho mil millones de dólares —informó el abogado, y a continuación empezó a explicar en qué consistía todo el patrimonio, a qué se dedicaba la empresa, cuáles eran sus productos, y demás terminología que Tess no alcanzó a entender del todo, pero que sabía que luego August le explicaría de nuevo.

Era mucho dinero. Demasiado. Podría dedicarse a no hacer nada por el resto de sus siguientes siete vidas y aún le quedaría dinero para una octava. Y sus hijos... ahora podría llevarlos a una mejor escuela, tendrían todo el calzado que necesitaran, y podría al fin llevarlos de viaje a otra ciudad, pues nunca había podido pagarse siquiera un hotel barato en Los Ángeles para cambiar de aire.

Su vida había cambiado... Para siempre.

—Pero... es aquí donde tenemos que tomar algunas decisiones —dijo Abel con tono perentorio. Tess y August mirando a Abel y a Horace intrigados.

—Tú no estás calificada para tomar las riendas de las empresas —dictaminó Horace mirándola fijamente—. No puedes dirigir las, lamentablemente.

—Oh, eso lo sé, lo entiendo perfectamente, pero... August puede...

—No —la interrumpió Abel—. Tampoco tu marido dirigirá las empresas, jamás.

—¿Qué? —preguntó Tess confundida.

—Cuando supimos que eras tú la heredera, lo investigamos a fondo, y hemos descubierto que... no es alguien a quien podamos confiarle tanto dinero, tanto poder.

—¡No! ¿Por qué...?

—Porque nos mintió —contestó Abel antes de que ella pudiese completar la pregunta—. Estuvo en la cárcel por varios delitos menores... Eso hace que perdamos la confianza en él—. Tess miró a August, que seguía allí en su silla, impassible ante todo lo que le estaban diciendo ahora.

Sintió ira. Después de todo, el pasado de August había regresado para dañar las cosas.

Tess sacudió su cabeza.

—¿Es eso lo que los molesta? ¿Que les haya ocultado la verdad? —les preguntó—. ¿O me van a decir que si él hubiese venido aquí con ese historial de todos modos le habrían dado la oportunidad de mostrar sus capacidades?

—Lo que queremos decir es que...

—Yo misma le pedí el favor a unos amigos para que borrarán ese historial... —lo interrumpió Tess—. Porque August es un hombre nuevo, y merecía empezar otra vez, ¡de cero! Es el mejor calificado para... dirigir todo, ¡lo que sea!

—¿A pesar de su pasado?

—¡Su pasado sólo me interesa a mí!

—Y a otros cientos de miles de personas que dependen de este trabajo.

—¡Oh, Dios! —exclamó Tess, molesta, pero Abel continuó.

—De ninguna manera una empresa que goza de prestigio, que tiene una economía boyante y que hasta ahora fue conservada bien va a pasar a manos de alguien que falsificó documentos, que tuvo problemas de alcoholismo, hizo pequeños fraudes y un sinfín de porquerías más. Nunca, mientras yo esté vivo. Adam nos dejó esta empresa limpia, con el mejor prestigio de todos, y si esperamos hasta ahora fue por eso, porque teníamos una deuda moral con él. No creas que no se nos pasó por la cabeza hacernos con la empresa al ver que el dichoso heredero no aparecía. No caímos en ese error entonces y no lo haremos ahora pasándosela de buena gana a un delincuente.

—¡¡August no es un delincuente!! —exclamó Tess casi roja de la ira, y August la calmó poniendo una mano sobre su hombro y haciendo que se recostara de nuevo a su asiento.

—Ellos tienen razón, Tess —dijo, y eso la confundió tanto que no supo qué decir—. Yo los entiendo... —siguió—. De hecho, haría lo mismo.

—Pero tú eres...

—Soy August Warden —la atajó él—, el hombre que cometió mil errores en el pasado.

—Pero si yo soy la dueña de todo —insistió Tess mirando a cada uno de los presentes—. Puedo decidir que quiero que él dirija, ¿no es así?

—No hagas eso, Tess —le pidió August, pero Tess siguió.

—No puedo permitir que te traten así. Eres mi esposo.

—Querida... —intervino Horace, y su tono suave hizo que Tess lo mirara—. Lamento profundamente tener que decir esto, pero... en caso de que insistas, y trates de imponerte, entonces tu propuesta será sometida a votación por los demás socios. ¿Y qué crees que decidirán ellos cuando sepan del pasado de tu marido? Porque te aseguro que se sabrá, y tu marido entonces será... digamos, un poco desprestigiado.

—Además, Tess —dijo Abel, con menos tacto—. ¿Cómo se puede confiar en tu palabra, si un día te divorciaste, y unos pocos meses después, te volviste a casar con el mismo hombre? Un hombre que te dejó en la miseria, que te hizo sufrir terriblemente. No, eso no habla bien de ti, ni de tu buen criterio. No te tomarán en cuenta nunca, Tess.

Tess estaba boquiabierta. Por largos segundos, no pudo decir nada, no pudo

refutar a esa verdad. Era cierto, todo era cierto, tenían la razón.

Su pecho estaba agitado, sentía que sudaba, y los ojos se le humedecieron y miró a August sintiendo dolor.

Después de todo, August, el antiguo August, seguía haciéndole daño. Aun después de muerto.

—Nosotros seguiremos manejando las empresas tal como hasta ahora — afirmó Horace—. Esta es una empresa conformada desde hace mucho, tiene renombre y algo que es inestimable: una excelente reputación. Además, tenemos un estatuto, una junta, un concejo directivo... Tú simplemente te sumarás como heredera, pero todo lo demás seguirá igual. Tendrás todos los derechos y los beneficios, pero en cuanto a decisiones legales e importantes, nosotros te asesoraremos siempre para que hagas lo mejor posible, tal como en este momento.

—En algún punto de la vida —siguió Abel—, alguno de sus hijos tomará las riendas. Es mejor así para todos, Tess. Deja las cosas tal como están; lo que funciona, no se cambia.

Tess cerró sus ojos con fuerza, y sintió a August respirar profundo a su lado y acomodarse en su asiento. Parecía que nada lo alteraba, pero no engañaba a Tess, sabía que estaba molesto, no sólo por las decisiones que se estaban tomando, sino porque no podía hacer nada para cambiarlo, sólo podía dejarse llevar por la corriente.

Qué injusto, ¡qué injusto!

Pero, ¿qué podía hacer?

—¿He perdido mi empleo? —preguntó él con voz calmada, y Tess volvió a abrir sus ojos para no perderse la respuesta.

—Iba a despedirte en cuanto te descubrí, pero Abel me convenció de sentarlos aquí primero y explicarles.

—Entiendo.

—No puede ser —susurró Tess mirando a August—. ¿Qué vas a hacer ahora? —él le sonrió.

—No te preocupes, cariño. Encontraré algo en otro lugar.

—Pero...

—Estaremos bien —la tranquilizó él—. No es como si necesitaras mi sueldo ahora.

—Yo te contrato —dijo Tess, y miró a todos—. Puedo hacerlo, ¿verdad? Puedo contratar a August. Te contrato para... que seas mis ojos aquí... —

Horace meneó su cabeza.

—Tess...

—No confío en nadie para esto —insistió Tess mirándolo ceñuda, y se giró a August—. Si no puedes tomar decisiones —le dijo—, ni incidir en nada, al menos, quiero que estés aquí y te enteres de cada cosa, y que me lo puedas traducir a mí con palabras simples. Quiero que estés en cada junta, en cada reunión que se haga.

—¿Desconfías de nosotros? —se quejó Horace, y Tess los miró fijamente.

—No. Pero tampoco puedo permitir que traten así a mi esposo. Él estará allí... él... merece estar aquí. ¿Acaso hasta ahora, desde que lo contrataron, ha hecho algo fuera de lugar? ¿No se han sorprendido, más bien, porque a pesar de no tener título se desempeña excelentemente? Sí, en el pasado... hay errores, un historial horrible, pero regresó siendo otro hombre, ¡otro hombre por completo! Y si yo, que pasé por tantas dificultades he vuelto a poner la seguridad de mi vida y la de mis hijos en sus manos, es porque estoy completamente segura de que no me defraudará... y que siempre hará lo mejor por nosotros—. Horace, Abel, y el abogado se miraron el uno al otro sin responder. Fue Felicity la que habló.

—¿Estás segura, Tess? A veces nos dejamos llevar por los sentimientos, querida, y... nos equivocamos.

—No es por mis sentimientos. Aunque no lo parezca, estoy siendo muy práctica en este momento. Es verdad, yo no tengo los conocimientos que se requieren para dirigir esto, y falta mucho para que alguno de mis hijos esté capacitado. La persona en quien más confío en el mundo, y que sé que puede hacerlo mejor que nadie es mi esposo... Ojalá pudieran entenderme, ojalá pudieran estar tan seguros como yo...

—No hay problema —aceptó Horace al fin—. Él puede estar en las reuniones, incluso podemos darle una oficina, aunque no vaya a hacer nada en ella. No firmará ningún papel, ni podrá incidir en decisiones, en ninguna, pero ya que quieres que esté aquí así sea como un empleado, no podremos oponernos.

—Gracias —dijo Tess, y miró a August, pero éste tenía sus ojos fijos en sus manos.

Le dolió verlo así. Era como si le hubiesen derrotado en algo, y no se lo merecía.

A continuación, la reunión fue una serie de firmas, lecturas de documentos que August le tradujo a un lenguaje más sencillo, y más información. Luego de lo que pareció ser una eternidad, salieron al fin de allí, Tess convertida en una mujer millonaria, sólo a la espera de la visita de algunos bancos para entregarle sus tarjetas, y algunos documentos necesarios.

De vuelta a casa, en uno de los autos de la empresa, August seguía revisando algunos papeles, y Tess no pudo evitar acariciar su cabello a modo de consuelo. August le sonrió.

—Estoy bien, Tess.

—¿Y por qué parece que no? —él elevó ambas cejas.

—Ha sido un día largo...

—Agotador —se quejó ella, y él sonrió.

—Te dije que si tenía que cambiar mi fortuna por ti y los niños lo haría de buen grado. Y lo sostengo. No me importa no dirigir la empresa, y sé que Horace y Abel lo harán bien. Han demostrado ser leales y sinceros, no tienes que temer.

—Lo sé, pero pienso en ti y...

—He trabajado toda mi vida —la interrumpió él—. Toda, toda mi vida he cumplido horarios, trabajando de sol a sol, yendo a esa oficina sin faltar un solo día. Sin vacaciones, a pesar de que era el dueño; sin un día de descanso, porque no tenía nada más en qué invertir mi tiempo. Ahora... ahora podré viajar contigo... o contigo y los niños. Podré dedicarme a ayudarlos en su crecimiento y educación... Sólo necesito que me mantengas—. Eso hizo reír a Tess, echó su cabeza atrás y soltó la carcajada. No se imaginaba a August de mantenido, pero si era justa, su dinero era también de él.

—Bueno, si lo pones así...

—Y tú también —insistió él—. Has trabajado toda tu vida, lo sé. Desde niña. Vamos, Tess, eso de no dirigir las empresas es más bien otro regalo. Podemos tomarnos un año sabático y viajar por todo el mundo. Contratamos tutores para los niños y así no se atrasarán en la educación. ¡Es el momento de vivir! Es el momento de disfrutar lo que tenemos. No sirve de nada la riqueza si eres esclavo de ella. El dinero está hecho para que te sirva a ti, no tú al dinero—. Ella lo miró a los ojos ahora seria, se acercó a él y le besó los labios.

—Amo tu sabiduría.

—Después de eso —siguió él, demostrando que se había emocionado con



el tema—. Puedes... no sé, iniciar una fundación. Ya sabes que apoyamos a varias.

—Es lo que hace Heather.

—Exacto. Y es admirable. A la vez que beneficias a la empresa, ayudas a personas, ayudas de verdad.

—Podría ayudar a mujeres que alguna vez estuvieron en mi situación; abandonadas, con hijos...

—Y serías maravillosa en eso. O, si eso no demanda todo tu tiempo, podrías... iniciar tu propia empresa, qué se yo... joyería, calzado, maquillaje, ladrillos... lo que se te ocurra. Cualquier sueño frustrado que hayas tenido de niña, ahora lo puedes volver realidad.

—¿Podría hacerlo? —él la miró guardando silencio por unos segundos, y luego se inclinó para besarle los labios.

—Siempre, Tess. Puedes ser y hacer lo que tú quieras. Nunca lo olvides—. Ella se sonrojó. Sí, podía.

Respiró hondo, llenando sus pulmones de aire, y se recostó en su hombro. El auto siguió andando, acercándolos a su humilde casa, que pronto dejarían.

Oh, los problemas de espacio habían terminado. Había estado preocupada porque tendrían que comprar muebles nuevos para llenar la nueva casa, y resulta que ya eso era una completa trivialidad.

¿Cuántas veces más le iba a cambiar la vida así tan drásticamente?

Cerró sus ojos y oró:

Dios, que siempre sea para bien, y que yo tenga la sabiduría para afrontarlo como debe ser.

Sintió la mano de August apretando la suya y supo que Dios escuchaba sus oraciones. Siempre.

La noticia de que Tess era la heredera de los Ellington impactó mucho a todos. Esa misma noche, Tess reunió a sus amigos, que básicamente se trataba de la familia Calahan, y les anunciaron el gran descubrimiento de aquella mañana. Georgina no había podido salir de su asombro, y corrió a ella para abrazarla, y casi lloró diciéndole que se alegraba por ella, y por Adam, su viejo amigo.

—No puedo creer que yo haya ayudado a que tuvieran una cita. No pasó nada esa vez, ¿verdad? —Tess se echó a reír.

—No, recuerda que te conté que la cita había salido horrible.

—No puedo creer que ahora sienta alivio por eso —Tess volvió a sonreír.

—La fortuna quedó en familia, entonces —comentó Phillip repartiendo copas de champaña—. Bienvenida al podrido mundo de los ricos, Tess.

—Oh, gracias... Tan amable como siempre —rió Tess.

—Con un buen tapabocas —agregó Raphael—, no te llegará el olor de la podredumbre —volvieron a reír, y entonces brindaron a la salud de Tess y August, de los niños, de los amigos, de todos, y, por último, brindaron por Adam, que desde el más allá, había bendecido a una familia. Tess sólo miró a August, que estaba muy callado, y eso la tenía ya preocupada.

Cuando volvieron a casa, los niños ya estaban dormidos, así que tuvieron que llevarlos alzados hasta la cama. Adam llevó en un brazo a Kyle y en otro a Rori, mientras Tess se ocupó de Nicolle y el bolso donde estaban sus cosas. El chofer del auto que la empresa les había prestado preguntó diligentemente si lo necesitarían para el día siguiente y Tess sólo le pidió su número diciéndole que ya lo llamarían si era así. El auto se quedó en su jardín.

Desde la puerta de la habitación, Tess vio a August besar la frente de cada uno de los niños, arroparlos, y desearles las buenas noches, aunque no lo escuchaban. Antes de que saliera de la habitación, ella caminó a la cocina, buscó una de las botellas de vino que habían sobrado de la fiesta de bodas y sirvió dos copas. August llegó al fin hasta donde ella y no rechazó su invitación. Se sentaron el uno al lado del otro en la pequeña mesa y guardaron silencio por varios minutos. August vació la copa y Tess, sin apuro, se la volvió a llenar.

—No sabía que esta era una de las funciones de la buena esposa: —comentó él risueño señalando su bebida— adivinar cuándo su marido necesita

una copa de vino y servírsela.

—Sólo los buenos esposos se lo merecen —dijo ella esquivando su mirada a la vez que le daba un trago a su vino, y August volvió a sonreír—. Es sólo que estás muy... alicaído... desde esta mañana que nos enteramos que Adam y yo compartíamos un progenitor—. August hizo una mueca, y Tess supo que, efectivamente, eso era lo que lo tenía molesto.

—La mentira más grande que haya descubierto jamás —farfulló—. O, más bien... fueron muchas mentiras las que se revelaron hoy, Tess, todas de papá; tuvo una aventura estando casado con mamá... Siempre dijo que fue el amor de su vida, que la amó como a ninguna otra... y hoy me di cuenta de que fue lo más falso, pues tú naciste cuando ella aún estaba viva... —Tess sólo bajó la mirada—. Luego... descartar así a una mujer que te dice que está esperando un hijo tuyo, casi como si fuera un... objeto que no funcionó como tú querías. Ahora que tengo tres hijos, me doy cuenta de que eso fue... una canallada—. Tess siguió en silencio, sólo lo observó llenar por tercera vez su copa y seguir —. Y, por último, mentirme a mí. Me mintió Tess, de frente y sin temor, como se le miente a un niño de tres años para tenerlo tranquilo. Me hizo perder el tiempo buscando al hijo de tío Simon. Sin pistas, sin información que pudiera ayudar, sólo... tanteando en la oscuridad. Jugó con nosotros—dijo al final—. Se burló de mí, y me siento tan... decepcionado—. Ella sólo suspiró y cruzó sus brazos sobre la mesa acercándose un poco más a él.

—Lo hizo porque tenía miedo de perder la admiración que siempre sentiste por él.

—Ah, no era un niño.

—Un hijo siempre verá a su padre con ojos de niño. Aunque ya estén grandes, aunque ya tengan hijos... ellos siempre nos verán como gigantes, o héroes. Él te mintió porque tenía miedo de perder eso.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Cuando August se fue —contestó ella con un suspiro— le mentí a mis hijos. Les dije que sólo estaba trabajando lejos, que no los había olvidado, que los amaba. Fue una mentira para protegerlos, aunque a medida que el tiempo fue pasando y fueron creciendo, se me hacía más difícil sostenerla. Llegué... a escribir cartas a nombre de August y emocionada se las entregaba como si las acabara de ver. Kyle las guardaba, pero fingí que se perdieron en la mudanza a esta casa.

—Eso estuvo mal, Tess.

—Pero no me importa —dijo ella elevando sus hombros—, los protegí del abandono de su padre, y no me arrepiento.

—Pero no es lo mismo, papá...

—Claro que no, pero él creía que te protegía.

—Sólo buscaba la manera de que su dinero no parara en manos de extraños.

—También... porque era tu dinero. A tus sobrinos o primos segundos los querías, no te dolería heredarlos; él sabía eso—. August sonrió mirándola—. No lo estoy justificando —aclaró ella—, sólo que... lo entiendo.

—Sí, ya veo que lo entiendes.

Se estuvieron en silencio un largo rato, Tess lo escuchó suspirar un par de veces, como si tratara de asimilar lo que ella le había dicho, como si le estuviera dando vueltas en la cabeza. Ella lo dejó cavilar sin interrumpirlo.

—Tess, vámonos a Europa —dijo él de repente, y ella, que le estaba dando otro trago a su copa, empezó a toser y él tuvo que darle golpecitos en la espalda—. Te debo la visita a un concierto de música clásica, ¿lo recuerdas? José Carreras cantando Tristesse. ¿Cómo dice la canción? “*dimmi perché fai soffrir quest'anima che t'ama e ti vuole vicin?*”—Tess elevó sus cejas y vio que su tercera copa también se había terminado. Su marido estaba un poco achispado.

—Dime cosas lindas en italiano —le pidió apoyando su mejilla en su puño, y August sonrió.

—*Cose belle* —dijo él con acento—. *¿Che belle cose vuoi che ti dica? Se la cose più carina sei tu*—. Ella se echó a reír y aplaudió emocionada, aunque no entendió ni una palabra. Él la atrajo para darle un beso y siguió soltando frases en italiano, y al cabo de un rato él ya no quiso seguir usando la lengua para hablar, y la puso en pie y la llevó a la habitación, diciéndole cosas como “*cara mia*”, “*amore mio*”, y otras más.

A pesar de no tener viaje de luna de miel, Tess sí pidió un par de días en el trabajo para disfrutarlos con su marido. Sin embargo, cuando volvió, no fue para reincorporarse a sus labores, sino para anunciarle a su jefa que ya no podría seguir trabajando.

—¿Qué? —exclamó Amelia mirándola con absoluto terror— ¿Qué me estás diciendo? —Tess abrió grandes sus ojos al ver su expresión. Amelia era una mujer guapa, con sólo treinta y seis años, y soltera. Según algunos, tenía

demasiado... vigor... Era el tipo de mujer que intimidaba a los hombres, hasta a los más exitosos. Intentó intimidarla a ella en el principio, pero tal vez en un punto se dio cuenta de que Tess no era una amenaza, porque su trato se suavizó con el paso de los días. Se había ganado su confianza, y aunque no eran íntimas amigas, sí que habían empezado a llevarse bien.

—Que... renuncio —contestó Tess mirándola un poco aprensiva, y dando un paso atrás.

—¿Y a ti quién te dijo que podías renunciar?

—¿La... constitución?

—No, no puedes renunciar —exclamó Amelia saliendo de detrás de su escritorio—. Eres mi secretaria y te necesito. Bajo ningún concepto puedo permitir que te vayas. Ah, ya sé —siguió luego de una pausa con una sonrisa que a Tess se le antojó malévola—. ¿Alguien te está ofreciendo más dinero? ¿Es eso?

—No, Amelia, simplemente...

—Te haré una contraoferta —la interrumpió Amelia volviendo a su escritorio—. Dime quién es el maldito que te está endulzando el oído para que te vayas y arreglaré ese asunto de inmediato—. Tess se pasó la mano por los cabellos. Ya había imaginado que no sería fácil con ella, pero aun así se sorprendía de la manera que tenía de asumir lo que consideraba de inmediato una amenaza.

—¿Prometes escucharme hasta el final? —le preguntó Tess cruzándose de brazos, y Amelia frunció su ceño.

—¿Acaso estás insinuando que soy mala escuchando a la gente?

—¿Podrías callarte un momento y sólo escuchar? —eso sorprendió a Amelia. Tess siempre era cordial, siempre.

—De... acuerdo —susurró. Tess respiró profundo y se sentó frente a ella.

—Nunca te hablé de mi vida, así que no sabes mucho de mí.

—Nunca me contaste.

—Amelia... —ella sólo se pasó los dedos por la boca simulando cerrar una cremallera y Tess continuó— Retomando... No sabes nada de mi vida, pero resulta que yo... crecí huérfana, pues mi madre murió cuando me dio a luz, y desconocía a mi padre. Y... por cosas de la vida, el destino, Dios... hace poco me enteré de que mi padre... era un hombre muy rico. Y me dejó su herencia... y ahora... —Amelia, sin poder evitarlo, soltó una sonora carcajada. Tess sólo la miró en silencio mientras ella incluso daba palmas y se

reía con ganas.

—Ay, no, Tess. Ay, no —dijo muerta de risa—. Esa excusa es muy mala... Tomaste el pésimo argumento de una de esas series tontas, ¿cómo les llaman?, ah, de esas donde siempre la chica es pobre y huérfana, pero resultaba ser la hija o nieta de un millonario... Y te atreves a venir aquí a...

—¡Soy la hija de Aaron Ellington! —exclamó Tess muy seria, y eso la dejó en silencio al fin—. Toda la fortuna Ellington ahora es mía, de mi marido y de mis hijos. Ya se están haciendo los traspasos, ya he firmado algunos papeles. ¿Necesitas evidencia de eso, acaso? ¿Por qué no puedes fiarte sólo de mi palabra? ¿Cómo se te ocurre que voy a... inventarme algo así?

—¿Es en serio?

—¡Que sí, joder!

—No es divertido, Tess.

—¿Y crees que para mí sí?

—Obvio que lo es. No necesitarás trabajar nunca más en tu vida. ¡Qué cabrona! —Tess no se molestó, al contrario, no pudo evitar sentir un poco de diversión ante su reacción cuando al fin le creyó. Amelia se volvió a poner en pie y empezó a caminar por la oficina—. Perdona que no te creyera, pero es que... ¡esas cosas no pasan en la vida real!

—Si supieras todo lo que yo he tenido que ver... —Amelia la miró en silencio, y de alguna manera, Tess sintió que su jefa quería que le contara más, que aclarara ese punto. ¿Pero cómo podría? La acusaría de loca rematada.

El silencio se prolongó entre las dos, y Tess se puso en pie y tuvo que carraspear para volver a llamar su atención. Ella de repente se había quedado absorta en su silencio.

—Es por eso que... debo renunciar, Amelia. Cumpliré con el plazo exigido por la ley para poder irme, de hecho...

—No es necesario —dijo Amelia sin mirarla, e incluso sacudió su mano como si simplemente desechara un pañuelo de papel—. Hay miles aquí que te pueden reemplazar.

—Claro —contestó Tess sabiendo que esta era su manera de protegerse. Cuando perdía algo, asumía que, después de todo, no era tan importante.

Tess se acercó a ella y la abrazó. Amelia permaneció tiesa, y no respondió al abrazo.

—Gracias por todo —le dijo Tess—. Puedo considerar que, además de una jefa, fuiste una amiga—. No le contestó nada, pero Tess no se amilanó, le besó

la mejilla y salió de la oficina.

Una vez sola, Amelia sólo sonrió con desdén dejando salir el aire.

—Los milagros no existen —se dijo, y se sentó frente a su escritorio para seguir trabajando.

Sin embargo, le echó una mirada dolida a la puerta tras la cual se había ido la mejor secretaria que había tenido.

En cuanto se hicieron efectivos los traspasos de los bienes de la familia Ellington a la familia Warden, ésta empezó a empacar las cosas de primera necesidad, y los juguetes más apreciados por los niños para mudarse; todo lo demás iba a ser donado, todo.

August le propuso a Tess irse a la mansión donde de niños habían vivido, y de sólo imaginarse volviendo a esa casa a ella se le encogió el corazón. ¿Volver al lugar donde se había conocido con Adam? Todos aquellos recuerdos dolían por múltiples razones, así que no, no podría volver, y mucho menos, vivir allí.

Cuando vio su semblante, August le rodeó los hombros y le besó la frente con mucha suavidad.

—Seamos entonces como esos ricos que no ostentan su dinero —le dijo con voz tranquila—, y viven en casas sencillas, con autos sencillos... Prefieres la casa que elegimos, ¿verdad? —Tess sonrió.

—Pero... ¿puedes traer el piano? —él se emocionó de inmediato.

—Claro que sí, haremos que quepa —ella le sonrió y besó sus labios, feliz porque él la complacía hasta en eso.

De ese modo, ocuparon la casa que previamente habían elegido. Era mucho más pequeña que la enorme mansión de los Ellington, y su jardín no era tan majestuoso. En su garaje sólo cabían dos autos, no había todo un edificio especialmente para ellos, pero, aun así, en su césped los niños podían jugar, tenían una piscina mediana, y espacio para barbacoas. Las cuatro habitaciones fueron repartidas de inmediato; las dos niñas en una, Kyle en otra, la pareja ocuparía la principal y quedaría una cuarta para los huéspedes. No tenía un salón de fiestas, pero la sala era lo suficientemente amplia como para recibir invitados, y en el comedor cabía una mesa para ocho comensales.

Tess sonreía dirigiendo a las personas que habían contratado para que todo estuviese pronto y en su lugar, y August se asombraba de que ella fuera feliz con cosas tan sencillas como esta.

Cuando estuvieron instalados, a petición de August, contrataron ayuda para los quehaceres y un jardinero visitaría la casa un par de días a la semana.

Lo siguiente fue comprarse ropa. Hasta ahora, Tess no se había dado cuenta de cuánto necesitaba ir de compras, y acompañada de Heather, que ya había pasado por una experiencia similar, visitó las tiendas y se hizo a un nuevo guardarropa, incluyendo todos los accesorios que necesitaban. Pero no enloqueció tanto como cuando fue a comprar ropa para los niños. Ya antes se había comportado como millonaria cuando de comprar cosas para sus hijos se trataba, ahora tuvo que pedirle a Heather, o a August, o al que la estuviese acompañando, que le pusiera un alto cuando se estuviese excediendo. Tuvieron que hacerlo casi todo el tiempo.

August, a pesar de haber dicho que se alegraba de no tener que ir a las oficinas, iba a diario. Al principio, Abel y Horace lo miraban un poco molestos porque él insistía en leer documentos, asistir a juntas importantes, y realizar entrevistas. A pesar de que no podía hacer cambios importantes, vigiló el funcionamiento de todo y así fue conociendo al nuevo personal.

Aquí todo funcionaba bastante bien, recordó. El problema estaba en los mandos medios, y allá se fue para conocer al personal. Afortunadamente, allí sólo necesitaba decir que era uno de los socios para que se le tratara con deferencia, y así fue entrevistando de uno en uno a todos, y recordó nombres y caras que le fueron mencionadas mientras fue un simple lavaplatos. Había algunos que abusaban de su poder, o intentaban aprovecharse de las necesidades del otro para su conveniencia, o de las jovencitas; imponían horarios extenuantes a algunos mientras a otros les pasaban las faltas por ser amigos.

Entre esos personajes estaba Ernest Atkins, que de inmediato solicitó reunión con uno de los ejecutivos para quejarse del trato que estaba recibiendo de August, quien se había atrevido a hacerle recomendaciones acerca de su trabajo...

—¿Desde cuándo se le permite a hombres como él a abusar del personal? —le preguntó August a Jonatan Grover, el ejecutivo al que había acudido Atkins—. Este señor no sólo abusa de sus subalternos, sino que exige favores de índole...

—De todos modos —dijo Grover interrumpiéndolo—, en caso de que haya notado algo extraño, lo que corresponde es decírnoslo a nosotros.



—Soy socio, puedo...

—Sería penoso para mí tener que recordarle que, aunque es el esposo de una socia importante, ya tenemos una jerarquía, y en caso de que el señor Atkins se haya extralimitado en sus funciones, es a nosotros a quienes corresponde hacer el llamado al orden—. En otras palabras, entendió August, él no era nadie para llamarle la atención a ningún empleado. Horace y Abel lo habían dejado claro. Incluso el pasante más reciente aquí tenía más poder que él.

Mierda, eso lo enfurecía. Había pensado que no, pero definitivamente no estaba acostumbrado a que se le ignorase o infravalorase de esta manera.

—Entiendo —dijo entre dientes, y Jonatan Grover le sonrió, aunque su sonrisa no le llegaba a los ojos.

—Le agradezco entonces. Sólo recuerde en un futuro seguir el conducto regular. Hay uno—. Qué difícil era bajar la cabeza, pensó August dando un asentimiento de cabeza con mucho rencor.

Oh, ¿era esto una prueba para aprender humildad?, se preguntó saliendo de la oficina de Grover con sus dientes apretados. Pues, le iba a costar un poco, pensó.

—Estás hermosa —le dijo August a Tess, ayudándola a ponerse una fina cadena de oro con un precioso y pequeño dije de diamantes en forma de flor, y ella sonrió mirándolo en el espejo. Estaban vestidos de fiesta, pues ahora que eran de esta alta sociedad, frecuentemente los invitaban a cenas y reuniones. La de hoy era algo formal debido al cumpleaños de alguien importante y asistiría la prensa. A ellos los habían invitado por mera cordialidad, pero asistirían, pues era su deber.

Además, los Calahan y los Branagan asistirían, no sería tan aburrido.

—Gracias —dijo ella volviéndose a él a la vez que le ajustaba el corbatín—. Tú estás guapísimo —ella bajó la mano hasta su cintura, y él tuvo que detenerse cuando le vio la intención de ir más abajo.

—Te tomó mucho tiempo ese maquillaje, no hagas que te lo eche a perder —Tess sólo se echó a reír, y se giró para meter en su pequeño sobre algunas cosas que necesitaría.

Al llegar a la sala, los niños los miraron un poco molestos por dejarlos solos, pero luego de un beso y la promesa de regresar temprano y traerles dulces, pudieron salir.

En cuanto llegaron al salón de fiestas ubicaron a sus amigos. Heather deslumbraba con su cabello rojo recogido y su vestido blanco. Georgina lucía zafiros y sonreía con ojos luminosos ante los chistes de Phillip, y ambas los saludaron con entusiasmo al verlos llegar.

August reconoció a la gran mayoría de los presentes, incluso al que cumplía años, así que le tomó la mano a Heather y la condujo hasta donde estaba para cumplir con el protocolo de felicitarlo. Era un anciano, tenía noventa y tres, sus ojos eran algo legañosos, y tenía un humor ácido difícil de comprender, pero era rico, y no ignoraba que sus hijos eran como buitres esperando a que muriera para empezar a despedazar su herencia.

—Señor Whittington —saludó August extendiendo su mano—. Feliz cumpleaños.

—¡La hermosa hija bastarda de los Ellington! —exclamó el anciano casi al tiempo que August hablaba, ignorándolo y mirando a Tess con sus ojillos muy abiertos—. Dime, jovencita, ¿qué se siente de repente no tener que volver a limpiar pisos en tu vida? —y al decir aquello, soltó la carcajada. Tess sólo se quedó allí, fría y quieta.

¿Qué le pasaba a este hombre? En derredor, todos reían del chiste del anciano como si fuera muy gracioso. Era horrible. Quería irse ya.

—¿Qué se siente no haber muerto todavía, pero saber que sus hijos no ven la hora de meterlo en el ataúd? —arremetió August, y Tess contuvo la respiración, igual que todos alrededor.

—¿Quién te crees? —inquirió el anciano, pero August no se arredró.

—El esposo de la mujer que acaba de insultar. Vinimos aquí a celebrar su cumpleaños, pero esto más bien parece su velorio anticipado. ¿Te quieres ir, cariño? —le preguntó a Tess, que estaba terriblemente pálida.

—Yo también me voy —dijo Phillip tras ellos ajustándose su finísimo smoking con gesto de desaprobación—. No puedo compartir espacio con gente tan snob.

—Te sigo, suegro —lo secundó Raphael, y miró al hijo mayor de los Whittington que había estado al lado de su padre—. ¿Recuerdas que te interesaba aquel negocio? Pues... se fue a la mierda.

—No, espera... —lo llamó el hombre, pero ya Raphael se encaminaba junto a los demás a la salida— ¡Joder! —exclamó— ¿No podías controlar esa lengua, papá?

—¿De qué me sirve tener más de noventa si todavía tengo que controlar lo

que digo?

—¡Eres imposible!

Tess llegó a la salida y sentía los ojos humedecidos y las mejillas rojas. August le tomó los hombros y la sacudió un poco.

—Que no te afecte —ordenó, pero ella estaba molesta, y sin saber cómo reaccionar—. Tess, son gente estúpida, no merecen ni tu ira.

—¿Va a ser así siempre? —le preguntó ella, y una lágrima rodó por su mejilla—. ¿Voy a ser sólo... la limpia pisos bastarda que encontró papá rico?

—Con un par de extorsiones, no —dijo Phillip llegando con Georgina a su lado. Heather, que venía detrás junto a Raphael, de inmediato se acercó a ella y la abrazó como si intentara protegerla de todo mal.

—No les hagas caso —le dijo—. Son sólo una bola de estúpidos.

—Ya lo sé, pero... De todos modos...

—No te preocupes, no será así siempre —la tranquilizó Phillip—. Si les arruinamos un par de negocios por el simple hecho de haberte tratado mal... sabrán que contigo no se pueden meter sin que haya consecuencias.

—En este mundo —le dijo August—, no basta con tener dinero, debes tener amigos, y tú los tienes, Tess. Hoy lo han demostrado. No estás sola, cariño —le recordó él extendiéndole la mano, y Tess la apretó con suavidad, dejándose abrazar y consolar por todos allí.

A pesar de que no era la primera vez que acudía a estas fiestas, sí se había sentido algo nerviosa. Estaba siendo la comidilla de todo el mundo por su parentesco con los Ellington recientemente descubierto. Hasta ahora, sólo la habían tratado con fría cordialidad, pero nunca se esperó algo como lo de hoy.

—¿Tenemos que volver a entrar? —le preguntó a Georgina, que era la experta en el trato con la sociedad.

—No si no quieres. Puedes querer demostrarles que estás donde te dé la gana estar, pero te han insultado, no tienes por qué aguantarlo.

—Tengo hambre. Debe haber algún restaurante que reciba a seis personas sin reservación —dijo Phillip mirando su reloj.

—Conozco uno muy bueno —propuso Raphael, y se fueron, cada pareja en sus autos, a una pizzería. Allí, con sus vestidos carísimos y fortunas en joyas, comieron con las manos, bebieron Coca-Cola o cerveza y charlaron de todo y de nada.

Mañana todo el mundo sabría del desplante que había tenido que sufrir, era lo más seguro, pero también sabrían que tenía amigos poderosos dispuestos a

tomar medidas con tal de hacerla respetar.

—¿Es cierto que eres amigo de Phillip Calahan? —le preguntó Horace a August, temprano por la mañana. No habían asistido al cumpleaños de Eugene Whittington, pero sí que habían oído lo que había sucedido ahí. Estaban en la sala de juntas, y Abel simulaba leer unos documentos, pero en realidad estaba atento a la conversación.

—Sí —contestó August.

—¿Desde cuándo? —él elevó una ceja.

—¿Por qué les interesa?

—Y de los Branagan... ¿también eres amigo? —August suspiró.

—Sí.

—¿Qué tan cercanos?

—Íntimos.

—Oh... —August los miró fijamente por largo rato. Horace parecía incómodo por algo, pero August no interrumpió sus cavilaciones—. Son gente poderosa —dijo al final—. Supimos que... Whittington insultó a Tess.

—Es un hijo de puta —masculló Abel sin levantar los ojos de los papeles que supuestamente leía—. Siempre lo he dicho.

—También oímos que tú lo insultaste a él en respuesta.

—Y no me disculparé —aseguró August de inmediato—. Si me han llamado aquí a pedirme eso...

—No eres un niño para que te pidamos algo así. Y yo habría hecho lo mismo, pero esto... resiente algunos tratos que teníamos con esa familia.

—Esos negocios se irán al demonio —volvió a hablar Abel. August apretó un poco sus dientes.

—¿Eso les molesta? ¿Que se resienta un trato comercial? ¿No les duele que se haya resentido el corazón de Tess?

—No, nosotros no...

—Si lastiman a Tess —siguió August— es como si lastimaran a Adam. Si insultan a Tess, insultan a Adam. Se los juro por lo más sagrado, que esté donde esté Adam Ellington no aprobaría este trato a su... pariente.

—Nunca conociste a Adam Ellington, ¿cómo podrías saber...?

—Pues sé de él más de lo que imaginan. Si hay que romper un acuerdo comercial, se rompe. Primero que todo siempre está la dignidad del ser humano, y esa gente... no puede, de ningún modo, ultrajar a una persona y

pretender que todo siga igual. Si ustedes permiten eso les aseguro que me sentiré muy decepcionado... y seguro que también Adam lo estaría—. No agregó nada más y salió de la sala de juntas, dejando a Horace y Abel completamente pasmados.

Horace miró a Abel, que observaba con ceño la puerta tras la cual se había ido August.

—Eso fue un poco... —dijo, señalando la puerta sin poder completar la oración.

—El chico tiene carácter, siempre lo hemos sabido.

—Así era Adam —sonrió Abel—. Ah, extraño a ese muchacho —y siguió leyendo su documento. Horace, en cambio, quedó muy pensativo.

¿Acaso no era demasiada casualidad que este August se rodeara de los mismos amigos que Adam? ¿Que usara sus mismas palabras, y hasta sus mismos gestos? Había hablado acerca de lo que haría y sentiría Adam con tanta propiedad...

Era muy extraño.

Los días se pasaron con cierta tranquilidad. Tess terminó de amoblar la casa a su gusto, que era bastante sobrio y práctico, y August sólo contribuyó añadiendo un par de pinturas en la sala para que le dieran un toque elegante y de buen gusto. Inevitablemente, él siempre elegía accesorios de primera calidad, con altos precios. No se podía esconder su buena crianza, pensaba Tess con una sonrisa.

—¡La casa es preciosa! —exclamó Beth mirando las paredes, los techos altos, y los detalles que poco a poco habían ido siendo agregados. Los suegros estaban de visita junto a Golfo, su perro bóxer, y los tres niños lo rodeaban abrazándolo y besándolo.

—Vayan al jardín —les pidió Tess, y Kyle le pidió a Henry la correa para llevarlo fuera. Éste la miró a ella con una sonrisa.

—Parece que todo está bien por aquí—. Tess sonrió en respuesta.

—Sí, muy bien.

—Cuando nos contaron, yo no lo podía creer —siguió Beth sentándose en los muebles y descargando su bolso en el suelo. Tess lo tomó y se lo entregó a Constance, la mujer que los ayudaba con los quehaceres, pidiéndole que lo pusiera en la habitación de huéspedes. Henry y Beth venían para quedarse el fin de semana.

Eso hacía muy feliz a August. Ahora tenía padres, estaban vivos los dos, y bastante saludables. Lo primero que había hecho él había sido reparar algunos daños de la casa, y comprarles un coche nuevo. Henry no había querido deshacerse de su viejo Corvette, pero ahora tenían uno para esos viajes que seguramente harían con frecuencia. También los había llevado a los mejores médicos para que se hicieran un chequeo general, y les había prometido una mensualidad.

Era un buen hijo, suspiró Tess, al igual que Beth. Tener padres era un privilegio para él, y por eso cuidaba de ellos.

—Casi se desmaya —comentó Henry ante las palabras de su esposa—. Yo también tuve que pellizcarme un par de veces.

—Entiendo —sonrió Tess—. Es todo tan increíble.

—Y que eso pasara justo cuando August ha vuelto —sonrió Beth—. Dios lo premio por haber recapacitado, por haber vuelto de su mal camino.

—Tal vez —dijo Tess. En ese momento llegó August a casa, y luego del alboroto de los niños al saludarlo, él llegó hasta su madre y le dio un sonoro beso en la frente. Ella, encantada de la vida, se sonrojó y sonrió como boba toda la tarde y toda la noche. Imaginaba que así sería ella cuando Kyle fuera un adulto ya, y le daba ternura. El amor de una madre nunca menguaba, y nunca serían capaces de dejar de verlos como sus niños, sus bebés.

El fin de semana pasó rápido, y pronto Tess se acostumbró a su nueva rutina. Como ya no trabajaba, tenía mucho tiempo libre, y con Heather conversaba acerca de lo que debería hacer ahora, en qué debía invertir su tiempo y sus energías.

—Tienes tres hijos pequeños —le decía Heather—. ¿Con eso no es más que suficiente?

—¿Me aconsejas quedarme en casa?

—No para siempre —contestó Heather—, pero, cualquier cosa que decidas, no te olvides de disfrutarlos ahora que son niños—. Ella tenía razón, pensó Tess, así que lo conversó con August, y él se mostró de acuerdo. Si iba a ocuparse, no debía ser algo que le tomara todo el día. No quería llegar a vieja y lamentarse de no haber disfrutado la niñez de sus hijos.

Y disfrutar a August, pensaba también, pero más con una sonrisa de picardía. Quería disfrutar a su esposo, en cuerpo y alma, así que no sólo era para las actividades del dormitorio, sino para salir, pasar horas hablando, o en

silencio, o como fuera.

Ahora, él pasaba más tiempo en casa, dado que no tenía que cumplir con un horario tan estricto como antes, y ella estaba bastante feliz con ese hecho, pues, cuando los niños estaban en el colegio, ellos podían quedarse a solas, en la habitación, sin temor a ser interrumpidos.

A veces se sentía un poco culpable de tener que llevar a Nicolle a la guardería, cuando lo más sano era que estuviese con su madre, pero también era sano dedicarle tiempo a su esposo, y entonces tenía que equilibrar las cosas. Con August, este nuevo August, ella no había tenido tiempo a solas, pues desde que entrara a su vida, siempre estuvieron los niños en medio. Y se lo merecían, y lo necesitaban, así que Nicolle tenía que irse a su guardería, aunque ya con menos frecuencia que cuando trabajaba.

—Te llevaré a Europa —dijo August, sentado en el suelo y con la cabeza apoyada en el colchón, donde estaba ella tendida y desnuda, dormitando.

Al oír aquello, no abrió sus ojos, sólo sonrió.

—Debemos ir antes de que empiece el verano —siguió él—, o las zonas turísticas se pondrán imposibles.

—Pero los niños tendrán escuela—. Él se giró para mirarla, y al sentir su silencio, ella abrió los ojos.

—Tendremos que dejarlos aquí ese par de semanas.

—Se disgustarán terriblemente.

—Bueno, tendremos que llevarlos a alguna parte en las vacaciones de primavera entonces. ¿Te parece? —ella sólo hizo un sonido de asentimiento, al parecer, sin energía siquiera para decir algo. Él se movió y le dio una suave nalgada con la palma de su mano y la deslizó suavemente por su muslo. Ella había abierto sus ojos y reconocido de inmediato su intención.

—August... acabamos de hacerlo.

—Ya pasó un rato —dijo él besando la curva de su trasero, y Tess no pudo evitar soltar la risita—. Y me encanta tu piel —siguió él—. Lo suavcita que eres —él la movió un poco bruscamente hasta tenerla apoyada en sus rodillas, y Tess lo vio desde abajo abrir la boca y besarle los labios inferiores. Cerró sus ojos y dejó salir un gemido que mezclaba sorpresa y placer. Blanqueó sus ojos cuando su lengua la penetró y le rodeaba las paredes interiores, suave, cálido, rápido. Qué bueno era este condenado haciendo eso.

Rápidamente, ella fue respondiendo a su toque, sus besos, y él recibió su orgasmo en su boca, bebiéndose el placer de ella y deleitándose con los



gemidos y quejidos que soltaba.

Tess ya no podía más, estaba agotada, pero no dijo nada cuando él recostó su espalda a su pecho y la penetró desde atrás; todavía no habían terminado los espasmos de su anterior orgasmo, así que lo recibió más que encantada, feliz, y aunque ya estaba agotada, sin energía, se movió al ritmo de él, apretándolo, exprimiéndolo, y llegando juntos y rápido de nuevo a la cúspide.

Él volvió a recostarla en la cama, como una muñeca de trapo que no se puede estar en pie por sí misma, y se tiró a su lado tratando de recuperar el aliento, pero sin dejar de tocarla.

Le encantaba esto. Dios, era tan feliz.

Suspiró y cerró sus ojos. Todavía había cosas que lo incomodaban, pero eran más referentes a su trabajo y al dinero. Esas cosas podría ir las reparando poco a poco, pero en cuanto a lo demás, él, por fin, era absolutamente feliz.

En el momento, llamaron a la puerta. Varias veces, de manera insistente.

—¿Señor? —escuchó decir, y August al fin contestó—. Es que... afuera... Afuera está la policía —dijo Constance—. Pide hablar con usted —eso despabiló a Tess, que de inmediato abrió grandes sus ojos, sintiendo una extraña adrenalina recorrerla.

—¿La policía? —preguntó August, completamente alerta.

—Sí, señor. Dos agentes... Los hice pasar... ¿Hice mal?

—No, no. Está bien. En unos minutos bajo—. Tess se bajó de la cama y corrió a vestirse.

—Algo malo pasó —dijo—. Dios... ¿qué será? Los niños...

—Los niños están en la escuela, Tess —le recordó August, pero Tess no dejó de sentirse nerviosa. En cuanto estuvo cubierta y con el cabello atado, abrió la puerta de la habitación y salió. August se demoró un poco más, bajó a paso lento sin evitar sentir cierto recelo. La policía tal vez no lo estaba buscando a él, sino al antiguo August, y si la policía buscaba a ese August no era por nada bueno.

—No me quieren decir qué pasa —dijo Tess cuando lo vio llegar al fin a la sala, y August miró al par de agentes. Uno de ellos era alto y rubio, muy grande y fornido; el otro, en cambio, era de origen asiático y más bien menudo, pero intuía que muy inteligente.

—Somos los agentes Kincaid y Young —se presentó Young, señalando a su compañero y luego a sí mismo—. ¿Es usted August Warden?

—Así es.

—Necesitamos hacerle unas cuantas preguntas. ¿Podemos hablar en privado? Es un asunto delicado.

—Puede hablar lo que sea delante de mi esposa.

—¿Está seguro, señor Warden? —August no contestó, y eso pareció no importar a Young, que se encogió de hombros—. ¿Conoció usted a esta mujer? —le preguntó mostrándole una fotografía. Era una mujer guapa, de cabellos negros y ojos claros, tal vez en su veintena, con exceso de maquillaje y ropa llamativa. August meneó la cabeza negando—. Su nombre era Karla Waste. ¿Le suena de algo? —frunció el ceño. Había oído ese nombre antes, hace tiempo.

—¿Debería conocerla?

—¿La conoció o no la conoció?

—Creo... que sí.

—¿No está seguro? Le recuerdo que mentirle a un agente de policía es contra la ley...

—Su nombre me es familiar.

—Debe serlo. En su lugar de trabajo nos dijeron que usted era su novio—. Sintió la mirada inquisitiva de Tess, pero él le sostuvo la mirada a Young.

—¿Pasa algo con la señorita Waste?

—Está muerta —dijo Kincaid, hablando por primera vez. Su voz era grave, y tenía un ceño de molestia—. Hace poco su cuerpo apareció. O sus huesos, debería decir, pues alguien simplemente cavó un agujero y la enterró allí. Los forenses determinaron que lleva un año muerta—. August tragó saliva empezando a sentirse nervioso, pero trató de disimular todo lo posible. Se sentó en el sofá al tiempo que invitaba a los agentes a hacer lo mismo y empezó a hacer memoria.

Karla Waste había sido la novia que August tuvo antes de morir. Pero lo sabía sólo porque Jason Brown, el chulo que lo había identificado cuando salió de la cárcel, así se lo dijo. Nunca la vio personalmente, nunca recibió una carta o llamada suya estando en prisión. Por eso pensó que no había sido algo importante, o que había terminado, pues ella nunca lo reclamó como novio ni se preocupó por él.

Pero resultaba que llevaba un año muerta. Casi el mismo tiempo que August.

En ese tiempo, él llevaba el nombre de Michael Moore. La policía había dado con él a pesar del cambio de nombres, se dio cuenta; debían saberlo, o

no estarían aquí. Y si sabían de las andanzas de Michael Moore, sabían que también había estado en prisión.

—¿Dónde estaba usted el cinco de mayo del año dos mil quince? —le preguntó Young, y August pestañeó.

—Si mal no estoy, estaba ingresado en la Clínica Mayo, en Rochester, Minnesota, por una herida de arma blanca —August vio a Young tomar nota diligentemente.

—Arma blanca, ¿eh?

—Lo puede consultar en la misma clínica.

—Sé cómo hacer mi trabajo —dijo Young. Miró a Tess por un segundo, que había permanecido atenta y en silencio, y era como si temiera decir algo delante de ella, pero al final, soltó el aire y habló: —La señorita Karla se desempeñaba como prostituta en un burdel. El cinco de mayo del año pasado, simplemente desapareció. Nadie reportó su desaparición, ni en su trabajo, ni en su vecindario. Estuvimos averiguando, y adivine qué nos dijeron —sin esperar respuesta, siguió—. Que creyeron que estaba con usted, su novio, sólo que no dijeron su actual nombre, sino el de Michael Moore, nombre que usted usó hasta hace sólo unos meses—. Volvió a mirar a Tess, y ella le sostuvo la mirada sin inmutarse. No parecía escandalizada por las cosas que estaba escuchando de su marido, y eso era sumamente extraño—. Hace unos pocos días fue hallado su cadáver. Llovió mucho en invierno, ¿sabe? Hubo un deslizamiento de tierra en la carretera sur de Rochester... y allí se encontraba el cadáver de Karla Waste, con una descomposición que señalaba un año de haber muerto. Costó un poco identificarla, pero al final los expertos lo consiguieron—. August intentó permanecer tranquilo, no demostrar sorpresa, asco, o molestia.

—Es... lamentable.

—Y a pesar de que era una simple prostituta, parece que Dios no quiere que su muerte quede impune —agregó Kincaid, y August, al fin, miró a Tess.

Era verdad. Karla pudo haber permanecido enterrada a la orilla de aquella carretera hasta el final de los tiempos, pero la tierra se había removido, y su cadáver había salido a la superficie.

—Tal vez usted sea la última persona que la vio con vida —dijo Young, y August sólo hizo una mueca.

—Lo siento. Yo no la recuerdo. Su nombre me es familiar, pero nada más.

—Ajá —masculló Young, nada convencido—. Es hora de irnos —dijo—.

Volveremos a contactarlo, señor Warden. Por favor, no salga de la ciudad.

—Estos son nuestros teléfonos —le dijo Kincaid pasándole una tarjeta—. Ya sabe, por si su memoria se refresca y se acuerda de algo más.

—Por supuesto.

Los dos agentes salieron, y al estar en el jardín, el uno miró al otro.

—¿Qué crees que pase aquí? —le preguntó Kincaid a Young, y este sólo sacudió su cabeza.

—Uno de los dos es el culpable.

—¿Uno de los dos?

—Habría que investigarlos a ambos, pero no son trigo limpio. Una esposa no permanece tan impasible al enterarse que su marido tuvo una amante prostituta y que esta apareció muerta.

—La investigaremos también a ella.

—Pero mi principal sospechoso es él —siguió Young—. Tiene mierda en las patas, algo muy grave oculta—. Kincaid sonrió.

—Y yo que pensaba que sería un caso fácil.

Al interior de la casa, August se sintió sin fuerzas, y simplemente se dejó caer en el sofá. Pudo ver como Tess lo imitaba, pero ella se cubrió parte del rostro con sus manos, terriblemente preocupada.

—Karla Waste —susurró ella—. ¿La conociste? —August meneó la cabeza—. ¿Él... la mató?

—No lo sé, Tess.

—Pero... ¿pueden acusarte de eso? —August se rascó una oreja y respiró hondo.

—No lo sé. No te lo puedo asegurar.

—No era la primera vez que August se relacionaba con fulanas... Así de inmundo es su pasado. ¿Y si la mató, y si es culpable, y te meten preso a ti por eso?

—Eso no va a pasar, Tess.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? La justicia no va a creer, ni le va a importar que no seas ese August Warden. ¡No podemos simplemente decirle que, aunque fuera culpable, no deben castigarte, porque eres otro hombre en el mismo cuerpo! —August no dijo nada contra ese argumento, no podía, y extendió su mano a ella para apretarle la suya suavemente.

—Tal vez no fue August.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—¿Tú crees que él haya sido capaz de matar a una mujer, y luego... enterrarla a la orilla de una carretera? —Tess bajó la mirada y sus ojos se humedecieron.

—Me gustaría pensar que no. Él... no mostraba un comportamiento tan peligroso, pero cambió tanto, y pasaron más de dos años desde que lo vi por última vez hasta ese día en que esa mujer murió. En dos años... pudo haberse convertido en alguien capaz de hacer algo así. Dios, ¡tengo tanto miedo! —él se levantó y se sentó en el reposabrazos de su sillón. Tess lo abrazó con fuerza. No lloró, pero temblaba. Había imaginado que esta felicidad era demasiado, y he aquí la prueba. La vida, al parecer, tenía pensado volver a arrebatarse al amor de su vida, otra vez, de una horrible manera.

—Contactaré un buen abogado.

—Sí —aceptó ella de inmediato—. Los mejores, no importa lo que cuesten —. August asintió; no quiso decirle que ni siquiera el mejor abogado podría ayudarlo si acaso ya alguien más poderoso como, por ejemplo, quien lo había devuelto a la vida, consideraba que su tiempo aquí ya había terminado.

No así, oró con sus ojos cerrados. No de esta manera. Los niños sufrirán. Tess sufrirá. Por favor, no.

—August, este es Carl Bergman, el abogado que se encargará de tu caso — dijo Raphael Branagan presentando a un hombre de mediana edad, quien de inmediato le extendió su mano a August y se la apretó con firmeza y seguridad. August lo miró fijamente y le mostró el asiento para que se sentara, y Carl lo hizo poniendo su maletín sobre la mesa del café de delante.

Estaban en su casa, August había contactado a Raphael para usar sus influencias, ya que las suyas eran nulas, y atraer al mejor abogado penalista posible. Raphael también había hablado de contactar a un investigador privado, y admitió conocer a uno muy bueno. Ya estaba en Rochester haciendo su trabajo.

Tess, que estaba allí con ellos muy atenta, no podía evitar sentirse nerviosa. De esto dependía el futuro de su familia. Si acaso August, el antiguo August en verdad era culpable de asesinato, ellos no tendrían otra cosa que hacer más que huir, huir lejos.

No estaba dispuesta a dejar que su familia se destruyera de nuevo, que August pasara otra vez por la cárcel a causa de los errores de otro. Si esta era la vida que les esperaba, no habría otro remedio, ella estaba dispuesta a todo y así se lo había dicho a sus amigos.

El abogado empezó a hacer preguntas una tras otra. August tuvo que decirle que antes del atentado contra su vida no recordaba nada, pero que ningún médico daría soporte a esa declaración, así que estaban sobre nada.

—¿Me está diciendo la verdad? —inquirió Carl mirándolo con ojos entrecerrados—. Quiero que sepa, señor Warden, que a mí, a su abogado, me debe decir la verdad. Si es culpable, dígalo, y...

—Ese es el problema —dijo August en tono cortante—, que no sé si soy culpable. No estoy seguro, no puedo jurar sobre una biblia que... estas manos no hicieron eso.

—Entonces tenemos que esperar a las averiguaciones del investigador en Rochester.

—Según mis cuentas... El cinco de mayo, que es la fecha en la que desapareció Karla Waste, también me hirieron a mí. Definitivamente, no fui yo quien la enterró.

—Entonces, es poco probable que haya sido usted el culpable de su muerte, a menos que tuviera un buen amigo y socio que le hiciera el favor de

deshacerse del cadáver.

—Sí, es probable, pero también me hirieron a mí... No sé bajo qué circunstancias. No lo sé... porque no recuerdo nada, sólo el dolor, y el haber despertado varios días después en la clínica Mayo, con el nombre de Michael Moore, y acusado de varios delitos menores que me costaron tres meses en prisión.

—Tal vez el que le hizo eso a esa chica, te hirió a ti —intervino Raphael con voz calmada—, con la misma arma, la misma noche, en el mismo lugar.

—Tal vez —concedió Carl Bergman—, pero no hay pruebas de nada, o la policía no habría venido aquí. Debe ser que en el lugar no había cámaras, que no hubo testigos, sólo ustedes dos... y el asesino—. August bajó la mirada sintiéndose, por un momento, algo sobrepasado. Él toda su vida se había conducido por el lado iluminado de la ley; ni siquiera en su adolescencia probó sustancias ilegales, y pocas veces desobedeció a su padre. Toda su vida se mantuvo cumpliendo las normas, las reglas. La más tonta ordenanza él la cumplía... y ahora estaba envuelto en este tipo de líos...

Asesinato, nada menos.

Había sido capaz de soportar la prisión, tal vez porque no era una de máxima seguridad, sino una municipal, y aun así, había sido difícil, había tenido que endurecerse, tener actitudes que nunca tuvo con otros hombres.

Sus manos siempre habían estado limpias, su conciencia, también. Esto era demasiado.

Siguieron hablando otro rato, y August le contó todo lo que pudo, todo lo que recordaba. Luego de que Tess les trajera algunos aperitivos, Carl Bergman tomó sus documentos y los volvió a meter en su maletín, y le habló acerca del procedimiento que seguía. Todavía no estaban apuntando a él como principal sospechoso, todavía no había un fiscal encargado, pero no podían quedarse atrás, tenían que empezar a recabar pruebas e ir un paso adelante.

—No te angusties —le dijo Raphael mirando desde el jardín de la casa nueva de los Warden al abogado subir a su auto e irse— Todo saldrá bien — August no pudo evitar dejar salir una risa de incredulidad.

—Por ahora, todo está yendo de mal en peor.

—Para organizar las cosas... para que todo esté al fin en su lugar, a veces hay que soportar el caos. Te lo dice alguien que ya pasó por eso.

—Eso no me consuela. Tess me lo contó y...

—Entonces, sé fuerte—. August sólo cerró con fuerza sus ojos. Sentía que

aquí no valía eso de ser fuerte y valiente, porque, de todos modos, los que estaban jugando con su destino eran demasiado poderosos. Él sólo sería como una hormiguita luchando contra un elefante, si acaso se le permitía luchar—. No pierdas la fe —le pidió Raphael, y le puso una mano en el hombro apretándoselo con suavidad, y luego de despedirse se encaminó hacia su propio auto.

August se quedó allí otro rato, mirando hacia el jardín y la calle delante con sus manos en los bolsillos, sintiéndose perdido hoy más que nunca. Tess estaba dispuesta a huir en caso de ser hallado culpable, tomar a los niños e irse lejos, a un país muy lejano y sin extradición. Pero eso no sería justo con los niños, ni con los abuelos, ni con ellos. Él era inocente; si acaso Michael Moore había sido el culpable, no veía justo, ni en la tierra ni en el cielo, que tuviera que pagar por sus culpas teniendo una familia por la que velar.

Se dio la vuelta y entró a la casa, encontrando a Tess sentada aún en los muebles de la sala y también un poco perdida en sus pensamientos.

—Todo va a salir bien —le dijo, y ella le sonrió.

—Lo sé.

—No tengas miedo.

—Oh, lo tengo. No puedo evitarlo, pero cuando más miedo hay, es cuando más coraje se necesita. No te dejaré solo en esto, August. Nunca—. Él sonrió y le besó la frente.

Ya no sabía qué más decir, ni qué más pedir.

Los días se pasaron, y pronto tuvieron noticias de Jed Smith, el investigador privado recomendado por Raphael. Definitivamente, no podía haber sido August quien enterrara a la chica, si la fecha en que ella fue vista por última vez coincidía con la que él había ingresado en la clínica.

—Un respiro —suspiró Tess al oírlo.

—Pero que no la haya enterrado, no significa que no la haya asesinado —insistió August, dispuesto a llegar al fondo. Jed, que estaba al teléfono, contestó:

—No, pero reduce las posibilidades. Te hace más otra víctima que un victimario. Es decir, es altamente probable que hayan estado juntos esa noche. Según la Clínica Mayo, entraste con una herida en el abdomen, profunda y delicada, y tenías en tu cuerpo signos de lucha, como nudillos rotos, golpes en el rostro y otras partes del cuerpo. Es decir, que peleaste defendiendo tu vida.



Si eso pasó antes o después de que asesinaran a la chica, no lo sé, pero apostaría a que fue el mismo hombre que lo hizo.

—Pero a mí me llevaron a esa clínica aún con el puñal en mi cuerpo y a ella la enterraron. Eso no tiene sentido.

—Tengo una hipótesis —siguió Jed por el teléfono, y August le pidió que la dijera —El asesino se encarga de la chica, la asesina frente a tus ojos y luego va por ti. Cuando te hiere, cree que has muerto y se ocupa del cuerpo de ella primero, que era más liviano, tal vez lo lleva a un vehículo, y cuando vuelve por ti, se encuentra con la ambulancia y mucha gente.

—Mmm, tiene sentido —masculló August, y entonces una imagen se vino a su mente: él tendido en el suelo, con un terrible dolor en su abdomen, mirando al cielo nublado. Sintió los pasos de alguien corriendo a lo lejos, pero tan pronto vino la imagen y las sensaciones, desaparecieron. Se puso los dedos en sus sienes como si tratara de forzar a su cerebro a recordar más, pero no fue capaz.

—Puedes tranquilizarte —le dijo Jed—. Por ahora, la policía no tiene más que pruebas circunstanciales. No hay una prueba definitiva que te señale a ti.

—¿Descubrieron la causa de la muerte de la chica?

—Ella era sólo huesos, pues fue enterrada sin ningún aislante que protegiera su cuerpo. Es decir, ni siquiera la envolvieron en una bolsa negra antes de meterla en la tierra. Por lo que sé, no hay señales de balas, ni nada más. Va a ser difícil determinarlo— Jed dijo algunas cosas más, y August pudo ver que la palidez de Tess había ido desapareciendo. Ahora incluso la luz de sus ojos había vuelto a brillar un poco.

Cuando Jed Smith cortó la llamada, ella lo abrazó.

—Ya sé que es pronto para decirlo, pero... Tal vez no sea nada, tal vez... quedes por fuera de todo esto.

—Sí. Tal vez sólo fuera el susto.

—Jed es un buen investigador, y Carl Bergman un excelente abogado. Estoy segura que... —ella siguió hablando, y August no dejó de abrazarla mientras ella hablaba de sus esperanzas.

Ojalá. Ojalá fuera así.

Pasaron los días, y según Bergman y Jed Smith, el caso de Karla Waste llegó a un punto muerto. Llamaron a August a la comisaría para que presentara una declaración formal y éste fue acompañado de su abogado, que

prácticamente le indicó cada palabra que debía decir.

Le preguntaron acerca del cambio de nombres, de la razón por la que había dejado a su esposa e hijos, y de la razón por la que había vuelto. Indagaron en su personalidad, sus motivos, su crianza, pero debieron no encontrar nada que les sirviera, porque luego de eso lo dejaron ir sólo con la petición de no salir del país.

—No podemos ir a Europa todavía —le dijo a Tess esa misma tarde, sentados los dos en la sala, observando el alboroto de los niños con sus juguetes esparcidos. En media hora tendrían que hacerlos recoger todo su reguero para enviarlos a la cama, y eso podía tomar una eternidad.

—No me importa. Lo que me importa es que sigues aquí conmigo. Así sea en un cuchitril, pero si estamos juntos, nada me importa —él sonrió, aunque ella no pudo verlo, pues tenía la vista sobre sus hijos.

—¿Un cuchitril? Qué poco exigente eres —ella se giró al fin a mirarlo con ojos entornados.

—Está bien. Me corregiré: No me importa estar contigo, siempre y cuando sea en mansiones, con autos de último modelo y luciendo diamantes.

—Esa es mi chica —rio él acercándose a ella para besarla, y ella aceptó su beso más que encantada, feliz. Por fin él estaba de vuelta. Todos estos días había parecido un fantasma por la casa, taciturno, pensativo. En la empresa no se habían enterado de nada, y aun así, él no había ido a las oficinas con la misma regularidad de antes. Tenía todo su esfuerzo concentrado en esto, aunque era poco lo que podía aportar.

Había estado preocupado, y no era para menos, pero hoy por fin estaba sonriendo, como si hubiese sido capaz de ver la luz al final del túnel.

Ella lo abrazó y besó.

—Hay un concierto para piano este fin de semana —susurró él sobre sus labios, y ella lo miró algo sorprendida—. Qué —preguntó él al ver su reacción, pero ella sólo sonrió y sacudió su cabeza—. La vida sigue, Tess. No podemos pararla sólo porque nos están pasando cosas desagradables.

—No he dicho nada... y estoy totalmente de acuerdo contigo.

—Me alegra, porque me fue difícil conseguir las entradas en último momento. Así que... ¿me acompañas a decirle al mundo que seguimos en pie a pesar del vendaval? —ella lo miró encantada.

—Tendré que ponerme un vestido caro e incómodo —sonrió ella en una fingida queja—, y unos pendientes de diamantes que tiren mis orejas hacia

abajo, y maquillaje que cubra todas mis imperfecciones.

—Pero si tú eres perfecta —ella sólo hizo rodar sus ojos.

—Está bien, te acompañaré a pesar de todo eso.

—Tan humilde, mi esposa —ella volvió a reír, y siguieron besándose. Sin embargo, Nicolle corrió a su papá y de alguna manera se metió entre los dos y empezó a abrazarlo y a besarla ella, como si nadie más tuviese ese derecho en el mundo. Entre los tres empezaron un jugueteo al que luego se sumaron Rori y Kyle, llenando así la sala de risas y bromas.

Para la noche del concierto de piano, Tess se puso un vestido largo, ajustado en el busto y suelto hasta abajo, sin mangas, de un hermoso tono borgoña. Aunque ahora tenía más joyas, todas carísimas, había descubierto que su pequeña cadena de oro blanco con el dije de diamantes en forma de flor era su favorito, así que se puso también los pendientes a juego. Se recogió el cabello, se puso un suave maquillaje y perfume en el cuello.

Bajó las escaleras hasta el vestíbulo, donde la esperaba ya August, vestido con su smoking para la ocasión, guapísimo, y sus ojos brillaron de orgullo y aprobación cuando la vio.

—Encantadora —le susurró él al oído cuando la tuvo cerca, y Tess sólo sonrió.

No podía decir que había imaginado alguna vez esta escena. No, nunca se le pasó por la cabeza que llevaría un vestido de varios miles de dólares, joyas de casi un cuarto de millón, y entradas exclusivas para un concierto de música clásica.

Ella no entendía mucho ese tipo de música; si era realmente sincera, la única pieza con la que estaba de verdad familiarizada era con Tristesse, de Chopin, y eso se debía a que él mismo le había explicado su origen, estructura y demás.

August disfrutaba con esta música llamada culta, seguro que con el tiempo ella entendería ese gusto, y hasta se le pegara un poco.

Los niños ya estaban en la cama cuando salieron al fin, regresarían en la madrugada casi, así que Constance cuidaría de ellos.

Subieron a los asientos traseros de una limosina que August había contratado para esa noche, y sonrojada, Tess miró el interior con ojos grandes de asombro. August destapó la champaña y mientras el auto echaba a andar tan suavemente como si fuera sobre rieles, Tess no pudo evitar sentirse tan emocionada que lo que quería era gritar.

—Sonríes como si estuvieras a punto de cometer una travesura —observó él mirándola encantado y pasándole su copa de burbujeante champaña, y Tess no pudo evitar soltar una risita.

—Estoy... nerviosa, supongo.

—¿Por la limosina?

—Sí —admitió ella sin reparo—. Y por el concierto... Es decir... es mi primer concierto así... Y el vestido es tan hermoso... y mis joyas... Me siento como una princesa de cuento de hadas... Así, como cenicienta en el carruaje de camino al baile donde conocería el príncipe... —August sonrió y se acercó a ella para besarla. Cuando la miró de nuevo, ella tenía los ojos humedecidos.

—Todo está bien, Tess.

—Lo sé. Supongo que... es mi manera de disfrutar —sonrió ella entre lágrimas. August le pasó un pañuelo blanco y ella lo usó para secar la comisura de sus ojos antes de que echara a perder el maquillaje.

El auto se detuvo, y August miró por la ventana un poco extrañado. Había esperado que el viaje fuera mucho más largo, pero al parecer habían llegado.

Bajó el cristal de la puerta y se dio cuenta de que algo andaba mal. Este no era el teatro al que se dirigían.

—¿Stan? —llamó August al conductor, pero éste no contestó, sólo bajó de la limosina y cerró la puerta con fuerza.

—¿Pasa algo? —preguntó Tess, y August empezó a sentirse nervioso.

—¿Stan? —volvió a llamar August, y entonces tuvo un mal presentimiento—. Bajemos —dijo, abrió la puerta ayudando a Tess a bajar, que, por sus tacones, tuvo que apoyarse en él arañándole un poco la mano.

—Lo siento —se disculpó ella, pero August no le prestó atención. Sólo miró alrededor buscando un lugar seguro al que ir, pero todo estaba solo y oscuro.

—¡Stan! —llamó él ahora con fuerza, pero pudo ver al sujeto correr y perderse tras una esquina—. Alejémonos de auto —le dijo a Tess, y sin soltarle la mano echó a andar por la calzada hacia la otra acera.

—¿Qué está pasando?

—No lo sé, pero no me gusta nada.

—¿Por qué se fue Stan? —él no contestó, sólo caminaba aprisa delante de ella—. ¿August? —él la abrazó y se recostó a una pared. Le protegió la cabeza con su brazo como si esperara que algo muy terrible sucediera, pero la limosina simplemente siguió allí, y la calle permaneció sola y silenciosa.

No supo qué pensar, había esperado que a lo mejor el vehículo explotara, o cualquier otra barbaridad. ¿Por qué razón entonces había echado a correr el conductor?

Buscó su teléfono y marcó al servicio de taxi. Cuando le pidieron la dirección, se dio cuenta de que no sabía dónde estaba, así que tuvo que guiarse por el GPS. Stan los había llevado al otro lado de la ciudad. Estaban muy lejos del teatro.

—Deberíamos llamar a emergencias —sugirió Tess, y August asintió.

—No vas a llamar a ninguna parte —dijo una voz saliendo desde el callejón que estaba a sólo unos pasos. Un sujeto apareció, y August de inmediato puso a Tess a su espalda.

—¿Quién eres? —el hombre sonrió y escupió con desprecio en el suelo.

—Te has olvidado de mí —dijo, y August pudo verlo al fin a la luz de una farola. Escuchó a Tess contener el aliento. Ella lo conocía.

—Hola, Tess, bonita —dijo el hombre, y Tess apretó fuerte la mano de August, haciéndole daño con sus uñas.

—Es... amigo de August —susurró ella—. Billy... Se llama Billy... Es un amigo... compañero de la banda de música que tenían—. August miró al hombre de arriba abajo. Era grande, corpulento, y parecía muy en sus cinco sentidos, no ebrio ni drogado. Si iba a pelear, tendría que emplear toda su fuerza.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó, y el hombre volvió a sonreír.

—¿Cómo es que sigues vivo? —le preguntó, y August frunció su ceño—. Y con Tess, ¿por qué estás de nuevo con Tess? ¿Cómo es que ella te recibió de vuelta? ¿Cómo es que otra vez eres August? Coño, ¿cómo es que eres rico ahora? ¿Tienes un pacto con satanás, o algo así?

—¿Qué quieres de mí? —volvió a preguntar August—. ¿Dinero? Puedo darte.

—¡Maldición, tú todo crees que se resuelve con dinero, el sucio dinero! —gritó Billy.

—Entonces, qué quieres —preguntó August dando un paso atrás, dándose cuenta de que este hombre no tenía sus emociones en su lugar, parecía algo inestable, y eso lo hacía peligroso.

—Quiero matarte —contestó Billy encogiéndose de hombros, como si sólo hubiese admitido que quería seguir durmiendo—. Otra vez—. August tragó saliva—. Te busqué por todos lados —añadió—. En el hospital, en Rochester,

te busqué, pero nadie daba razón de ti. Y luego fui a tu lugar de siempre, y nunca volviste. Tenías la ropa, tus cosas, tus porquerías, pero nunca volviste por ellas, así que te di por muerto —dijo elevando sus manos, y August vio que las tenía vacías, no iba armado—. Pensé que lo había conseguido, después de todo. Que a pesar de que te llevaron en esa ambulancia, no habías conseguido sobrevivir. Pero luego... Mierda tienes más vidas que un gato —dijo, limpiándose los labios con su hombro—. Pero esta ya debe ser la última.

—Por qué me odias, Billy —le preguntó August, con tiento— Éramos amigos. ¿Por qué me odias?

—¿Y tienes el descaro de preguntarlo? —gritó Billy—. ¿Te atreves? ¿Acaso lo olvidaste? ¿La olvidaste a ella? —August giró su cabeza para mirar a Tess, pero no quiso perder de vista las manos de Billy, de modo que, si ella hizo algún gesto, no lo pudo ver. Tenía que hacerlo hablar. Habían pedido un taxi y este llegaría en cualquier momento—. Todo fue tu culpa. Lo arruinaste, tú lo arruinaste—. August tragó saliva, sin atreverse a decir nada—. Era tan bonita... sabías que a mí me gustaba, pero no pudiste tener tus puercas manos lejos de ella. Casi te mato esa noche, casi te mato otra vez en Rochester... y ahora sí se cumplirá mi deseo, te destruiré, así como tú me destruiste a mí.

—Después de lo de Rochester, mi memoria no es la misma —dijo August con algo de prisa, dando otro paso atrás y encaminándose poco a poco a la esquina, rogando al cielo que Tess tuviera la idea de quitarse sus tacones para poder echar a correr—. Estuve en coma muchos días...

—Así que lo olvidaste en serio —dijo Billy dejando caer los hombros. Dejó salir el aire y miró el suelo—. Melanie... La camarera del último bar al que nos presentamos. Tocamos allí... ¿recuerdas eso? Te acostaste con ella, allí, en los baños. Ni siquiera... Ni siquiera una habitación de hotel, tú, teniendo a Tess, teniendo ya hijos, teniendo una familia... me quitaste a la única chica que me gustaba, y tuviste el descaro de reírte de ella delante de mí.

—La mujer del bar —dijo August, y casi pudo escuchar los pensamientos de Tess. August, la última noche que se supo de él, se había acostado con una fulana del sitio, o eso fue lo que revelaron a regañadientes sus compañeros de banda. Y luego, simplemente había desaparecido.

—Qué pasó esa noche —preguntó él con voz plana, pausada, y Billy se echó a reír.

—Te llevé... a un sitio. Un poco frío, pero estuviste allí... a mi merced...

por una semana.

—Me secuestraste... y me torturaste —concluyó August.

—Pero no te quejes tanto. Escapaste. Vigilé a Tess esos días, por si sabía algo, pero... la pobre estaba perdida... tan embarazada, con dos niños, y al parecer ni siquiera tenía unos ahorros de qué echar mano. Le hubiera dado algo de dinero, pero yo tampoco tenía mucho. Supe que no habías vuelto con ella, ni con tus padres, así que te perdí el rastro... y luego te volví a encontrar, pero estabas en Minnesota. Qué lejos te fuiste, ¿eh? Al otro lado del país. Te habías cambiado el nombre... ¡eras otro hombre! ¡Maldito! Habías dejado a tu familia, sin decir nada, y huiste de mí. Otro habría llamado a la policía, pero no tú, ¡porque estás más podrido que yo! ¡Y por eso vas a morir ahora! —Billy sacó de alguno de sus bolsillos un arma, un cuchillo, delgado, puntiagudo, y August se dispuso a luchar.

Billy sabía manejar el cuchillo, lo sostenía con su mano derecha, y con la izquierda equilibraba su cuerpo. Lanzaba una y otra vez estocadas, acercándose paso a paso, y él se echaba atrás, protegiendo a Tess. No podría luchar y cuidar de ella al tiempo; estaba desarmado, desprotegido.

—Corre, Tess.

—No.

—Que sí, corre. Busca ayuda.

—August, no te voy a dejar —ella gritó cuando el cuchillo pasó muy cerca de ambos, afortunadamente, August logro bloquear el golpe con su brazo izquierdo, y con el codo derecho le golpeó el rostro a Billy.

—¡¡Corre, Tess!! —gritó él ahora, y ella al fin hizo caso. Se quitó los tacones, se subió la falda de su vestido y echó a correr. Mientras Billy se recuperaba del golpe, August corrió detrás de Tess. Un auto pasó cerca y Tess agitó los brazos llamando su atención, pero o no los vieron o no los quisieron ayudar, pues siguió de largo—. ¡Hacia la avenida! —gritó August, y Tess hizo caso, pero su vestido le estorbaba, y en un momento pisó tal vez el borde con su pie, y cayó cuan larga era en la calzada. August mordió una palabrota y se detuvo a su lado dispuesta a alzarla, pero el grito de ella lo alertó. Billy estaba detrás.

Logró esquivarlo, y ambos cayeron al suelo. August sintió el corte en su brazo derecho, pero era superficial, así que volvió a arremeter contra Billy y logró golpearlo de nuevo, éste soltó el puñal y August estiró su brazo para hacerse con él; logró asirlo, sin embargo, recibió un golpe justo en la oreja

que lo dejó aturdido, y sintió miedo, miedo de verdad al escuchar el grito de Tess.

El cuchillo ya no estaba en su mano, ni en el suelo. Estaba en el vientre de Tess.

—Ahora —dijo Billy—, estamos a mano.



—¡NO! —gritó August con todas sus fuerzas al ver a Tess herida, tratando de retener la sangre con sus manos temblorosas—. No, mi amor. ¡¡No, no!! — Escuchó la risita de Billy que en seguida echó a correr, pero no pudo ni girarse a mirarlo. Tess estaba perdiendo mucha sangre, se quejaba, parecía que le costaba respirar, pero era el mismo dolor; cada movimiento hacía que le ardiera; él conocía bien la sensación.

Esto debía ser una pesadilla, pensó. Esto no estaba pasando, no era posible que a Tess le estuviera pasando algo así... La vida se le estaba yendo y él no podía hacer nada, más que poner sus manos sobre las de ella para restañar la sangre, gritar y negar lo que veía. Pero no era un sueño, o una pesadilla. Esto realmente estaba pasando.

Palpó sus bolsillos buscando su teléfono, sentía que no era capaz de pensar, de actuar, pero al menos logró marcar los tres números que le salvarían la vida a su esposa.

—Emergencias, ¿en qué puedo ayudarle? —contestó una mujer.

—Mi esposa... está herida —dijo August mirando a Tess, arrodillado a su lado. No había nadie alrededor, sólo se veían locales comerciales cerrados a esa hora de la noche; estaban los dos solos, Tess, con su precioso vestido borgoña, tendida sobre la calzada, con lágrimas en los ojos, y él también. Le estaba doliendo el alma entera.

Describió la situación a la agente del servicio de emergencias y también la dirección. Dejó la llamada abierta con el altavoz y se acercó a Tess, que temblaba violentamente.

—Tengo... frío —se quejó ella, y August dejó correr las lágrimas por sus mejillas.

—Es por la sangre, mi amor —le susurró—. Es porque estás perdiendo sangre... pero no tengas miedo. Cuando llegue la ambulancia, te pondrán una bolsa de sangre... te pondrás mejor.

—August...

—Te pondrás mejor, mi amor. Vas a estar bien. Te lo juro. Te vas a recuperar y...

—August... Escúchame...

—No, escúchame tú a mí —la interrumpió él, pero enseguida suavizó su voz—. No tengas miedo. No te voy a dejar morir, mi cielo.

—Los niños —susurró ella—. Por favor, cuida a los niños.

—Oh, Dios, no... —lloró él sin poder evitarlo, se inclinó a ella y la abrazó con suavidad. Ella, con su mano ensangrentada, lo abrazó casi sin fuerza.

—Perdóname —le pidió—. Debí correr... Lo siento tanto.

—No, mi amor. No... Tess, por Dios, no... —ella cerró sus ojos y su cuerpo se quedó flácido en sus brazos. August la sacudió un poco llamándola a gritos, y luego de lo que pareció una eternidad, al fin, a lo lejos, se escucharon las sirenas de una ambulancia.

Los paramédicos actuaron rápido, y luego de tomarle el pulso, que hallaron muy débil, la subieron con cuidado y agilidad sobre la camilla. August subió con ellos para acompañar a Tess. Ella no respondía a los estímulos, y fue poco lo que pudieron hacer por ella mientras iban en camino. En el hospital la recibieron y de inmediato fue llevada a cirugía. Él no pudo ir más allá, y se quedó frente a la puerta que le cerraron en sus narices.

Permaneció allí, de pie, en silencio, sin fuerzas. Sentía que flotaba, que todo funcionaba y se movía más lento de lo usual.

—Usted también está herido —dijo una enfermera, y August miró su mano, que goteaba sangre. Había dejado varias gotas en el suelo, pero no había sentido dolor hasta ahora. La enfermera le pidió que se dejase atender, pero él la esquivó—. Está perdiendo sangre —le insistió la enfermera, pero él ni siquiera la miró, sólo siguió observando la puerta, sintiéndose hoy más que nunca en un cuerpo que no era el suyo.

De repente todos los ruidos de alrededor llegaron a él, el altavoz llamando a algún médico, enfermeras hablando, alguna camilla siendo arrastrada, etc. No podía perderse en su miedo, se dijo, no podía darse el lujo de perder la fe, así que, despabilándose un poco, tomó su teléfono para hacer varias llamadas.

Heather no tardó en llegar, y Raphael con ella. La enfermera insistía en atender la herida de August, y fue Heather quien lo convenció de facilitarle el trabajo a la mujer. Se dejó conducir a una de las salas, en donde le limpiaron y suturaron la herida. Su carne se había abierto de tajo con el puñal de Billy, y tomaría unos días en cerrar. August se miró la sutura en el brazo pensando en lo frágil que era el cuerpo humano, en lo fácil que era acabar con una vida.

Cerró sus ojos sintiendo de nuevo la desesperación, pensando otra vez en Tess teniendo que soportar este dolor, siendo llevada al borde de la muerte con sólo un movimiento. Casi podía sentir en su propio cuerpo y su propia alma el sufrimiento de ella, casi podía oírla quejarse en su interior. El cuerpo

de ella era un templo para él, tan sagrado, tan puro, y se estaba muriendo por dentro por el daño que le habían hecho, muriendo de rabia e impotencia. Si acaso no resistía esto...

No, no. No debía pensar en eso.

¿Pero en qué podía pensar ahora?

En los niños, se dijo. Piensa en los niños.

Kyle, Rori, Nicolle. Debían estar tranquilos en sus camas, durmiendo aún, ignorando que esta noche se decidían sus destinos. Tres pequeños niños que, aunque ahora mismo parecían a salvo, estaban en un terrible peligro: el de perder a su mamá.

—¿Qué fue lo que sucedió? —preguntó Heather llegando hasta él, tocándole con gentileza el brazo, dándose cuenta de que todo él estaba manchado de sangre, tal vez la suya, tal vez la de Tess. August no contestó al momento, seguía aturdido—. ¿August?

—Déjalo —le pidió Raphael—. No tiene mente ahora para nada.

—Pero tiene que reaccionar —dijo Heather—. Tess lo necesita. ¡August! —él la miró al fin, apretó sus dientes y habló:

—Michael Moore es el culpable —dijo. Hacía días que ya no pensaba en el ex marido de Tess con su verdadero nombre, sino con el que él mismo se había puesto luego de dejarla—. Uno de sus enemigos... fue el que nos hizo esto.

—Quién —preguntó Raphael sacando su teléfono.

—Billy.

—Billy qué.

—No sé su apellido, pero estaba en la misma banda musical que él...

—Eso es suficiente —Raphael se alejó hablando por teléfono, y Heather se quedó allí con él. August la miró al rostro por fin, dándose cuenta de que había llorado.

—¿Era... necesario que pasara esto? —preguntó él—. ¿Tenían que ser tan crueles? ¿Qué es eso que *ellos* tratan de probar? —Una lágrima rodó por la mejilla de Heather, que la limpió de inmediato.

—Sus actos son incomprensibles —contestó—. Nuestras mentes humanas no lo alcanzan a imaginar.

—Hacen de nosotros lo que quieren y sólo tenemos que aceptarlo porque es *su* voluntad? ¿Eso me estás queriendo decir? —Heather sólo bajó la mirada por un momento.

—Siempre ha sido así —dijo. En el momento hubo un revuelo en la sala. Un doctor salió, y pidió algo a las enfermeras cercanas. Aunque August lo llamó, éste no le prestó atención.

El terror lo fue invadiendo otra vez. Algo malo estaba pasando, algo que tenía que ver con Tess.

No, no. Ella estará bien, se repitió. Pero no podía estar cien por ciento seguro.

Oh, qué horrible incertidumbre, qué espantoso, qué impotencia sentía ahora mismo. Cuán difícil era sólo tener que quedarse allí esperando noticias, y a cada minuto la esperanza dolía más, y era más angustiada, y más punzante dentro de él. Sintió que el pecho le dolía, que su estómago dolía, que sus fuerzas se le iban. Se pasaban los minutos, uno tras otro, y cada vez se hacía más y más tortuoso seguir aquí.

Si acaso Tess no regresaba, pensó entonces, habría sido culpa de Michael Moore, de él y de nadie más, pero el maldito estaba muerto y ya no podía ir a buscarlo para hacerle pagar por todas sus fechorías, por el daño que le había hecho a Tess y a sus hijos, y el que, aun después de muerto, les seguía haciendo.

Había corrompido todo a su paso. ¿Qué podía tener un hombre en la cabeza si teniendo una hermosa mujer esperándolo en casa va y tiene sexo en el baño de un bar con una camarera que sabe que le gusta a uno de sus amigos? ¿Qué clase de basura humana era? Y Billy tampoco debía estar bien de la cabeza como para cobrar venganza de esta manera. No podía culparlo del todo, pero era tan atroz que ahora mismo quería estrangularlo.

Lo odiaba, y odiaba a Michael Moore con todas sus fuerzas. ¿Cómo era posible que gente así existiera? ¿Cómo era posible que alguien tan puro y bello como Tess se hubiese casado con un hombre como él?

—¿August Warden? —oyó que alguien llamaba, y se giró lentamente para encontrarse a un agente de policía, seguramente para escuchar su declaración.

—Sí, sí —contestó él un poco perdido—. Pero, por favor... ahora... Necesito saber cómo está mi esposa. En cuanto ella salga de cirugía...

—Es mejor que hablemos de inmediato —dijo el agente con tono inflexible—. Su esposa ha sido atacada con un arma, y esto le concierne a la policía. Sólo conteste por favor a unas preguntas, no le tomará mucho tiempo.

—¿Pasa algo? —preguntó Heather acercándose, y August extendió su brazo sano impidiéndole acercarse más.

—Está bien —les dijo a los agentes—. Hablemos—. Los siguió hasta una pequeña sala donde había más quietud. Uno de los agentes era un hombre mayor, con cabello canoso y bigote, su compañero, más joven, empezó a tomar nota.

Le pidieron que contara de principio a fin la experiencia, y August comenzó contándole del concierto de piano al que se dirigían, de la limosina, del conductor huyendo y dejándolos.

—Entonces —intervino el agente—, se dirigían a un teatro cuando fueron abandonados en el auto, y usted, en vez de... tomar el volante y volver a casa, lo que hizo fue salir a la calle, donde estarían más desprotegidos—. August frunció su ceño.

—¡Pensé que corríamos peligro dentro! Pensé... que explotaría. ¿Por qué, si no, el conductor salió corriendo?

—¿Sospechó de una bomba dentro del auto?

—¡Exacto!

—¿Tiene usted enemigos, señor Warden?

—No lo sé, pero ya una vez intentaron matarme, ¡también apuñalándome!  
—El agente de policía sólo respiró profundo, como si no creyera mucho, y a continuación pidió los datos de la empresa de limosinas que contactó. August le dio el nombre, y también el del conductor y siguió con su relato. Los policías le iban haciendo preguntas como, por ejemplo, dónde estaban en el momento del asalto, y otros detalles específicos del incidente. Él contestó tratando de ser lo más preciso posible, y dando nombres de calles y avenidas.

—¿Conoce al supuesto atacante?

—Sí, su nombre es Billy. Tocaba en la misma banda que yo hace un tiempo.

—Billy qué —preguntó el agente, y August sólo pestañeó. Le estaban pidiendo el apellido de Billy y él no lo sabía.

—Yo... no recuerdo su apellido.

—Pero acaba de decir que tocaba con usted en una banda. ¿Por cuánto tiempo fueron amigos? —August tragó saliva. No podía responder, pues no sabía. Si su testimonio luego no coincidía con el de Tess estaría empeorando las cosas.

—Un tiempo —fue lo que dijo, y eso pareció molestar al agente.

—Tiene señales de lucha, señor Warden. Está herido y... ¿me cuenta por favor cómo se hizo esa herida?

—¡Luchando! —contestó August—, estaba defendiéndome a mí y a mi...

—Y arañazos. Tiene arañazos en las manos. ¿Contra quién estaba luchando?

—Contra Billy, que pesa bastante más que yo, y era fuerte. Llevaba... — August frunció el ceño perdido por un momento en sus recuerdos— llevaba guantes, todo el tiempo llevó guantes... y esta herida me la hizo con la misma arma con que hirió a mi esposa. Pero los arañazos... —se detuvo. No podía decir que Tess lo había arañado sin querer, eso haría creer que Tess había luchado contra él defendiéndose. August palideció dándose cuenta de que las cosas podían tornarse peor de lo que imaginaba en cualquier momento.

—¿Qué fue lo que en verdad pasó, señor Warden? —preguntó el policía dando un paso al frente, y August lo miró sin poder contestar. La verdad estaba de su lado, y sin embargo...

—August, no digas una palabra más —dijo Raphael llegando hasta ellos y poniéndole una mano en el hombro con brusquedad—. Niégate a contestar sin la presencia de tu abogado. ¡Esto es un atropello! —exclamó mirando a los agentes—. No pueden hacer esto—. El agente de policía pareció no molestarse por la interrupción, sólo se encogió de hombros y miró a ambos.

—Muchas gracias por toda su colaboración, señor Warden.

—Por favor, atrapen a Billy —pidió August—. Tiene que pagar por lo que le hizo a mi esposa.

—Es nuestro trabajo. Una última cosa. ¿No es Tess Warden, su esposa, la recién descubierta heredera de la fortuna Ellington? Si ella fallece, ¿no heredaría usted la mitad de sus bienes?

—¿Me están acusando de haber...?

—Calla, August —le pidió Raphael de nuevo—, hazme caso—. Él obedeció al instante, y Raphael miró al par de agentes con severidad—. Si tienen alguna sospecha y pruebas que les respalden, por favor pongan de inmediato la denuncia, y nosotros sabremos a qué atenernos. Por lo pronto, no pueden sacar conclusiones apresuradas importunando a un ciudadano— Los dos agentes se miraron el uno al otro.

—Tendrá noticias de nosotros —dijo el mayor, y los dos salieron de la habitación dejando a August y Raphael a solas.

—Me... me van a acusar... —dijo August casi sin aire—. Me van a culpar...

—No te pueden acusar de nada, eres inocente.

—Pero... —August se miró las manos, donde tenía las marcas de las uñas

de Tess, y su estómago se revolvió. Esto, más el hecho de que no encontrarían huellas de Billy en ninguna parte, podía volcarse en su contra—. Todo es tan... retorcido, tan... extraño. A ojos de la policía, yo podría entrar en la lista de sospechosos. Si algo le pasa a Tess... Los niños...

—No pienses en eso —le pidió Raphael con voz firme—. No te hundas en lo peor. Bergman es un excelente abogado criminalista, sorteará estos ataques de manera excelente. Además, Tess va a sobrevivir y dará su testimonio—. Lágrimas corrieron por las mejillas de August, y Raphael tuvo que sacudirlo con fuerza—. ¡Tess te necesita, August! —le gritó—. No te atrevas a hundirte en este momento—. Pero August no lo escuchaba, sólo se dobló en el suelo esforzándose por respirar, conteniendo las terribles náuseas que su miedo triplicado le producían.

Raphael ya no fue capaz de seguirle pidiendo nada, y sólo se estuvo allí por varios minutos con él. Ya había llamado a Bergman y le expuso rápidamente la situación, también a Jed Smith, que estaba de vuelta en la ciudad y tenía una nueva misión. Debían investigar quién era el tal Billy y traerlo ante las autoridades, demostrar tal vez a través de alguna cámara de seguridad que en aquella calle no estaban sólo Tess y August, y borrar de él toda posible sospecha.

Oh, esto estaba cada vez peor. Tenían que hallar a muchas personas y evidencia, empezando por la empresa de limosinas y su conductor, a Billy, alguna triste cámara en toda aquella calle que funcionase a esa hora. No podía imaginar de qué maneras esto se podía complicar, pero no estarían solos... buscaría un ejército entero de abogados si hacía falta.

No pasó mucho tiempo para que Horace y Abel se enteraron de lo ocurrido. A pesar de ser ya la madrugada, no tuvieron ningún reparo en tomar sus teléfonos y llamar gente influyente para que esta investigación en especial se tomara en serio.

August Warden era una decepción tras otra, pensó Horace con un mal sabor en la boca. Primero creyó que era alguien brillante que había tenido pocas oportunidades en la vida y por eso le dio la oportunidad de estar a su lado en la empresa. Había ascendido brillantemente en poco tiempo y con él había mostrado tener habilidades excepcionales... Luego se dio cuenta de que no era más que un desgraciado delincuente, que en el pasado había falsificado documentos, que estuvo preso por varios delitos menores, y que incluso se

había cambiado el nombre para no ser encontrado por ninguno de sus familiares. Se había comportado muy digno y caballeroso defendiendo a Tess, comprándole una casa, casándose de nuevo con ella y respondiendo diligentemente por sus hijos, pero ahora ella había sido herida y su principal sospechoso era él.

Oh, nadie ganaba tanto como August Warden con la muerte de Tess. No habría obtenido tanto en un divorcio, el asesinato era mucho mejor. Sin Tess en medio, él heredaría la mitad de todos los bienes, los niños la otra mitad, pero primero tendría él que estar muerto como para que ese malnacido viera un solo centavo.

Tess salió de cirugía, y la remitieron a cuidados intensivos bajo observación, las visitas estaban impedidas y ni siquiera la policía pudo entrevistarla para preguntarle qué había ocurrido, sin embargo, nadie se estuvo quieto.

A primera hora de la mañana, consultaron a la empresa de limosinas y constataron allí la solicitud que había hecho August para la noche anterior, sin embargo, se llevaron una sorpresa cuando encontraron que también la empresa había puesto un denuncia a la policía, pues el conductor asignado para los Warden había sido hallado esa mañana inconsciente en un callejón. Es decir, que el que había llevado a la pareja al lugar donde fueron atacados no trabajaba para ellos, era un impostor.

Por otro lado, en August no había muestras de ADN más que de Tess, su sangre estaba por todos lados. Ella tenía golpes y rozaduras, lo que indicaba que también había luchado.

Hacia el mediodía, encontraron el cuerpo de Stan en un contenedor de basura, según el forense, había muerto antes de medianoche, muy cerca de la hora en que los Warden habían sido atacados. Y las cámaras del lugar no habían logrado registrar nada de la escena donde ocurrieron los hechos, sólo una captó el movimiento de la falda de Tess huyendo, nada más.

—Fuiste tú —señaló Horace apuntando a August con un dedo. Iba saliendo del hospital acompañado de los policías que llevaban el caso luego de no haber podido ver a Tess, y August entraba luciendo ropa limpia y unas ojeras por no haber dormido en más de treinta horas—. ¡Fuiste tú, maldito! —los agentes de seguridad de la puerta de inmediato se alertaron, al igual que los policías.

—¡Cómo puedes decir eso! —exclamó August—. ¡Amo a Tess, jamás le



haría daño!

—Eso dices aquí, delante de los policías, pero planeaste todo, ¡todo! Hasta el último detalle. De alguna manera supiste que ella era la heredera antes que nosotros y te volviste a casar con ella y planeaste todo esto desde hace mucho, ¡por eso te salió tan bien!

—¡No! —gritó August, nunca había visto a Horace así, tan fuera de lugar, tan alterado. Siempre había sido un hombre que guardara la compostura, pero, al parecer, todo esto lo había sobrepasado, llevándolo a perder los estribos—. Horace, yo jamás...

—Te hundiré en la cárcel —prometió Horace—. Aunque ella sobreviva, aunque salga de esta, te refundiré en lo profundo, ¡me entiendes! —August sólo cerró sus ojos, sintiendo que la desesperación lo embargaba también a él. Horace era poderoso, podía hacerle pasar un mal rato en la cárcel si movía los hilos adecuados—. Haré que lo pagues, haré que te arrepientas de haber nacido.

—¡Ya lo hago! —gritó August acercándose varios pasos a Horace, y los policías, tomando aquella actitud como amenazante, lo detuvieron al instante—. ¡Qué les pasa! —gritó August tratando de defenderse, pero fue peor. Estaba solo, sin Bergman, ni Raphael que pudieran mediar, y entre más se agitaba para soltarse, y entre más gritaba para reclamar sus derechos, más duro lo apresaban—. ¡Horace, te estás equivocando! —le gritó August mientras lo arrastraban a la patrulla que esperaba afuera—. Te equivocas con respecto a todo. ¡Te equivocas con respecto a mí!

—No, maldito —escupió Horace—. Esto es lo que debí hacer en cuanto te conocí—. Y dicho esto, sólo respiró profundo. Había conseguido su propósito, que encerraran a Warden, alejarlo de Tess mientras ella se recuperaba. Lo enfermaba que estuviera aquí cerca de ella, y no había necesitado sino usar un poco de su influencia en la policía. Ahora podría descansar por unas cuantas horas, lo que tardara el abogado que ese desgraciado había contratado en volver a liberarlo.

Defendería a Tess, era todo lo que les quedaba de Adam.

Al enterarse de que August había sido detenido sin justa causa, Carl Bergman enfureció, y de inmediato impuso una acusación de abuso de autoridad y otros cargos en contra de los agentes que lo apresaron.

—Horace, él es inocente —le dijo Raphael llegando hasta él en la sala de espera cerca de donde estaba Tess, y que, a pesar de no poder verla, se quedaron allí acompañando y esperando por noticias. Horace no dijo nada, sólo estuvo cruzado de brazos ignorando a todos—. Jamás le haría daño a Tess —siguió Raphael—, él es...

—Un delincuente —lo interrumpió Horace—. Alguien que no teme mancharse las manos de sangre. Probablemente Tess no sea la primera a la que le hace daño. Esa chica en Minnesota...

—Esa chica en Minnesota fue agredida por el mismo Billy, estoy seguro de eso. August no es un asesino. Recapacita ahora, detén esta locura. Te vas a arrepentir...

—¿Me estás amenazando, Branagan?

—Sólo constato un hecho. Cuando te enteres de quién realmente es...

—Raphael, detente —le pidió Heather, que había estado escuchando la conversación.

—Él debería saber...

—No, no nos concierne a nosotros.

—¿De qué están hablando?

—De...

—De nada en particular —dijo Heather interrumpiendo a su esposo—. Sólo queremos que entienda que está cometiendo un error con August. Que él es inocente, que es... completamente diferente a como lo imagina—. Horace meneó la cabeza.

—Es demasiado tarde... sé demasiado de él. Me duele profundamente que Tess se haya involucrado con alguien como ese hombre. Si Adam estuviese aquí... Pero ya qué importa, estoy yo y la protegeré como él hubiese querido. La defenderé de su mismo esposo si se hace necesario—. Raphael no dijo nada, sólo apretó los dientes y miró a Heather, que le hizo señas para que se contuviera y no dijera nada más.

Y entonces una algarabía en los pasillos llamó su atención, y cerca de ellos pasó un grupo de médicos y enfermeros arrastrando una camilla. En ella iba

Tess, sumamente pálida, con un tubo en la boca por el que respiraba, y era llevada de vuelta al quirófano.

Una enfermera les explicó la situación. Tess había sufrido una nueva hemorragia y era necesario intervenirla de nuevo. Su situación era crítica.

—¿Cuánto tiempo voy a estar aquí? —le preguntó August a Carl, que había venido a verlo por unos minutos. El abogado sólo hizo un gesto de impotencia.

—Te aseguro que estoy haciendo todo lo posible para tenerte libre de nuevo. No te desesperes.

—No me pidas eso, Bergman...

—Sólo ten un poco de paciencia. Te sacaremos de aquí, eso tenlo por seguro. Y ahora me tengo que ir, cada minuto que paso aquí es un minuto que no trabajo en tu caso.

—Vete entonces... Por favor, avísales a mis padres para que les explique bien a los niños... que sus padres no podrán estar con ellos esta noche. Dile que Nicolle puede poner un poco de problema, pero si le cantan una nana se dormirá en seguida...

—Se lo diré, August, no te angusties —pero la cara de él demostraba que ya estaba angustiado—. No será por mucho tiempo que estés aquí, así que...

—Sí, sí... —Bergman no fue capaz de añadir nada más, y simplemente dio la espalda y se alejó.

August permaneció de pie minutos después de que su abogado se fuera. Aquel trabajo tomaría varias horas en rendir fruto, es lo que entendía, y él, en vez de estar en el hospital al lado de Tess, ahora estaba en una celda.

Había ido por ropa limpia y una ducha, sólo habían sido unos minutos, tardó más en el viaje a casa, pero pudo no sólo asearse, sino ver y tranquilizar a los niños, que con sólo verlo se habían puesto a llorar y a preguntarle por su mamá.

—Ella... está un poco ocupada ahora. No podrá venir —fue lo que les dijo, incapaz de decirles la verdad. Kyle lo había mirado con cierta incredulidad, demasiada para un niño de ocho años.

—¿Cuándo va a venir? —preguntó Rori con labios temblorosos, y los entendía. Sabía exactamente lo que sentían, así que los acercó, los abrazó y besó sus cabecitas.

—No va a tardar —mintió—. Les mandó besos, muchos saludos. Ella los ama con todo su corazón.

—¿Nos puedes llevar con ella? —preguntó Kyle, y August sonrió con tristeza.

—Por ahora no, hijo.

—Quiero a mi mamá —lloró Nicolle, y él la alzó y abrazó sintiendo de nuevo un nudo en la garganta.

—Lo sé, chiquitita —le dijo, tratando de tranquilizarla, pero no tuvo mucho éxito, y cuando vieron que él se preparaba para irse de nuevo, empezaron a ponerse histéricos, a preguntar a dónde iba, por qué los estaba dejando, por qué él no los llevaba con él, y si realmente los quería.

Oh, los horribles miedos de un niño a ser abandonado.

—¡Papito, no! —gritaba Nicolle cuando tuvo que subirse de nuevo al auto. Se aferraba a él con bracitos y piernas, empuñaba su camisa con determinación, y Beth tuvo que usar la fuerza para desprenderla de él. Ella gritó con fuerza, llena de terror, y vio que Rori también empezaba a llorar.

—Volveré esta misma noche, lo juro—. Kyle asintió; el niño le creía, y eso lo tranquilizó—. Cuida a tus hermanas —le dijo— eres el hombrecito de la casa. Los amo.

El auto se puso en marcha, y a través del espejo retrovisor vio que Nicolle seguía gritando y llamándolo, y su corazón se rompió en pedazos.

—Sólo será un momento —dijo, aunque ya no podían oírlo, y respirando profundo para deshacer el nudo en su garganta.

Ahora estaba encerrado en esta celda gracias a Horace Goldman en vez de con sus hijos. Les había prometido estar con ellos pronto, y no había cumplido. Nicolle tal vez había estado llorando sin parar toda la tarde, y Kyle quizá había empezado a desconfiar de su palabra.

Oh, tenía que salir de aquí. Como sea. Tenía que salir.

Ya habían pasado más de dieciocho horas desde el incidente de anoche, y la última noticia que le llegó acerca de Tess fue que la herida no sólo perforó su intestino, sino también una arteria importante, y la pérdida de sangre sufrida le había provocado alguna clase de shock que requería que estuviera sedada y entubada, y existía un alto riesgo de infección, lo que hacía aún más incierta su recuperación. Su estado era delicado, las transfusiones de sangre no eran suficientes.

Cada minuto era vital para ella, de vida o muerte, pero su ropa manchada de sangre había inquietado no sólo a las enfermeras, sino a los otros pacientes y acompañantes, así que se dejó convencer para ir a casa por unos minutos. Si

hubiese sabido que Horace aprovecharía ese instante para separarlo de Tess, habría ideado otra forma de cambiar de ropa.

Dio vueltas en la celda en la que lo habían encerrado sintiendo la ira acumularse dentro de él. La frustración lo invadía por oleadas con altos toques de adrenalina, así que en todo el rato que llevaba aquí no se había sentado ni una vez, sólo caminaba de aquí para allá, deseando romper algo, patear algo, golpear a alguien.

Tess estaba sola, Tess lo necesitaba. Era como si al estar cerca pudiera enviarle algún tipo de energía que la salvaría, era una locura, pero así lo sentía, y lo estaba enloqueciendo no poder estar allá.

Heather seguía en el hospital pendiente de su amiga, Raphael y Phillip llamando y entrevistándose con personas influyentes para que le permitieran a August salir libre, pero pasaron las horas y él siguió allí, sin poder hablar con nadie, sin saber de Tess.

¿Y si algo malo había pasado? ¿Y si ella no había podido resistir?

Se moriría, él también se moriría.

No, no podía pensar así. Tenía que ser fuerte por ella.

Fuerte para qué, se dijo, perdiendo a cada minuto un poco más de la escasa fe que le quedaba. Fuerte para qué.

Para los niños. Ellos lo necesitarían si Tess...

No, no, no. Era incapaz de completar ese pensamiento, la mera idea lo aterraba, lo dejaba sin fuerza.

Vio por una estrecha ventana que el sol comenzaba a ocultarse, y al fin se dejó caer en el sucio catre sintiéndose vencido, derrotado. En toda su vida jamás sintió tanto miedo, ni estuvo tan aterrado.

Cerró sus ojos sintiendo su pecho agitado, el corazón pesado, y náuseas, también sentía náuseas. Poco a poco el nudo en la garganta le impidió respirar, apretó los dientes y los puños con un fuerte deseo de gritar, de bramar, de llorar.

Pero no lo hizo, sólo metió el rostro entre sus rodillas y dejó salir un débil sollozo.

—Ya no más —susurró—. Basta... no soy tan fuerte...

No se oyó nada. A pesar de que sentía que esto era una conversación, era él, simplemente él, hablando solo.

Cerró sus ojos e intentó llenarse los pulmones de aire lentamente.

Por qué, preguntó a nadie en particular, ¿Por qué volver?, si al final esto

iba a terminar así, ¿para qué volver? Sin fuerzas, se restregó un poco los ojos y los fijó en la lámpara de luz fluorescente que estaba fijada al techo.

¿Para qué la felicidad, si luego el sufrimiento te borraría de la memoria los momentos que viviste? Ahora entendía que un pedazo de cielo robado no servía de nada, si cuando te lo arrebataran de las manos sólo iba a quedar el horror y el sufrimiento; en este momento, no era capaz de ver a Tess sonriendo a su lado, a sus hijos rodearlos, no, no era capaz, sólo sentía dolor, pena, frustración.

¿Por qué, entonces?

*La más hermosa porcelana, fina y delicada, fue la que tuvo que estar más tiempo en el horno. La pureza sólo puede brillar cuando es sometida al fuego, la verdad requiere de ayuda para salir a la luz.*

August apretó sus dientes. A pesar de que era consciente de estar escuchando la voz de ese ser espiritual que había causado todo esto, no se sintió reconfortado.

Vete, le dijo a ese ser que se había atrevido a sacar frases filosóficas de cajón para hacerlo sentir mejor.

Casi que prefería no haber estado con Tess jamás; tener sólo una relación de hermanos, verla sólo de lejos sin poder siquiera pensar en ella como algo más habría sido mucho mejor. No le importaba perderla para siempre si gracias a eso ella conservaba su vida.

No me sirve esa felicidad que una vez sentí, dijo, antes de caer en un profundo sueño, el precio fue demasiado alto. Te la devuelvo.

Cuando abrió los ojos, estaba de nuevo en aquella sala, la sala de su vieja mansión, con el piano de cola, hermoso y negro, dominando la decoración. Estaba otra vez aquí, pensó, y eso sólo significaba que había muerto.

Bien, se dijo dejando caer los brazos. Tal vez esto restableciera el orden de las cosas. Todo había empezado cuando él volvió a la vida; quizá esto ayudaría en algo para que Tess estuviera a salvo.

Pero entonces oyó el piano. Una tecla sonó, y se giró a mirar. Allí estaba Tess.

¿Qué hacía Tess aquí?

—Oh, no —corrió él a ella, y cuando por fin estuvo a su lado e intentó abrazarla, no pudo. La atravesó como si ella sólo fuera una sombra en un tranquilo lago—. ¿Tess? —la llamó pasando de nuevo su mano—. ¡¡Tess!! —

gritó ahora.

¿Pero qué horrible truco era este?, se preguntó. Dios, ¿por qué lo torturaban de esta manera?

—Tess, dime que estás bien. Tess, tienes que vivir, ¿me entiendes? No debes estar aquí. Tess, piensa en los niños, te necesitan. Oh, Dios... —se apoyó en el piano. Ya no podía más—. Ya basta —gritó a las paredes, al aire, al piano—. ¡Por favor, ya basta! No puedo, no puedo soportarlo. ¡Paren ya! Tess, ¡tienes que vivir! —gritó—. Mi amor, no me importa si me tengo que ir yo, ¡tienes que vivir! ¿Me entiendes? Volveré a ser Adam, iré a la fría tumba, no me importa, ¡no me importa! Tú tienes que vivir por los dos—. La voz se le quebró y, aun así, ella siguió sin saber que él estaba allí, tocando las teclas del piano sin llegar a formar ninguna melodía, tranquila, como si fuera la Tess de su niñez, la que se sentaba a su lado y disfrutaba de sus sonatas.

August siguió mirándola, llorando y contemplándola. Tal vez era la última vez que la viera con vida, tal vez fuera la última vez que disfrutara de su sonrisa. El pecho y el alma le dolían terriblemente, pero no dejó de mirarla, se llenó de ella, de la dulzura que proyectaba, aunque sólo era una sombra, un suspiro.

Ella de repente dejó de tocar el piano y miró en derredor, como si lo hubiese sentido.

—Tess, estoy aquí —dijo él, pero ella no lo miró, sino que, dejando el piano, desapareció. August extendió a ella su mano, pero otra vez no fue capaz de tocarla, ella se había ido.

Se puso en pie. ¿Qué significaba eso? ¿Estaba viva? O... ¿se había ido hacia otro lado más allá?

*¿Lo que has dicho, es cierto?* Preguntó una voz, y Adam levantó la cabeza buscando su origen, pero no fue capaz. Parecía no sonar en algún lado, sino dentro de él. *¿Volverías a ser Adam? ¿Irías a la fría tumba por ella?*

August estaba enojado, así que no contestó de una vez, sólo apretó sus dientes.

—¿Quién te crees para jugar así con mi vida y mis emociones? No eres Dios, Dios no juega con los hombres. ¿Por qué has hecho esto? Dime cuál fue ese terrible pecado que cometí como para que me hagan esto. ¿Enamorarme sin saber de mi medio hermana fue tan terrible que me sometieron a este infierno? —sólo hubo silencio, pero él tenía mucho que decir—. ¿Por qué a Michael Moore lo premiaron con una muerte rápida luego de todo el mal que

hizo, y en cambio a mí me torturan una y otra vez haciéndole daño a las personas que me atreví amar? ¡Esto es demasiado! ¡Es injusto! Contradice todo lo que oí alguna vez de Dios.

*¿Abrazarías la muerte por Tess?*, preguntó de nuevo esa voz, como si no hubiese escuchado su perorata, y Adam gritó. Gritó fuerte, un alarido que demostraba toda su ira y frustración contenidas. Gritó hasta que su garganta dolió, hasta que su cabeza se sintió explotar y salió de dentro de su ser una pequeñísima parte de su dolor. Ya luego sólo fue capaz de soltar un sollozo, y pasaron los minutos, las horas, y él sólo siguió allí.

Otra vez, el tiempo no pasaba, no llegaba el día, no se oía nada.

Estaba muerto, su alma estaba muerta en varios sentidos.

Se sintió como una suave pluma que es llevada por el viento a donde éste quiere, como una hoja marchita siendo levantada del suelo en un día ventoso. Como las nubes que no pesan nada, que están sobre nada, y que al final de cuentas, son sólo aire y agua.

Y de la nada, del piano empezó a salir la melodía que una vez él tocó para Tess, y a su mente vino la triste letra, tan cierta para él.

*Mentre triste vola la canzon  
che canto a te, solamente a te,  
dolce sogno d'or...*

Por alguna razón, la parte álgida de la canción resonaba una y otra vez en su mente. Toda su tristeza resumida en unas pocas líneas, en unas pocas notas. Qué bien le venía ese nombre a esa canción, qué acertada la letra que tantos años después le compusieron.

Al parecer, Tess no volvería, ella sería sólo su dulce sueño de oro. El sueño que sólo pudo vivir por un momento.

¿Te hice feliz?, se preguntó. ¿Fuiste feliz a mi lado?

Yo sí. Aunque eso no importa ahora, pero yo sí fui feliz, mi amor.

Gracias por haberme reconocido, gracias por haberme amado. Gracias por no importarte el pasado, por hacerme el padre de tus hijos. Gracias por tu regalo.

Qué triste, sin embargo, tener que estar tan separados.

—¿Tocas piano? —Le preguntó Tess a un niño viéndolo tocar el instrumento. Era asombroso, todo... el piano, la pieza que acababa de escuchar, él era asombroso. Aunque era sólo un niño, y aunque se veía mucho



más pequeño de lo que era frente a este enorme piano...

Él se giró a ella y le sonrió. Tenía unos luminosos ojos azules, tan hermosos.

—Sí —le contestó él, y ella, caminó hacia él para sentarse a su lado en la banqueta.

—Nunca había visto uno —dijo, tocando con suavidad las teclas y sin llegar a pulsarlas—. Hace un sonido maravilloso —él sonrió. Sonrió hermoso, y el corazón de Tess se agitó inevitablemente.

—Así es —dijo él a sus últimas palabras. Ella lo miró a los ojos, tenía unas suaves pecas sobre la nariz, igual que ella. Su piel era muy blanca, su cabello, muy negro.

—Te amo —dijo él, y los ojos de ella se humedecieron.

—Lo sé —le contestó.

—Pero aquí eres mi medio hermana.

—También lo sé.

—Nunca amaré a una mujer como te amé a ti. Nadie más estará en mi corazón como lo estarás tú. Por siempre, Tess, serás el amor de mi vida—. Tess lloró. Sus lágrimas rodaron presurosas hasta sus labios, y las sintió saladas y tristes y cálidas.

—No te despidas.

—Eres mi amor eterno.

—No te vayas.

—Mientras fui August pude tenerte, como Adam... jamás podré siquiera mirarte.

—Sé August. Por favor... sigue siendo August.

—Eso te puso en peligro. Y lo hará... tal vez otra vez en el futuro. Si algo te sucede, mi razón de ser morirá contigo.

—Lo soportaremos. Las pruebas que vengan las soportaremos.

—No puedo volver a ponerte en peligro.

—Atraparemos al malo. Por favor, no me dejes. No me dejes.

—Te amo —dijo él, y se puso en pie para irse, y Tess lo llamó de nuevo, pero llamarlo Adam le dolía, y llamarlo August era amargo. Y al final, sólo se quedó allí, sentada en el piano, llorando en silencio.

—No te vayas —le pidió, pero no le hizo caso, y al cabo estuvo sola allí frente al piano.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, mirando las teclas del piano en silencio,

y a pesar de que su corazón seguía llorando, ella entró en una dulce calma.

La muerte era calmada y silenciosa, un remanso de paz.

Todo se fue yendo de ella, la tristeza, el dolor, las angustias. Ya no importaba quién era Adam, o August, o Michael Moore. Ninguno de esos nombres significaba algo ya para ella. ¿Por qué no quedarse aquí por siempre? ¿Acaso qué cosa tan importante estaba dejando en la tierra?

Los ojos de Adam entraron por un cortísimo segundo a su mente.

Y sus hijos, sus hijos invadieron sus pensamientos.

—No, mis hijos —dijo, y se puso en pie, aunque ya no estaba en ninguna parte—. Mis hijos —repitió, y los empezó a llamar uno a uno, Kyle, Rori, Nicolle.

Kyle, Rori, Nicolle.

Oh, no los podía encontrar, no los podía ver. Tenía que hallarlos, ellos eran la razón de su vida, no podía simplemente pensar en lo bonita que era esta paz olvidándose de ellos. Si tenía que volver a experimentar el dolor y la pesadumbre del ser humano lo haría sólo por ellos. Eran su sol, eran su luz.

Kyle, Rori, Nicolle.

Ya por ellos había vendido el alma antes, y lo volvería a hacer. Una y otra vez.

—Está de vuelta —dijo alguien a su lado—. Ha vuelto.

Abrió sus ojos. Ya no estaba en aquella hermosa sala de piano, sino en este lugar lleno de personas con tapabocas y batas azules.

Médicos, eran médicos. Y ella estaba en una sala de cirugía, su visión era borrosa, pero sabía exactamente dónde estaba y qué pasaba.

Y sentía su cuerpo como si hubiese vuelto de la mismísima muerte.

—Warden —llamó alguien en la celda. August estaba tirado en el catre, dormido, tal vez—. ¡Warden! —gritó ahora, pero éste no despertó. Golpeó las rejas de la celda, una y otra vez, y el sonido viajó lejos, hasta un sueño mortífero.

August giró su cabeza al oír que alguien lo llamaba. Por fin un cambio desde que había entrado en esta sala y Tess se había desvanecido.

—¡August Warden! —oyó que gritaban, y caminó unos pasos buscando el origen del sonido, pero estaba solo aquí.

—Yo soy August Warden —dijo alguien a su lado, y él se giró a mirar. Ya no estaba en su sala de piano, sino en lo que parecía ser un callejón sucio, maloliente y pobremente iluminado. Se sorprendió cuando vio a un lado un cuerpo tirado en el suelo. Se acercó estudiándolo. Era él, malherido con un puñal en el lado izquierdo de su abdomen, allí donde ahora tenía una cicatriz.

Escuchó unos pasos, y August se puso en guardia de inmediato. La luz amarilla de una farola iluminó escasamente las facciones de un hombre. August lo reconoció: era Michael Moore. Miró de nuevo el cuerpo en el suelo. Era él, o el cuerpo solamente, y al frente tenía, tal vez y al fin, el alma de Michael Moore.

—Yo soy August Warden —repitió—, y tú eres un usurpador.

—Finalmente estás aquí —dijo August.

—¿Qué esperabas, que te cediera mi vida sin primero luchar?

—Ni siquiera tienes el derecho a reclamar una batalla por este cuerpo —dijo, señalando al hombre tirado en el suelo, agonizante—. Abandonaste a tu esposa y tus hijos. Los hijos que salieron de ti, la mujer que te fue fiel.

—Y tú, sin pérdida de tiempo, tomaste mi lugar—. August sonrió con desdén cruzándose de brazos y lo miró meneando su cabeza.

—Quisiera saber... ¿Alguna vez los amaste? —Michael hizo rodar sus ojos, como si la pregunta simplemente le pareciera estúpida—. Contesta —exigió August.

—A ella la amé. Un tiempo la amé—. August apretó sus dientes, haciendo latir su mejilla. Este Michael Moore tenía sus rasgos, pero era la apariencia del hombre que salió del hospital luego de que lo apuñalaran; con el cabello largo y grasiento, gordo y fofo. Con ojeras por el trasnocho y la bebida. Un hombre sin juventud—. Ella era un soplo de brisa fresca, un rayo de sol en la

mañana... Pero eso se acabó cuando empezó a parir hijos. No puedes culparme, ella ya no era la mujer que yo amaba.

—Porque tú la hiciste desaparecer —dijo August con desprecio.

—Si hubiese seguido siendo la misma Tess...

—Lo hubiese sido, si en vez de una carga, hubieses sido una ayuda para ella... Si en vez de acusarla y tratarla mal la hubieses apoyado, ella habría seguido siendo ese soplo de brisa fresca, ese rayo de sol en la mañana—. Michael sólo se echó a reír con desprecio.

—Nunca fue la misma.

—Sólo necesitaba tiempo —insistió él—. Un poco de ayuda, un par de manos más que le descargaran un poco de su trabajo. Eran tus hijos los que había dado a luz, eran tuyos también, pero la dejaste sola...

—¿Qué querías que hiciera, que abandonara mis sueños por ella?

—¿Y los conseguiste? Tus sueños, ¿los hiciste realidad? —Michael escupió.

—No. La vida me lo hizo imposible. Todo lo bueno de esta vida, al parecer, te tocó a ti.

—No me digas.

—Ahora ella es rica y tú no necesitarás trabajar. Ahora que yo merezco estar allí, estás tú.

—Si hubieses sido un buen marido, estarías con ella aún. Pero como no soportaste los tiempos de pruebas, no podrás disfrutar de la bonanza.

—Estupideces. A mí me tocó la pobreza, la Tess gorda y cansada, la que le daba mi tiempo a los críos, la que ni siquiera se arreglaba para mí. ¡Y ella era millonaria! Podría haberme dado la vida que me merecía, podía haber conquistado el mundo con ese dinero, pero, ¿qué me dieron? Sólo una muerte indigna en este maldito callejón, asesinado junto a una puta. Es injusto. Completamente injusto que tú estés gozando lo que me tocaba a mí.

—Ya sabía que eras un maldito inconsciente, pero no me imaginé que te mintieras a ti mismo de esta manera.

—Y tú no haces sino lloriquear por unos cuantos obstáculos. Tú lloras y el cielo se conmueve para darte lo que quieres. ¡Quiero a mi hermana! ¡Zas! Te la dan. ¡Quiero dinero! Zas, ahí lo tienes como para no sufrir hambre las cinco generaciones siguientes. Quiero liberarme de todos los enemigos del antiguo August, Zas...

—¿Crees que lo que he tenido que vivir ha sido un paseo? Se nota que

nunca amaste a Tess si verla herida y al borde de la muerte no te preocupa siquiera un poco.

—¡Ella está bien! —gritó Michael Moore—. Lista para seguir pariendo hijos como una coneja.

—¿De qué hablas?

—De alguna manera —siguió Michael Moore—, tú y ella están unidos en la vida y en la muerte. Esto sólo fueron un par de contratiempos y un par de lágrimas derramadas. La muerte sí es irreversible, pero tú... tú volviste de la misma muerte, y te atreves a lloriquear, y a llamar todo esto injusto, que no te lo mereces.

—No puedo creer que...

—¡Mírame a mí! —exclamó Michael interrumpiéndolo— ¡Mi castigo es contemplar por siempre la vida que pude tener y no me dejaron! ¡Una y otra vez! Te veré por la eternidad hacerle el amor a mi esposa, criar a mis hijos, que ellos te llamen padre a ti. Mi castigo es verte medirte trajes a medida frente a un espejo, ser capaz de llevar un diamante de tres quilates en cada dedo, pero no hacerlo porque es de mal gusto. ¡Mi castigo es ver que todo, todo lo que yo pude tener me lo arrebataron! ¿Un par de dificultades y te derrumbas? ¿Es que no tienes pantalones? ¿Fue por ti que me quitaron a mí de en medio? —August lo miró en silencio, un poco asombrado por todo lo que estaba escuchando—. Si a mí me hubiesen ofrecido lo mismo a cambio de lo que estás pasando tú —siguió Michael—, a pesar de saber que lo iba a pasar canutas, a pesar de todo, yo habría dicho que sí, y habría aguantado con tal de... poseer lo que tienes tú ahora.

—No tienes ni idea...

—¡No! ¡No la tengo! No amé a Tess como se debía, la abandoné y abandoné a mis hijos. Pero bien o mal esa era MI vida —gritó ahora—. Ese era MI cuerpo. ¡¡Tú eras yo!! ¡No te atrevas a decir que es injusto!

August siguió en silencio, y no pudo más que sentirse asombrado. Respiró profundo analizando sus palabras, grabándoselas, y al fin de lo que pareció ser una eternidad en el silencio, volvió a hablar.

—Si nunca has amado a nadie, no puedes saber lo que es el miedo a perder ese ser amado —dijo—. Tú estás a este lado, y por eso tal vez puedes ver lo que será después... Yo no. Yo, realmente, tengo temía perderla. Este miedo no me hace cobarde, me hace consciente. Sí —se apresuró a decir antes de que Michael lo interrumpiera—. Era tu vida, sí, pero la despreciaste. Despreciaste

tu hogar. Esa muerte —dijo, señalando el cuerpo en el suelo— te la buscaste, la forjaste con tus propias manos. Y si los de arriba hubiesen dejado todo quieto, Tess ahora estaría sana y salva. Sola, pero bien. Estuve dispuesto a sacrificarlo todo, a dejar mi vida por el bienestar de ella, pero tú no lo puedes entender... el sacrificio es algo que está a años luz de tu corto entendimiento.

—No me interesa nada de eso —siguió Michael Moore con el mismo gesto de desprecio, lo que hizo que August apretara los dientes casi con desesperación—. Acaso, ¿qué has ganado tú con tus sacrificios? Para mí, todo eso se ve... estúpido, sin importancia —August quiso decir algo, pero Michael no lo dejó—. El tiempo en la tierra es sólo un segundo, la vida no es más que dos días... ¿Por qué desperdiciarlos sacrificándose por otros?

—Realmente eres un hijo de... —August no pudo completar su insulto, pues, sin añadir nada más, la imagen de Michael Moore se empezó a desvanecer.

Caminó hacia el lugar donde antes había estado y trató de encontrarlo con sus manos, pero no había más que oscuridad, oscuridad que se fue desvaneciendo poco a poco. August miró en derredor, pero estaba solo.

—¿A dónde iré? —preguntó, y al fin oyó de nuevo esa voz.

*No te preocupes por los muertos, dijo la voz. Muertos están.*

—Y yo... ¿qué soy? ¿Cómo estoy? —la voz no contestó, en cambio, dijo:

*Toda acción tiene su reacción. Las acciones del August del pasado le han traído sus consecuencias. Lo que acabas de ver aquí no es más que una sombra de su verdadero ser. Ha contestado tus preguntas como lo hubiera hecho el verdadero, pero ya no es él. Las almas no tienen nombre.*

—La mitad de las cosas que dices, son incomprensibles para mí —se quejó—. Pero quisiera saber... ¿Yo...?

*Has dado tu vida por la de Tess, le recordó. Ahora ella estará a salvo. Él frunció el ceño entendiendo que un cambio de vidas implicaba que ella viviría, y él no.*

Conque así era, ¿eh?, se dijo, y respiró profundo una vez, dos veces, pero el nudo en su garganta no se desvaneció.

—Vale —dijo—. De acuerdo.

*¿Aceptas esto así tan fácil?*

—Por Tess soy capaz de lo que sea. Los niños la necesitan más a ella que a mí. Yo... Lo que sea, por Tess. ¿Me prometes... —pidió, con la voz quebrada— que ella estará bien?

*Perfectamente.*

—¿Sin problemas de salud?

*De ningún tipo.*

—¿Y... que será feliz? Quiero que siga adelante sin mí. Es joven y... bonita. No quiero que... Entiendes lo que quiero, ¿verdad?

*Lo entiendo. Es joven y hermosa. Tal vez vuelva a casarse.*

—Oh, ¿por qué tienes que ponerlo en palabras?

*Algún hombre la aceptará a ella y a sus hijos.*

—Por supuesto que la aceptará, ¡ella es preciosa! ¡Ella es perfecta! —los ojos se le humedecieron, y se asombró porque todavía era capaz de producir lágrimas—. Ella es... maravillosa. Y ahora... ¿a dónde he de ir?

Escuchó que sonreía. Sólo fue un suave sonido, pero supo que la voz sonreía.

—¿Me vas a contestar? —preguntó—. Hagamos esto rápido. Ya he muerto dos veces, no quisiera alargarlo más...

*Admirable, dijo. Tú eres admirable.*

—Acabemos con esto pronto. Por favor...

*Muchos hablan de amor. Muchos alardean de lo profundo y verdadero que es su sentir, pero pocos lo llevan a la realidad.*

—¿Y ahora de qué hablas?

*Me has dado una lección. Yo, hoy, he aprendido de ti.*

—No... no entiendo —nadie le contestó, sólo sintió el aire agitarse a su alrededor y de repente se sintió cayendo, cayendo.

*Algo demasiado antinatural ha ocurrido, dijo la voz. Eso representa desequilibrio, caos. Una vida fue tomada, y otra fue devuelta. Tu reclamo ha unido tu destino al de tu amor, el reclamo de ella unió su vida a la tuya. Separados son vidas a medias, muertes a medias.*

Pudo ver a Tess. Mientras la voz hablaba, pudo ver a Tess en la cama de hospital, con un tubo en la boca, con mil monitores alrededor... pero no, no veía a Tess, veía a través de los ojos de Tess, como si él fuera Tess.

*Juntos, en cambio, siguió la voz, son plenitud. Cada uno, ahora, posee sólo medio corazón, que únicamente puede estar completo cuando se unen.*

*Dos medios corazones andando por el mundo buscándose el uno al otro para sentirse plenos... De todos modos, así es el amor.*

—¡August Warden! —gritó la voz que lo llamaba ahora haciendo ruido con los barrotes de hierro, y August se sentó en el catre despertando bruscamente.

Miró al oficial de policía que lo había estado llamando, y que ahora estaba ceñudo y molesto— Duermes como los muertos.

—¿Pasa... algo, oficial?

—Tu abogado está aquí, te espera afuera.

—¿A...fuera?

—Sí, afuera. Eres libre —y acto seguido se hizo a un lado para que traspasara la puerta de la celda. August se miró las manos al tiempo que salía. Se tocó el rostro sin hallar nada extraño. Era el mismo cabello, la misma barba crecida, la misma ropa que se había puesto esta mañana al salir de la casa y despedirse de los niños.

Cuando llegó a los cubículos de los oficiales de policía, vio su rostro reflejado en uno de los cristales. Era August Warden.

Todo lo que había visto, entonces, ¿qué había sido? De verdad pensó que no volvería, que su vida sería intercambiada por la de Tess. ¿Había sido sólo una prueba? ¿Una prueba para ver si era verdad que estaba dispuesto a dar la vida por ella?

Entonces, si estaba aquí, ¿significaba que había pasado esa prueba? A menos que Tess...

—¡Tess! —exclamó al ver a Bergman, y cuando este no dijo nada, empezó a asustarse—. Llévame al hospital.

—Ella está estable —le contestó el abogado—. Ha sobrevivido a una segunda cirugía —y luego de cruzar unas palabras con el policía a cargo, salieron de la comisaría al fin.

*Lo has dejado sumamente confundido*, dijo Él, y al notar su presencia, ella agachó de inmediato su cabeza en una reverencia.

*¡Mi señor!*, exclamó, pero él, con su dulzura de siempre, sólo sonrió.

*Lo has manejado demasiado bien para ser tu primera misión.*

*Me halaga en exceso, Mi señor.*

*No es así. Y levanta la mirada, que tú puedes mirarme.* Lo hizo, con temor, pero lo hizo. Oh, Él era tan hermoso...

Con Él, el mundo se veía tan lejano, tan sucio y disparatado... Cada día se alegraba más de estar aquí.

*Ve, termina tu obra.*

*Yo... ah...*

*Cómo... ¿No sabes qué toque final darle? No puedes irte de una fiesta sin*



*dar tu regalo, y tú tienes dones para dar.*

Dones, pensó. Sí, tenía unos cuantos.

—Oh, al fin estás aquí —dijo Beth al ver a August llegar, y los niños corrieron a él desesperados para abrazarlo.

Había estado unos cortos minutos en el hospital averiguando por Tess. Según lo que le habían dicho los médicos, luego de la primera cirugía, Tess había sufrido una hemorragia interna. Esto hizo que perdiera sangre de nuevo, se descompensara y entrara en paro cardíaco. Pero fue muy corto, tan sólo unos segundos críticos, y ella había vuelto, y ahora se recuperaba. Las siguientes horas serían decisivas. Si no ocurría una infección, si su cuerpo asimilaba bien los tratamientos, su recuperación sería rápida y cuando despertara, podría llevar de nuevo una vida normal.

Y luego de escuchar el parte médico, y darse cuenta de que de todos modos no podría verla, fue de inmediato a casa a ver a sus hijos.

Por Tess estaban haciendo todo lo posible, tenía a los expertos a su lado cuidando de ella. Sus hijos, en cambio, necesitaban a su papá.

Caminó por la entrada con sus tres pulgas colgadas en diferentes partes de su cuerpo y se sentó en uno de los finos sofás de su sala bajo la atenta mirada de Beth y Henry. Todo se veía distinto ahora. No sabía qué había sido ese extraño paseo en sus sueños en el que había visto a Michael Moore y hablado con esa misteriosa voz que parecía tener el poder sobre los eventos de su vida, pero casi podía decir que, al igual que Tess, había vuelto de la muerte.

Miró a su madre con profundo agradecimiento. Ella se los había tenido que aguantar todo el día, lloriqueando, portándose histéricos, y tal vez desobedientes.

—No se han querido dormir a pesar de lo tarde que es.

—No te preocupes, mamá; yo me encargaré de meterlos a la cama.

—Tess...

—Ella está bien —la atajó él con una sonrisa—. Y les envía muchos besos y abrazos a sus hijos.

—¿Cuándo va a venir? —preguntó Rori, y August suspiró.

—Pronto —fue lo que dijo—. Pero miren la hora que es. Van a ser las nueve y mañana tienen escuela.

—No... —se quejó Kyle, pero August, inflexible, se puso en pie y caminó hacia su habitación, no la de los niños.

—Los dejaré dormir conmigo esta noche —ellos celebraron al instante, pero él los atajó—. Con la condición de que se porten bien, se bañen y se pongan su pijama sin una sola pelea.

—¡Lo prometemos! —él sólo sonrió, y se dedicó a ayudar a Nicolle a prepararse para dormir.

Al cabo de unos minutos, estuvo con los tres en la cama. Era una cama gigante donde cabían perfectamente los cuatro. August se acostó en medio, y cada uno de sus hijos buscó su hombro, su brazo o su pecho para recostar allí su cabeza. Él sólo pudo sonreír.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Nicolle, y August extendió a ella su mano y acarició su rubio cabello. Sintió que Kyle levantaba la cabeza, al igual que Rori, esperando su respuesta.

August suspiró. No podía seguir engañándolos, pero decirles la verdad era demasiado también.

—Ella... se puso un poco enferma.

—¿Está bien?

—¿Se va a morir?

—No, no se va a morir, y se va a poner bien.

—¿Le duele la barriga? —preguntó Nicolle, y August tiró suavemente su cachete.

—Sí, le dolía un poco la barriga. Tuvieron que ponerle algunas inyecciones —los niños inspiraron fuertemente, aterrados por aquella noticia.

—¿Le dolió?

—Un poquito, pero mamá es valiente y guerrera, y no se asustó con la aguja. Y eso que la inyectaron tres veces—. Ellos volvieron a hacer signos de horror—. Me pidió que les dijera que se porten bien, que le hagan caso a Constance y a la abuela Beth y al abuelo Henry. Que hagan los deberes y no se peleen entre ustedes.

—Está bien —prometió Rori, y Nicolle movió su cabecita afirmativamente.

Poco a poco, los niños se fueron durmiendo, y cuando todo quedó en calma, August pudo respirar hondo.

Había vuelto, seguía siendo August Warden, el padre de estos niños, el esposo de Tess. Seguía teniendo el derecho a amarlos, a reclamarlos.

La salud de Tess todavía era incierta, pero ahora tenía más fe.

August abrió sus ojos y se dio cuenta de que ya había amanecido. Su intención había sido sólo dormir a los niños y reunirse con sus padres para hablar de lo sucedido con ellos, pero al parecer su cuerpo había dicho basta.

Demasiado sólo para dos días.

Palpó en sus bolsillos y encontró su teléfono, que seguro había estado timbrando o vibrando, pero él no lo había sentido. Sin embargo, no había llamadas de nadie, ni mensajes urgentes, lo que indicaba que todo estaba en paz.

Con cuidado de no despertar a los niños, bajó de la cama y salió de la habitación. Todavía llevaba la ropa de ayer, muy arrugada por haber dormido con ella y el cabello bastante revuelto, pero no se metió a la ducha, sino que fue a la cocina por algo de comer. Estaba famélico.

—Aquí estás —dijo Beth mirándolo con una sonrisa mientras él hurgaba en el refrigerador. Era temprano en la mañana, y ella ya estaba ocupada en los quehaceres a pesar de la presencia del personal de ayuda—. Te ves terrible—. Él sólo alzó una ceja y le besó la cabeza. Vio cómo Beth de inmediato ponía una cacerola al fuego, se ocupaba de tostar pan, exprimir naranjas y todo como si tuviera ocho brazos extensibles, y él sólo se sentó en la isleta sonriendo y mirándola. Seguro que si le ofrecía su ayuda obtendría un regaño, así que se dejó atender.

—¿Dormiste bien? —le preguntó Henry llegando a su lado, y August suspiró.

—Caí como piedra... —contestó, y se mesó los cabellos revolviéndolos aún más—. No pensé dormir tanto.

—No es para menos, con todo lo que has tenido que pasar. Vas ahora a verla, ¿verdad?

—Sí... Tendré que pedirles que cuiden de los niños otro día más.

—Todo lo que haga falta —dijo Beth—. No te preocupes por eso.

—Gracias por estar conmigo en estos momentos. Yo...

—Eres nuestro hijo, no tienes que agradecer —dijo Henry un poco brusco, y August sonrió de nuevo sintiéndose agradecido.

Luego de desayunar, se dio una ducha, y despertó a los niños para que se alistaran y se fueran a la escuela. Oh, toda esta cotidianidad le hacía bien luego de tantas cosas extrañas sucediéndole. Mientras se duchaba y

enjabonaba su cuerpo, imágenes de Tess herida y tirada en el suelo lo asaltaron, ella sangrando y él sin poder hacer nada más que presionar la herida, donde todavía estaba el puñal, causándole más dolor, pero evitando que se desangrara del todo. El olor metálico de la sangre, su calidez pegajosa... Tess sufriendo.

Todas esas escenas lo perseguirían hasta la tumba, lo mismo que la visión de Michael Moore, sus palabras, las palabras de esa voz.

Michael Moore nunca se había arrepentido de haber abandonado a Tess. Aun en la muerte, opinaba que era su derecho el haber hecho lo que quiso, el haber actuado con egoísmo. No sabía para qué le habían puesto delante un espejismo de él, que había contestado lo que ya sabían: que, si hubiera seguido vivo, sólo habría causado más daño. No imaginaba lo que hubiera ocurrido cuando él se enterase de que Tess era una rica heredera. Aunque ella ya se había divorciado, un hombre con ansias de dinero, y que se cree con derecho sobre él, habría usado cualquier artimaña para sacar provecho de la situación. Se habría valido de los niños, o cualquier otra cosa.

Se había ido a tiempo, pensó.

Lo que lo llevaba a agradecer otra vez el que lo hubiesen puesto en este cuerpo, impidiéndole al otro volver para siempre.

Y él que al principio renegó y se enojó. Definitivamente, pensó, los seres humanos tenemos una visión muy limitada de la vida, sólo vemos el ahora y por eso nos quejamos. Cuando ya podemos mirar atrás, es cuando nos damos cuenta de que todo, siempre, ocurrió por una razón.

Salió de la ducha y se miró al espejo evaluando si afeitarse o no. Al final decidió que no valía la pena y salió con su barba de tres días para ver a su esposa en el hospital.

No esperó encontrarse allí a Greg. El anciano estaba en la sala de espera, sentado en una de las sillas, y mirando sus manos. August se acercó de inmediato y le puso una mano en el hombro. Greg lo miró, y aunque no había agrado en sus ojos, tampoco había hostilidad.

—Acabo de verla —dijo Greg—. Está tan...

—Ella es fuerte —le recordó August—. Se recuperará.

—Sí, sí...

—¿Cuánto llevas aquí?

—Un buen rato. Yo... Todavía no confío en ti —dijo al fin— Dicen que tú eres el causante de todo.

—Greg...

—Yo no lo creo —se apresuró a añadir—. No sé por qué, pero no lo creo —August apretó un poco el hombro del anciano en forma de agradecimiento, y sin poder agregar nada más, se puso en pie y fue a ver a su esposa.

Traspasó todas las puertas, habló con algunas enfermeras y al fin llegó hasta la camilla donde estaba Tess. Greg tenía razón. Era difícil verla así.

Tess tenía varios tubos saliendo de su cuerpo, y uno de ellos estaba incrustado en su boca. Le ayudaba a respirar, le dijeron.

Los monitores emitían sus sonidos irritantes, que seguro traspasaban su sueño sedado y no la dejaban descansar de verdad, y él no pudo más que acariciar su brazo con el dorso de sus dedos deseando poder estar en su lugar.

Tenía círculos oscuros bajo los ojos, los labios pálidos y algo reseco, pero seguía siendo su Tess, con sus bonitas pestañas reposando sobre sus pómulos, sus cejas negras en una expresión de total calma.

—Eres bonita aun así —sonrió él sin dejar de acariciarla con infinito cuidado y ternura, y respiró profundo hasta sentir que su cuerpo, poco a poco y al fin, entraba en calma.

Aunque ella seguía delicada, aunque cualquier cosa podía pasarle aún, él estaba sintiendo calma. Lo que había experimentado ayer, las palabras que le habían dicho, le aseguraban que nada malo le ocurriría a ella.

Unidos en la vida y en la muerte, destinos entrelazados.

No había tenido mucho tiempo para pensar en eso, pero intuía lo que podía significar. Era una gran responsabilidad, denotaba que el uno no viviría sin el otro, si Tess moría, también él lo haría. Eso sonaba más como una tragedia de Shakespeare, pero suponía que ya los dos habían enfrentado demasiadas veces la muerte y en ambas ocasiones ellos habían reclamado al cielo por ello.

Era un premio y al tiempo un castigo.

Eso dejaría a los niños sin padres si algo malo les llegara a pasar, no estaría ninguno de los dos para cuidar de ellos...

Vaya, cuántas implicaciones, pensó rascándose suavemente la oreja y sin dejar de mirar a Tess. Pero este era el precio de seguir vivos y juntos. Ahora sólo tenían que dedicarse a que valiera la pena.

Se sentó a su lado y se estuvo allí horas enteras. No tenía nada que hacer que fuera más importante que esto, velar por su esposa.

Al día siguiente, Tess pudo respirar por sí misma, y los médicos aseguraron

que por el momento no se había presentado infección. Ella estaba sorteando maravillosamente ese terrible trance y poco a poco había ido recuperando el color. Cuando abrió sus ojos por primera vez, él estuvo allí. Le sonrió y volvió a dormirse.

Horas después despertó de nuevo, sintió el apretón de él en su mano y volvió a sonreírle.

—Guapo —le dijo, y August no pudo más que sonreír emocionado.

—No creas que porque sigues libre estás descartado en las sospechas de la policía —le dijo Horace Goldman, una ocasión en la que se lo encontró en la sala de espera. Había dejado a Tess dormida luego de haber cruzado con ella sólo un par de frases, pero ya debía ir a casa a cuidar de los niños, que pronto regresarían de la escuela y lo necesitaban.

August miró a Horace fijamente y sin pronunciar palabra. Nada de lo que le dijera lo convencería de que era inocente, así que sólo respiró hondo y esperó a que terminara de lanzar sus acusaciones.

—Sigues en la mira —siguió Horace—. En algún momento lograré demostrar que eres sólo una alimaña rastrera y Tess lo sabrá —y sin agregar nada más, lo dejó allí y siguió adelante pidiendo permiso para ver a Tess.

August sólo apretó sus labios y siguió su camino. Algún día se resignaría, pensó.

Tess sintió la presencia de alguien a su lado y se esforzó por abrir los ojos. Ahora estaba más tiempo despierta, pero le costaba un poco, así que puso empeño y enfocó su vista. No era August.

—Oh, Tess. Qué bien que estás despierta —Tess no reconoció bien la voz, así que frunció su ceño. Había esperado que fuera August, pero él se acababa de ir... o eso pensaba, todo parecía ser más bien un sueño—. Soy yo. Horace.

—Horace.

—Vengo a... Tienes que esforzarte, Tess. La policía necesita tu testimonio.

—Sí... Sí, claro.

—A ellos diles toda la verdad, dile lo que realmente pasó.

—Sí... lo haré —contestó Tess, esforzándose porque sus palabras salieran de manera coherente, aunque sus pensamientos se sentían revueltos y disparatados por más que lo intentaba.

—No tienes que encubrir a ese malnacido —siguió Horace— Si estás en

peligro, Tess, tienes que decírmelo. No tengas miedo.

—¿Estoy... en peligro?

—¡August Warden no es lo que todos creen! —aseguró—. Y tú y yo lo sabemos. Recuerda lo que pasó esa noche, por favor, y díselo a la policía. August es el culpable de todo.

—No —lo interrumpió Tess levantando su mano, aunque esta le pesaba, se sentía más como un pedazo de carne pegado a su cuerpo sin mucha voluntad—. No es así.

—Oh, Tess, no lo encubras.

—Él jamás... me haría daño —dijo—. August jamás...

—Sabes que la policía no te creerá mucho, ¿verdad? —siguió Horace—. Las mujeres maltratadas por sus maridos por lo general los protegen. Pero si dices la verdad...

—¡Te estoy diciendo la verdad! —insistió Tess sintiendo deseos de llorar por no poder atajarlo en sus acusaciones, y Horace siguió hablando y hablando. Tess empezó a desesperarse, sus ojos se llenaron de lágrimas por la impotencia de no explicarse bien, y en un momento casi gritó: —¡Él es Adam!

Al oírla, Horace se quedó quieto al instante, en silencio, mirándola como si definitivamente se hubiese vuelto loca—. August no es el mismo... Ya te lo dije una vez... Es Adam. Adam en el cuerpo de August.

—Oh, Dios... —se asombró Horace, mostrando también una honda preocupación—. Estás decidida a llegar al extremo con tal de protegerlo. Inventarte algo así...

—¡Es Adam! —insistió Tess con una lágrima rodando por sus sienes—. Ya no lo ataques más, ya no le hagas más daño. Es Adam... —Horace meneó su cabeza negando, e incapaz de añadir nada más, dio media vuelta y salió de la sala furioso.

August se sentó en la mesa donde sus hijos revisaban sus libretas escolares. Él tomó los apuntes de Kyle estudiando las tareas que le habían dejado y las analizó para empezar a ayudarlo. Matemáticas, ciencias, y lenguaje. Afortunadamente era bueno en varias de esas, así que acercó al niño un poco más a él y empezó a explicarle lo que tenía que hacer.

—Señor, acaba de llegar un hombre... —dijo Constance llegando a ellos— que dice que tiene que hablar algo urgente con usted —. August se puso en pie de inmediato y caminó a la sala donde un Horace furibundo se paseaba de un

lado a otro.

—La has cagado —soltó antes de que pudiera saludarlo—. Ahora sí que la has cagado. No sé cómo has conseguido que Tess... te defienda hasta el punto de...

—¿Hablaste con Tess? —preguntó Adam un poco sorprendido, pues ella aún seguía bajo los efectos de los sedantes.

—Vengo de allá. Estoy tan indignado, Warden. Juro que si no fuera porque no soy un maldito asesino...

—¿Quieres matarme? —preguntó August mirándolo más bien con asombro.

—¿Cómo te atreves a corromper la memoria de Adam! ¡Cómo te atreves a pedirle a Tess que diga que eres Adam! Cómo te atreves a...

—No grites en mi casa —lo detuvo August levantando una mano y con voz severa—. No me importa quién seas, ni cuánto te deba, ni cuánto dependa de ti. Mi casa la respetas—. Horace se quedó en silencio, mirándolo estupefacto. Hoy más que nunca él...

Pero no, no. Todo era una maldita patraña...

—¿Tess te dijo... que soy Adam? —preguntó August, dándose cuenta de que, de alguna manera, podía decir ese nombre delante de Horace, y supo al fin que había tenido la razón. Tess era la clave para que más y más personas lo supieran y él pudiera expresarse. Sólo se necesitaba que ella dijera que él era Adam delante de alguien, y luego él podría por fin hablar de sí mismo, probándolo.

Horace seguía en silencio como si la orden de no gritar y respetar su casa fuera más bien un hechizo.

Sonrió. Se pasó la mano por la barba crecida y respiró hondo varias veces.

—La última vez que hablamos... Estábamos los tres en el club. Tú, Abel y yo. Hablábamos de Steelwoods, de su inserción en el Holding. Y en un momento en que Abel se levantó para fumarse un puro te dije... que había vuelto a ver a Tess, pero que ella no me recordaba —Horace lo miraba completamente boquiabierto, como preguntándose cómo sabía él detalles de aquella lejana conversación—. Me dijiste que la buscara... —siguió August encogiéndose de hombros— y que la obligara a recordarme. Que las mujeres... son expertas olvidando... pero que buscara la manera...

—No es posible...

—Y en ese mismo instante tomé el auto y salí del club.

—No, no... —repitió Horace extendiendo su mano como si pretendiera



detener así la avalancha de datos que le estaba dando—. No es posible...

—Y me accidenté —sonrió August, ya no con tristeza al recordar ese episodio. Ya lo había aceptado, lo había asimilado todo—. Pero de alguna manera... los de arriba decidieron que no era mi momento, y me trajeron aquí, al cuerpo de este... delincuente. Y pagué tres meses de cárcel por él... Y sigo pagando por sus fechorías...

—No. Dios... esto no... Esto es una locura.

—Sí, lo es —sonrió August—. Una completa locura. Por eso no podía decírtelo, sabía que no lo creerías, y bueno... No me permitían hablar de eso. Tuve que guardar el secreto, pero ya que Tess te lo dijo... tal vez tengas que saberlo todo—. Horace siguió allí, como una estatua, sin poder moverse, y casi ni respirar.

Cuando pudo reaccionar, se puso una mano en el pecho, y entonces August se asustó, y caminó a él con preocupación. Tal vez estaba sufriendo un infarto. Horace no era tan mayor, pero esta noticia era chocante, él lo sabía.

Al ver su expresión, Horace tuvo que dar un paso atrás.

Su corazón se lo gritaba. Llevaba tiempo desoyendo sus reclamos. Pero... ¿cómo podía él intuir que algo así pudiese en verdad suceder?

—¿Horace?

—Hijo de la... —mordió las palabras, impidiéndoles salir. August lo vio luchar contra sí mismo, contra la lógica y contra su corazón.

Horace simplemente dio la vuelta y salió de la casa. August lo vio subir de nuevo a su auto y huir. Sí, estaba huyendo. Tal vez le había creído, tal vez no. Era una verdad difícil de asimilar, después de todo, y Horace y Abel eran hombres que no creían en cosas que no pudiesen medir y comprobar.

Respiró profundo. Esperaba que esto, más bien, no se convirtiera en un obstáculo más.

Tess abrió sus ojos otra vez, y vio a alguien cerca de su camilla. No era August, supo de inmediato, y eso la decepcionó un poco.

Pero bueno, él también debía descansar, comer, etc. No podía estar las veinticuatro horas aquí.

Pero ah, lo quería, lo necesitaba.

Pudo enfocar su vista y vio de quién se trataba. Nunca había esperado verla aquí.

—¿Amelia? —susurró, y ella de inmediato se acercó y le tomó con

suavidad la mano.

—Me dijeron que te estás recuperando bien. Me alegro.

—Gra... Gracias... por venir a verme.

—Oh, no es nada —mentira, supo Tess al instante. Sabía que Amelia odiaba con todo su ser los hospitales. Que no había pisado ninguno en los últimos años. Ni siquiera cuando su hermana dio a luz a su segundo hijo. Fue a conocer a su sobrino y a felicitar a su hermana cuando ya estaban en casa.

También, le constaba que prefería que los médicos la visitaran a domicilio y nunca era ella quien iba a verlos a sus consultorios a menos que fuera inevitable. Por eso odiaba enfermarse, y tomaba vitaminas y suplementos para no tener que acudir nunca a un centro médico de cualquier índole. Decía que así sus defensas estarían bien, y que eso disminuía de manera importante el riesgo de enfermarse.

Sin embargo, sabía también que con cierta regularidad tenía citas médicas. Nunca le preguntó de qué se trataban, si estaba superando alguna enfermedad. No sabía qué especialidad tenía el médico que siempre la llamaba para recordarle sus citas. En una ocasión tuvo que comprarle los medicamentos que regularmente tomaba, pero cuando quiso consultar en internet para qué servían, había perdido el nombre, así que no se había podido enterar, y luego le quitó importancia.

Pero ahora todo eso estaba viniendo a ella. Fue su secretaria por unos cuantos años, le llevaba la agenda y por eso sabía que regularmente salía con chicos, que actualmente tenía como novio a alguien varios años más joven que ella, pero que no se lo tomaba en serio; que vivía sola en un hermoso ático, que se enorgullecía de estar soltera, de su éxito, de sus logros. Tenía amigos influyentes, algunos escritores famosos, otros grandes empresarios, y aunque su familia era más bien de orígenes humildes, ella había salido adelante, era exitosa y había acumulado cierta riqueza.

Era a veces un poco dura en el trabajo, pero no podía ser una blandengue en este mundo de hombres. Se había posicionado como uno de los ejecutivos de Branagan Enterprise a punta de trabajo duro y gracias a que los Branagan eran gente que se parecía un poco a ella, y valoraban su talento, no sólo sus conexiones familiares.

Nunca le oyó hablar de un hombre en especial, de alguien de su pasado. Parecía vivir sólo para el presente, y para planear su futuro. Ya tenía previsto retirarse a cierta edad, vivir en una cabaña frente a la playa luego de haber

viajado por el mundo. En su apartamento acumulaba fotografías de los sitios a los que ya había ido, como Machu Picchu, las nieves de Chile, México, el río Amazonas, Roma y otras ciudades de Italia... Siempre sola, sin siquiera amigas que la acompañaran en sus aventuras.

Y esos novios que tenía, a pesar de ser guapos, muchas veces se iban sin siquiera haber conseguido de ella lo que querían. Llegaban, intentaban ligar, a veces conseguían tomar unas copas, pero pocas veces algo más. Y ella no parecía molesta porque ninguna de sus relaciones cuajara, daba la impresión de querer seguir soltera.

Sólo una vez la encontró con la guardia baja. Había regresado tarde por algo que había olvidado y la oyó hablar con alguien por teléfono. Ella lloraba, le pedía al otro que se callara, y luego de decirle que no estaba dispuesta a seguir oyendo, cortó la llamada. Pero eso podía deberse a algo familiar, no precisamente a una relación sentimental. En esa ocasión, había temido haberla pillado así, pero Amelia simplemente se secó las lágrimas, respiró hondo, recuperó la compostura y le habló como si no hubiese ocurrido nada.

Nunca dijo una palabra al respecto, ni explicándose, ni advirtiéndole que se guardara lo que había visto. Nada.

Pero ahora estaba aquí, visitando a su ex secretaria en un hospital, el lugar que más odiaba en el mundo. Se estaba sometiendo voluntariamente a una tortura por alguien que no era su familia, y eso le extrañaba. Miraba alrededor con recelo, se la notaba nerviosa, impaciente. Se abrazaba a sí misma y ponía distancia entre ella y la camilla.

—No tenías que venir —le dijo Tess—. Yo habría entendido—. Amelia guardó silencio, se pasó la mano por el cuello y suspiró.

—Es que anoche tuve... un sueño contigo. Algo estúpido, pero yo nunca sueño. Es decir... supongo que sí sueño, pero nunca lo recuerdo luego. Pero soñé contigo y... supe que tenía que venir a verte.

—Oh... ¿De verdad? —Tess cerró sus ojos. Aunque ahora se sentía menos tonta por la medicación, le costaba seguir un poco el hilo de la conversación.

Cuando abrió los ojos se dio cuenta de que habían pasado los minutos. Se había dormido.

—Y... ¿qué soñaste? —preguntó, como si no hubiese pasado el tiempo, y Amelia, que había permanecido allí, sólo sonrió.

—Una tontería.

—Si fue una tontería, ¿por qué lo recuerdas?

—Me pregunto lo mismo. Es que no le veo sentido. Fue... un disparate... Yo no le hallo ni pies ni cabeza.

—¿Y si me cuentas? —Amelia dejó salir el aire con cierto desdén.

—No es nada. Pero me preocupé y vine a verte. Te pondrás bien... estarás bien, Tess.

—Gracias. Lo sé.

—¿Lo sabes? —Tess no contestó, sólo la miró en silencio—. Quiero decir... uno siempre le desea al otro que se recupere, pero... tú sueñas muy segura...

—Lo estoy. Me recuperaré. Si mi destino fuera morir por esto... ya me estarían enterrando.

—Oh, cállate —Tess sonrió, y evitó por todos los medios reír, ya que su vientre estaba sensible a pesar de los medicamentos.

—Gracias por venir a verme. Gracias por preocuparte... Tú... eres una buena persona, después de todo.

—Qué odiosa eres. Por supuesto que soy una buena persona —Tess volvió a sonreír—. No sé si sea una buena jefa, pero buena persona sí soy.

—Vale, vale... —Tess le preguntó entonces cómo le estaba yendo con su nueva secretaria, y Amelia pareció relajarse un poco al fin, y le empezó a contar algunas cosas de la oficina. Minutos después, cuando advirtió que ya no podía seguir despierta y una enfermera las interrumpió para medicar a Tess, se disculpó y al fin se fue.

Tess no dejó de pensar en ella por largo rato.

No sabía qué estaba pasando por la vida de su ex jefa, pero seguro que no era algo agradable.

Suspiró y le preguntó a la enfermera qué hora y día eran. Tal vez no faltara mucho para que August, o alguien más, viniera a verla.

Era muy solitario estar aquí.

Horace entró a su oficina e ignoró a su secretaria que le hablaba avisándole tal vez de reuniones y citas. Cerró la puerta casi delante de ella y se dirigió como un sonámbulo hasta su escritorio dejándose caer en la silla.

Era un disparate, una completa locura.

Esas palabras se repetían una y otra vez en su mente desde que August Warden había asegurado ser Adam Ellington e incluso le había descrito una escena en la que no estaba nadie más que ellos dos, y Abel. Le había dicho exactamente lo que habían hablado, y, además, él había estado sintiendo algo muy extraño acerca de él desde que lo conociera, como si le recordara a alguien, como si le fuera familiar.

Apretó sus puños sintiéndose tonto e impotente. En todo el camino desde su casa hasta aquí no había dejado de pensar en que a lo mejor alguien del club le había contado a este desgraciado lo que había pasado esa vez... Pero, entonces... ¿Por qué sabía lo que habían hablado? ¿Cómo los habían escuchado? También había pensado en que Tess misma lo había adiestrado para que dijera cosas así, pues conocía muy bien a Adam... Pero de nuevo esa teoría se caía fácilmente. No había una explicación lógica a esto. August Warden y Adam Ellington no podían ser más diferentes, más opuestos, el uno nunca habría podido actuar como el otro, y sólo tenían algo en común, o a alguien: a Tess.

Todas las demás explicaciones para esto eran impensables. ¿Habría, de verdad, de verdad, permitido Dios que Adam de alguna manera regresase de la misma muerte y despertase en el cuerpo de ese delincuente?

Era la única cosa que ponía todo en su lugar: que Tess se volviera a casar con un hombre que tanto daño le había hecho, que él supiera todo acerca de Adam, sus últimos minutos de vida, y las cosas acerca de la empresa, y que a él y a Abel le recordara tanto a su joven amigo.

Pero ¿cómo podía pasar algo así? Cavilaba. Cómo, cómo...

—Señor —dijo su secretaria abriendo la puerta con suavidad y mirándolo como si temiera estarlo interrumpiendo en sus pensamientos—. El abogado... está aquí. Desea hablar con usted—. Horace la miró como si no la hubiese estado viendo hasta el momento, y en su mente repitió sus palabras. El abogado, el hombre que Abel y él habían contratado para que llevara el caso de August Warden...

—Sí, sí... Hazlo pasar—. De inmediato Ernest McCoy, licenciado en leyes, un hombre exigente, estricto, excelentemente vestido y con un finísimo portafolio de cuero se introdujo en su oficina y le extendió la mano. Horace le ofreció una bebida y éste se la recibió, y a continuación le expuso la razón de su visita.

—Han encontrado a Billy Stanton —dijo, y Horace sintió un apretón en el estómago.

—No me digas. Y ha confesado ser el culpable.

—No. Algo peor. Han encontrado evidencia contra él —Horace lo miró un poco boquiabierto, y Ernest siguió con su informe. En su residencia, habían encontrado los guantes que había usado la noche que hirió a Tess y a August. Al parecer, había intentado limpiarlos, pero la evidencia de sangre no se perdió del todo. Eran la sangre de la pareja atacada esa noche, lo que lo ponía a él en la escena. También, al investigarlo, coincidieron en que conocía al chofer de limosina encontrado muerto en la misma zona. Todo indicaba que le había prometido un pago de mil dólares por secuestrar la limosina, recoger a la pareja en su lugar de residencia, y abandonar el vehículo con ellos dentro; luego se había negado a pagarle y lo había asesinado en el acto.

Billy Stanton aseguraba ser inocente, no tener nada que ver con los Warden, pero un fiscal muy avezado y excelente interrogando había encontrado fallas en su declaración. Los investigadores lograron ubicarlo también en Rochester, Minnesota, lo que lo involucraba también en la primera vez que August fue herido con un puñal, y el asesinato de Karla Waste.

Los cargos contra él se iban sumando uno a uno, haciéndolo cada vez una persona con más culpas que pagar.

Y todo esto llevaba a una conclusión: August era inocente, todo lo que había dicho cuando lo interrogaron había sido verdad.

Y él había metido a un hombre inocente a la cárcel cuando su esposa estaba en el estado más crítico.

El estómago se le revolvió, pero se bebió un largo trago de whiskey tratando de evitar la sensación.

—Intentó salir del Estado —siguió diciendo Ernest—, cambió su apariencia y trató de meter identificación falsa, pero fue eso precisamente lo que alarmó a las autoridades y terminó detenido. Luego se comprobó quién era realmente y aquí estamos—. Horace respiró profundo y dejó su vaso de licor sobre la mesa de cristal que había entre los muebles.

—Entonces... ¿me dices que... August Warden es inocente?

—No se le ha podido demostrar complicidad en ningún momento. Si hubiese contratado a Billy para que matara a su esposa y que a él sólo lo hiriera, ya habríamos encontrado algo que lo inculpase, pero hasta el momento, nada. Ninguna conexión entre esos dos más que la del pasado, cuando eran músicos y tocaban juntos. Nada más—. Horace asintió—. Pero aún es temprano para dar todo esto por terminado —siguió Ernest—. Antes de que cierren el caso, cualquier cosa podría pasar.

—Sí... tal vez. Supongo que... ya han procedido contra Billy Stanton.

—Por supuesto. Ya está en manos de la justicia. Aunque hasta el final de los tiempos diga que es inocente, no saldrá libre ni siquiera bajo fianza. Cuando los fiscales y abogados terminen con él, tendrá que pagar una larga condena por múltiples cargos, no sólo el ataque a los Warden.

—Está bien.

—Siento no poder haber hecho nada más contra August Warden, sin embargo, estoy seguro de que, si escarbamos otro poco en su pasado, algo encontraremos. O podrías ponerle alguna pequeña trampa, arriesgar algo de dinero en la empresa para hacerlo tropezar. Los hombres codiciosos y que aman el dinero fácil siempre caerán... —Horace lo miró fijamente pensando con seriedad en sus palabras.

Podía, perfectamente, ponerle una trampa. Podía hacer muchas cosas, porque él tenía poder y August no. Porque él tenía influencias, dinero, conexiones, etcétera... y August no era más que un pobre diablo.

Un pobre diablo padre de tres hijos, y que, tal vez, tal vez, era Adam Ellington.

—Tienes razón en todo eso —dijo—. Pero ya estoy cansado. Por ahora... quiero dejarlo así. Si ese hombre realmente es un hampón, ya tendré tiempo de saberlo.

—¿No te preocupa Tess, ni su fortuna?

—He comprendido que... ese hombre quiere a Tess, y a esos niños —y al decirlo, otra vez su estómago se apretó. Había tenido esta verdad delante de sus ojos todo el tiempo, pero la ira lo había ennegrecido—. Un hombre que ama a sus hijos y a su mujer, no hará nada que los lastime, así la tentación del dinero sea muy grande.

—¿Estás seguro?

—No —rio Horace—, pero tengo que confiar en mi instinto esta vez. Y mi

instinto me dice... que estoy equivocándome con respecto a él.

—Lo que digas —dijo Ernest poniéndose en pie y volviéndole a extender la mano, dispuesto a irse y dando por terminada la conversación—. Para lo que necesites, ya sabes que estoy aquí.

—Sí, gracias—. El abogado salió y Horace se encaminó al ventanal y miró al cielo azul. Se cruzó de brazos y entonces recordó a August siendo ascendido múltiples veces en cuatro meses. Pasar de ser un lavaplatos a un administrativo, y luego, su mano derecha. Había visto muy extraño que alguien como él conociera tan bien el manejo de una organización tan grande, que no sólo manejaba hoteles cinco estrellas y restaurantes de la misma categoría, sino muchos otros negocios. Le había podido ir delegando cada vez más responsabilidades, y él siempre había estado a la altura de las circunstancias.

—Hey —dijo Abel entrando de repente—. ¿Cómo es eso de que Ernest estuvo aquí y no me llamaste? —Horace agitó su mano quitándole importancia a su queja.

—Sólo vino a decir lo que ya sabemos.

—¿Lo que ya sabemos?

—August Warden es inocente... Encontraron evidencia que apunta a Billy. Ya está siendo investigado y pronto será también judicializado.

—Eso tengo que verlo por mí mismo —dijo Abel en tono molesto—. Tal vez Warden contrató a ese imbécil para...

—August no hizo tal cosa —dijo Horace mirándolo un poco ceñudo, y a Abel le cambió un poco el semblante.

—¿“August”? —inquirió, resaltando el hecho de que Horace se refiriera a él usando su nombre de pila—. ¿Qué te pasó, te lavó el cerebro, o qué?

—August es... —de repente, Horace no pudo seguir hablando. El nombre de Adam no salió de su garganta, y eso lo desconcertó, lo asustó, y al mismo tiempo, le hizo comprender. Su pecho se agitó al instante al comprender que todo era verdad. Todo lo que le había dicho Tess en el hospital más temprano, y lo que August le había dicho. Realmente, alguien con mucho poder lo había puesto en el cuerpo del ex esposo de Tess devolviéndole la vida, dándole una oportunidad—. August es... —volvió a intentarlo, sólo para dejarlo claro, y otra vez, no pudo pronunciar el nombre de Adam.

No pudo más que reír.

—Es inocente —concluyó al fin—. Lo he comprendido... August es inocente.



—¡Falsificó documentos! —exclamó Abel—. Contrabandearé mercancía, se juntó con prostitutas, y tal vez mató a la fulana que encontraron a la orilla de la carretera, eso aún no lo sabemos...

—Puede ser, pero...

—Entonces, ¿cómo vamos a permitir que alguien como él se haga cargo de...?

—La gente cambia, Abel —le dijo Horace con tono perentorio—. La gente cambia. Yo... estoy dispuesto a darle una oportunidad —Horace cerró sus ojos y le dio la espalda a su viejo amigo y socio para que no notara que sus ojos se habían humedecido, pues apenas estaba comprendiendo lo que implicaba que Adam estuviese entre ellos—. Puedes poner todas las condiciones que quieras, pero hay que darle una oportunidad. Si no... ¿cuándo las personas van a surgir de veras? ¿Cuándo podrán demostrar que son... otra persona ahora?

—Estás loco —acusó Abel, pero no dijo nada más, sólo salió de la oficina. Horace permaneció con sus ojos cerrados, y permitió que todo el malestar de antes lo invadiera, que la voz acusadora que antes le había dicho que se estaba equivocando le gritase.

Se lo merecía. Ya Adam, en el cuerpo de August, le había dicho estar decepcionado. Si acaso perdía su amistad, no podría reprochárselo.

August se acercó a la camilla de Tess y la encontró durmiendo. Tenía buenas noticias para darle, como, por ejemplo, la captura de Billy, y el hecho de que cada vez se aclaraba más este asunto.

Esta tarde, cuando Carl Bergman vino a casa a informarle de los recientes avances, se sintió supremamente aliviado, y hasta tuvo que elevar una oración al cielo dando gracias. Le habían hecho pasar un mal momento, uno muy duro, pero luego de la prueba, estaba llegando la calma.

Sólo faltaba que Tess se recuperara y volviera a casa. La echaba mucho de menos, le costaba sobremanera verla así, sabiendo que aún sentía mucho dolor, dejándola sola aquí horas y horas.

Ella abrió sus ojos, y cuando pudo enfocar la vista y darse cuenta de que era él, sonrió. Él se acercó más, con la mano femenina entre las suyas, como si quisiese transmitirle a través de ese toque todo el amor que sentía por ella.

Y tal vez lo hacía, porque ella extendió su otra mano a él para tocarle el rostro.

—Te amo —le dijo ella, y August besó sus manos repetidas veces.

—Mi chica preciosa —susurró él, y ella volvió a sonreír.

—Y eso que no me he lavado la cara —él rio ahora, y respiró profundo. Si ella era capaz de hacer bromas, es que se iba recuperando bien.

Se acercó más a ella para mirarla más fijamente, y Tess se quedó allí, tranquila, observando sus azules ojos, sus pestañas, su barba crecida.

—¿Qué hora es? —le preguntó, totalmente perdida en el horario, y August le contestó—. Los niños...

—Están con papá y mamá —le respondió él—. Los dejé dormidos para venir a verte. ¿Crees que las enfermeras se molesten mucho si me acuesto a tu lado? —Tess volvió a sonreír.

—Creo que te echarían, y luego te prohibirían la entrada.

—Son unas brujas, todas—. Ella hubiese querido reír, pero dolía, así que sólo se contuvo y siguió mirándolo—. Atraparon a Billy —le informó al fin—. Está detenido, y al parecer, no hay fianza que pague su libertad. Encontraron evidencia en su casa, o donde sea que viva, y... poco a poco se han ido aclarando las cosas.

—Qué bueno.

—La policía no ha encontrado nada contra mí. Estoy quedando fuera de toda sospecha.

—Olvidé decirte —susurró Tess con tono preocupado—. Yo... le dije a Horace... que tú eres...

—Lo sé. Vino a casa a reclamarme por hacerte decir disparates para favorecerme. No te preocupes; con lo que le dije, si no se convenció, al menos quedó muy pensativo. Lo que me hace comprobar que sólo tú tienes el poder de decirle a los demás quién soy realmente—. Tess trató de humedecer sus labios, pero tenía la boca reseca, así que sólo respiró profundo.

—Tendré que tener cuidado, entonces...

—Tú eres muy cuidadosa, de todos modos. Confío plenamente en ti —Ella cerró sus ojos con una sonrisa en sus labios.

—Lo sé —dijo—. Quisiera que te quedaras —siguió, pero en su rostro ya no había sombra de su sonrisa, parecía adolorida—. Pero eso sería egoísta de mi parte. Mereces descansar...

—Si me quieres aquí, me quedaré.

—Oh, August...

—Sé fuerte, mi amor. Cada día que pasas aquí es una victoria, te acercas

más a tu plena recuperación. A cada minuto, a cada hora, tu cuerpo se recupera, trabaja para volver a la normalidad. No pierdas el ánimo —él se movió para darle un beso en la mejilla, pero no se retiró, sino que luego le dejó otro en la línea de su mandíbula, y otro en el cuello—. Te quiero bien, te necesito bien. Siento tu dolor, créeme —ella abrió sus ojos y lo miró fijamente.

—¿Eso es... literal? O sólo porque al verme postrada te duele el corazón —August la miró un poco pensativo y volvió a su silla sin soltarle la mano.

—Ahora que lo preguntas, creo que es un poco de ambas. Cuando estabas en esa calle, herida y perdiendo sangre, yo... —se puso una mano en su abdomen, más o menos por el mismo lugar donde ella había sido herida—. En el momento pensé que era porque sabía lo que se sentía ser apuñalado que casi estaba experimentando tu mismo dolor, sin embargo, ahora que lo dices... Pero no. No. Es demasiado loco.

—Demasiado loco —repitió ella elevando sus cejas—. Tú, que volviste de la muerte y ocupaste el cuerpo de mi ex, dándonos así la oportunidad de estar juntos y librándonos de ese ser despreciable... Te atreves a decir que sentir mi dolor es una locura —August rio quedamente.

—Bueno, que sea loco no impide que sea real.

—Tienes razón —ella cerró sus ojos de nuevo, y se quedó dormida. Durmió plácidamente por espacio de una hora, luego, vino una enfermera y le cambió agujas y bolsas y la hizo despertar. Ella abrió sus ojos molesta y casi incómoda, pero al ver a August sonrió y se volvió a dormir. Dos horas después, volvió a estar alerta.

Comprobar que allí seguía su marido, dormido, incómodo en esa silla, la llenó de una alegría tal que sus ojos se humedecieron y picaron por las ganas de llorar, pero era de felicidad.

Aunque estaba en la camilla de un hospital, aunque estaba adolorida, se dormía dejándolo solo y ni siquiera podía tener una conversación normal, él seguía aquí, como muestra de que la amaba.

Ah... ser amada por él era tan... hermoso. Sentía que le curaba el alma, el corazón, hasta su mismo cuerpo.

Y entonces se quedó analizando ese punto.

Tal como decía August, era una locura, pero, casi podía sentir la vitalidad venir de él, y sus males pasarse a él. Como si compartieran la salud y la enfermedad, calmando así de una manera más física su dolor, sólo porque él le

ayudaba a sobrellevarlo.

Recordaba ahora una conversación con Heather, donde le dijo que, luego de que pasaran por todo lo que con Raphael había tenido que experimentar, tenía la sensación de que, de alguna manera, su juventud se había prolongado, y no se refería a la juventud de los años, de esa etapa de la vida que duraba tan poco, sino a mucho más. Desde entonces, ninguno de los dos había sufrido nunca, siquiera, un resfriado, ni un solo dolor muscular, ni ojeras por el trasnocho. Ni siquiera la resaca normal luego de unas copas de vino de más la noche anterior.

Los habían bendecido con un cuerpo extremadamente saludable, que les permitía, además, tener largas, muy largas sesiones de sexo, un apetito más que amplio en ese tema, y mil cosas más que eran difíciles de describir.

El parto de Heather había sido casi indoloro para ella y luego la dieta posparto fue casi un paseo. Su cabello no se caía, sus uñas y piel eran preciosas... y sólo había que mirar a Raphael para darse cuenta de que ese hombre era cada vez más guapo, más inteligente, más de todo.

¿Habrían sido August y ella bendecidos de una manera similar? Luego de todo lo que habían tenido que padecer, ¿les habían dado algún don sobrenatural como ese?

Ella seguía aquí, de todos modos, pensó.

¿Qué sería entonces lo que les dieron? Dudaba que los despacharan hacia la hostilidad de la vida sin un regalo.

—Estás despierta —habló él, despertando. Tess lo vio masajearse los ojos y los músculos del cuello, y Tess casi sintió en ella los calambres que lo aquejaban a él por la mala postura.

Vaya, vaya, sonrió.

—¿Estás bien? —preguntó él mirándola un poco extrañado, y ella le extendió su mano para que la tomara. August volvió a acercarse a la silla a ella.

Para estar del todo segura de sus sospechas, debía estar bien recuperada, necesitaba mejorarse pronto.

Oh, tiempo. Pasa pronto, por favor.

—Dame un beso —le pidió ella, y él no dudó un solo segundo en acercarse y besar sus resecos labios—. Tus besos me curan —August sonrió.

—Si un beso te cura, ¿qué te pasaría si te hago el amor?

—Oh, aquí no puedes. Hay cámaras —él rio por lo bajo, y le besó la nariz y los párpados. Ella no decía que era imposible por su herida aun reciente,

sino por cosas como la vigilancia del hospital, y eso le encantó.

—Nos meteríamos bajo la sábana. No verían más que un movimiento extraño.

—Pero ya sabes que soy una ruidosa —susurró ella—. No podría estarme callada, eso llamaría la atención.

—Te tendría callada todo el rato con mi boca.

—Sabes que no funciona.

—Entonces ocuparía tu boca con... otras cosas —Tess cerró los ojos sintiendo el dolor que la risa provocaba en su vientre— Oh, mierda. Lo siento. Lo siento —se disculpó él al saber lo que le había provocado—. Mierda, mierda, mierda—. Tess se concentró en respirar suavemente y disipar la risa. Sus ojos se habían humedecido por el esfuerzo, y él se las limpió.

—August... ¿tú... sientes mi dolor?

—Oh, cariño. Sí...

—Me refiero a... físicamente, sabes lo que siento.

—Sí. Puedo sentirlo ahora mismo.

—Yo siento que te duele el cuello... que la espalda te está matando porque has estado largo rato en una posición incómoda. Que has dormido poco... ¿Nos está pasando algo... sobrenatural? ¿Otra vez? —él la miró pensativo. Había estado a punto de decirle lo mismo, pero al parecer, ahora compartían hasta los pensamientos.

—Tal vez sí, mi amor. ¿Eso... te molesta?

—No. Me encanta estar conectada contigo. Sólo me falta leerte la mente — él sonrió mostrando todos sus dientes en la que parecía ser la sonrisa del lobo con su liebre a la vista.

—Y ahora, ¿qué estoy pensando?

—Que la liebre corre peligro —él no pudo evitar echarse a reír fuertemente, y algunos hicieron señales de silencio para que le bajara el volumen, pues ya era de madrugada.

August se quedó allí hasta que ella volvió a dormirse, y entonces, se permitió volver a casa.

Ella había tenido razón. Había dormido poco y mal, le dolía toda la espalda y el cuello, necesitaba un descanso. Y ahora que sabía que ella sentía lo mismo que él, procuraría estar bien, sano, sin dolencias.

Era maravilloso a la vez que aterrador esta extraña unión. Lo asustaba, y al tiempo, le encantaba.

Y le sacaría todo el provecho posible.

Tess escuchó las notas musicales de la canción Tristesse sonando en su cabeza y poco a poco fue despertando. Encontró al lado de su cabeza, sobre la almohada, la caja musical que Adam le había regalado hacía ya muchísimo tiempo y sonrió. Seguramente alguien la había traído aquí.

August no estaba a su lado, y eso le extrañó. ¿Quién la había traído, entonces?

—Yo lo hice —dijo una voz a su lado, y Tess se sorprendió un poco al ver a una anciana de pie a un lado de su camilla. Pero no era cualquier anciana, era Sam, Samantha Jones antes de que el milagro ocurriera en ella, antes de que se convirtiera en esa despampanante pelirroja que ahora era.

Su corazón empezó a latir con mucha fuerza, y asustada, trató de sentarse. ¿Qué había pasado con Sam? ¿Se había revertido todo?

—¿Sam? —la llamó, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¿Qué te pasó? ¿Por qué... por qué estás así otra vez? Oh, Dios...

—¿Sam? —preguntó la anciana—. ¿Me veo como Sam? ¿Como la anciana? —ella levantó sus manos y las examinó, y Tess, supremamente confundida, frunció el ceño sin quitarle los ojos de encima—. Es increíble; así que soy esa anciana, otra vez.

—No eres Samantha —dijo Tess, todavía con su corazón palpitando alocado en su pecho—. No eres ella... ¿Quién eres?

—Una vez fui Heather Calahan —contestó la mujer sin ninguna inflexión en la voz, y Tess ahora empezó a sentir miedo. Heather, la verdadera, había sido mala. Intentó matar a su amiga usando un atizador. ¿Qué le iba a hacer a ella? Ahora no podría defenderse, no tenía cómo... —No debes temer de mí —le dijo la mujer, y Tess la vio cruzarse de brazos, en un gesto que le hizo darse cuenta de que sólo tenía la apariencia de Sam, pero por dentro seguía siendo aquella chica que una vez menospreció su vida.

—¿Qué quieres de mí?

—¿Qué podría querer de ti? —le preguntó—. No tienes nada que pudieras darme.

—Entonces... por qué... ¿Qué haces aquí?

—Probar algo... Es increíble que puedas verme, y con esta apariencia, además. Parece que estás fuertemente conectada con tu amiga. La quieres mucho, eso es evidente—. Tess siguió mirándola en silencio, sin decir una

palabra ante lo que ella decía, sólo esperando que de repente ella se volviera loca, haciendo evidente así su desconfianza... ¿Había vuelto de la muerte?, se preguntó. ¿Qué sentido tenía volver en el cuerpo de una mujer de ochenta años? ¿O era sólo algo que ella podía ver y los demás no? Miró en derredor y se dio cuenta de que nadie les prestaba atención. Tal vez sólo ella podía verla, y era un fantasma, o una sombra—. Los hospitales son un lugar muy curioso. Pasan muchas cosas sobrenaturales aquí.

—No me hagas daño —pidió Tess al ver que se acercaba más, y la mujer sonrió.

—No comprendo tu temor. He sido bastante buena contigo.

—¿Buena... conmigo? No te entiendo. Nunca... nunca hablamos, siquiera—. La mujer extendió su mano y le tomó la suya, y al instante, Tess dejó su camilla, y se vio de pie en lo que claramente era una sala de partos. Una mujer daba a luz, y Tess la reconoció de inmediato. Era su mamá. Los médicos y enfermeras que la rodeaban le daban ánimos para seguir pujando, pero cuando su bebé nació y lloró, ella perdió las fuerzas y se desmayó, alarmando así al personal médico que la atendía.

Tess sintió sus lágrimas rodar por sus mejillas. Los ojos de Nicolle se habían quedado clavados donde estaba su bebé. Ella me amaba, pensó Tess. Sólo fue un instante, pero me amó.

Luego vio a su abuela tomar al bebé recién nacido e irse con él del hospital. Trasnocarse con ella porque lloraba en la madrugada por comida, ir a trabajar cansada porque ya no tenía edad para soportar a un chiquillo que estaba aprendiendo a caminar, y, sin embargo, siempre tenía una sonrisa para ella.

—Ya sé que me amaron —dijo Tess a la mujer que no debía ser ni Sam ni Heather, porque tenía el poder de llevarla al pasado, o a donde fuera, para que viera sus primeros años de vida—. Nunca lo he olvidado. ¿Por qué me muestras esto?

—No, no olvidaste eso. Olvidaste muchas otras cosas y es tiempo de recordar.

Vio a una Tess de aproximadamente nueve años hacerse amiga de Adam Ellington, que se convirtió en un compañero de juegos, y juntos improvisaron campamentos en el jardín, armaron batallas campales en el sótano, aprendieron a nadar en la piscina de la casa, y pasearon en el velero de un Adam adolescente y ya enamorado.



—Esa niña va a ser la ruina de tu hijo —dijo la esposa de Aaron, la cuarta esposa y que le hizo la vida imposible a su abuela, insultándola y humillándola cada vez que le daba la gana. Tess vio a su abuela Ellen quedarse paralizada tras la puerta con una bandeja de aperitivos para los dos. Se había detenido al escuchar que hablaban de su nieta. Ellos no la veían, pero Ellen los escuchaba perfectamente—. Demasiado juntos, demasiado... amiguitos... Tienes que hacer algo, Aaron.

—No seas tonta. Son sólo niños.

—¿Niños? ¿Hace cuánto que no ves de cerca a tu hijo? ¡Ya es un hombre! Ella podría... metérsele en la cama, y... ¡embarazarse! Y luego tendrías que hacer algo con ella y con su hijo, porque, por supuesto que tú no permitirías que un Ellington se casara con una sirvienta.

—Claro que no.

—Entonces haz algo antes de que todo esto suceda. Evítate problemas, no te imaginas la cantidad de dolores de cabeza que te ahorrarás... —Aaron no le prestaba mucha atención a su esposa, sólo leía algo en el diario, mientras la mujer hablaba de todas las horribles posibilidades en caso de que ese par de chicos se enamoraran o durmieran juntos.

Aaron nunca se preocupó demasiado por eso, pensó Tess ahora; pero esa mujer, cuyo nombre ya no recordaba, sí que estaba preocupada, y la vio hablar con Ellen y advertirle que tomara a su andrajosa nieta y se largara.

—¿O es que piensas lidiar otra vez con un bisnieto bastardo? —le dijo a su abuela, pero ella se resistía.

—Y... ¿a dónde me iría? Aquí tengo un trabajo seguro, un hogar...

—Ya entiendo —suspiró la mujer—. Está bien. Estoy dispuesta a darte la cantidad de dinero que quieras con tal de que te vayas—. Tess cerró sus ojos al oír aquello. Debió ser difícil para su abuela Ellen, pero aceptó el dinero.

—No quiero que te vayas, Ellen —le dijo Aaron cuando ésta le notificó que se iría—. Estamos acostumbrados a ti. A Adam... no le va a gustar mucho la idea.

—Lo siento, señor, pero ya tomé la decisión.

—¿Puedo hacer algo para convencerte de lo contrario? —Tess vio a su abuela morderse los labios y vacilar. Pero al final se mantuvo en sus trece; si Aaron hubiera dicho que no le importaba que su hijo se casara con una sirvienta, habría cambiado de idea, pero él había dejado clara su postura. Ella también había visto la estrecha relación entre su nieta y el hijo del señor, y

fácilmente podía pasar lo que le advertían: que durmieran juntos y viniera un bisnieto bastardo, porque ninguno de ellos permitiría que se casaran y estuvieran tranquilos.

—Tu abuela creyó que hacía lo mejor para ti —dijo la mujer que había estado a su lado todo este tiempo—. Aaron no tuvo nada que ver con la partida de ambas, fue esa mujer... e hizo bien, porque si hubieses consolidado tu relación con Adam Ellington, habrían sido muy infelices los dos...

—Lo sé.

—Tu abuela nunca te lo dijo, porque se avergonzaba. Se avergonzaba de haber cedido ante el chantaje y aceptado el dinero—. Tess se limpió las lágrimas asintiendo, comprendiéndola—. Y ahí estás tú —siguió la mujer—, pensando en Adam, enamorada de Adam, extrañándolo e intentando llamarlo...

Se vio a sí misma, con la ropa que solía usar en su época universitaria, llegar hasta un teléfono público y esperar su turno para hacer una llamada.

—Tuve que borrar tus recuerdos —admitió la mujer que la había traído a este increíble viaje a su pasado, y Tess la miró sorprendida—, porque luego de esa llamada, Adam habría venido aquí por ti, habría olvidado todo por ti, mandando las convenciones sociales al diablo, y... ya sabes lo que habría pasado.

—No, dímelo tú. ¿Qué habría pasado?

—Te habrías casado con Adam Ellington, por supuesto. Habrías consumado tu amor con él, y cuando Aaron descubriera quién había sido tu madre, habría tenido que decirles la verdad... y tú no habrías podido soportarlo, ni Adam. Muerte, enfermedades, depresión... un desastre. ¿De verdad quieres que te lleve a esa línea de tiempo en especial?

—Línea de...

—Sí —aseguró ella—. Cuando tomas una decisión importante, y actúas en consecuencia, una cadena de nuevos acontecimientos se desarrolla ante ti. Todo lo que podía ser cambia por completo.

—¿Y tú puedes... manipular el tiempo? ¿Puedes llevarme... a esas líneas de tiempo?

—No tiene caso en esta ocasión. Requeriste de ayuda, pero tomaste las decisiones más acertadas en tus circunstancias.

—Casarme con August no fue muy acertado.

—No lo fue por un buen tiempo, pero se pudo enderezar el camino.

Siempre se puede... mientras haya tiempo—. Tess la vio agitar su mano, y en ese momento, la Tess que iba a hablar por teléfono se quedó alelada, como si hubiese olvidado para qué quería hacer una llamada.

—Ahí... me borraste mis recuerdos de Adam —advirtió Tess con su voz quebrada. Oh, cuánto le dolió haber perdido esos recuerdos. Entendía el por qué, pero eso no impedía que le doliera.

Y luego se vio conociendo a August Warden por primera vez.

—August era la mejor opción —dijo esta extraña Sam antes de que Tess pudiera siquiera formular alguna pregunta.

Tess tragó saliva, y llegó hasta la noche en que estuvo por primera vez con él, y le entregó su virginidad. Las fiestas a las que fueron, los amigos que ahora la rodeaban, que eran los amigos de él. Se vio dar a luz a Kyle, a Rori, llorar por su tercer embarazo, quedarse sola, y pasar tanto, tanto trabajo...

Ya no le dolía tanto, se dio cuenta. Había sido una muy dura etapa, pero había salido victoriosa de ella, había vencido. Sí necesitó ayuda, sí requirió de apoyo, pero fueron amigas y familiares las que estuvieron allí. No tuvo que depender de ningún hombre, se demostró a sí misma que sola podía.

Y se enorgullecía de eso.

También vio a August oscurecerse poco a poco, beber más, sentirse frustrado porque sus otros amigos iban y venían y él no, porque debía trabajar para mantener a sus hijos. Lo vio odiarla y maldecirla por haber parido tantos hijos, y desfogarse en otras mujeres que no le traían ataduras como ella.

Lo vio tener sexo en aquel baño con aquella camarera, y a Billy intentar matarlo por eso.

Esto era sorprendente. Ya Billy les había contado lo que había pasado, pero verlo era otra cosa. Y fue cuando August escapó. Aprovechó que al fin tenía una excusa para huir y lo hizo sin ningún remordimiento, sin mirar atrás. Nunca le contó lo sucedido, no le dio una sola explicación, explicación que ella tal vez hubiese aceptado, por lo desesperada que estaba por comprender.

—Su destino era morir aquella noche —le dijo la mujer señalándole el cuerpo de August apuñalado en el suelo, con la prostituta degollada a su lado, con sus ojos blancos y vacíos mirando al cielo nublado, bañada en un charco de sangre que se extendía más y más.

Vio a Billy tomar el cuerpo de la chica y llevarla arrastrada a otro lado, mientras el cuerpo de August se desangraba también, y de repente, una luz que brilló en el lugar, y ya no era más August, sino Adam, que había aterrizado

allí.

—Nadie le quitó nada; todo lo perdió por sus propios actos.

—Él...

—Sí, tiene un castigo... pero no lo sabrás, y tampoco recordarás esto que te digo de él para que no te mortifiques. El cuerpo de August sirvió para que probaras que amabas a Adam, a su esencia. Y funcionó, te enamoraste, otra vez, de su alma... y ese amor es tan escaso en este mundo... Cada vez que vemos algo así, tenemos que hacer algo, Tess. El amor verdadero es una joya de incalculable valor que debe ir engastada entre metales preciosos, y todo el conjunto debe pasar por tanto para al final ser una pieza hermosa y digna... Por eso las pruebas y los sufrimientos. Por eso estás aquí, recuperándote en un hospital. No vuelvas a cuestionar al destino por lo que te pasa, tú y él eran seres raros y extraordinarios a los que se les dio un camino diferente que seguir. No te sientas mal por las decisiones pasadas, porque de haberte dado lo que tanto querías en el pasado, ahora tú y él estarían muertos en muchos sentidos.

Tess respiró profundo, llenó su pecho de aire hasta el fondo y lo dejó salir. Casi dolió, pero también dejó ir todas sus culpas, sus auto recriminaciones.

—En algún momento —siguió la mujer—, te irás de este mundo... junto a tu amado, claro, y podrás enfrentarlos a todos ellos... —ante ella aparecieron su madre, su abuela, y hasta Aaron. Le sorprendió ver que entre sus muertos no estaba August—. Todos, aunque no lo creas, te amaron —Tess sonrió mirando la imagen de Aaron.

—¿De verdad?

—Sí, hasta él. Amar es... raro, complejo. Amar... a algunos los hace cometer errores, los hace débiles en vez de fuertes, los lleva por caminos extraños.

Entonces, comprendió ella, estaba bien así. Hasta último momento había tenido la duda de si en verdad era hija de este hombre, y en caso de que así fuera, qué había sentido él por ella.

Al parecer, aunque nunca la vio realmente, ni supo más de ella, había ocupado por mucho los pensamientos de su progenitor.

Y comprendió también que August no la amó. Nunca.

Se sintió extraña al darse cuenta de que aquello no le dolía, no la lastimaba. Se recordó a sí misma en la época en que lo miraba encandilada y comprendió que tampoco ella lo amó, no como debió ser. Su abuela acababa

de morir cuando lo conoció, así que estaba sola, triste, un poco abandonada a su suerte, y él pareció tan fuerte, estable... una ilusión.

Lo necesitó. Más que amarlo, Tess lo necesitaba, y se dejó seducir por él, porque quería ser parte de la vida de alguien, porque estar sola era horrible. Siempre había estado tan sola; sin los recuerdos de Adam, Tess era una chica un poco miserable, digna de conmiseración. Había un vacío en su alma que nada lo llenaba, y las atenciones de August, se parecían mucho al reflejo de sus carencias, así que cuando él le habló de casarse, aceptó encantada; se introdujo a sí misma en su mentira, sabía que algo faltaba en esta relación, que no era todo lo que debía ser, pero ahogó esa voz diciéndose que era lo mejor que podía lograr, que no había nada más para ella.

Por eso, cuando él se fue y la abandonó con dos niños y un embarazo avanzado, asumió que también era su culpa. La mentira había terminado, y la realidad la golpeaba sin piedad... y era su culpa.

Ya basta de recriminaciones, le estaban diciendo ahora. No debía desgastarse más en este tipo de pensamientos, sino mirar hacia adelante, dar un paso y luego el otro no sólo para alejarse de lo que la aquejaba, sino para acercarse a lo que la hacía feliz.

Se vio al fin en aquella fiesta, con aquel hermoso vestido que Samantha, en el cuerpo juvenil de Heather Calahan, le dio, y luciendo las joyas que se iban a subastar, y vio a Adam reconocerla, sus ojos iluminados porque no se podía creer que ella era la amiga de la infancia que desapareció sin dejar rastro. Y luego, triste, porque, aunque los presentaron, ella no lo reconoció.

—Las niñas de la alta sociedad no se mezclan con... ciertas personas —le dijo Adam esa noche, resentido con ella—. Eso podría arruinarles la vida.

Y él sí que sabía eso, pensó ahora. La vida de él había sido un desastre porque ella había desaparecido, había perdido mucho, había pasado por tanto.

Y, sin embargo, averiguó su lugar de residencia, y hubo noches en que ella miraba hacia la calle desde la ventana de su habitación rogando al cielo por un milagro, el que fuera, y tan sólo segundos después de haberla cerrado, resignada porque el cielo no parecía escuchar sus ruegos, aparecía el automóvil de Adam, con él dentro, mirando con añoranza su ventana. Lo vio hablar con Georgina, convenciéndola de conseguirle una cita con ella.

—No te será fácil, Ellington —se rio Georgina al escucharlo—. Es una mujer con muchas heridas, por lo que he visto. Desconfía de los hombres, y tú... no tienes tan buena reputación.

—Estoy seguro de que podré hacer algo.

—Algo como qué. ¿Crees que tus millones le harán perder la precaución? Es madre de tres, ese es el mejor cinturón de castidad que te puedas imaginar.

—No, yo creo que... cuando me conozca, cuando sepa quién soy realmente... olvidará todo, e incluso, me dejará ser padre de esos tres niños.

—Oh, Dios. Pero sí que vas en serio—. Él sólo sonrió, y el corazón de Tess también sonrió, porque así exactamente sucedió.

Ah, cuánto debió dolerle que lo ignorara, que le hiciera desplantes, que lo tratara mal. Cada vez ella actuaba como si lo viera por primera vez, y cada vez su corazón se armaba con todas sus corazas de defensa, pues reconocía en él un peligro inminente...

Hasta que escuchó las notas musicales de esa cajita, y lo recordó todo.

Allí se había roto el hechizo, o lo que fuera que hacía que lo olvidara una y otra vez.

Pero recordarlo significaba la muerte para ambos, así que el cielo volvió a meter su mano. Ya no valía borrar memorias, o alejarlos geográficamente. Habían tenido que ser mucho más drásticos, y de un momento a otro, Adam ya no estaba.

Se vio llorarlo en aquel horrible accidente, e, increíblemente, también vio una sombra de Adam acercarse a ella y tratar de tocarla, y desaparecer justo en ese momento.

—¿Qué pasó allí?

—No debía tocarte, y me lo llevé de este lugar, a donde ya sabes.

—¿Qué hubiera pasado si... me toca?

—Te he pedido que no pienses más en el “qué hubiera sido”. Es el principal error de los seres humanos, estancarse en el pasado, volverse incapaz de caminar hacia el futuro. No hagas más eso.

—Entiendo—. Vio en sus manos la pequeña caja musical y suspiró—. Entiendo lo que quieres decir. Todo siempre tuvo un por qué.

—Me alegra que lo comprendas.

—Nunca me sentí especial, ni digna de un milagro... Pero supongo que ahora sólo puedo darte las gracias...

—Oh, no me agradezcas a mí —sonrió el anciano rostro—. Yo sólo fui el instrumento elegido para que pudieras tener tu final feliz —Tess sonrió.

—Mi final feliz —repitió.

—Así es. Queríamos que los dos vivieran, que fueran felices. Me gustan

los dos; tú y tu Adam. Sabía que él es un hombre apasionado, abnegado... Pensé que si era capaz de amar a los hijos de otro hombre como suyos significaba que es alguien extraordinario, y merecían esta oportunidad.

—Pero si eres Heather Calahan... la verdadera Heather Calahan... ¿Cómo es que puedes hacer estas cosas tan increíbles? Ir al pasado... borrar memorias... Tienes un poder asombroso.

—Pero ya no soy más Heather Calahan —explicó ella—, y ahora habito un plano diferente al tuyo, un plano donde no existe la peor cárcel del ser humano: el tiempo, así que puedo ir y venir cuanto sea necesario... Ese poder asombroso me es dado, no es mío propio... y sólo lo puedo usar bajo ciertas directrices, no a mi antojo.

—¿Cómo te convertiste en... esto? —Heather, en el cuerpo de Samantha, sonrió, y fue una sonrisa que a Tess le pareció hermosa.

—Porque me redimí, supongo... y porque... alguien habló muy bien de mí. Un alma pura al que Él no pudo ignorar.

—Quién...

—Eso no importa. Lo importante es que... pude hacer esto, pude cambiar el rumbo de tu vida. Pude... darte un “ahora” con tu amado Adam... Y no quiero tu agradecimiento; quiero tu aceptación —aclaró ella—. Que no te preguntes más por qué, qué tienen ustedes de especial, qué les depara la vida ahora. De aquí en adelante, el destino está en sus manos, ya no intervendré más. Por supuesto, les daré herramientas para que se puedan desenvolver mejor en lo que les falta por vivir.

—Pero, aún tengo tantas preguntas...

—Eres más fuerte de lo que crees —le interrumpió—, y capaz de muchas cosas cuando te lo propones. En ti está la fiera determinación de una madre, el amable consuelo de una amiga, y la dulce ternura de una amante. Tu corazón se ha mantenido puro a pesar de todos tus pesares. ¿Cómo no iba Dios a escuchar tu llanto? Nunca ignoró uno solo de tus suspiros. Ya no tengas miedo; nunca estuviste sola.

—Ahora lo sé —susurró Tess, con deseos de llorar, e incluso sus labios y barbilla temblaron, y tuvo que respirar profundo una vez, dos veces, para no romper en llanto.

Cerró sus ojos y dejó correr sus lágrimas

—Gracias —dijo, y sintió una mano secar sus lágrimas. Ella abrió los ojos, pero ya no estaba en ese extraño lugar con la que al parecer había sido su hada

madrina, o su ángel guardián. Ahora estaba otra vez recostada en su camilla, y era August, su esposo, quien secaba sus lágrimas.

—Está todo bien, mi cielo.

Tess, abrumada por el amor que sentía por él, por el agradecimiento y la ternura, tomó su mano con fuerza y le besó la palma. Luego elevó sus brazos pidiéndole un abrazo y él se lo dio, con mucho cuidado y suavidad, y ella le rodeó la espalda sintiéndose plenamente agradecida, bendecida, amada...

—Te amo, mi amor. Te amo—. Él sonrió.

—Yo también te amo. ¿Te sientes bien?

—Todo está perfecto —susurró ella—. Todo está muy bien.



Tess entró a su casa sentada en una silla de ruedas, y abrazó a sus hijos con mucho cuidado, pero fuertemente. Nicolle, que quiso subirse a su regazo, tuvo que conformarse con quedarse sólo un momento sobre sus rodillas, luego de lo cual, August la alzó para librar a Tess de su peso.

Diez días, Tess había estado internada por diez días, luego de los cuales, los médicos consideraron que, gracias a su rápida recuperación, podría terminar el proceso en casa.

En los últimos días ya muchas más personas habían podido ir a verla, como Beth y Henry, que no habían podido hasta el momento, Heather, Georgina, y hasta el mismo Phillip. Ningún día estuvo sola, y a pesar de las incomodidades, se habían pasado rápido.

Por fin estaba de nuevo en casa, con sus hijos que la habían echado muchísimo de menos, como ellos mismos le estaban diciendo ahora, y se llenó de sus besos, y sus miradas de adoración. Oh, ella los adoraba tanto también...

August miró a su esposa, que a pesar de los días que había tenido que pasar, lucía radiante, feliz. Más como si se le hubiese quitado una carga de encima que si hubiese sido gravemente herida.

Habían hablado mucho los últimos días, y se habían compartido las experiencias sobrenaturales que habían vuelto a vivir. Él le habló de Michael Moore, y ella de Heather en el cuerpo de Sam, de lo que había visto en esas extrañas visiones, y lo que había aprendido de la vida.

—¿Quieres recostarte un poco? —le preguntó August a Tess, y ésta miró una a una las caritas de sus hijos, que, al parecer, no querían que se fuera a ningún lado, así fuera dentro de la misma casa.

—En un ratito más.

—No te excedas, debes descansar.

—He descansado bastante estos días, y aquí estoy sentada y tranquila. Nada me pasará.

—Señor, tiene visitas —dijo Constance llegando a la sala, y August se giró a mirarla preguntándose si acaso era Heather, que había prometido venir a verla.

Fue hasta el vestíbulo a recibir la inesperada visita dejando a Tess al cuidado de sus padres y de los niños, que le hablaban todos al tiempo, y vio a

Horace con un arreglo floral en sus manos, seguramente para Tess, y August lo miró muy serio. Horace carraspeó antes de hablar.

—Vine a ver a Tess—. August no dijo nada, sólo lo miró de arriba abajo preguntándose cuál era su ánimo. No había sabido nada de él desde aquella vez que le dijo que era Adam. Ni una llamada, ni una visita, nada. Ni de él ni de Abel. Tal vez todavía lo estaba digiriendo, o tal vez nunca le creyó.

—No podrá ser por mucho.

—También vengo a hablar contigo, si no te molesta —siguió Horace, y August notó que se agitaba un poco. Movi6 su cabeza a manera de asentimiento y recibió las flores de sus manos y se las dio a Constance.

—Te costará desprender a los niños de su madre justo ahora —comentó—, así que le daré las flores por ti.

—Está bien.

—Acompáñame un momento afuera, la casa está llena y sólo allí podremos hablar tranquilos.

—De acuerdo—. Extendió su mano y guio a Horace a la salida. Caminaron algunos metros en el jardín exterior en silencio, pero August no le interrumpió en las cavilaciones que seguramente estaba teniendo.

—Intenté decirle a Abel quién eres —dijo Horace de repente, y August se giró para mirarlo fijamente—. No pude. Me quedo... inexplicablemente en silencio.

—Oh.

—También intenté decírselo a Ginna —siguió Horace, refiriéndose a su esposa—. Y pasó exactamente lo mismo. No puedo decirle a nadie quién eres. Y eso me confirma que... definitivamente... algo sobrenatural ocurrió y tú eres... debes ser... Adam—. Él pareció extrañado porque podía decir el nombre delante de él, y August sonrió.

—Es fuerte, ¿verdad? Esa sensación. No puedes hablar del tema sino delante de los que ya lo saben.

—Pero Tess sí pudo decirme.

—Oh, Tess es especial. Todos los que lo saben se enteraron gracias a ella. Ni yo mismo pude decirle quién soy hasta que ella misma lo descubrió.

—Entonces... sí eres Adam —susurró Horace, y August lo vio cerrar sus ojos en un gesto de angustia. Él parecía haber albergado dudas hasta ahora—. Y yo no hice más que estorbarte, ser un obstáculo y... Lo siento tanto.

—No debes lamentar nada. Hiciste lo que tenías que hacer. Si de verdad el

ex marido de Tess hubiese vuelto, yo habría agradecido que protegieras la empresa y a Tess... No tenías modo de saber... —se interrumpió cuando Horace prácticamente se echó sobre él y lo rodeó con sus brazos. Lo abrazaba con fuerza, como si quisiera romperle alguna costilla, y August no pudo más que sonreír conmovido.

—Me costó... aceptarlo, comprenderlo. Pero no me culpes, por favor. Es tan... —Horace se alejó de él un par de pasos, y la arruga en su frente le decía a August que aún no lo comprendía del todo.

—Fue sólo un milagro —le dijo—. No era mi tiempo de morir... y me permitieron regresar.

—¿Pero regresar así? —dijo Horace señalándolo de pies a cabeza—. ¿No podían... elegir a alguien más... o a alguien menos...? —August se echó a reír.

—No, este cuerpo era el perfecto.

—No, no te entiendo...

—Ahora soy el padre biológico de esos tres niños, Horace —le explicó August con la misma sonrisa—. Nadie podrá quitarme el derecho sobre ellos... pasé de no poder tener familia, a ser la cabeza de una grande. Para mí... fue una bendición.

—Sí —contestó Horace sonriendo, sin poder refutar ese hecho—. Sí, es verdad... Pero... has tenido que lidiar con los errores y la mala reputación de August Warden...

—No me quejo.

—Por eso limpiaste su historial, por eso...

—Sí, intentaba hacer las cosas desde cero.

—Tess lo supo siempre.

—No siempre, pero lo adivinó bastante rápido, y lo asimiló mucho mejor que yo.

—¿No es... raro... para ti tener la cara de ese hombre? Dios, yo habría enloquecido. Definitivamente Dios sabe a quién escoger para hacer sus cosas, porque... pocos lo habrían resistido sin volverse locos—. August volvió a sonreír, pero no contestó nada a aquello. Horace respiró profundo y sacudió su cabeza como si tratase de espantar esas ideas—. Tienes que volver a la empresa, Adam.

—No. Ya no soy Adam...

—Pero es tu derecho presidir...

—Tampoco quiero hacer eso... no ahora, al menos.

—Pero... ¿Por qué?

—Trabajé allí toda mi vida, Horace —arguyó August—. Di demasiados años de mi juventud al Holding... Es tiempo de que sea la empresa la que me dé algo a mí. Quiero estar con Tess y mis hijos, quiero viajar y disfrutar del dinero, no seguir esclavo de él... Quiero la libertad.

—Pero no eres cualquiera para tener ese tipo de libertad... Naciste con responsabilidades.

—Oh, yo creí que siendo August Warden jamás tendría que volver a escuchar esas frases...

—Pero es así. Necesitamos tu dirección, tu liderazgo, tu compromiso.

—Tú y Abel lo han hecho bastante bien sin mí, y si nunca te hubiesen dicho quién soy, no me habrías permitido volver haciéndote cargo tú mismo si era necesario.

—Pero no ha sido así, y estás aquí. Y es tu deber —August se rascó una oreja riendo un poco molesto, y Horace no se perdió el gesto. Sólo pudo sonreír al ver que no importaba que hubiese cambiado de cuerpo y de nombre, Adam seguía siendo el mismo y era por eso que siempre lo sintió tan familiar—. Yo... comprendo. Tienes derecho a disfrutar de tus bienes —admitió Horace—, no sólo la responsabilidad de... velar y trabajar por ellos.

—Gracias, Horace.

—Pero mira ahora; esa fortuna volvió a caer en tus manos, lo que indica que eres su dueño no importa qué. Es porque te necesitamos—. August suspiró, se cruzó de brazos y miró a otro lado—. Ni muerto has podido zafarte de nosotros —rio Horace—. Es tu deber. Y además... No va a ser como antes, cuando prácticamente tenías que hacer todo tú. En tu ausencia, las cargas de la presidencia se repartieron, y fue allí que comprendimos que tenías demasiado trabajo. Si retomas... te garantizo que no será como antes. Tendrás la libertad que tanto quieres, el poder de ausentarte, viajar, disfrutar junto a Tess y... tus hijos—. August lo miró al fin.

—Una vez dijiste que los socios jamás me aceptarían...

—Eso fue antes de que...

—No les voy a decir a todas esas personas quién soy realmente. Y ellos no aceptarán que alguien sin título los lidere.

—Es por eso que debes volver, para que ellos entiendan que eres capaz de liderar bien.

—Horace...

—Toma un año —siguió—. Un año en el que puedas... viajar, disfrutar... hacer lo que quieras. Lo mereces luego de todo lo que has tenido que pasar. Son tus vacaciones, muy merecidas. Ve a una isla, a los Alpes suizos, a donde quieras... recarga baterías, y vuelve... porque es el legado de tus hijos el que ahora estás descuidando. Que todos los bienes estén a nombre de tu esposa, no te garantiza que las cosas sigan como están. Muchas cosas pueden suceder en una empresa, Adam; lo sabes mejor que nadie.

—Que no me llames Adam...

—¿Un año no es suficiente? —siguió Horace, ignorándolo— No te engañes. Cuando pasen y pasen los días, extrañarás el trabajo. Ahora has estado ocupado con todas esas cosas que has tenido que vivir, pero te conozco; no eres un hombre que soporte demasiado tiempo sin hacer nada. El trabajo es parte de tus actividades favoritas, así que... adelante, toma tu descanso, y luego hablamos de nuevo—. August no contestó, sólo se cruzó de brazos y dejó salir el aire.

Horace siguió el camino hacia la entrada de la casa y se introdujo en ella. Siguió hasta la sala y vio a Tess sentada en la silla de ruedas, rodeada por sus hijos, y sonrió.

Los nietos de Aaron, en muchos sentidos, pensó.

—Ya vi sus flores, señor Goldman —le sonrió ella—. Muchas gracias.

—Llámame Horace, por favor—. Ella sólo sonrió—. Estoy muy feliz de verte tan recuperada.

—Bueno... me necesitaban aquí.

—Eso es indiscutible —sonrió Horace. Tess vio a su esposo llegar también a la sala con una expresión algo incómoda. Suponía que algo que había hablado con Horace lo tenía así, pero no dijo nada. Sin embargo, Horace no fue tan disimulado.

—Trataba de convencer a tu marido para que regrese al trabajo.

—Oh... Pero él...

—Sí, quiere ser de esos ricos que no trabajan. No sé de dónde adoptó esas mañas. Le he dicho que un año está bien. Les alcanzará para que viajen por el mundo si así lo desean, y hasta tener un hijo más. Están de moda las familias grandes—. Horace sonrió y miró a August, que no le sostenía la mirada, y a Tess, que sonreía disimulada—. Me alegra mucho que los dos estén bien, de verdad... ¿Podrías decirle a alguien más la verdad, Tess? Es muy difícil llevar

este secreto yo solo—. Tess sólo se echó a reír.

—¿Vas a volver a las oficinas? —le preguntó Tess a August ya en la noche, cuando al fin pudieron estar a solas. Habían convencido a los niños de que su madre debía descansar, y al fin se habían desprendido de ella. Todos, en fila, habían venido aquí a darle su beso de buenas noches y a desearle que pronto se mejorara, y finalmente habían salido a sus respectivas habitaciones. Ninguno lloró, pues ya les habían advertido que, si lloraban, su madre volvería a sentirse mal.

August había vuelto a ella luego de dormir a los niños y ahora acomodaba las almohadas debajo de la cabeza de Tess sin contestar a su pregunta, y ella extendió la mano a su rostro para tocarle la mejilla.

—Cariño, contéstame—. August hizo una mueca.

—No me han dado alternativas —se quejó él, y Tess sonrió tomando su cabeza y apoyándola sobre su pecho.

—Quédate aquí un momento —le pidió, y él suspiró con su nariz casi entre los pechos de Tess. Claro que se quedaría allí un momento, sonrió, y se acomodó mejor a su lado para no hacerle daño.

Pasó casi un minuto en el que los dos estuvieron en absoluto silencio, ella acariciando suavemente los cabellos de él con sus dedos, y él escuchando los acompasados latidos de su corazón mientras sentía que una hermosa calma lo invadía y lo adormecía.

—Un año está bien —dijo ella al fin, y August abrió sus ojos. Un minuto más allí y se habría dormido—. Podemos hacer muchas cosas en un año.

—No podré estar contigo y los niños así como ahora —dijo él moviéndose para mirarla a los ojos—. Perderé mucha libertad.

—Mi amor, tú eres el dueño, y pronto volverás a ser el jefe. Estoy seguro de que encontrarás la manera de vigilar las empresas sin perderte los momentos importantes con tus hijos. Además... no creo que soportes más de un año sin hacer nada —sonrió ella arrugando su nariz, y August no lo pudo evitar y se inclinó para darle un beso. Tess no lo rechazó y se lo devolvió con entusiasmo. Metió sus manos debajo de la camiseta de él, acariciando sus costados, y él dejó salir un quejido que quedó ahogado en la boca de ella.

Su boca estaba bien, recordó August, y, además, si hacía algo que la lastimara, lo sabría de inmediato, así que profundizó el beso y se robó su boca, jugó con su lengua un largo rato, trabando la suya con la de ella,

chupando sus labios, pasándole la lengua por todos los rincones a los que pudo.

Hacía rato no la besaba así.

Y cuando escuchó su leve gemido la piel se le erizó, e inconscientemente se acercó más a ella, sobándose un poquito, sólo un poquito contra su cadera, mientras de inmediato se iba poniendo duro, porque, joder, hacía rato que tampoco recibía estas atenciones.

Tess, que sabía perfectamente lo que estaba sintiendo, y casi casi que también lo que estaba pensando, metió su inquieta mano por dentro de sus pantalones y entonces él tuvo que alejarse de inmediato.

—Quieta ahí, vaquera —le dijo ya con la respiración agitada, y Tess no pudo evitar reír.

—Qué, ¿no puedo tocarte?

—No despiertes a la bestia —contestó él con voz ronca ya por el deseo y ella volvió a reír—. Gozas provocándome —se quejó.

—Privilegio de la esposa —le contestó ella, y él se mordió los labios mirándola, como si ella fuera un bocadito de carne muy jugoso y apetitoso; pero entonces sus ojos se quedaron allí donde ella había sido herida, y donde, lamentablemente, habría una cicatriz para siempre.

Le había propuesto considerar una cirugía plástica, para que, de paso, borrara los estragos de los embarazos causados en su piel, pero ella se había negado. Había tratado de insistir, pero no hubo manera. A ella no le importaba, y entonces, a él tampoco.

Se pasó las manos por los cabellos, mucho, hasta dejarlos parados en todas direcciones, pero al fin pudo poner de nuevo su mente en calma. El médico les había dicho que tendrían que esperar otro poco para poder hacer el amor, y él esperaría todo lo que fuera necesario. Pero la deseaba, joder, y esa espera sería más que una tortura.

Tess lo vio salir de la cama, todavía con su hermosa erección pintada en los pantalones, y buscar un pijama para ponérselo. Tuvo que cubrirse la boca para tapar su risa de diversión, pues lucía un poco miserable porque ella lo había provocado y no había manera en que pudiese terminar lo que había empezado.

Lo observó entrar al baño, lo escuchó cepillarse los dientes, y disfrutó de todas esas pequeñas cosas tan cotidianas que en los últimos días no había podido vivir con él. Lo había extrañado en todos los sentidos, y por eso sólo

verlo hacer lo de todas las noches antes de acostarse ya la llenaba de felicidad.

Cuán enamorada estaba, sonrió.

—Rori no ha dejado de recordarnos que pronto será su cumpleaños —le comentó él sentándose al fin en la cama y acomodando sus almohadas—. Quiere una fiesta.

—Hagámosle una—. Él hizo una mueca asintiendo y suspiró.

—Hay una fotografía que no te mostré —sonrió luego, y buscó su teléfono para mostrarle; en ella, Tess vio a Nicolle usando sus tacones, luciendo innumerables pulseras en ambas manos, pendientes que le quedaban enormes y puestas de cualquier manera en sus orejitas, collares y lentes de sol, con sus labios pintados de rojo y sonriendo para la cámara—. La pillé infraganti atracando tu guardarropa —dijo mientras Tess reía— Me pareció que la casa estaba muy silenciosa y salí a buscarla... y me encontré con esto.

—Y tú, en vez de decirle que eso no se hace, le tomaste una fotografía.

—Por supuesto que le dije que eso no se hace... luego de tomarle la fotografía —Tess siguió riendo, y se movió un poco para acomodar su cabeza en el hombro de él—. Papá y mamá insisten en quedarse un poco más aquí.

—Yo les estaré muy agradecida—. Él sonrió mirándola, y dejó el teléfono en su nochero.

—Gracias a Dios estás aquí otra vez —susurró él moviéndose para besarle la mejilla—. Tess, nos hicieron pasar por mucho y... A veces miro alrededor, como esperando que otra cosa mala pase, y...

—Ya nada malo nos pasará.

—Sí, lo sé, pero... Creo que tendré que acostumbrarme a la tranquilidad... a la felicidad. Me está costando un poco —la voz de él sonó tan vulnerable que el corazón le dolió un poco, y saber que él sólo le mostraba este lado a ella la colmó de amor, así que le acercó la cara para darle un beso, y además del beso, una caricia. Fue bajando suavemente sus manos por su pecho y abdomen hasta meterla dentro del pantalón pijama.

—Quietas esas manos —la detuvo él otra vez, y Tess dejó salir un quejido de decepción—. No puedes —le recordó él.

—Pero tú sí.

—Yo sí qué... ¿Qué tienes en mente, pervertida? —Tess rio otra vez, y sin pensarlo dos veces lo tomó duro en su mano, sacándole casi un bramido.

—Ya sé que no puedo, pero eso sólo me pone un poco creativa. Quiero



tocarte... quiero hacerte el amor... Y... me conformo sólo con verte.

—Oh, Tess... —susurró él, y aunque había decidido lo contrario, todo su cuerpo se movió para darle acceso a ella y su mano. Tess le besó la boca, la mejilla y el cuello mientras le susurraba lo mucho que lo amaba, lo feliz que estaba de estar de vuelta aquí, entre sus brazos.

No puedes, no puedes, se repetía él en la mente, pero ella no se estaba esforzando físicamente, ni estaba comprometiendo su cuerpo recientemente herido, y oh, ya lo estaba dejando incapaz de pensar coherentemente. Tess lo apretaba y acariciaba rítmicamente, se humedeció las manos con su propia saliva y aceleró.

August simplemente se dejó ir, aliviado de que en esta ocasión no necesitase contenerse para hacerlo durar para ella, sino que, al contrario, entre más rápido acabara, mejor, así que le tomó las manos a ella y la ayudó apretándose y acelerando hasta que se corrió allí, largamente, a su lado. Tess le besó el hombro, la parte que alcanzaba de él sin tener que moverse, y él le buscó la boca, feliz, encantado porque su mujer era la más, la mejor, y la adoraba con todo su cuerpo y toda su alma.

Y al cabo de unos minutos, se quedó profundamente dormido.

Con el paso de los días, la recuperación de Tess era más notoria, recibió visitas en casa con bastante constancia, y también presentes con sus mejores deseos. En una de esas ocasiones, Greg y Felicity coincidieron en su visita, y Tess, al ver cómo seguían tratando a August, y escucharlos decir lo mucho que a Adam le hubiese gustado estar aquí, tuvo que decirles la verdad.

—Estás bromeando, cariño —fue lo que le contestó Felicity, mirándola con una sonrisa preocupada, y hasta extendió su mano a la frente de Tess para comprobar su temperatura—. No puede haberte afectado la cabeza una herida en el vientre. Por favor, no me asustes—. Tess se echó a reír.

—Amor, demuéstales que eres Adam —le pidió ella, y August descruzó sus brazos y dio un paso adelante, con la mirada de Greg y Felicity clavadas en él. Sólo tuvo que recordarles alguna escena a cada uno donde estuvieron únicamente los dos para que le creyeran. Greg, sin embargo, fue un poco más difícil de convencer, pues empezó a hacer preguntas más específicas y hasta pidió claves y contraseñas que sólo los dos sabían, como el código para desactivar la alarma antirrobo de la mansión o la clave para abrir la caja fuerte del despacho privado de Adam.

—Podría decirte cualquier número y tendrías que creerme, pues esa clave nada más la sabía yo. Sólo podría decirte que es una caja fuerte biométrica, y la tenía configurada para que además de los cuatro dígitos, se requiriera mi huella dactilar... —para Greg fue suficiente, y el anciano se vio entonces en un apuro. Amaba a Adam, pero entre los dos nunca hubo tales muestras de afecto como abrazos... y parecía que él necesitaba uno urgentemente.

August sonrió y caminó a él para abrazarlo, y le pareció que Greg contenía el llanto mientras lo apretaba con fuerza.

—Ya estoy aquí —le dijo—. Y estaré muchos años más.

—Si quiere, volveré a trabajar para usted...

—Greg, ya te jubilaste. Mereces descansar, disfrutar de la vida...

—¿Cree que estar yo solo en esa casa que me heredó es vida? Prefiero estar aquí. Y seguro que me va a necesitar, los niños...

—No quiero hacerte semejante imposición...

—No me está imponiendo nada. Yo lo decido por mí mismo —August miró a Tess como pidiéndole su opinión al respecto, y ella sólo se encogió de un hombro.

Beth y Henry no debían enterarse de su verdadera identidad, le había dicho August a Tess, y ella estaba de acuerdo. Para ellos era mejor que siguieran creyendo que simplemente su hijo se había transformado en un buen hombre; sería demasiado escuchar lo contrario, y dado que nadie aparte de Tess podía contarles este secreto a nuevas personas, estaba a salvo.

Las semanas se fueron pasando, y en cuanto el médico dio el aval, August empezó a hacer las diligencias necesarias para tener al fin sus vacaciones en Europa, más concretamente, Italia, durante seis semanas aproximadamente. Tess elegía junto a él con mucho entusiasmo los hoteles en los que estarían, los autos que tendrían que alquilar, y los lugares que planeaban visitar. No sólo era para pasar el verano allí con los niños y sus padres, a los que no pensaban dejar; August había encontrado una presentación donde se interpretaría la canción de José Carreras, y como buen amante de la ópera y la música clásica, volaría medio mundo por estar allí y llevar a su mujer.

Ya todo estaba listo, sólo faltaba que llegase al fin la fecha.

Amelia se acercó a la mesa del bar donde estaban Tess y Heather en una noche que ellas mismas habían denominado “noche de chicas”, lo que indicaba que, las dos, que eran casadas y tenían hijos, les habían endilgado los chiquillos a sus maridos y se habían venido a beber unas copas con ella. Heather, según su propia confesión, le había guardado un par de biberones con leche materna a su hijo porque quería tomarse aunque fuera un par de copas, y Tess ya había pasado la etapa de medicamentos luego de su accidente con un puñal en su vientre.

—Me gusta el sitio —casi gritó Heather por el alto volumen de la música mirando el bar en derredor. La música estaba fuerte, con luces fluorescentes de colores. Algunos bailarines, en ropa interior sugestiva, con la piel manchada de alguna pintura luminiscente, eran la decoración viviente del lugar. Un sitio bastante exótico, para gusto de sus compañeras—. Traeré a Raphael en cuanto pueda.

—¿Piensas traer a tu marido?

—¿A quién si no? —se rio Heather—. ¿Al tipo de la puerta? —Tess se echó a reír. Esa ya tenía unas cuantas copas entre pecho y espalda.

—Tú con el de la puerta —rio—. Qué gracioso—. Amelia no le encontraba nada gracioso a ese comentario, así que hizo rodar sus ojos y pidió una ronda

más. Aunque Tess y Heather ya estaban achispadas con las pocas copas que se habían bebido, a ella le faltaba mucho para llegar a ese estado, así que necesitaba más alcohol. Qué flojas eran estas dos bebiendo, pensó. Y, además, les habían prometido a sus maridos que los llamarían cuando ya fuera hora de irse. Debían tenerlas localizadas con Gps, pensó con cierto fastidio.

¿Pero qué podía hacer? No tenía muchas amigas solteras; todas, a su edad, o la gran mayoría, ya estaban casadas, y siempre que las invitaba, entonces, como ahora, traían a sus otras amigas, más jóvenes y también casadas, para unirse al convite.

Y la conversación terminaba, inevitablemente, tratándose de maridos, bebés, colegios, lugares para hacer el mercado más fácil o más económico, las rebeldías de sus hijos preadolescentes y etcétera. Si ella acaso hablaba de un hombre guapo que la estaba galanteando, todas de inmediato la animaban a darle una oportunidad por si era el hombre de su vida, para que se casara y fuera feliz, así como ellas... como si una mujer soltera no pudiera ser feliz también. O, las más atrevidas, le preguntaban si acaso su vida no se sentía vacía por no tener marido e hijos... Ella les contestaba que era feliz *gracias* a que no tenía marido e hijos, y entonces se ponían un poco molestas; le tenían lástima, la menospreciaban, y odiaba eso.

Y las pocas amigas solteras que tenía estaban ocupadas en sus carreras o negocios, a los que consideraban su familia, u obsesionadas con un hombre y no paraban de hablar de él y sus posibilidades de estar juntos, o consideraban que salir con otra solterona sólo le pegaría su mala suerte, o se les confundiría con un par de lesbianas, o simplemente no querían oír a otra mujer sus propios pensamientos en voz alta, y se mantenían aisladas. Era un gremio difícil.

Y esta era la parte que menos le gustaba de su estilo de vida, la ausencia de amigas como ella.

Pero Tess le caía bien a pesar de ser del gremio de las casadas, y Heather era la esposa de Raphael Calahan, el hijo del dueño de la empresa donde era ejecutiva, de modo que no podía dejarla de lado, así que había aceptado esta “noche de chicas”, pero había insistido en escoger ella el lugar de encuentro.

—Chicas, les voy a hacer una pregunta —dijo, y Tess se tomó su trago y dejó el pequeño vaso vacío sobre la mesa con un golpe sordo—. Digamos que soy una especie de genio de la lámpara y me aparezco ante ustedes.

—No te puedes “aparecer” —la interrumpió Heather—. Yo tendría que frotar la lámpara primero.

—Frotar la lámpara —susurró Tess elevando sus cejas con mirada pervertida, y Heather soltó la carcajada.

—Y les digo que puedo concederles un deseo —siguió Amelia haciéndose oír por encima de sus risas, y empuñó sus manos como si en ellas escondiera algo y las puso enfrente de ambas—, pero les doy a elegir: cincuenta millones de dólares, o la posibilidad de volver veinte años al pasado con todos los conocimientos y experiencia que ahora tienen... ¿Qué elegirían?

—¿Cómo? —preguntó Heather, confundida.

—Cincuenta millones de dólares —repitió Amelia en voz más alta, casi un grito— completamente libres, sin trampas, todos para ti, en una cuenta, inversiones, o lo que quieras... O volver veinte años al pasado, con la memoria intacta. ¿Qué elegirían?

—¡Los cincuenta millones! —gritaron Tess y Heather al tiempo, y al darse cuenta de que habían contestado en coro, se miraron y se echaron a reír a carcajadas otra vez.

—¿Qué? —preguntó Amelia, un poco desconcertada—. ¿De verdad? ¡Pero si ya son mujeres ricas! No necesitan más dinero.

—¿Y para qué quieres que vuelva veinte años al pasado? —preguntó Heather, ya con la lengua un poco pastosa—. Tendría sólo... seis años... y no sería yo, sino Heather.

—Ni si fueras Samantha te serviría —rio Tess, haciendo aún más extraña esta conversación—. Porque tendrías sesenta, y Raphael nueve...

—Sí, terrible —rio Heather, y a continuación rio a carcajadas y hasta golpeó la mesa. Amelia respiró profundo.

—A ver, chicas, concéntrense.

—¡Dame mis cincuenta grandes! —volvió a decir Heather— no me sirve ir veinte años al pasado.

—¿Y tú, Tess?

—Dame mis cincuenta también.

—Pero, ¿por qué? Cometiste errores, ¿no? O sea... te divorciaste. Y con veinte años menos, habrías buscado a tu padre biológico y le habrías dicho quién eres, y así podrías haber sido rica desde niña y evitado tantos trabajos...

—No fuiste tan mala jefa, tranquila —le dijo Tess, y Heather volvió a reír. Amelia hizo una mueca. Definitivamente, esas dos ya estaban borrachas—. No, en serio —siguió Tess—. Quiero los cincuenta. Los donaría, porque

afortunadamente no los necesito. Pero es que no quiero ni necesito retroceder en el tiempo. Estoy satisfecha con mi vida tal como es ahora. No dejaría de hacer nada de lo que hice.

—Pero...

—Todo pasó por una razón. Todo lo que viví —siguió Tess poniendo una mano sobre su hombro y acercándola más para que oyera sus palabras— me trajo a este momento, a este día... donde soy feliz con mis hijos y mi marido. Mi vida es casi casi perfecta. No cambiaría nada de nada.

—¡Nada de nada! —gritó Heather elevando de nuevo su copa—. ¡No me arrepiento de nada! —las dos amigas se miraron y rieron. Se abrazaron y cantaron algo.

Ella miró en derredor y en silencio, un poco molesta porque sus compañeras de tragos no habían resistido siquiera hasta la mitad de la velada. Y porque eran muy molestas con su felicidad, su vida perfecta y sus no arrepentimientos. Qué gente tan fastidiosa, los que eran felices.

—Y tú —preguntó Tess—. ¿Qué elegirías? —Amelia sintió de repente que todo el cuerpo se le erizaba, pues estaba viviendo lo que todos llamaban un *dèja vú*. Justo así había sido un sueño que tuvo con ella cuando ésta estuvo internada en el hospital. Tess estaba delante de ella con sus brazos extendidos, como si dentro de sus puños tuviera las pastillas roja y azul de Matrix.

Sintió la garganta seca y bebió otro trago.

—Vamos, contesta —insistió Tess—. ¿Cincuenta millones, o veinte años en el pasado? —Amelia sonrió. Si decía la verdad, que prefería enmendar todos los errores que había cometido en su vida, quedaría como la perdedora entre las tres... y primero muerta que bañada en sangre.

—¡Los cincuenta millones, por supuesto! —mintió descaradamente—. Yo tampoco me arrepiento de nada y mi vida es *perfecta*, no “casi” perfecta.

—Oh, diablos, tengo ganas de vomitar —dijo Heather, y tuvieron que correr para llevarla al baño antes de que hiciera un desastre allí en su mesa. Tess ayudó a su amiga sosteniendo su rojo cabello mientras vaciaba su estómago en uno de los inodoros, y Amelia le pasó toallas de papel para que se limpiara el rostro.

Sólo un rato después, se pusieron tan ebrias que ya no coordinaban ni lo que decían, así que fue ella la que tuvo que llamar a sus maridos para que las vinieran a buscar.

—Mi amor, ¡me puse ebria! —le contaba Heather a Raphael como si fuera

la gran hazaña—. ¡Hasta vomité!

—Qué excitante —le dijo él, sonriente, sosteniéndola con un brazo y agradeciéndole a ella con la mirada por haberlo llamado.

Había venido tan rápido que tuvo la sospecha de que nunca se fue a casa, sino que debía estar por allí en algún otro bar cercano esperando.

—Es que soy una chica ruda —siguió Heather—. Un chico con tatuaje me propuso irme con él en su motocicleta. ¿Te puedes imaginar?

—¿Le dijiste que eras casada?

—Claro que no —Raphael sólo rio y la alzó en sus brazos para meterla en el auto, y Heather no le facilitó el trabajo, sino que se estiró como una bailarina de ballet. Al momento, llegó el rubio esposo de Tess, y esta saltó como una adolescente que ve a su ídolo musical.

—Hola, Amelia —la saludó August Warden con una sonrisa mientras Tess se trepaba en él como un mono en un árbol.

—Hola —contestó ella a su saludo, y lo miró un poco de reojo. Sabía, porque Tess se lo había contado, que había estado muy dedicado a sus hijos y a su esposa en los últimos meses, pero que al parecer no había resistido tanto tiempo en casa y había empezado a ir a trabajar pocas horas al día.

Este hombre, que antes había sido un donnadie, al parecer estaba demostrando un extraño don para los negocios en el poco tiempo que llevaba yendo a las empresas, también un don de gentes, pues puso en su lugar a muchos en los mandos medios que abusaban de su poder, e iba ocupando puestos de importancia de uno en uno dejando a todos boquiabiertos por su excelente manejo y ecuanimidad ante las malas circunstancias.

No podía negar que estos hombres, Raphael y August, eran guapos. Pero de hombres guapos estaba lleno el mundo y era incomprendible que tanto tiempo después de estar casados, estas mujeres siguieran literalmente alborotadas por ellos. Tess casi estaba desnudando a su marido en la calle y Heather se creía una diosa olímpica, o algo peor, en brazos de Raphael.

Ellos parecían sacados de los cuentos, o de las novelas románticas de hoy en día. Eran ricos, guapos, y, según, adoraban a sus esposas. Algo demasiado extraño, porque lo usual era que tuviesen romances y aventuras con secretarias, o jovencitas, o solteronas como ella. Los hombres como ellos siempre tenían sus defectos, uno solo, aunque fuera. Algo siempre fallaba con ellos. Lo podía decir con seguridad.

Casi que le hacían creer que el amor existía.

—Mañana —le dijo August a una Tess muy ebria— vas a amanecer con un dolor de cabeza que...

—No me importa —suspiró Tess mirando a su marido mientras éste conducía y mordiéndose los labios.

—Eso dices ahora...

—Es lo que cuenta. ¿Vamos a un hotel?

—Si quieres...

—Oh, sí. Y hagamos el amor salvajemente. Ya podemos. Voy a hacer mucho ruido, te lo advierto —él la miró sonriente. Tess ebria era bastante divertida.

—Gracias por avisar.

—Y nada de preservativos —se acercó a él y susurró: —hagámoslo descuidadamente.

—Hace tiempo que lo hacemos sin preservativos.

—Oh, es cierto. Es que no me gustan. August, ¿no quieres tener un bebé conmigo? —a él le entró tos entonces, y tuvo que bajar un poco el cristal de su ventanilla para tomar aire.

—Mi amor —dijo cuando ya se calmó—, ya tenemos tres.

—¿No quieres otro? —preguntó ella ladeando su cabeza tal como hacía Nicolle cuando no comprendía algo. Él la miró muy serio entonces, dándose cuenta de que su corazón había empezado a palpar muy rápido. Ella estaba ebria, no sabía si mañana recordaría esto que ahora le decía, pero debía ir con cuidado.

—¿Tú quieres? —Tess entrecerró sus ojos como si analizara seriamente la cuestión, para luego decir:

—No. Ya son muchos—. Él sólo sonrió.

—De acuerdo.

—No somos pobres, pero... Y además el doctor dijo que lo mejor era esperar. Un embarazo ahora...

—Sí, amor.

—Me encantaría, pero...

—Tess, nadie te está presionando.

—Cierto, cierto... Pero no dejes de hacerme el amor salvajemente —él rio otra vez, y siguió conduciendo hasta llegar a un hotel.

Ella estaba hablando de tener otro bebé. Iba y venía en el tema, pues su mente era errática, pero por primera vez desde que estaban juntos, ella



hablaba de ese asunto en particular.

Un bebé, pensó él cuando ella al fin se quedó dormida, desnuda y saciada a su lado en el hotel en el que habían parado para hacer el amor salvajemente y sin preservativos y con mucho ruido tal como ella quería. No le molestaría tener otro hijo. Adoraba a los tres que ya tenía, pero no se había dado cuenta de que siempre había ansiado vivir las emociones de saber que sería papá, ver crecer la criatura dentro del vientre de su madre, sentirlo moverse, estar ansioso por saber si sería niño o niña, elegir el nombre... Ella había vivido todo eso, aunque no con entusiasmo; todas las tres veces fueron casi una tortura para ella, y la admiraba sólo por plantearse volver a pasar por todo eso.

Suspiró con fuerza. No importaba si era ahora o en diez años. Si ella decidía darle otro hijo, él sería feliz.

Días después, viajaron al fin a Europa a pasar lo que quedaba del verano allí, con los tres niños, Beth y Henry, quienes no cabían de la felicidad al poder estar aquí cumpliendo lo que no sabían era un sueño. August estaba feliz de poder hacérselos realidad.

Salieron mucho, fueron a museos y galerías de arte, como también a la playa y muchos restaurantes y sitios nocturnos, y al fin, a la ópera.

En esta ocasión, Tess y August llegaron hasta el teatro sin problemas. Ella lucía un hermoso vestido negro, sus diamantes favoritos, y aunque los tacones no eran muy altos, no perdía majestuosidad. Desde su palco, y del brazo de August, admiró todo el lugar, a las demás mujeres que iban vestidas de gala tal como ella, y los demás hombres, aunque para ella ninguno era como su marido.

No fue José Carreras quien interpretó la canción, pero sí que fue Tristesse, con todas sus notas melancólicas, la que llenó de aplausos el lugar.

Al final de toda la presentación, Tess y August se pusieron de pie al igual que los demás y aplaudieron un largo rato. Tess se limpió las lágrimas, y August le tomó la cintura y la acercó a él para abrazarla.

Sentían que algo estaba terminando, y no eran capaces de establecer qué. Sin embargo, estaban felices, se sentían completos, como si llegasen al final de un camino ha mucho tiempo trazado.

No podían evitar la melancolía.

—Ya no estoy triste —le susurró August en el oído mientras bailaban.

Ahora estaban en la suite que les correspondía, y seguían vestidos, abrazados en medio de la sala, siguiendo unos compases silenciosos que retumbaban en la mente de ambos.

Ella lo miró a los ojos, y August le sonrió de esa manera tan hermosa, iluminando sus ojos, su alma, alma que ella podía sentir.

—Ya mi canción no vuela triste hacia ti... —siguió él—. Ya mi corazón tiene tu amor—. Ella le besó los labios suavemente, dulcemente. Él había estado triste por mucho tiempo, solo, sin ella. A ella le habían quitado sus recuerdos y, por consiguiente, la tristeza que éstos le habrían traído, pero se sintió igualmente vacía.

Suspiró sintiendo un pequeño nudo en su garganta y pestañeó ahuyentando las lágrimas.

—¿Sabes... que encontré una versión de esta misma melodía donde... no se habla de la tristeza de haber perdido el amor? —él elevó sus cejas, animándola a seguir, y Tess sonrió sintiéndose tímida y emocionada. Se alejó momentáneamente de él buscando su teléfono, abrió una aplicación, e instantes después, empezó a sonar la misma melodía que compusiera Chopin tantos años atrás, pero esta vez fue la voz de una mujer la que llenó el lugar.

*Ningún otro amor puede encender mi corazón.*

*Ahora que conozco la comodidad de tus brazos*

*No hay otro amor.*

*Oh, la dulce alegría que encuentro contigo, cada vez*

*Cada vez.*

—Qué bello —susurró August escuchando, y Tess le sonrió con esa picardía en los ojos, le tomó el traje y lo acercó más para besarlo mientras se movían suave y rítmicamente, al compás de la canción.

—No hay otro amor —susurró ella entre beso y beso, parafraseando la canción—. No hay otros labios que pueda desear más. Fui bendecida con amor para amarte, y he nacido para gozarme en tus besos. Hasta que ya no haya estrellas, hasta que la luna... sea sólo una concha de plata, no habrá ningún otro amor... Tú eres mi único amor. Por siempre, August—. Él tenía sus ojos cerrados, sintiendo más que oyendo sus palabras, y se volvió a acercar para besarla.

Como si ese fuera el estado natural de sus cuerpos, se pegaron más el uno al otro, abrazados, rendidos ante la fuerza de su propio amor. August sintió a Tess sollozar, pero sabía que era de felicidad, y la apretó aún más fuerte en

sus brazos.

—Mi hermosa, hermosa Tess —susurró—. Te amo con todo mi ser.

Ella recostó su cabeza en el amplio pecho y suspiró.

El uno habitaba en el alma del otro; ya se habían acabado todos los secretos, sólo les quedaba vivir a plenitud cada día de aquí en adelante.

—Gracias, Dios —pensó uno, o tal vez los dos, y luego vino una sonrisa que se pintó no sólo en sus rostros, sino también en sus almas.

Se les desbordaba la felicidad.

*Amo estos momentos*, dijo Él, y ella elevó un poco su mirada para hallar que sonreía.

Si él sonreía viendo a este par de mortales amarse y ser felices con algo tan pequeño como estar juntos, es que estaba bien. Si a él lo hacía feliz que dos almas se reencontraran y reconocieran uniéndose en una sola, entonces, ella haría esto eternamente.

Oh, cuánto lo amaba.

*Estoy lista... para mi próxima asignación.*

*Le has hallado el gusto.*

*Es que... esto te hace feliz...*

*Sí, porque para amarse están aquí*, dijo él señalando a la pareja que se abrazaba mientras bailaba suavemente al compás de la melodía que sonaba en el teléfono. *Su existencia es demasiado corta como para desperdiciarla sin amor, y el hombre sólo puede hallar la plenitud de su vida cuando deja que éste entre a su corazón. Así que sí, esto me hace feliz. Buen trabajo*, dijo, y desapareció de su lado, y ella sólo pudo sonreír.

Y como ella también estaba feliz, agitó el aire alrededor de la pareja, llenándolos de otro par de dones más.

Fin.

## Otros libros de la autora

Ámame tú

Yo no te olvidaré

Rosas para Emilia

Tu silencio (Saga Tu silencio No. 1)

Tus secretos (Saga Tu silencio No. 2)

Mi placer (Saga Tu silencio No. 3)

Tu deseo (Saga Tu silencio No. 4)

Dulce renuncia (Saga Dulce No. 1)

Dulce destino (Saga Dulce No. 2)

Dulce verdad (Saga Dulce No. 3)

Un príncipe en construcción (Saga Príncipes No. 1)

Un ogro en rehabilitación (Saga Príncipes No. 2)

Un rey sin redención. (Saga Príncipes No. 3)

Locura de amor (Saga Locura No. 1)

Secreto de amor (Saga Locura No. 2)

## **BIOGRAFÍA DE LA AUTORA**

Virginia Camacho nació en Colombia, en la ciudad turística de Cartagena de Indias en el año 1982.

Desde adolescente escribió historias de amor, leyéndoselas en voz alta a sus familiares y amigas, hasta que alguien la convenció de que lo hiciera de manera más pública y profesional.

Estudió Literatura en la Universidad del Valle, y actualmente es maestra en la asignatura de Lenguaje; vive en Bucaramanga, Colombia, y además de leer y viajar por el país en busca de ideas e inspiración, escribe sin cansancio con la idea de sacar a la luz pública todas las historias que tiene en su haber.